ANNA JACOBS

LA PROMESA DE UN CONTINENTE OLVIDADO

LA ESPOSA DEL MERCADER



Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora	Descubre	Comparte

Sinopsis

Una tierra lejana y peligrosa. Una mujer sin miedo a nada. Un destino por construir.

La joven inglesa Isabella Saunders se ha quedado sola en el mundo: sin un hogar y sin recursos, su belleza y fascinante cabellera pelirroja en la Singapur de 1860 se convierten en un gran escollo para conseguir un trabajo como institutriz. Todo su mundo se transformará cuando conoce a Bram Deagan, un apuesto y decidido irlandés llegado desde la lejana Australia para conocer de primera mano los nuevos productos de Oriente y hacer realidad su sueño de convertirse en un próspero comerciante. Isabella deberá decidir si las nuevas colonias, las lejanas y peligrosas tierras del continente más olvidado, pueden convertirse en su nuevo hogar. ¿Hallará el amor y la felicidad en el extremo opuesto del mundo?

La esposa del mercader inicia una poderosa y cautivadora saga sobre el amor y el odio, la aventura , la confianza y la enemistad, y sobre dos personajes cuyo destino quedará siempre unido de forma indisoluble.

LA ESPOSA DEL MERCADER

Anna Jacobs

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



Con todo cariño, a David Boris, nuestro precioso nieto,
que a sus cuatro años ya adora los libros,
lo que demuestra que es un chico inteligente

PRÓLOGO

Singapur, abril de 1865

El calor húmedo de Singapur envolvía a Isabella Saunders como una manta calentita mientras la joven se dirigía a pie a la entrevista. Llevaba ya tres semanas presentándose a varios puestos: institutriz, niñera, dama de compañía, secretaria de una dama..., todo lo que veía anunciado en el *Straits Times*. La mayoría de las personas a las que había escrito ni se habían molestado en recibirla; se habían limitado a enviarle una nota de una línea para comunicarle que el puesto ya estaba ocupado.

Aquella mujer, en cambio, le había mandado una nota muy atenta en que la invitaba a tomar el té. Eso debía de significar que podía albergar esperanzas, porque de lo contrario... Se estremeció solo de pensar en lo que tendría que hacer entonces.

Llamó a la puerta y la hicieron pasar a una casa muy cómoda. Sonrió al oír el eco de unas voces infantiles en la planta superior. Le gustaban los niños. Se tomaban la vida con franqueza.

La doncella la dejó en el recibidor y fue a buscar a la señora. Al volver, llevó a Isabella a una salita del fondo de la casa.

La señora Wallace se puso en pie y la estudió consternada.

—¡Cielo santo!

Isabella se agarrotó.

—¿Ocurre algo?

—Es usted mucho más joven de lo que esperaba.

—Tengo veintinueve años, señora Wallace.

—Aparenta menos.

Se abrió la puerta de pronto y un hombre joven asomó la cabeza.

—Mamá...

Se interrumpió para escudriñar a Isabella, sonriente, y a ella se le cayó el alma a los pies. Lo último que quería era que uno de los jóvenes de la familia se interesara por ella. Se volvió enseguida hacia la señora Wallace y vio que la mujer se había quedado pasmada.

—Estoy ocupada, James. Vuelve dentro de un rato.

El joven se detuvo a mirar de nuevo a Isabella y luego se fue; el pasillo recogió el eco de sus silbidos.

—Me temo que no va a encajar, señorita Saunders —dijo la señora Wallace, sacando un pañuelo doblado y rematado de encaje y secándose el sudor del labio superior con un gesto automático.

Aquel era el rechazo más brusco y rápido de los que había sufrido hasta la fecha.

—¿Por qué no? Ni siquiera me ha preguntado por mi experiencia ni por mis conocimientos.

—Es evidente por qué no. Tengo un hijo impresionable en mala edad para que haya por la casa alguien como usted. Jamás contrato a institutrices jóvenes ni guapas.

—Pero yo no...

La señora Wallace levantó una mano para interrumpirla.

—Aunque usted no hiciera nada malo, él es lo bastante joven para comportarse con torpeza. Lo lamento. Esto es para compensarla por el tiempo que ha perdido y los trastornos que le haya podido ocasionar venir hasta aquí —añadió la mujer, ablandándose un poco y pasándole una moneda por la mesa—. Lo siento muchísimo.

A Isabella le habría gustado devolverle la moneda, pero no estaba en situación de dejarse llevar por el orgullo.

—Gracias por su amabilidad, señora —se obligó a decir—. Si se entera de algún otro puesto que se acomode a mis circunstancias...

—Se lo haré saber.

Consiguió salir de la casa antes de que se le saltaran las lágrimas, y se quedó allí plantada un instante, esforzándose por recuperar el control. Cuando logró librarse de las ganas de llorar, emprendió el regreso al alojamiento que había compartido con su madre hasta el fallecimiento de esta hacía un mes.

Cruzó el puente de Elgin, una estructura alargada de hierro que conducía al sur, hacia la zona nativa de la localidad, concretamente al distrito chino, y se abrió paso zigzagueando entre la multitud. Grupos de críos pasaban por su lado corriendo y chillando, las recias matronas no cedían terreno a nadie y los culíes, con el torso al descubierto y pantalones bombachos por la rodilla, avanzaban a paso ligero, cargados con esto o aquello, a veces colgando en equilibrio de ambos extremos de una vara.

A ninguno de ellos parecía afectarle aquel bochorno, pero casi todos los europeos lo encontraban agotador y dejaban el esfuerzo físico para primera hora de la mañana. Isabella ya se había acostumbrado. Aun así, a veces anhelaba con bastante desesperación la brisa fresca y vigorizante de Inglaterra.

A sus pies, amarradas en la orilla, había hileras de embarcaciones pequeñas, en muchas de las cuales vivían familias enteras. Se detuvo, porque no se cansaba nunca de observarlas, envidiando el hecho de que tuvieran tantas personas a las que recurrir. Ellos también la miraban, porque las mujeres europeas no solían salir de casa solas.

Isabella estaba sola en todos los sentidos ahora que habían muerto sus progenitores, y en las horas lentas y oscuras de la noche aquello la aterraba.

Su padre había sido empleado de la Compañía de las Indias Orientales y su madre, la hija de un clérigo que se había casado por debajo de sus posibilidades. Al principio, a los tres les había gustado vivir en Singapur, donde el servicio era baratísimo. Su padre había decidido trasladarse allí con la esperanza de hacer fortuna en Oriente, pero había empezado a fumar opio y a contraer deudas de juego, y poco a poco lo había perdido todo, hasta la vida.

Después de perderlos a los dos, Singapur era más bien una prisión para Isabella, que temía por su futuro más con cada día que pasaba. No disponía de dinero para pagarse el pasaje de vuelta a Inglaterra, ni tenía amigos a los que

recurrir, ni allí ni en Inglaterra, ni siquiera hablaba el mismo idioma que la mayoría de las personas con las que se cruzaba.

Su prima Alice, que era más bien como una hermana pequeña, había vivido con ellos varios años. Luego, hacía tres, la muy ingenua se había creído las mentiras de Nicholas Renington y, cuando le habían prohibido relacionarse con él, se había fugado con la idea de casarse. Por supuesto, él no había querido contraer matrimonio con ella. Era de esos que no se casan.

Unos meses después, otra mujer se había ido a vivir con él, y a nadie parecía importarle ni preocuparle lo que había sido de su prima. Isabella había parado a Renington en la calle un día para preguntarle y el tipo se había encogido de hombros y le había dicho que Alice había huido de él y que no sabía dónde estaba ni con quién vivía. Había mirado el cuerpo de Isabella de forma tan ofensiva mientras hablaban que ella había salido corriendo, ruborizada.

A menudo pensaba en su prima y deseaba poder saber al menos que estaba a salvo. Alice era perezosa y no muy lista, pero también era cariñosa y divertida. Se habían hecho íntimas porque no tenían a nadie más..., hasta lo de Renington. Tras aquel episodio, a Isabella su madre le había prohibido que se relacionara con su prima si aquella volvía, que hablara siquiera con ella en la calle.

Negó con la cabeza. ¿Por qué le daba vueltas a eso? Era agua pasada. Alice se había ido.

En cuanto cruzó el concurrido puente, Isabella apretó el paso, impaciente por llegar a casa. Sintió un gran alivio al enfilar una callejuela estrecha donde la miraban menos porque ya se habían acostumbrado a su presencia. ¿Por qué les llamaba tanto la atención? No era la típica inglesa rica acompañada de criados, ni uno de esos europeos que se pavoneaban por allí como si fueran los dueños del mundo. Era casi tan pobre como la mayoría de ellos.

¿Qué iba a hacer si no encontraba empleo? No había trabajos de simple criada, porque las nativas salían mucho más baratas. Tampoco contaba con las aptitudes necesarias para ser doncella personal de una señora, ni ganas, dicho fuera de paso, de toquetearle el pelo o el cuerpo a otra mujer. Prefería hacer uso de su cerebro, pero aquello provocaba tanto recelo como su aspecto físico. Nadie se fiaba de una mujer lista, sobre todo si, además, era guapísima.

Y, aunque no se le daba mal la aguja, no poseía la habilidad de su madre para hacer vestidos o retocar los viejos y dejarlos como nuevos. Para coser y remendar sin más, también las nativas resultaban más baratas. De todas formas, no habría podido vivir con lo que pagaban.

Cuando por fin divisó el lugar donde se alojaba, hizo un aspaviento al ver sus pertenencias apiladas de cualquier manera a la puerta de la casa. Mientras se acercaba corriendo, el hijo de su casera espantó con un palo a un malayo harapiento que quería robarle el sombrerero.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sabiendo que el joven hablaba su idioma.

—Madre ha encontrado un nuevo inquilino. Paga más. Te vas.

—Pero ¡no tengo adónde ir! Y tengo pagado el alquiler hasta finales de semana.

Él se encogió de hombros y se volvió hacia la puerta.

—Señorita...

Isabella se volvió bruscamente. A su lado había un hombre, más alto que la media de los chicos, pero, aun así, más bajo que ella. No parecía ni viejo ni joven, y su semblante revelaba seguridad, serenidad. Cuando el chino le dirigió, despacio, unas cuantas palabras en su propia lengua, ella se preguntó si lo había entendido correctamente. Allí se hablaban muchos idiomas: el malayo, el babás y el chino, y de ese último había varios dialectos, porque había personas de distintas regiones de China. Isabella entendía cosas sueltas porque necesitaba ciertas palabras para comprar en los mercados, pero nada más.

El hombre esperó un instante y luego repitió lo que había dicho. Parecía que..., no, con seguridad, le estaba ofreciendo una habitación...

Cuando él se acercó, ella retrocedió, temerosa del precio que tendría que pagar por aquella habitación, a la vez que sorprendida por el ofrecimiento. La élite de las distintas razas que convivían en Singapur se mezclaba en los eventos sociales, Isabella lo sabía, pero, aunque aquel hombre vestía decentemente, no se le veía lo bastante rico como para asistir a dichos actos.

¿Acaso pensaba que iba a venderle su cuerpo a cambio de un cuarto?

Él se la quedó mirando y luego, al verla dar otro paso atrás, negó con la cabeza, reprobador, y esbozando una sonrisa llamó a alguien, una mujer mucho

mayor, para que se acercara. La mujer vestía pantalones holgados y una túnica, y la miraba con cara de asco. El tipo le puso una mano en el hombro a la mujer y se limitó a decir: «Madre». Después esperó con la cabeza ladeada a que Isabella diera señas de haberlo entendido.

Ella asintió y repitió la palabra.

—Tú..., hermana..., cuarto —dijo él señalándola, y repitió las dos últimas palabras.

Isabella supuso que trataba de decirle que estaría a salvo con él y que o compartiría cuarto con su hermana o sería como una hermana para él, pero no tenía claro cuál de las dos cosas. Y tampoco comprendía por qué le ofrecía algo así. Algo querría de ella a cambio. ¿Qué? Intentó en vano preguntárselo en una de las lenguas locales, pero no consiguió encontrar la palabra, así que se lo dijo en inglés.

—¿Por qué? —inquirió, abriendo los brazos para dejar clara su perplejidad.

Él asintió como si entendiera la pregunta y, señalándose, dijo:

—Yo aprenda idioma. —Se señaló la boca, soltó algo en su lengua, luego negó con la cabeza, frunció el ceño y repitió—: Yo aprenda idioma.

—¿Quiere que le enseñe a hablar mi idioma?

El hombre cabeceó afirmativamente varias veces, como si entendiera lo que ella había dicho. A menudo uno entendía más de un idioma extranjero de lo que era capaz de expresar.

Si Isabella no lo había interpretado mal y el ofrecimiento era sincero, podía resolver sus problemas, al menos temporalmente, pero ¿se fiaba de él? Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Justo cuando estaba a punto de preguntárselo, pasó por allí un inglés de andares arrogantes, obligando a la gente a apartarse de su camino. Aquel hombre era la última persona que a Isabella le apetecía que la viera en semejante tesitura.

El tipo se detuvo junto a ellos y estudió primero las pertenencias de ella, luego su rostro y, acto seguido, su cuerpo, como hacía siempre. Renington, el hombre que había echado a perder a su prima Alice.

—¿Problemas, señorita Saunders?

—Ninguno de su incumbencia.

—Parece que la han echado de su alojamiento. Me pregunto por qué. —Mientras Renington simulaba frotar dos monedas, Isabella cayó en la cuenta, horrorizada, de que debía de haber sobornado a su casera para que la echara—. ¿Qué habrá hecho para disgustar a los respetables habitantes de esta calle? —le dijo, con una sonrisa de depredador que le produjo escalofríos.

—Lo que yo haga no es asunto suyo —insistió ella, apartándose de él. Si con eso se acercaba a los dos chinos, los prefería mil veces al otro.

—Quizá ahora podamos valorar de nuevo mi propuesta... Puedo ofrecerle techo y lecho —dijo Renington, guiñándole un ojo—. La trataré bien, le daré dinero, le compraré ropa bonita...

Isabella se irguió.

—Ya le dije que no, y no ha cambiado nada.

—Uy, yo diría que sí. ¿Dónde va a dormir esta noche? Mi joven amigo Wallace me ha dicho que no ha conseguido usted el empleo que ofrecía su madre.

¿Cómo se había enterado de eso tan rápido? Era como una araña que tejía su tela para atraparla. Aquel pensamiento la ayudó a decidirse.

—Sí, le voy a enseñar a hablar mi idioma —dijo, volviéndose hacia la pareja que aguardaba impaciente a su lado, y dándose unos golpecitos en el pecho—. Como una hermana.

El hombre inclinó la cabeza a modo de aceptación y le dijo algo a su madre, que asintió. Luego él chascó los dedos y salieron dos culíes de un callejón. Eran hombres fuertes y corpulentos, y se movían con tal determinación que Renington se apartó al verlos.

Observó cómo se repartían su equipaje y sus pertenencias, pero eran demasiadas cosas, así que uno de ellos le dijo algo al otro y salió corriendo.

El inglés la miró espantado.

—¿Se va con él? ¿Con un nativo?

—Me voy con este caballero chino y su madre. Quiere aprender nuestro idioma. Yo necesito un techo bajo el que cobijarme. Andaba buscando trabajo de institutriz, y ya he encontrado uno.

No tenía claro que hubiera interpretado correctamente el ofrecimiento, pero,

si se iba con los dos chinos, al menos tenía una esperanza. Con Renington no tenía ninguna. Le había destrozado la vida a su prima Alice y quería destrozársela a ella también.

Una de las razones por las que pensaba que su nuevo patrón no tenía intención de profanar su virtud era que no la había mirado de «aquella manera». Los residentes europeos consideraban que ella y su madre se habían «vuelto nativas» desde que su padre había muerto, y no lo aprobaban en absoluto. Cuando murió su madre y ella siguió viviendo sola en el barrio nativo, las mujeres europeas empezaron a tratarla con frialdad cuando se la cruzaban por la calle, y sus esposos a veces hacían comentarios que ella consideraba ofensivos. No podía hacer otra cosa que ignorarlos.

Los chinos y los malayos cuchicheaban cuando pasaba por delante de sus puestos en el mercado, pero no le decían nada ni la tocaban ni la incomodaban. Por lo poco que lograba entender, les fascinaban su pelo rojo y su piel blanca, aunque a algunos, al parecer, les hacían gracia sus pies, más grandes que los de la mayoría de las chinas, sobre todo de las que los llevaban siempre vendados. ¡Cómo le fastidiaba eso!

—¡Señorita! —la llamó el chino.

Isabella cayó en la cuenta de que no sabía cómo se llamaba.

—¿Su nombre, por favor?

—Lee Kar Ho.

Sabía que los chinos anteponían el apellido, así que dio por sentado que Kar Ho era su nombre de pila.

—Yo me llamo Isabella Saunders —contestó, señalándose. Y luego lo repitió —: Isabella Saunders.

—Isaberra Saunda —repitió él, despacio.

La madre lo repitió también, aunque con menos acierto, y sonó a «Is-ba».

Isabella se preguntó cuánto habría entendido el chino de lo que había hablado con Renington, pero tenía algo más importante que hacer antes de marcharse con él.

—Me deben dinero —dijo, señalando su alojamiento y sacándose una moneda del bolsillo.

Él la miró extrañado y ella intentó explicarle que le debían cuatro días de alquiler. Se sacó más monedas del bolsillo, señaló el montón de sus pertenencias, apiladas en la carretilla, y luego a la casa, e hizo como que les pagaba; después tendió la mano como si esperara a que le dieran algo.

—Aaah.

El hombre se acercó a la puerta, donde la casera y su hijo estaban plantados, mirando. Inclinaron la cabeza, respetuosos, y, tras un rápido intercambio de palabras, la mujer miró ceñuda a Isabella, se hurgó en el bolsillo y contó unas monedas. Él se las llevó a Isabella y se las ofreció con la mano abierta. Ella aprobó la cantidad y las vertió en su mano. Por alguna razón, aquello hizo que la madre cabeceara en señal de aprobación.

Cuando el señor Lee volvió a llamarla, Isabella, arrojándose a los brazos del destino, dio media vuelta y lo siguió. La madre se situó al lado de ella, no de él.

—¡Furcia! —le gritó Renington—. ¡Furcia china!

A Isabella se le llenaron los ojos de lágrimas e intentó limpiárselas con disimulo, pero la anciana se dio cuenta y le dijo algo a su hijo.

Él se detuvo en seco, se volvió y miró fijamente a Renington. No dijo nada, pero el gesto resultó amenazador, tanto que el inglés desvió la mirada. Luego se marchó deprisa, sin volver la vista atrás.

El señor Lee miró a Isabella.

—¿Nombre? —dijo, señalando a Renington.

—Nicholas Renington.

Lee lo repitió dos veces y frunció el ceño, consciente de que lo había dicho mal, así que volvió a decirlo despacio, y esa vez casi lo dijo bien, asintió y lo repitió una vez más, como para que no se le olvidara.

La madre masculló algo y reanudaron la marcha.

Isabella veía el carro con sus pertenencias meciéndose delante de ellos, notaba que las personas con las que se cruzaban la miraban mal. Una brisa perezosa agitó un instante el aire caliente, soplando en la misma dirección en la que iban. «Voy siguiendo el viento —se dijo—. No tengo ni idea de adónde me dirijo, pero al menos sé adónde no voy.»

Alzando la barbilla, avanzó en silencio. Pasara lo que pasase, le haría frente

con todo el valor que lograra reunir.

Quizá aquella fuera su última oportunidad de llevar una vida decente por sí sola, de ganar dinero suficiente para volver a Inglaterra y buscar a Alice. Su prima debía de estar allí, en alguna parte. ¿Adónde iba a haberse marchado si no?

Ojalá no estuviera cometiendo un error aceptando aquel trabajo.

El señor Lee la llevó a otra parte del barrio chino y enfilaron una calle mejor que la de su antigua residencia. En ella había hileras perfectas de comercios, edificios de ladrillo y baldosa de tres plantas, con la tienda en la planta baja. Alguna vez había ido a tiendas así con su madre o su prima, había pasado por delante de las galerías que presidían cada hilera, y había contemplado el género y comprado algo para alguna de las clientas de su madre, telas o adornos, rara vez algo para sí.

Las galerías tenían unos dos pasos de ancho y los vendedores ambulantes de comida u otros vendedores callejeros ofrecían allí sus mercancías, con lo que, como solía ocurrir en aquel barrio, no era posible avanzar rápido, sino que había que ir esquivando obstáculos. Se le hizo la boca agua y olisqueó encantada cuando un hombre le ofreció una bandeja de pinchitos de carne.

La anciana la miró fijamente, como si hubiera deducido que su acompañante tenía hambre. Isabella miró enseguida a otro lado. Había estado subsistiendo con una comida al día, normalmente de verduras fritas con arroz, y un poco de arroz solo por las mañanas.

Para sorpresa suya, se detuvieron en una tienda donde vendían unas telas preciosas. De unas barras sujetas al techo colgaban sedas de vivos colores, dispuestas de forma armoniosa para llamar la atención, con otras piezas bien dobladas en los estantes que forraban las paredes laterales y el fondo del establecimiento. Una joven, pulcramente vestida con pantalón negro y túnica roja, atendía a una clienta, y no apartó los ojos de ella hasta que la mujer se despidió inclinando la cabeza y salió de la tienda. Entonces se volvió hacia ellos y sonrió.

—Hermana —le dijo el señor Lee a Isabella, y luego le dijo algo en su idioma a la joven, que sonrió y saludó con la cabeza a la recién llegada.

Lee las llevó por un pasillo estrecho hasta el fondo del edificio. Había artículos perfectamente apilados en las estancias por las que pasaban, y solo al final del todo había una especie de salón.

Allí, Isabella vio a dos chicas vestidas con harapos y supuso que eran criadas. Una de ellas trabajaba en la zona de cocina, donde se veía una enorme sartén metálica puesta en un boquete sobre un horno de arcilla en forma de colmena, en cuyo interior refulgía el carbón.

En la estancia había también una mesa con sillas, estantes con vajilla, utensilios de cocina más pequeños y recipientes de loza azul y blanca que quizá contuvieran comida o especias, así como algunos frascos de cristal más pequeños. En uno de los estantes había una pila de cuencos de los que la gente usaba para comer, un frasco lleno de palillos chinos, otro más ancho del que sobresalían unas cucharas gruesas de cerámica y una o dos bandejas más grandes. Todo estaba limpísimo.

La señora Lee le dijo algo a su hijo y, cuando él cabeceó, ella les dio instrucciones a las chicas, una de las cuales abandonó la estancia y subió corriendo la escalera que salía del vestíbulo. Luego él se acercó a la puerta de servicio y les gritó a los culíes que habían transportado el equipaje de Isabella y que esperaban pacientemente en una zona estrecha entre su hilera de casas y la siguiente.

Metieron primero el baúl y la maleta. Lee le hizo una seña y, sin aguardar, la sacó de la cocina y subió con ella la escalera estrecha por delante de la cual habían pasado antes. Él subía tan deprisa que ella no lograba darle alcance, por lo que tuvo que esperarla en el rellano del primer piso, que conducía a una serie de cubículos estrechos y abiertos, algunos con colchonetas y otros llenos de mercancías.

Casi al final había uno vacío que la criada acababa de barrer. Cerca, en el pasillo, había unas cuantas cosas. Lee señaló a Isabella y señaló el cubículo.

¿Aquella celdita estrecha era su nuevo alojamiento? Al verla titubear, señaló los dos cubículos del extremo más oscuro y después a la criada. Los otros dos

parecían algo mayores y, al señalarlos, dijo: «Madre, hermana». Por fin llegaron al cubículo vacío y la señaló a ella.

¿Qué podía hacer, más que asentir con la cabeza?

Los culíes subieron el baúl y el señor Lee la miró y luego miró el cubículo, como preguntándole dónde lo dejaban.

Ella se recompuso y les indicó que lo dejaran cerca de la entrada. Fueron subiéndole uno a uno todos los muebles que había conseguido conservar, incluida la mesita que su madre usaba para escribir cartas. Eran demasiadas cosas para que cupieran todas y le quedase espacio para dormir.

Lee frunció el ceño y señaló el cubículo de al lado. La criada se apresuró a hacer hueco para algunos de los muebles. Luego se apartó y dejó que los culíes colocaran la maleta donde ella les dijo en su cubículo y el resto de las cosas en el de al lado. Por último, soltaron el hatillo de ropa de cama y la colchoneta enrollada. Otras personas quizá pudieran dormir en colchones de paja sobre el suelo duro, pero a ella le resultaba demasiado incómodo.

Aun habiendo dejado algunas cosas en el cuarto de al lado, sus pertenencias estaban tan apiñadas en el pequeño cubículo que únicamente le quedaba espacio para la colchoneta, que tendría enrollada durante el día.

El señor Lee la miró, estudió su rostro. Cuando se dirigió a ella con los brazos extendidos, a Isabella le dio un vuelco el corazón y retrocedió bruscamente. ¿Habría interpretado mal sus intenciones? Pero él negó con la cabeza, sonrió amable y, después de señalarle la boca, se señaló la suya también. Le indicó que lo siguiera y volvieron abajo.

El alivio hizo que le flojearan las piernas y diera un traspié en la escalera. Él la agarró a tiempo, pero la soltó enseguida y siguió su camino.

En la cocina, una de las chicas estaba preparando algo que olía de maravilla y la otra sacaba unos cuencos a la mesa. La señora Lee le indicó a Isabella que se sentara al final de un banco de madera y la cocinera llevó al centro de la mesa un cuenco enorme de humeante arroz blanco. La otra llevó dos cuencos más: uno con una especie de carne, no mucha y cortada muy fina, y otro con verduras en salsa. Luego las dos criadas se sentaron en el extremo.

La señora Lee empezó a servir arroz en los cuencos; primero le pasó uno a su

hijo y luego a los demás.

Aunque estaba muerta de hambre, Isabella esperó para empezar a comer, preocupada por su ignorancia de los modales correctos a la mesa. Se alegró de haber esperado cuando vio que todos miraban al señor Lee, que a su vez miraba a su madre, que agarró los palillos y cogió un bocado de arroz blanco. Todos los demás hicieron lo mismo, así que Isabella los imitó.

Había aprendido a comer con palillos, pero no se le daba tan bien como a ellos. Cogieron todos un poco de carne y una guarnición mayor de verduras, pero sobre todo comían arroz, incluso el señor Lee. Isabella no pudo evitar comparar aquello con las comilonas de los europeos, las grandes raciones de carne.

La comida estaba deliciosa y, cuando vació su cuenco, Lee le señaló el recipiente del arroz. Ella titubeó, no queriendo parecer avariciosa, pero la anciana la miró con astucia, la agarró por la fina muñeca y negó con la cabeza, chasqueando la lengua.

Fue casi como una preocupación maternal por su salud que la hizo sentirse muy a salvo allí. Procurando deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta, inclinó la cabeza agradecida y aceptó otro cuenco de comida. Cuando terminó, les ofreció su primera clase de lengua, a la que el señor Lee accedió enseguida.

—Cuenco, palillos, mesa...

Isabella estaba tan agotada que se habría ido a dormir al atardecer, que en aquella parte del mundo era como a las seis de la tarde, sin apenas variaciones, porque estaban prácticamente en el ecuador. A veces echaba de menos los largos días de verano en Inglaterra, la brisa fresca y suave, la lluvia fina y persistente, el relente de una mañana otoñal... En Singapur, a menudo llovía a cántaros por las tardes y el aire era caliente y húmedo todo el año.

Solo cuando la señora Lee y su hija subieron pudo satisfacer Isabella su deseo. Le enseñaron cómo atender sus necesidades fisiológicas; las criadas le llevaron una jofaina para que se aseara por la mañana y luego se fueron todos a dormir.

Isabella estaba exhausta. Tendida en la colchoneta, tapada solo con una

sábana por decoro, dejó escapar unas lágrimas, tanto de alivio como de tristeza.

Pero las siguió un hilillo de esperanza. Hacía tiempo que no se sentía tan a salvo ni comía tan bien. Quizá en adelante le fuera mejor.

1

Abril de 1867

Bram Deagan se encontraba en la popa del *Bonny Mary*, contemplando la espléndida puesta de sol mientras zarpaban de Galle, en Ceilán. Había viajado a Australia con su amigo de la infancia Ronan, y luego habían vuelto a Galle, pero, a partir de ahí, su amigo volvía a Irlanda y Bram se iba a Singapur. Dudaba que volvieran a verse alguna vez.

Le dolía pensar que no podría regresar nunca, que no volvería a ver a su familia. Lo habían echado y, de haberse negado a abandonar el pueblo, su familia habría perdido la vivienda y el trabajo.

A su amigo nunca le había importado que, siendo aristócrata, Bram no fuera más que un mozo de cuadra, y le había asegurado que siempre habría sitio en Australia para un hombre al que se le daban bien los caballos. Pero Bram había preferido irse a Singapur, al norte de Australia Occidental, justo en el ecuador.

Al ritmo que viajaba, seguro que en algún momento hasta encontraría alguna de aquellas tierras legendarias sobre las que había leído, marcadas en los mapas antiguos como «tierra de dragones».

Tendría que confiar en que su nuevo amigo Dougal, el capitán de su goleta, le enseñara Singapur, porque Dougal ya había comerciado por allí antes.

Bram aún no veía claro su nuevo rumbo en la vida, pero, después de navegar por medio mundo y conocer distintos tipos de personas en el barco, había empezado a pensar en su futuro de otro modo. Con todas las historias que había oído y tras visitar sitios como Alejandría y Suez, se le había encendido una llama

dentro, pequeña al principio, pero que ardía más y más alta a medida que prendía.

Cuando, en la serenidad de la noche, se preguntaba si podría ser algo más que un mozo de cuadra, aquel atrevimiento lo aterraba, pero no lo abandonaba, se le colaba en la cabeza una y otra vez. Otros habían hecho fortuna en Australia, ¿por qué no él?

¿Lograría triunfar con su nueva vida? ¿Podría de verdad? Sabía que no era estúpido, pero ¿tenía talento para ganar dinero? Se miró con una sonrisa socarrona. No tenía nada de especial aquel cuerpo de estatura media, más bien flacucho porque, de niño, nunca había comido lo suficiente. La comida le había parecido copiosa en el barco a Australia. Sencilla, quizá, pero, por primera vez en su vida, había engullido todo lo que había podido y más en cada comida.

No era en absoluto un enclenque, porque el duro trabajo físico de los establos le había permitido hacer músculo, pero, si quería ganar dinero, era el cerebro lo que debía usar, y temía no saber lo suficiente. No era bobo: había aprendido a leer enseguida en la escuela del pueblo y, cuando a los diez años había empezado a trabajar, había seguido formándose como había podido, leyendo cualquier libro que cayera en sus manos. Como a quienes lo contrataban no les agradaba aquello, Bram había aprendido a esconder los volúmenes para que no los viera el encargado de las caballerizas.

Se aprendía mucho de los libros. Se había llevado uno al viaje, de contabilidad, viejo y árido, pero aun así... Si ganaba dinero, iba a tener que aprender a gestionarlo con cuidado. A los idiotas se les despojaba enseguida de su oro, y él no iba a dejar que lo tomaran por idiota. Había otros libros en el barco y muchas horas libres para leerlos o simplemente charlar con otros pasajeros.

Si Dougal estaba en lo cierto, en Singapur, Bram podría comprar género barato que vender con grandes beneficios cuando volviera a la colonia del río Swan. También podía vender el resto del contenido del baúl de la madre de Ronan. La mujer había muerto en el viaje a Australia, y Ronan, apenado, había ordenado que se tirase el baúl por la borda. ¡Menudo desperdicio! Caray, las ropas y abalorios que había en él le proporcionarían a Bram un modesto

comienzo. Así que se había pronunciado al respecto, ignorando la desaprobación de su amigo, y se había quedado con el baúl. Había vendido varias cosas en el barco y algunas más en Fremantle, con lo que ya llevaba en el bolsillo unas monedas que hacer tintinear si hubiera sido de los que alardean de su capital, que no era el caso.

«Voy a abrir una tienda», le decía a todo el mundo, aferrándose a la primera idea que se le había pasado por la cabeza. Pero no sabía si le apetecía pasarse el día encerrado en una tienda. No, no lo tenía nada claro. Lo único que tenía claro era que quería ganar dinero, que ansiaba hacerlo.

De pronto se sorprendió rezando, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer. «Por favor, Señor, ayúdame a triunfar. No voy a ser avaricioso, ni me voy a olvidar de aquellos a los que les cuesta llevarse algo al estómago todos los días. Y voy a cuidar de mi familia, me los voy a traer a Australia si puedo. Por favor, Señor...»

Ese era su gran sueño: regalarles a sus padres una vida mejor y comprarles a sus hermanas ropas bonitas.

Apoyado en la barandilla, contempló abstraído la estela del barco, hasta que Dougal se acercó a él.

—Espero que esta vez no tengamos tan mal tiempo.

Bram hizo una mueca.

—No me entusiasma marearme, lo reconozco.

—Hay gente que se va acostumbrando con el tiempo.

Por desgracia, Bram no tardó en descubrir que no era uno de los afortunados. En cuanto la mar se puso brava, ya estaba vomitando otra vez. ¡Brava! Qué palabra para describir olas como montañas.

—Esta es la última vez que viajo en un condenado barco —decía entre arcadas y vomitonas por la borda o en el cubo de su camarote. Había hecho el mismo juramento al llegar a Australia.

Pero ¿qué alternativa tenía? Necesitaba hacer contactos en Singapur, encontrar personas de confianza, gente que pudiera surtirle periódicamente de mercancía adecuada, cosas que pudiera vender con buenos beneficios.

Mientras se alojaba en casa de Dougal, había encontrado un ejemplar del

almanaque de ese año en el que había un listado de artículos que podían encontrarse en Singapur, pero la mayoría no eran adecuados para un pequeño tendero. Repasó la lista de nuevo, procurando ignorar el estómago revuelto.

—Aguardiente, anclas, arroz... —masculló, deslizando el dedo por la página —. Artículos por piezas, a saber lo que será eso..., bastones, brandi, no estaría mal..., café, cera de abeja, clavo, gutapercha, hilo de latón, macis, nuez moscada..., sí, las especias son una buena opción..., porcelana..., ¿qué clase de porcelana?, seda, té, vidrio para ventanas, vino...

¿Qué clase de vino se podría encontrar en Singapur? ¿Los orientales hacían vino? La familia de la mansión compraba el vino en Francia.

No sabía absolutamente nada del mundo, ni siquiera había probado el vino en su vida hasta que Ronan había compartido una botella con él en Londres. El color le había parecido bonito, pero no le había agradado mucho el sabor. ¡Prefería una copa de oporto!

Entonces volvió a agarrar el cubo y se olvidó de todo lo demás.

Plantada detrás del señor Lee, Isabella estudiaba atentamente al funcionario encargado de liberar el cargamento. Hablaba más alto de lo normal, como solían hacer algunos ingleses cuando trataban con extranjeros. ¡Menudo imbécil! ¡Lee ya le había hablado en un inglés clarísimo!

Para alivio suyo, su patrón no tardó en concluir sus negocios, y emprendieron el camino de vuelta a casa, el uno al lado del otro, porque a Lee le gustaba comentar lo que iban viendo y practicar sus habilidades lingüísticas. Siempre había algo nuevo que ver en Singapur, al menos para ella.

Ese día, Lee estaba más callado de lo habitual y ella no rompió el silencio; iba pensando en lo que quería decirle. Se proponía elegir el momento con cuidado. Últimamente estaba inquieta, no tenía en qué ocuparse, la verdad.

Una vaga ráfaga de aire caliente, demasiado leve para llamarla brisa, le trajo los olores de la calle, algunos buenos, otros lo bastante malos como para hacerle contener la respiración unos pasos. Le recordó la brisa suave que la había

acompañado en su memorable trayecto hasta la casa de los Lee, hacía más de dos años.

Al pasar por delante de un expositor de durianes, arrugó la nariz asqueada. Estarían buenísimos, pero aquella fruta verde, bulbosa y enorme olía tan mal que Isabella no había conseguido comerla nunca. Los Lee se reían de ella, pero con cariño. En cuanto había demostrado que era trabajadora, la habían aceptado como un miembro más de la familia y se habían portado muy bien con ella. Hasta le habían dicho que, cuando estuvieran en casa, llamara al señor Lee «Ah Sok», que era algo así como «tío». Y a la madre la llamaba «Ah Yee», que significaba «tía abuela».

Esa noche, Isabella esperó a que terminaran de cenar y dijo:

—¿Podemos hablar de mi futuro, por favor, Lee-Sang? —Ese día se dirigió a él de manera más formal, usando la palabra china para *señor*. La madre de Lee miró fijamente a Isabella. El señor Lee le dedicó una de sus miradas anodinas, seguida de una leve inclinación de cabeza, como para indicarle que continuara. Estaba nerviosa, pero no podía seguir viviendo así—. He hecho el trabajo que me encargó cuando nos conocimos. Su inglés es bueno y ya no me necesita. Lo único que hago es escribir alguna carta en inglés y ayudar a Xiu Mei en la tienda de vez en cuando. Cualquier empleado podría escribirle las cartas y tampoco sería difícil encontrar alguien que ayudase en la tienda.

Él se la quedó mirando pensativo, sin revelar sus pensamientos.

Fue su madre la que preguntó con un inglés deslavazado:

—¿Tú qué quiere hacer?

—Volver a Inglaterra, Ah Yee, a buscar a mi prima.

—No sabe si prima en Inglaterra.

—Tiene que haber vuelto allí. ¿Adónde iba a ir si no? Dudo que haya muerto, ¡mi guapísima y enérgica Alice! —Ya habían hablado de aquello varias veces. Isabella miró suplicante al señor Lee, que era prácticamente el amo y señor de aquella casa, y de ella—. Debo averiguar qué ha sido de ella, Lee-Sang, y ¿cómo lo voy a hacer si me quedo aquí? Alice es el único pariente cercano que tengo. Les agradezco todo lo que han hecho por mí, se lo agradezco mucho, pero aquí ya no me necesitan.

—Tienes techo sobre cabeza. No necesitas gastar. Mejor ahorrar más. Aquí a salvo.

Lee no le había hablado con dureza, y eso le dio esperanzas.

—Eso me dice siempre, y le agradezco que me mantenga a salvo, pero tengo que estar ocupada, usar la cabeza. —No dedicar su tiempo libre a tareas domésticas y de costura sencilla, ni a empaquetar cosas bajo la férrea supervisión de la madre de él.

Lee la miró meditabundo.

—Sí. Tienes buena cabeza. Así que... yo pregunto por Alice. —Seguía sin saber pronunciar la ele, así que dijo «Arris», igual que a ella seguía llamándola «Isaberra»—. Ten paciencia, hermanita.

A veces la llamaba así y ella anhelaba formar parte de verdad de aquella familia.

—Pero...

—No hay beneficio para mí si marchas ahora. No hago negocios con Inglaterra y, si vas allí, no puedo ayudar. Y tienes que estar a salvo.

La conmovió su evidente preocupación. Lee nunca decía nada que no pensara de verdad. ¡Qué suerte había tenido de conocerlo aquel día!

—Pero...

—Yo encuentro algo mejor. Ten paciencia.

Hizo un gesto de tajo con una mano, que significaba que el asunto estaba zanjado, y ella supo que no debía insistir. Era un hombre sincero, cariñoso con su familia y atento con quienes dependían de él, pero también despiadado si se le enojaba, o si alguien intentaba engañarlo o robarle, y un hombre de negocios muy agudo.

Isabella vio que aún la miraba, así que inclinó la cabeza en señal de aquiescencia. Sería preferible marcharse de Singapur con su beneplácito. Además, querría volver a visitarlos algún día si el destino se lo permitía.

Por lo que le había oído hablar con su madre y su hermana, Lee Kar Ho había sido jornalero; había llegado a Singapur hacía años, como tantos otros, porque había más oportunidades para un joven con ambición en una ciudad con solo unos decenios de vida. Al principio había trabajado como culí, pero, al contrario

que la mayoría de los culíes, había invertido el dinero que ganaba en conseguir más. En la actualidad, era rico conforme al estándar de la zona y se enriquecía cada vez más, aunque siguiera viviendo en el edificio de la tienda. Isabella los admiraba mucho, a él y a su familia.

Lee había conseguido aquello en parte con la ayuda de su madre. Bo Jun era una mujer trabajadora e inteligente. Llevaba la casa gastando lo imprescindible y estaba a cargo de los asuntos cotidianos de una tienda pequeña pero exclusiva en la planta baja.

Pero era su hija, Xiu Mei, la que hacía casi todas las ventas últimamente; era a ella a la que le encantaban la seda y otras telas. No solo se le daba bien el trato con los clientes, sino también la selección de tejidos, y había compartido sus habilidades con Isabella.

La tienda era solo uno de los múltiples intereses comerciales de Lee Kar Ho. Isabella lo había ayudado con el papeleo en inglés de otros, de aquellos en los que se gestionaban cargamentos procedentes de barcos europeos o se enviaban mercancías a otros puertos. Lee tenía además otros negocios, pero los detalles de esos se los guardaba para sí.

¿Dónde estaría ella ahora si hubiera formado parte de una familia tan trabajadora como aquella? Le dolía en el alma no tener familia propia, pero ni siquiera cuando sus padres vivían había sabido aprovechar las oportunidades de aquella parte del mundo. Puede que su madre supiera hacer prendas preciosas para damas, pero no hacía nada más, no sabía cocinar ni manejar el dinero. Tras la muerte de su marido, se habría visto perdida si su astuta hija no le hubiera gestionado la vida.

A la señal del señor Lee, la doncella recogió la mesa y, cuando estuvo todo limpio y recogido, las mujeres de la familia se fueron a la cama.

Isabella no tenía claro adónde iba el señor Lee esa noche, pero salía varias veces a la semana después de que hubiera anochecido. Quizá a una reunión de la sociedad secreta a la que pertenecía, como muchos otros de por allí. Tal vez a visitar a su concubina. Isabella se había quedado pasmada cuando Xiu Mei le había contado lo de la concubina, pero tanto su madre como su hermana parecían aceptar aquello como una necesidad lógica en un hombre aún joven y viril.

También iba de vez en cuando a salas de canto, que eran muy populares entre los chinos. En los dos años que Isabella llevaba viviendo con la familia, jamás había salido sola por la noche, y también la madre y la hermana se quedaban tranquilamente en casa.

Mientras desenrollaba la colchoneta, se dijo que ella ya había hecho todo lo posible por cambiar su futuro y solo le quedaba aguardar. El señor Lee le había prometido investigar la desaparición de Alice y él siempre cumplía sus promesas, pero lo haría a su ritmo y emplearía la información en beneficio propio, además de para ayudarla a ella.

Sentía que necesitaba la ayuda del señor Lee porque Renington, cuando se lo encontraba por la calle, aún seguía lanzándole a veces aquella mirada tórrida de boca entreabierta que ella detestaba. El hombre siempre parecía tener mucho dinero y, sin un protector como su patrón, Isabella habría perdido hacía tiempo la batalla por conservar la honra, de eso estaba segura.

¿Volvería a ser libre alguna vez? ¿Existía realmente la libertad, sobre todo para una mujer sola? Lo ignoraba, pero aún confiaba en llevar una vida mejor, quizá incluso volver a Inglaterra al final. Se arrodilló en la colchoneta para rezar: «Por favor, que Alice siga viva. Por favor, no me dejes sola en el mundo. Por favor, si aún no es demasiado tarde, déjame tener una familia propia algún día».

Aquel último era un deseo desesperado. Isabella tenía treinta y un años, y había superado con creces la edad a la que solían casarse las mujeres. Pero de ilusión también se vive, ¿no? Eso no costaba nada, salvo lágrimas y suspiros.

Inclinado sobre la barandilla del *Bonny Mary*, Bram vio a la tripulación amarrar la goleta en el puerto de Singapur.

—¿Bajas a tierra? —le preguntó Dougal poco después—. Hay que organizarlo todo para comerciar. Primero lo oficial, luego lo extraoficial.

Bram asintió con la cabeza. Lo extraoficial eran los sobornos, por lo que había descubierto. Le fastidiaba tener que pagar para asegurarse favores, pero, según Dougal, era lo normal allí.

Lo que a Bram le apetecía de verdad era pasear tranquilamente por aquellas

calles y contemplar ese nuevo mundo asombroso. Hasta el calor húmedo del aire lo había sorprendido, pese a que su amigo ya se lo había avisado.

Los dos hombres caminaron a un paso moderado: Dougal sudando y maldiciendo el calor; Bram guardándose las energías. Hacía días que había dejado de ponerse la camiseta interior de lana merino y llevaba calzoncillos de algodón, en vez de los de lana que se ponía en Irlanda. ¡Qué estupidez seguir llevando ropa de lana en climas cálidos!

Recordó todas las veces en que se había mojado, había tenido frío y añorado el calor. Allí era justo al revés: lo que se echaba de menos era el aire frío y seco, o al menos lo añorabas si sabías de la existencia de algo semejante. ¿Tendrían invierno en aquel sitio? Dougal decía que era todo el año igual: calor, a menudo con tormentas cortas por las tardes.

Recibió un codazo en las costillas.

—¡No te quedes mirando, que es de mala educación!

Así que Bram procuró avanzar sin mirar fijamente, dejando solo que las imágenes se le colaran en el cerebro: rostros orientales por todas partes, distintos tipos de ropa, mujeres con pantalones, hombres ataviados solo con calzones por la rodilla y cargados con bultos que colgaban de ambos extremos de una vara larga. Los niños más pequeños correteaban entre chillidos; los mayores, más serios, hacían recados, quizá, o caminaban respetuosos detrás de algún adulto.

A lo lejos vio a una mujer europea. Destacaba entre la multitud de orientales, no solo por ser más alta que la mayoría, sino también por ser pelirroja. No era guapa, pero llamaba la atención. Paseaba con un chino y hablaban los dos entusiasmados. A Bram le dio pena perderla de vista. Le estaba gustando estudiar su rostro expresivo mientras parloteaba y gesticulaba.

Se habría pasado el día dando vueltas por ahí, llenándose los ojos de aquellas vistas, pero Dougal no quería más que volver al barco, empeñado en que se estaba más fresco en el agua. Lo dudaba mucho, pero, si él se lo creía, seguro que allí estaba más a gusto.

Hechas las visitas de rigor, Dougal se quedó en el barco, esperando a que unos hombres a los que conocía y con los que comerciaba fueran a verlo.

—No comercio con una sola persona. No es aconsejable. Les otorgas

demasiado control sobre ti.

Dos días después, Dougal estaba tirado en su litera, con mala cara, sin ganas de hacer nada, porque el día anterior había comido algo que le había sentado mal. Bram se quedó en cubierta un rato, aburrido, y luego decidió ir a la ciudad por su cuenta.

—Llévate a un guía —le insistió su amigo—, que crees que vas a saber volver, pero no. Y acuérdate de que esta noche cenamos en casa de los Wallace. Es pariente mío por parte materna, bastante lejano, pero está bien tener dónde pasar las noches. Desde luego, no pienso volver a ir a un teatro *wayang* otra vez; en mi vida he visto un concierto de maullidos semejante a esa ópera china.

Así que Bram dejó que un miembro de la tripulación negociara los servicios de un guía que hablaba algo de inglés y se dispuso a deambular por las calles. El guía lo llevó por la zona europea, de calles más anchas y villas bonitas a un lado y mansiones en otra parte, y a Bram le costó convencerlo de que no era aquello lo que él quería ver.

Fueron a un sitio cerca de Raffles Place, en la orilla sur del río. Bram se mostró confundido al principio, porque el guía a veces la llamaba Commercial Square, que era como se llamaba antes.

Después Bram consiguió que el hombre entendiera que lo que él quería ver, en realidad, eran los barrios nativos y la zona del sur del río.

Y, cuando su guía y él caminaban por una calle tranquila que salía de una zona de agua repleta de hileras de pequeñas embarcaciones —sampanes, le pareció que las llamaba el hombre—, Bram volvió a ver a la pelirroja y se detuvo a admirarla.

—¿Sabes quién es? —le preguntó al guía.

—Trabaja para Lee Kar Ho. Enseña inglés. No sé nombre.

Bram se sintió decepcionado. Una mujer europea no trabajaría para un chino. Aunque llevaba poco tiempo allí, Bram ya sabía que eso no se consideraba respetable. Sin embargo, ella no parecía inmoral, menos aún con aquella mirada clara e inteligente.

Llevado por un impulso, la siguió por la calle con la idea de hacerse el encontradizo, una bobada, pero era lo que había. Quería conocerla.

Cuando ella pasaba por un hueco estrecho entre dos hileras de casas, dos chinos salieron disparados, la agarraron y se la llevaron a rastras al callejón. Fue todo tan rápido que a ella ni siquiera le dio tiempo a gritar antes de que le taparan la boca con la mano, y, de no haber estado observándola a propósito, él ni se habría dado cuenta.

Echó a correr, seguido por el guía, tropezándose con la gente y sin detenerse a pedir disculpas. Al llegar al final del callejón, vio a los hombres que la arrastraban por él. Ella se resistía como un gato callejero al que Bram había visto una vez, dando zarpazos y arañazos, tratando de zafarse de la mano que le impedía gritar. Al fondo del callejón, había un hombre observando, un europeo que no hacía ademán alguno de ayudar y sonreía como si disfrutase del espectáculo.

—¡Eh! —gritó Bram, acercándose deprisa—. ¡Alto ahí! ¡Soltadla!

El guía le gritaba a su espalda, pero Bram estaba tan decidido a llegar hasta ella antes de que le hicieran daño o se la llevaran que siguió corriendo solo. La rabia le daba fuerzas y velocidad, y le soltó un puñetazo al que tenía más cerca antes de que el tipo pudiera defenderse. Eso permitió a la mujer revolverse contra el que la sujetaba por detrás.

Entraron corriendo en el callejón otros hombres, y el guía gritó que le mandaba refuerzos. El hombre blanco dobló la esquina y se esfumó. Los dos atacantes la soltaron e intentaron huir también, pero Bram aún estaba furioso y no le bastaba con espantarlos. Se proponía averiguar por qué habían hecho aquello, quién era el europeo, porque, si la habían asaltado tan abiertamente una vez, podían volver a hacerlo. Atrapó al hombre al que le había atizado mientras trataba de huir y lo estampó contra la pared con todas sus fuerzas.

De repente, otros le echaron una mano y entre todos lo sujetaron, así que Bram se volvió hacia la mujer. Ella jadeaba, con la ropa desgarrada por arriba. Él se quitó la chaqueta, también algo maltrecha, y se la echó por los hombros.

—Gracias.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No estoy segura.

Ella se acercó al hombre que habían capturado y le dijo algo en chino. El guía

gritó algo a Bram, que reculó asustado. Entonces entró en el callejón otro hombre y los curiosos se apartaron. Le habló a la mujer y después miró al hombre y le bramó algo por lo bajo.

El asaltante parecía aterrado.

La mujer se acercó en silencio a Bram.

—¿Qué pasa? —insistió él.

—Se lo llevan a mi patrón, que es un hombre importante. El señor Lee se encargará del asunto.

—¿Y la policía?

—Los de la *tong* se ocupan, dado que es una afrenta a mi patrón. Aquí tenemos nuestro propio orden público. —La mujer vaciló, mirándose la chaqueta que aún llevaba por encima para ocultar la ropa desgarrada—. ¿Le importa prestarme esto hasta que llegue a casa? Va a tener que acompañarme de todas formas. Mi patrón querrá darle las gracias.

—A su servicio, señorita...

—Saunders.

—Me llamo Bram Deagan.

Esperó, pero ella no le facilitó su nombre de pila.

—Es irlandés.

No era una pregunta, pero a Bram tampoco le pareció que lo dijera con desdén. Tanto en Inglaterra como en Australia había descubierto sorprendido que algunas personas despreciaban a los irlandeses solo por serlo.

Ella salió del callejón, despacio, porque debía responder con una cabezada a todos los saludos de las personas con las que se cruzaba.

—No está lejos.

Pero apenas habían dado unos pasos cuando un palanquín se detuvo junto a los dos y el hombre que lo llevaba le hizo una seña a ella. La mujer mantuvo una breve conversación con él y apareció de la nada otro palanquín.

—Súbase, por favor, señor Deagan. Nos aseguraremos de que vuelva sano y salvo después, así que ya no va a necesitar al guía.

Bram le pagó, lo despachó y se subió al palanquín. Le dio pena el tipo escuálido que lo llevaba.

Se detuvieron a la puerta de lo que su guía había llamado una «tienda-vivienda» cuando habían pasado antes por alguna. Aquella era de las grandes. La señorita Saunders lo llevó adentro.

Una hermosa chica china hizo un aspaviento al ver la ropa desgarrada de la mujer y le disparó una pregunta rápida antes de seguir atendiendo a su clienta.

Cruzaron la puerta trasera de la tienda y Bram se encontró de pronto en un pasillo que conducía, después de varias estancias laterales, a lo que parecía una cocina. Un hombre los aguardaba allí y, mientras ella le explicaba en chino lo sucedido, su semblante se ensombreció. Era el mismo hombre con el que Bram la había visto paseando hacía dos días.

—Este es mi patrón, el señor Lee —le dijo ella a Bram—. Lee-Sang, este es el hombre que me ha salvado, el señor Bram Deagan.

Bram inclinó la cabeza porque, por lo visto, eso era lo que hacía la gente allí, y el otro hizo lo mismo, y lo sorprendió hablándole en su idioma.

—Le agradezco inmensamente su ayuda, señor Deagan. Siéntese, por favor.

Se acercó una mujer mayor y Bram esperó para sentarse, mirando inquisitivo a la señorita Saunders.

—Esta es la madre del señor Lee. Debe llamarla por su nombre completo: Lee Bo Jun.

Bram inclinó de nuevo la cabeza y confió en haber pronunciado correctamente las palabras.

—Encantado de conocerla.

La mujer, en cambio, apenas lo miró, porque, cuando a la señorita Saunders se le escurrió la chaqueta de los hombros, la señora vio lo rota que llevaba la ropa. Haciendo unos aspavientos que no necesitaban explicación, sacó a la mujer joven de allí y subió con ella una escalera de madera.

—Siéntese, por favor, señor Deagan. Disculpe nuestra humilde morada. —Bram se sentó, procurando no curiosear con demasiado descaro. A él no le parecía humilde, sino grande y bien amueblada—. ¿Podría contarme, por favor, qué ha pasado? La gente ha venido corriendo a decirme que a Isabella la habían asaltado y que un hombre blanco la había salvado.

Bram se lo explicó. Notó que el señor Lee se enfurecía cada vez más y volvió

a preguntarse si la señorita Saunders sería su querida. Pero un hombre no solía tener a su querida en la misma casa que a su madre, y seguro que los chinos no eran distintos en ese sentido.

—Le estoy agradecido, señor Deagan. Muy agradecido. Isabella es ya como de la familia.

—Lo he hecho encantado. Permítame que le diga que habla usted muy bien nuestro idioma.

—La tengo contratada como profesora. —Una mirada de reojo y luego—: Solo como profesora. Es aconsejable entender lo que dicen tus socios comerciales. Hablo varias lenguas.

—Yo nunca he tenido oportunidad de aprender otra cosa que la mía, e incluso esa la hablo con acento irlandés.

—Isabella me ha explicado lo de los irlandeses, los escoceses y los galeses. Cuando vuelvan mi madre e Isabella, esperamos que se tome usted el té con nosotros. Por favor, hónrenos con su presencia.

—Lo haré con mucho gusto para asegurarme de que la señorita Saunders se encuentra bien. Es una mujer valiente: se ha defendido como una fiera.

El señor Lee sonrió.

—Muy valiente. Trabaja para mí cuando los suyos no le ofrecen nada. ¿Primera vez que viene a Singapur?

—Sí, solo llevo aquí tres días, pero lo encuentro fascinante.

—¿Y el calor? A la mayoría de los europeos no les gusta.

—Prefiero el fresco, lo reconozco, pero Singapur no sería lo mismo sin ese calor, supongo.

—¿Ha venido a hacer negocios?

—Un poco. Estoy empezando, intento aprender todo lo que puedo.

—Aprender está bien.

Siguieron charlando y, cuando oyeron que las mujeres bajaban la escalera, Bram cayó en la cuenta de que le había contado al señor Lee exactamente lo que lo había llevado hasta allí y el poco dinero que tenía para empezar, y eso le sorprendió. No acostumbraba a desvelar tanta información.

Su anfitrión sonrió.

—Creo que irá bien en negocios, señor Deagan.

Luego fue objeto de una avalancha de hospitalidad, y la señorita Saunders iba diciéndole por lo bajo qué hacer para no ofender a nadie. Isabella, se llamaba, al parecer. ¡Qué nombre tan bonito!

Bebieron un té claro muy refrescante en unos cuenquitos que rellenaban con frecuencia. Eran tan hermosos que no pudo resistir la tentación de pasar la yema del dedo por las flores que adornaban uno de los lados. Después miró de reojo el precioso pelo de Isabella. Estaba claro que era una dama, se lo notaba en la forma de hablar, y estaba muy por encima de él, pero, aun así, podía admirarla, ¿no?

La señorita Saunders iba vestida entonces con un vestido sencillo. No llevaba aquellas faldas con aros que les gustaban tanto a las ricas damas inglesas. Era de un color discreto, un gris verdoso, y le sentaba fenomenal. El tejido debía de ser seda y a Bram le encantaban los destellos que producía cuando ella se movía.

La mujer mayor presidía la mesa y, de cuando en cuando, le disparaba algún comentario en inglés mientras le rellenaba el cuenquito de té. A veces le costaba entenderla porque hablaba a trompicones y se comía el final de las palabras.

Todo aquello resultaba surrealista. ¿Qué hacía allí? En Irlanda era mozo de cuadra, venía de una familia muy pobre, era un hombre que aún no había dejado huella en el mundo, mientras que el señor Lee tenía alrededor un aura de poder completamente inconfundible. Si alguien se dejaba engañar por su humilde entorno, era idiota.

—¿No ha comido aún, señor Deagan? —preguntó el señor Lee.

—Dentro de un rato.

La anciana dijo algo y la señorita Saunders lo tradujo.

—Ah, Yee pregunta si querría almorzar con nosotros. Es un honor que lo inviten, pero la comida será distinta.

—Acepto encantado, pero tendrá que indicarme cómo comer, porque estoy convencido de que no me voy a apañar solo con esos palillos.

—Hace falta práctica. Le sacaremos una cuchara. —Era una cuchara de cerámica, tan gruesa y ancha que resultaba incómoda—. Deje que Ah Yee coma

primero. Luego tómese un bocado de arroz blanco —le susurró la señorita Saunders—. Fíjese en cómo lo hago yo.

Bram hizo lo que le decía y al menos consiguió meterse comida en la boca sin tirársela por encima.

La comida duró un rato. Varios platos, con dos o tres cosas cada uno, pero poca carne. Le pareció deliciosa. Algunos platos los preparaba una doncella joven, otros los traían cuando, a una señal de la señora, la doncella iba a buscar a alguien a la puerta de servicio. Teniendo en cuenta que esos aún estaban calientes, debían de venir de cerca. Rezó para que la comida no le sentara mal, pero, si eso ocurría, habría merecido la pena.

—Creo que no he comido tan bien en mi vida —dijo por fin.

El señor Lee tradujo aquello para su madre, que cabeceó satisfecha.

Cuando se hubo recogido la mesa, el señor Lee se puso en pie.

—Yo acompaño al barco, señor Deagan.

—No quisiera ser una molestia.

Su anfitrión sonrió.

—No molestia. Bueno para usted que lo vean conmigo. No solo está más seguro, sino que encuentra más fácil hacer negocios.

Bram miró a la señorita Saunders, que le sonrió un segundo y agachó la mirada. Él se despidió de la señora Lee y dijo adiós con la cabeza a la hija al cruzar la tienda. Esa vez había dos clientas allí, ambas con aspecto de mujeres acaudaladas. ¿Por qué la gente se empeñaba en dejar bien claro que no andaba falta de dinero? Se preguntó si él llevaría escrito en la frente que era pobre y pasaba hambre.

Por el camino de vuelta al barco, el señor Lee se tomó la molestia de explicarle algunas cosas que veían y Bram escuchó con atención, haciendo preguntas.

Al llegar, le dijo:

—No es un barco grande y no podemos igualar su hospitalidad, pero es bienvenido a bordo, señor.

—Será gran honor visitarlo en otra ocasión.

Antes de que diera media vuelta, Bram le dijo precipitadamente:

—¿Puedo volver a visitarlo, para ver cómo se encuentra la señorita Saunders?

El señor Lee se lo quedó mirando, con la cabeza ladeada, y luego asintió.

—Mando invitación para té, usted y el capitán también. Además, ayudo con negocios si quiere.

Bram no vaciló.

—Se lo agradecería mucho, muchísimo, de verdad.

Cuando el señor Lee dio media vuelta y se alejó despacio, Bram vio que dos hombres lo seguían y le gritó:

—¡Espere! —Corrió tras él, sin quitarles el ojo de encima—. Lo siguen dos hombres.

El otro sonrió.

—Mis propios hombres. Pero gracias por advertencia.

Y siguió su camino.

Dougal ya estaba en cubierta, con mejor aspecto.

—¿Quién era ese?

Así que Bram tuvo que volver a contar la historia entera.

—Debe de ser guapa —dijo Dougal.

—¿A qué te refieres?

—A que, por tu tono de voz y la cara que pones cuando hablas de ella, debe de ser guapa.

Bram titubeó y luego confesó:

—No, guapa no, pero llamativa sí. Atractiva, a veces. E inteligente.

—Extrañas cualidades que admirar en una mujer. A mí me gustan tiernas y guapas, sin pensamientos perturbadores en esas cabecitas.

—Entonces tenemos un gusto muy distinto en cuestión de mujeres.

En cuanto pudo, Bram se retiró a su minúsculo camarote para tumbarse allí a pensar en el encuentro. Su principal conclusión fue que debía volver a verla. «Isabella», dijo en voz baja. Nunca había conocido a una mujer como ella.

¿Acaso era estúpido por pensar en ella como un hombre piensa en una mujer? Ella era una dama y él... aún no era nada. ¿Podía evitar pensar en ella? Sonrió y negó con la cabeza. No, no se la quitaba del pensamiento.

Cuando el señor Deagan se fue, la señora Lee le dedicó a Isabella una mirada extraña.

—Buen hombre. Te salva. Se hace daño —dijo, señalándose el sitio donde el señor Deagan llevaba un cardenal.

Isabella notó que se ruborizaba y se levantó como un resorte; no quería hacer frente todavía a un interrogatorio de una mujer que no dejaría de hacerle preguntas hasta que hubiera averiguado exactamente lo que quería saber.

—Más vale que me cambie de vestido. No entiendo por qué se ha empeñado en que me pusiera el mejor que tengo para estar por casa.

La señora Lee le dedicó una sonrisa cómplice, pero no dijo nada.

En el minúsculo cubículo que Isabella tenía por alcoba, se cambió de vestido. Colgó las faldas con cuidado en los dos ganchos que había en la pared para sujetar las cintas cosidas a la cinturilla y después plegó el corpiño sobre una barandilla. En la planta superior de la casa hacía un calor asfixiante en ese momento del día, así que humedeció un paño en la jofaina y se limpió la cara y las axilas; luego se vistió con ropa de diario.

Nunca llevaba aquellas capas de enaguas que hacían que las faldas de las damas europeas se inflaran, algo que para los chinos era absurdo, pero tampoco se veía vistiendo el atuendo más práctico de pantalón y túnica que llevaban la señora Lee y Xiu Mei, aunque tenía un par de conjuntos para dormir, porque era más respetable en un cubículo sin puerta. Claro que tampoco el señor Lee subía hasta aquella zona de la planta superior después de que hubiera anochecido. Esa parte era solo para las mujeres de la casa.

¿Por qué habrían querido secuestrarla aquellos hombres? Eso era lo que no entendía. No paraba de preguntárselo desde que había ocurrido. Había visto a Renington plantado al fondo del callejón, pero seguro que sabía que iba a meterse en un buen lío con el señor Lee. ¿Cómo pensaba que se saldría con la suya? Eso era lo que la preocupaba.

¿Ya no estaría a salvo si salía sola? ¿O haría el señor Lee algo para evitar que volviera a suceder? Probablemente sí.

Esperaba volver a ver al señor Deagan. Le había gustado hablar con él. Tenía

una sonrisa que le iluminaba la cara entera. No se podía decir que fuera atractivo, pero, desde luego, tenía encanto y era cortés. Hasta a la señora Lee le había caído bien.

Después de dejar a Bram en el barco, Kar Ho siguió paseando tranquilo, complacido de que el irlandés hubiera querido protegerlo hacía un momento. No es que lo necesitara, pero demostraba que tenía buen corazón y era fiel a sus amigos. Fue a uno de sus almacenes, donde habló con el hombre al que habían capturado. Su guardaespaldas tuvo que ser brusco con el tipo porque, al principio, se negaba a hablar.

Lo que Kar Ho averiguó lo dejó preocupado, y mandó al hombre a hacer un trabajo muy desagradable en una mina de la que le iba a costar escapar.

Otros lo habrían matado, pero a Kar Ho le gustaba sacar provecho de todo, para él, para su familia e incluso para la mujer que le había enseñado a hablar inglés. Isabella trabajaba sin rechistar con su madre y su hermana, haciendo todo lo que le pedían, y él ya la consideraba una más de la familia.

Lo que aún no había decidido era qué beneficio iba a sacar de dejarle marcharse en busca de su prima. Pero lo haría, porque ella estaba resuelta a irse. Y la familia era importante, en eso él estaba de acuerdo.

Esa noche, Bram se puso sus mejores ropas para ir a cenar a casa de los Wallace, contento de que la tormenta de esa tarde hubiera despejado el aire. Claro que no iba ni mucho menos tan bien ataviado como su amigo.

Dougal se lo quedó mirando.

—Vas a tener que comprarte ropa más elegante. Y es preferible que lo hagas aquí. Es mucho más barata y esos sastres saben imitarlo todo. A mí me lo suelen hacer todo aquí.

—Me lo pensaré. —Bram prefería ahorrarse el dinero e invertirlo en mercancías a malgastarlo en ropa que no se iba a poner—. Igual es mejor que no vaya hoy. Les puedes decir que estoy malo, que algo me ha sentado mal.

—No. Les gusta conocer a gente nueva y tienen la casa siempre abierta a los europeos. Les diré que has perdido parte del equipaje.

—¿Y se lo van a creer?

—Fingirán que sí.

El señor Wallace era un hombre rechoncho y rubicundo que sudaba profusamente a pesar de los ventiladores del techo con los que movían el aire caliente.

—¡Qué cardenal más feo lleva ahí! ¿Se ha metido en una pelea, Deagan?

Bram se encogió de hombros.

—Dos chinos estaban asaltando a una mujer inglesa. He ayudado a espantarlos.

Wallace lo miró extrañado.

—No estoy al tanto de eso y me entero de todos los chismes. ¿Quién era ella?

—La señorita Saunders.

—¡Ah, esa!

Bram se agarrotó.

—¿Por qué habla de ella en ese tono?

—Se ha vuelto nativa, vive con los chinos.

—Sé dónde vive. La he llevado a casa después.

—Un segundo, que a mi mujer le va a interesar esto —dijo Wallace, volviéndose hacia su esposa—. Dorothea, querida, este es Bram Deagan. Ha rescatado hoy a esa mujer, la Saunders, y la ha acompañado a casa.

—Encantada de conocerlo, señor Deagan. —Se inclinó ligeramente hacia delante, impaciente—. ¿Cómo es la casa? Me cuesta creer que aún viva con ese hombre.

Aquello incomodó aún más a Bram, al que le estaban dando ganas de largarse de allí si seguían hablando así de la señorita Saunders. Solo que eso no les iba a hacer ningún bien a ninguno de los dos, así que contestó en voz baja:

—Ella no vive allí como creo que usted piensa. Es todo muy respetable. La madre de él lleva la casa, una anciana muy severa, y la hermana vive allí también. Las he conocido a las dos y estoy convencido de que la señorita Saunders vive en circunstancias de absoluto decoro.

—Ah —respondió la señora Wallace algo decepcionada, y eso fastidió a Bram, que tuvo que controlar su temperamento.

—Me he quedado a comer con ellos —añadió.

A ella le brillaron los ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tal la comida?

—Excelente, aunque, como no me las apaño con esos palillos, me han tenido que dar una cuchara. La comida la ha servido una doncella y había otra ayudando. Dinero no les falta.

—Ah... Bueno, me alegra saber que la señorita Saunders no está..., eh..., en peligro. Estuve a punto de contratarla como institutriz, pero es demasiado guapa y tengo un hijo en edad impresionable.

—Ese tal Lee está en todos los ajos —terció Wallace—. Ahora viven modestamente, pero se dice que algún día será muy rico, incluso para el estándar europeo.

—No me sorprendería. Me ha parecido muy inteligente, y habla bastante bien nuestro idioma gracias al trabajo de la señorita Saunders. La madre y la hermana también hablan un poco de inglés.

Bram consiguió cambiar de tema después de eso, pero otros invitados seguían sacándolo y él se veía obligado en cada ocasión a insistir en su certeza sobre la respetabilidad de la señorita Saunders.

Se alegró cuando Dougal le hizo una seña para indicarle que debían irse.

Cuando se alejaban ya de la casa, vio que su amigo sonreía.

—¡Menuda la has armado! Estaban todos convencidos de que tu joven dama vivía en pecado.

—Pues no es así. Dudo que haya una casa menos pecaminosa que esa, como tú mismo verás cuando te lleve a comer allí.

—Lo estoy deseando. Nos conviene tener aliados comerciales como él.

2

Esa noche el señor Lee no salió. Se sentó a hablar con su madre y su hermana, y luego se dirigió a Isabella.

—Me gusta el joven.

Ella se preguntó qué insinuaba, porque Lee no daba puntada sin hilo.

—¿El señor Deagan? Sí, parece agradable.

—Tenemos deuda con él por salvarte. ¿Lo ayudo a empezar como mercader?

—Eso decídalo usted, pero yo, desde luego, le deseo lo mejor.

—Tú también debes decidir, Isabella.

—No le entiendo.

Lee respondió con evasivas, como de costumbre.

—Tengo hombres vigilando muelles todo el tiempo. Renington ha zarpado de Singapur esta noche, rumbo a Calcuta, luego a Inglaterra. No atreve a quedarse después de asaltarte. Creo que él quiere llevarte. Te mira mucho.

Isabella se preguntó qué tendría que ver con Deagan aquel giro de la conversación.

—Si Renington se ha ido, eso es buena noticia, ¿no? Estaré a salvo aquí.

—No a salvo si vuelves a Inglaterra sola.

—Es un país grande. Hay mucha gente. No me lo voy a encontrar. Y si Alice está allí...

Lee juntó los dedos de ambas manos como si fuera a rezar y se los miró fijamente.

—Uno vio a Alice marcharse con otro hombre, no Renington. Barco no iba a Inglaterra, iba a Australia.

Isabella cerró los ojos un segundo y notó que las lágrimas de alivio le corrían

por las mejillas.

—Está viva, entonces.

—Estaba. Ahora no sabemos. Te digo mucho. Nunca sabemos hasta que hay prueba.

—Pero es probable.

Sabía que ella podía llegar a ser muy impulsiva. El señor Lee nunca lo era.

—El apellido del hombre era... ¿Cómo se dice...? B-e-a-u-fort.

—Creo que se pronuncia «bofot».

—Ah, fácil de decir.

—¿Seguro que Alice se fue con él?

—Sí, casó en iglesia primero.

—¿¡Se ha casado!? ¿Qué clase de hombre era? ¿Tenía dinero? ¿Era honrado? No sería otro Renington, ¿verdad?

—Era hombre tonto. No bueno con dinero. Familia manda a Australia. Primero visita a amigos aquí. Aunque los criados gustan. Los trata bien.

—¿Y seguro que se ha casado con mi prima?

—Ah, y luego cogen barco a Sídney.

—Entonces puedo ir allí a buscarla.

Lee titubeó, preocupado, algo impropio de él. Ella esperó pacientemente.

—Tú no vas a buscar sola. Joven sola es gran peligro, como hoy. Necesitas familia que cuida de mujer joven. No tienes familia, pero buscamos una ahora.

Isabella notó que se le saltaban las lágrimas solo de ver lo mucho que se preocupaban por ella. Les debía tantísimo.

Se hizo de nuevo el silencio. La madre de Lee soltó algo en chino y él asintió, luego se volvió hacia Isabella.

—Cuidamos de ti, buscamos a Alice y encontramos provecho para mí.

Isabella no alcanzaba a imaginar cómo iban a conseguir eso.

—¿Cómo?

—Con ayuda de señor Deagan.

—Si lo ayudamos con sus negocios, ¿él me ayudará a buscar a mi prima? ¿A eso se refiere?

Lee rio suavemente.

—Eso no basta para protegerte.

La madre se impacientó.

—Señor Deagan, buen hombre. No tonto. Tú casas con él, tú a salvo.

Isabella se la quedó mirando espantada y después se volvió hacia el señor Lee, que siempre tenía la última palabra en la familia.

—¡No lo dirán en serio!

—No casas señor Deagan si no gusta, pero a mí gusta. A mi madre gusta también.

—A lo mejor ya está casado.

—No casado. Yo pregunta cuando vamos a barco.

—Pero puede que esté prometido. Ya no es un chiquillo.

—Yo habla con él, pregunta si dispuesto, hace preparativos. —Hizo una pausa y, al ver que ella no decía nada, añadió en voz baja—: Luego tú ayuda a él con negocios, él ayuda a ti a encontrar prima en Australia. Yo manda género. Hace más dinero. Beneficio para mí y para ti también. Buena esposa para mercader.

A Isabella le daba vueltas la cabeza. Le costaba creer que se lo estuviera planteando siquiera, pero lo estaba haciendo.

—Apenas conozco al señor Deagan.

—No conoce ningún hombre hasta que vive con él —terció Ah Yee con una risita.

—Pedimos que venga otra vez —dijo Lee en su tono suave pero implacable —. Conoces mejor. Yo conozco mejor. Luego decidimos.

Isabella no se negó en redondo porque Lee parecía muy satisfecho de su arreglo, que, en el fondo, era muy práctico, pero se resistía a casarse con un hombre al que no conocía. Eso era como meterse en la boca del lobo.

Claro que el señor Deagan tampoco parecía un lobo. Se le veía... amable... y tonto no era.

Además, la idea tenía sentido.

¡No, no podía hacer algo así!

En Australia Occidental, Conn Largan cabalgó hasta Perth. Le había dicho a su mujer que a lo mejor tardaba varios días en volver, así que se lo tomó con calma. No le venía mal alejarse de casa de vez en cuando, y podía confiar en que el responsable de las caballerizas se asegurara de que los caballos que estaban criando recibían todos los cuidados.

Resolvió varios asuntos de negocios tanto en el Post Office Savings Bank como en la Perth Building Society. Como habían quebrado demasiados bancos en Australia Occidental, no tenía todo su dinero en un sitio.

Después fue a ver unos potrillos sobre los que le había escrito un intermediario, pero los rechazó a todos. Lo disgustaba ver lo crueles que eran algunas personas con los animales, que antes de que tuvieran tiempo de hacerse adultos ya los estaban usando para trabajos duros.

Como se había ofrecido a financiarle a Bram su negocio, se empeñó en ir después a Fremantle, a ver si por casualidad había algún terreno a la venta. Seguramente sería más fácil encontrar una tienda nueva en el puerto que en Perth, y también habría más posibilidades de adquirir el género en el interior de la colonia. Debían encontrar un sitio donde construir la tienda, y en eso lo podía ayudar.

Estaba convencido de que Bram triunfaría. De pequeños, Bram siempre había destacado entre los otros chiquillos del pueblo, no solo porque aprendía más rápido, sino también porque se le ocurrían formas distintas de abordar las tareas cotidianas.

Al salir de Perth, Conn cruzó en el ferry a la orilla sur del río Swan y cabalgó tranquilamente hasta Fremantle, el puerto de la capital. Aún no había llegado a Fremantle por la orilla norte y debía hacerlo algún día. Aquello ya era fácil gracias al puente del puerto, levantado por los presos. Contempló la enorme construcción al pasar a caballo por delante de ella, hecha de piezas de madera cruzadas que se alzaban varias plantas para que pudiera atravesarse por encima y los barcos cupieran por debajo. ¿Cuánta madera habrían necesitado para montar aquella monstruosidad? Prefería los puentes de piedra irlandeses, mucho más elegantes.

Al llegar al manicomio, se estremeció y miró a otro lado. Su primera esposa

había muerto allí. Aún le escocía que su padre lo hubiera obligado a casarse con ella por la dote, ocultándole la cortedad mental de ella y su extraño comportamiento. Cuando Conn había intentado anular el matrimonio, su padre había falsificado pruebas para que lo condenaran por traición, y por eso lo habían deportado a Australia.

Procuró olvidarse de todo aquello. De nada servía ya darle vueltas. Su padre había muerto, la condena estaba a punto de invalidarse gracias a la ayuda de su hermano mayor desde Irlanda, y él había vuelto a casarse con una mujer maravillosa. Maia y su hijo, Karsten, eran la luz de su vida.

Sonrió mientras cabalgaba. El que estuviera limpiando su reputación, y que eso se supiera en la colonia, le otorgaba la tranquilidad necesaria para salir más a la calle.

No quería que su mujer y sus hijos vivieran enterrados en el campo. No había granjas tan aisladas como las de Australia Occidental, seguro, sitios por los que no se veía pasar a nadie en semanas. No estaba mal para un hombre deportado injustamente que buscaba refugiarse de un mundo hostil, pero no para un abogado que podía andar con la cabeza bien alta en cualquier sociedad.

Primero pasó por la casa de los McBride, algo que siempre hacía cuando estaba en Fremantle. Bram y Dougal, claro, aún no habían vuelto de su viaje a Singapur, pero quería saber para cuándo los esperaban.

—¿Dónde te alojas esta noche? —le preguntó la señora McBride.

—Me encantaría quedarme aquí si es posible. ¿Hay alguna habitación libre?

—Sí, solo tenemos un huésped, un anciano caballero que viene de Sídney. Estaba muy cansado. Dice que el vapor de la costa no es nada cómodo. Pobre hombre, no parece muy sano. Le estamos dando bien de comer.

—Pues voy a llevar el caballo a las cuadras.

Ella hizo una mueca.

—El dueño del sitio al que lo llevabas antes murió de repente y he oído decir que su hijo no cuida los caballos tan bien como él.

Conn le dejó las alforjas y cabalgó hasta las cuadras. No desmontó; se quedó en el caballo, estudiando ceñudo el sitio, que revelaba indicios claros de abandono y olía como si llevaran un tiempo sin recoger los excrementos de los

animales, algo que no pintaba bien para su yegua. Estaba a punto de marcharse en busca de otra cuadra donde dejarla cuando vio junto a la puerta un cartel de madera con las palabras grabadas a fuego, de forma tosca: CUADRAS EN VENTA.

Se quedó allí un buen rato, meditándolo, hasta que la yegua empezó a inquietarse, a revolverse en el sitio, a relinchar flojito. Desmontó y se acercó a la cabeza de Gypsy.

—Perdona, chica, me había olvidado de ti.

Con el sonido de su voz, se oyeron unos pasos cansinos que se acercaban a la puerta, y entonces apareció George Mundy, el hijo del dueño anterior.

—¿Busca una cuadra donde dejar a la yegua, señor Largan?

Como el tipo no tenía muy buen aspecto, Conn le respondió bruscamente:

—Si estás borracho a esta hora del día, no. Me importan demasiado mis caballos para dejárselos a alguien en semejante estado. Siento mucho lo de tu padre. Era un buen hombre y sabía mucho de caballos.

George lo miró ceñudo.

—Todo el mundo me dice lo mismo: que lo sienten mucho por él. Nadie dice que qué pena que les contagiara las fiebres a mi mujer y a mi hijo, ni que lamentan que ellos murieran poco después que él. Nadie dice eso, ¿eh?

Conn vio que le rodaban las lágrimas por las mejillas enjutas y se le pasó un poco el enfado.

—Pues claro que lamento eso también. No estaba al tanto de tus otras pérdidas. ¿Por qué vendes las cuadras?

—Porque estoy harto de verlas, por eso. Y harto de esta condenada ciudad. Me recuerda a ella. A ella le gustaba esto, le encantaba el sol, ¿y de qué le sirvió? Me vuelvo a Inglaterra en cuanto tenga el dinero de la maldita «herencia». Vine aquí a hacer fortuna, no a enterrar a mi esposa y a recoger mierda de caballo con una pala.

Ya había oído otras historias tristes como esa, se dijo mientras desmontaba y ataba a la yegua. Mundy tenía suerte de haber llegado allí siendo un hombre libre. A los presos no se les permitía volver a casa.

Él podría regresar cuando quedara anulada su condena, pero no tenía claro si iba a volver, con todo lo que había pasado allí, y menos habiendo muerto ya su

madre. Cuando la vida te obligaba a avanzar, te cambiaba. Gracias a Dios, a Maia le encantaba aquello, aunque echara muchísimo de menos a su hermana gemela.

—¿Tienes un poco de agua para mi yegua?

George se fue sin ganas y volvió con un cubo.

Conn escudriñó el cubo y vio que el interior y el agua estaban limpios, así que se lo ofreció a su yegua, que metió el hocico dentro.

—¿Cuánto pides por este sitio, George?

—Quinientas libras.

—¡Qué dices! No vale eso ni de lejos.

—No lo voy a regalar. Viene con un pequeño terreno.

—¿De cuánto?

—Algo más de media hectárea, con los cobertizos y todo eso.

—Enséñamelo. —Conn recorrió la finca con él y lo sorprendió agradablemente lo grande que era el terreno. Cuando terminó el recorrido, le dijo —: Me interesa, pero no pienso pagarte esa barbaridad que pides. Además, antes de plantearme siquiera hacerte una oferta, tengo que indagar por ahí y asegurarme de que el terreno y los edificios son tuyos de verdad. Entretanto, ¿tienes una cuadra lo bastante limpia para mi yegua?

Mundy asintió con la cabeza, de pronto dispuestísimo a cooperar.

—Tenemos buenas cuadras, como bien sabe. Papá las hizo a conciencia para que duraran. Les falta una mano de pintura, nada más.

Conn no comentó nada.

Cuando volvió a casa de los McBride, ya era la hora de la cena y pidió disculpas a su anfitriona mientras se sentaba a la mesa con ella y con la hija de esta.

—Estoy pensando en comprarle a Mundy las cuadras.

La señora McBride lo miró espantada.

—¿Te vas de Galway House?

—No. Bueno, no de forma permanente. Pero tengo un hijo que va a necesitar unos estudios, y tendremos más hijos algún día, espero. No quiero tener a Maia enterrada en la espesura por los siglos de los siglos. No diga ni una palabra a

nadie, si no le importa. Quiero ser discreto. A fin de cuentas, aún no he limpiado del todo mi reputación.

Según avanzaba la noche, le dio pena de la hermana de Dougal. La pobre Flora parecía estar a entera disposición de su madre y, por lo visto, algunas de las órdenes que le daba no le hacían mucha gracia, por muy amablemente que se las diera. A menudo se compadecía de las hijas solteronas, atadas al delantal de sus madres por la falta de dinero.

A la mañana siguiente volvió a Perth, subiendo el río, esa vez, en el vapor de ruedas, porque era mucho más rápido, y regresando del mismo modo.

Al volver, fue directo a la finca de Mundy para ver cómo estaba su yegua y se encontró a George dormido encima de las balas de paja cercanas. Conn arrugó la nariz asqueado. Una vez más, el tipo apestaba a alcohol, pero al menos la yegua no parecía haber sido víctima de su negligencia. George debía de haberle dado de comer y de beber antes de emborracharse como una cuba.

Oyó un rumor en la paja. ¿Ratas? ¿O un gato? Debía de haber por lo menos uno en unas cuadras como aquellas para controlar a los bichos, pero aquello sonaba a algo más grande.

Decidió fingir que se iba y luego volvió con sigilo a la puerta y aguzó el oído.

El ruido se acentuó y, de entre las balas de paja, salió un hombre, sacudiéndose la paja del cuerpo para acercarse después a la yegua y hablarle en voz baja.

Conn volvió a entrar en las cuadras sin molestarse en no hacer ruido y el hombre se giró bruscamente con cara de pánico.

—¿No te conozco de algo?

El tipo se encogió de hombros y, tras titubear, asintió con la cabeza.

—Vine aquí en el mismo barco que usted.

—Les, ¿no?

—Sí, señor. Les Harding.

—¿Por qué te escondes?

—Se supone que trabajo para un hombre en otras cuadras, unas calles más allá, pero nos da mal de comer y nos zurra cuando está molesto por algo. Tampoco trata mejor a los animales. Hui hace unos días después de que me

hiciera esto —dijo, señalándose un enorme cardenal amarillento que tenía en la cara—. Si me cogen, me veré en un gran lío. Solo estoy en libertad provisional y ya he tenido problemas antes.

—¿Y qué haces aquí?

—Esconderme. Mundy ni se entera y, además, los pobres caballos no tendrían ni comida ni agua la mitad del tiempo si yo no estuviera aquí. No soporto que se maltrate a un animal.

—¿Tienes hambre?

Les cabeceó afirmativamente.

Conn recordaba lo que era pasar hambre cuando era preso porque, al principio, no era capaz de tragarse la bazofia que le daban.

—Voy a comprarte algo de comer y luego hablamos.

Salió y encontró una panadería donde aún les quedaban unas hogazas de pan. Después de comprar una, cogió en otra tienda algo de jamón con el que acompañarla y volvió a la cuadra.

Se encontró a Les acariciándole el hocico a Gypsy, y la yegua, que no dejaba que se le acercara cualquiera, le devolvía las caricias encantada.

Conn puso el pan y el jamón encima del pañuelo, sobre las balas de paja; luego se sacó la navaja del bolsillo, cortó un trozo de pan y cogió un pedazo de jamón del papel. Le hizo una seña a Les y este, con manos temblonas, los aceptó. Fue discreto y no los devoró, aunque, sin duda, estaba muerto de hambre.

Mientras tanto, el dueño de los establos yacía en un montón de paja, roncando a intervalos más o menos regulares, ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

—Tengo que hablar con Mundy —dijo Conn cuando Les se hubo comido su parte—. ¿Cuándo calculas que estará razonablemente sobrio?

—Suele despertarse más o menos dentro de una hora y trabaja un poco por aquí, no mucho; después sale a beber otra vez.

—Parece que se te dan bien los caballos.

—Sí, señor. Siempre me han gustado los animales. Trabajaba en una granja.

—¿Por qué te han deportado?

—Por robar.

Había robos que Conn consideraba más perdonables que otros.

—¿Qué robaste?

—Comida. Mis hijos tenían hambre.

Un cuento demasiado habitual.

—¿Trabajarías para mí?

—Lo haría si pudiera, pero, como le he dicho, he huido de mi amo. Cuando me pillen, me castigarán, probablemente me metan en la cárcel.

—Si consigo arreglarlo, ¿trabajarás para mí?

Sabía que estaba siendo un blando, pero, habiendo vivido en sus propias carnes las humillaciones de estar preso, de encontrarse a merced de otros hombres, a menudo brutos, entendía bien el infierno que era ese tipo de vida. Había patrones que se aprovechaban de la situación para maltratar a los que estaban en libertad condicional. Además, estaba en deuda con Les por cuidar de Gypsy.

Fue a avisar a la señora McBride de que llegaría tarde a cenar; luego volvió a los establos y, perdiendo la paciencia con aquel despojo de hombre que no paraba de roncar, empezó a zarandear a Mundy para despertarlo.

Cuando Mundy por fin comprendió que Conn quería hacerle una oferta por las cuadras, le dijo:

—Un momento... —Metió la cabeza en el barril de lluvia y se frotó el pelo chorreante con una toalla sucia—. Mejor entramos en la casa.

—También quiero echarle un vistazo.

Estaba pegada a las cuadras y tenía un jardincito detrás, protegido por una valla desvencijada. La casa era poco más que una cabaña de cuatro estancias, que encima eran pequeñas. Se dirigió a la puerta de la vivienda para examinar los cobertizos de la loma, en los que no había entrado.

—No costaría mucho hacerlos nuevos —dijo Mundy—. El grande tiene goteras en el techo y se han desprendido algunos tablones de las paredes, pero, en un edificio de madera, siempre se puede clavetear otro tablón encima.

—Mmm... —dijo Conn, volviendo con él dentro a la casita.

Alguien le había tenido en su día el suficiente cariño a aquel sitio como para bordar paños para ponerlos debajo de los candelabros y disponer adornos en la repisa de la chimenea. Los adornos estaban cubiertos de polvo y los paños,

manchados de cera. En el alféizar de la ventana había una lámpara de aceite desmontada, con el tubo ennegrecido y tirado de canto y el depósito bulboso de aceite vacío.

Conn ocupó el sitio que le ofrecían y se dispuso a negociar con dureza. Al final llegó a un acuerdo de compraventa. Como no le apetecía que aquel tipo volviera a emborracharse, redactó él mismo un contrato sencillo y se llevó a George a la panadería para tener un testigo allí mismo y en aquel preciso instante. Le pagó a George un depósito, también en presencia del panadero, para sellar el trato.

Cuando volvían, al pasar por la taberna, George se lamió los labios.

—Podríamos sellar el trato con un trago.

—No bebo. A ver, ¿cuándo puedes desalojar la casita? Te pagaré el resto del dinero tan pronto como abandones la finca.

—¿Vas a vivir aquí? Pensaba que tenías una casa en el campo.

—Y la tengo, pero también quiero tener una en la ciudad. Voy a dejar a alguien aquí para que vigile esto por mí.

—Puedo encontrar fácilmente otro sitio donde vivir, pero no me voy a ir hasta que me pagues.

—Para que te lo gastes en cerveza, ¿no?

George negó con la cabeza.

—No, aunque lo voy a celebrar un poco, claro. Había perdido la esperanza. Nadie parecía interesado en comprar. Ahora que tengo dinero, me vuelvo a Inglaterra tan pronto como tenga pasaje.

—Igual tienes que bajar a Albany para pillar el vapor.

—Buena idea. Consígueme el dinero y me largo.

Desde allí, Conn fue a ver al anterior patrón de Les y lo obligó a firmar una cesación de empleo a cambio de una pequeña remuneración «por las molestias».

Cuando subió a Perth al día siguiente, no fue solo para sacar el dinero del banco, sino también para preguntar qué debía hacer para que le asignaran a Les Harding. Aquello le resultó más complicado de lo que esperaba, porque se topó con un funcionario que parecía más dispuesto a castigar a Les que a verlo desempeñar un trabajo provechoso. No creía que Conn fuera a lograr limpiar su

historial tampoco. De no ser porque uno de los curas con los que había tratado pasaba justo por allí y pudo dar fe de que lo que decía era cierto, no habría llegado a ninguna parte. Aun así, el funcionario se empeñó en llamarlo «Largan» y tratarlo con condescendencia.

Costaba no albergar la esperanza de devolverle algún día aquellas ofensas gratuitas. Se quedó con la cara de aquel tipo.

Y, aunque Conn tenía pensado dejar a Les al cuidado de las cuadras, ya no estaba tan convencido de que fuera seguro. No siempre era fácil hacer gestiones en la colonia, sobre todo para un exconvicto que aún no había sido exonerado.

No había olvidado lo mucho que escocía, ni lo haría nunca.

3

Cuando su amigo Dougal hubo vendido su cargamento principal de sándalo y estaba negociando uno que llevarse, además de comprar algunos artículos para sí, Bram ya había decidido más o menos qué clase de género podía llevarse él y venderlo provechosamente: sobre todo vajillas, cristalerías y vidrios para ventanas en esa ocasión, se dijo. Quizá unos cuantos perfumes y puede que incluso alguna que otra alfombrita de esas suaves tan bonitas, si le llegaba el dinero.

Le habría gustado llevarse algunas de aquellas telas y sedas tan hermosas que había visto a la venta, pero le parecía que no sabía lo suficiente sobre esos productos, ni sobre las modas de las damas para las que se usaban. ¿Cuánta tela hacía falta para hacer una de aquellas faldas abombadas que llevaban las mujeres más ricas o una falda sencilla como las de las mujeres corrientes? Tendría que averiguarlo.

Un par de días después de su encuentro, el señor Lee se acercó tranquilamente al muelle y se detuvo junto al *Bonny Mary*. Los dos hombres que lo escoltaban se detuvieron a cierta distancia, como la vez anterior. Bram bajó corriendo por la pasarela para saludarlo, ya del todo habituado a inclinar la cabeza en vez de estrechar la mano.

—Suba a bordo, por favor. ¿Le apetece un té o un vino, señor?

—Vino no, pero té muy bien. —Subió al barco con Bram—. No es barco grande.

—No, es una goleta. Pertenece a mi amigo, el capitán Dougal McBride.

Lee agachó la cabeza y paseó despacio por cubierta, explorando con la mirada todos los elementos de navegación, uno detrás de otro.

Bram cayó de pronto en la cuenta de que estaba comprobando el estado de la embarcación. Pues allí no iba a encontrar nada estropeado. Dougal insistía en que todos los cabos estuvieran cuidadosamente enrollados y guardados, en que se restregara y se mantuviera limpio hasta el último centímetro del barco.

Pero el señor Lee parecía un hombre astuto y, si quería asegurarse de que el barco se encontraba en condiciones de navegar y estaba bien cuidado, ¿por qué impedírselo? Bram habría hecho lo mismo en su lugar. Se alegró cuando Dougal apareció en cubierta y pudo dejar que su amigo se enfrentara al discreto interrogatorio sobre la embarcación y su cargamento mientras él supervisaba la preparación del té.

De nuevo en cubierta, dejó la bandeja con cuidado y dijo:

—Por favor, tómese una taza antes de que se enfríe.

Ni siquiera en el barco tenían leche para el té, y tampoco importaba mucho, pero habría querido disponer de una taza más bonita en la que servirlo. Su invitado la cogió con una sonrisa y bebió a sorbitos, al parecer complacido.

En cuanto terminó, el señor Lee inclinó la cabeza primero hacia Bram y luego hacia Dougal.

—Nosotros ofrecemos hospitalidad: vengan a comer con nosotros esta noche o mañana, lo que prefieran.

—Aceptamos encantados —contestó Bram enseguida, recordando la deliciosa comida que le habían servido la última vez, pero, sobre todo, pensando en Isabella Saunders.

Cuando Lee se marchó, Dougal le dijo:

—No sé yo si me convence mucho lo de la comida china. Ya se me ha descompuesto el estómago una vez desde que llegamos.

—Es deliciosa y a mí no me sentó mal.

—Pero no sabes lo que comes.

—¿Y qué más da? La comida que me dieron era mucho mejor que cualquier cosa que yo comiera durante mi infancia. Además, si ellos también se la comen, no te va a sentar mal solo a ti, ¿no? Seguro que tienen más claro lo que se puede comprar que tu cocinero inglés.

—Vale, vale, está claro que estás deseando ir —le dijo Dougal con una

sonrisa y un codazo—. Deseando volver a ver a la señorita Saunders, ¿eh? Es una mujer extraordinaria. La vi de lejos. No podría haber sido otra, con ese pelo —añadió y, guiñándole un ojo, siguió con sus cosas.

Bram se quedó junto a la barandilla, contemplando el ajetreo de abajo, pero sin ver nada en realidad. Hasta Dougal se había percatado de su interés en Isabella Saunders. Bueno, es que era muy atractiva y una excelente compañía... Suspiró y no se permitió continuar. No estaba en condiciones de cortejar a nadie, con su sustento en semejante estado de incertidumbre.

Además, ella era una dama, aunque no tuviera mucho dinero. ¿Y qué era él sino un tosco campesino con escasa educación? Seguro que a alguien como ella le importaba mucho aquella diferencia.

En cualquier caso, le apetecía volver a verla.

Hecha un manojo de nervios, Isabella ayudaba a Xiu Mei a arreglarse para sus invitados, y, claro, esta se dio cuenta, le arrebató el cepillo y terminó de recogerse el pelo sola, practicando su inglés mientras lo hacía.

—¿Tú gusta ese hombre?

—¡No lo conozco!

—A mi hermano gusta.

—Sí, pero no tengo intención de casarme con alguien que complazca a tu hermano. Elegir marido es demasiado importante.

Xiu Mei soltó una carcajada cantarina.

—Si mi hermano dice casas, tú casas.

Isabella no lo negó. El señor Lee nunca era violento, pero, como se le metiera algo entre ceja y ceja, lo conseguía. Ella agradecía la sensación de seguridad que le había proporcionado trabajar para él, pero de pronto tenía dudas, le parecía que la estaba empujando de cabeza a algo de lo que no estaba convencida. Aunque el señor Deagan le gustaba bastante. Era... agradable.

Repasó mentalmente algunas de sus virtudes: tenía una sonrisa preciosa, parecía amable, trataba a los Lee con respeto... y se había precipitado a salvar a una desconocida cuando la habían asaltado aquellos tipos. Solo que aquello

seguía sin ser suficiente para casarse con él. Claro que le solucionaría el problema que tenía en esos momentos.

Ojalá las mujeres no dependieran tanto de los hombres, ojalá ella tuviera ingresos propios, lo justo para vivir como le apeteciera, tampoco era avariciosa. Pero, aunque había estado ahorrando mucho y viviendo frugalmente desde que había aceptado el trabajo, solo le llegaba para aguantar unos meses, y, si se gastaba parte de ese dinero en un pasaje a Australia para ir a buscar a su prima, volvería a verse en apuros, sin apenas dinero ni un sitio donde vivir.

El recuerdo la estremeció. No quería sentirse nunca más tan desvalida.

Cuando bajó, otra vez con su mejor vestido, Lee la miró ceñudo.

—¿Misma ropa?

—Es lo mejor que tengo.

—Necesita más ropa.

Se volvió hacia su hermana y hablaron tan rápido que Isabella solo pilló la mitad de lo que decían, pero Xiu Mei asintió y sonrió como si lo que él decía la complaciera.

El chiquillo escuchimizado que vigilaba la puerta de la tienda, que habían cerrado el resto de la tarde, entró corriendo para decirles que dos forasteros enormes se acercaban por la calle.

El señor Lee salió a la puerta a recibir a las visitas y los hizo pasar a la sala del fondo, que ese día habían limpiado con especial cuidado aunque no estuviera sucia.

Isabella se ruborizó cuando Bram le sonrió, y luego se enfureció consigo misma por tartamudear como una boba, así que cerró la boca y dejó que Lee llevara la conversación, algo que hizo con su habitual delicadeza.

—¿Usted vive en colonia del río Swan, capitán McBride?

—Sí, en el puerto de Fremantle. Es un sitio pequeño comparado con Singapur, pero es el puerto principal de la colonia.

—Sídney es más grande, dice Isabella.

—Mucho más grande, pero a mí me gusta vivir en la colonia del río Swan.

—¿Usted casado? —preguntó Ah Yee con su descaro de siempre.

Dougal negó con la cabeza.

—No, estoy demasiado ocupado con mi barco y ganándome la vida comerciando.

—Necesita mujer e hijos. ¿Trabaja para qué, entonces? —Se volvió hacia Bram—. Usted también necesita casar.

—No hasta que cuente con un colchón económico. Vengo de..., eeh..., una familia de campesinos y tengo que abrirme camino en el mundo.

Isabella tuvo que traducirles la palabra *campesinos* y tanto el señor Lee como su madre cabecearon en señal de aprobación, porque también ellos lo eran.

—El señor Lee también empezó sus negocios modestamente, labrando la tierra —le dijo Isabella al señor Deagan.

—Siendo así, admiro aún más lo que ha conseguido, señor —dijo él con evidente franqueza.

Poco después, Dougal se volvió hacia Xiu Mei y le preguntó:

—¿Trabaja en la tienda con esas telas tan bonitas? —Ella asintió—. Si vuelvo mañana, ¿me ayudarán usted y la señorita Saunders a elegir unos paños para regalárselos a mi madre y a mi hermana?

Isabella tuvo que intervenir y asegurarse de que su amiga lo había entendido, y accedieron a echar un vistazo a las telas por la mañana y elegir unas adecuadas.

Ah Yee, que, como su hermano, siempre andaba buscando el negocio, asintió satisfecha.

—Si este viaje prospera —dijo Bram—, me gustaría comerciar con telas para vestidos algún día, sobre todo con sedas. Son preciosas. —Miró de reojo la lustrosa falda de Isabella; luego volvió a mirar enseguida a su anfitrión—. Quizá dentro de un año o dos su hermana pueda mandarme unas cuantas piezas de tela cada vez que el capitán McBride venga aquí...

—¿Usted no vuelve?

Bram se estremeció.

—No soy un buen marinero. Me pongo muy malo en aguas bravas. Quería venir por lo menos una vez para ver qué podía encontrar aquí, pero, cuando vuelva a Fremantle, espero no tener que volver a ir en barco a ningún sitio por mucho tiempo.

Isabella tradujo aquello también en voz baja a las dos mujeres, para las que el señor Deagan hablaba demasiado deprisa y con un acento irlandés que las confundía aún más.

—Mañana hablamos negocios —dijo el señor Lee—. Tengo ideas para ayudar, que benefician a mí también.

Sonrió a Isabella con tranquilidad y le dedicó una pequeña seña con la cabeza, de forma que ella supo de inmediato que había decidido que el señor Deagan iba a ser un buen marido. Le dieron ganas de gritarle que parara, o que por lo menos aminorara la marcha, pero no se atrevió. Sabía que Lee le estaba organizando la vida con la mejor de las intenciones, haciendo lo que consideraba mejor para su seguridad como haría con su hermana algún día, con lo que le resultaba aún más difícil oponerse a sus deseos.

A lo mejor, solo a lo mejor, tenía razón.

Ella se sentía atraída por Bram, pero quería conocerlo mejor antes de ir más allá, solo que no iba a disponer de tiempo. El barco de él zarpaba dentro de unos días y, al parecer, no tenía pensado volver a Singapur.

Era ella la que había dicho que ya no la necesitaban allí, la que había querido hacer algo distinto con su vida, pero aquello la había llevado tan precipitadamente a una vida nueva que la idea la aterraba. Lamentaba haber dado el primer paso. ¿O no?

Ay, ya no sabía ni lo que quería.

Cuando los dos amigos volvían al barco, escoltados por unos hombres de Lee, Dougal dijo con aprecio:

—Tenías razón: la comida estaba exquisita, muy distinta de lo que se ofrece en los hogares europeos.

—Además, a mí me gusta beber té en esos cuenquitos.

—Solo bebes un poquitín cada vez.

—Pero siempre está caliente y como recién hecho. Y los cuenquitos son preciosos. Tengo que buscar unos para llevármelos. Seguro que se venden bien en la colonia, y quiero unos cuantos para mí.

—Bueno, mañana por la mañana volveremos a la tienda para que puedas echar un vistazo a las telas, así que aprovecha y pregúntales a tus nuevos amigos dónde comprarlos.

—No sé por qué quieres que vaya yo también. ¿Qué sé yo de telas para vestidos?

Dougal siguió andando un rato, pensativo, y luego contestó:

—Es el señor Lee el que quiere que vayas mañana. Lo ha dejado bien claro. Y si te ayuda con tus mercaderías, como se ha ofrecido a hacer, deberías procurar no ofenderlo. Le he pedido a mi segundo de a bordo que indagara sobre él y lo que se dice es que es rico y lo será aún más con el tiempo.

Ya en el barco, Bram se fue derecho a la cama, a pesar de que aún era bastante temprano para su hora habitual. Se quedó tumbado encima de las sábanas en la litera estrecha, pensando mucho, sudando un poco, como parecía ocurrir siempre allí. Pero sus pensamientos no paraban de enredarse en recuerdos del rostro de Isabella, en cómo se animaba cuando olvidaba sus reparos y empezaba a hablar de algo que le interesaba.

Esa noche había estado bastante callada, más que antes, y a Bram le daba la impresión de que algo la preocupaba. Pero estaba claro que la consideraban parte de la familia y que estaba muy a gusto con los Lee, así que contaba con ayuda. No era asunto suyo, en realidad.

La vida te ponía en situaciones extrañas. ¿Quién le iba a decir que un hombre como él terminaría en Oriente, dando sus primeros pasos como mercader? ¿Adónde lo llevaría el destino a continuación? ¿Sería bueno con él? ¿Triunfaría en la vida?

¿Y por qué quería volver a verlo el señor Lee?

Por la mañana, Isabella se encontraba bastante agitada mientras intentaba obligarse a comer algo. El señor Lee la miró desde el otro lado de la mesa de desayuno.

—Tenemos hablar. —Ella no preguntó de qué. Ya lo sabía—. Deagan es hombre honrado —empezó él.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Él se encogió de hombros.

—Yo sé. Así hago dinero: encuentro hombres honrados. Trabaja juntos, compra, vende. —Ella se miró la falda, una de diario esa vez, de sencillo algodón azul. Sabía lo que él le iba a decir a continuación—. Puedes casar con él antes se vaya.

Isabella contrajo la mano sobre la tela, agarrando un trozo y estrujándolo con el puño; entonces vio lo que estaba haciendo y se obligó a soltarlo.

—No..., no estoy segura de querer casarme. Al menos no tan deprisa.

Ah Yee, que estaba sentada a su lado, le dio una palmadita en la mano.

—No tienes familia, nosotros arreglamos. Encontramos marido para Xiu Mei pronto. Es momento.

No dijo que para su hijo también, pero Isabella lo supo por la forma en que lo miró de reojo un instante.

Los Lee guardaron silencio, esperando a que ella hablara, pero Isabella no sabía qué decir. Veía que casarse podía favorecerla en el aspecto práctico, pero el negocio no era lo único a lo que se hacía frente en un matrimonio. También estaba la convivencia diaria, y eso significaba compartir su existencia con un hombre que le era desconocido, además de acostarse con él. Sabía poco de las intimidades entre personas casadas, salvo que algunas mujeres las encontraban desagradables y otras no. ¿Cómo sabías cuál iba a ser tu caso?

—Me asusta no conocerlo —reconoció en voz baja.

Y Ah Yee, descarada y mandona, le habló con ternura por una vez, y hasta le cogió la mano.

—Familia ve lo que necesitas. Tú confía. —Isabella se aferró a aquella manita huesuda y, por un segundo, le pareció un salvavidas; luego Ah Yee se zafó de ella y se puso en pie, volviendo a su habitual brusquedad—. Tú espera en tienda. Ayuda capitán a elegir seda. Mi hijo habla con señor Deagan.

Así que Isabella se fue con su amiga, con un nudo en el estómago, hecha un manojo de nervios.

Como de costumbre, Xiu Mei le habló en chino y ella le contestó en inglés, porque las dos entendían mejor el idioma de la otra de lo que podían hablarlo.

—Hermano mayor dice que elige tela para nuevo vestido de boda. Podemos hacer rápido.

Isabella se la quedó mirando espantada.

—¿Tan seguro está de que habrá boda?

Xiu Mei asintió y le sonrió contenta como si aquello fuera una buena noticia.

—Mira esta —le dijo, sacando una seda muy suave y de un color que no era ni azul ni turquesa, sino más bien como el cielo al alba—. Buen color para ti. No llevas rojo —añadió, señalándole la cabeza—. Con tu pelo, no.

—Este es demasiado claro. Se verá mucho la suciedad.

La otra rio.

—¡No lo llevas para limpiar casa! Lo llevas para casar y días especiales.

Isabella procuró distraerse mirando otras telas, pero no conseguía centrarse. Cuando oyó pasos pesados por la calle, el sonido más fuerte de los zapatos europeos, le dio un vuelco el corazón y se mareó un poco, de lo aprensiva que estaba.

¿Y si el señor Deagan se había negado a casarse?

O lo que resultaba aún más aterrador: ¿y si había accedido a hacerlo?

Bram la vio nada más entrar en la tienda, porque el pelo le brillaba con intensidad bajo un haz de luz solar mientras se movía. Estaba ayudando a su amiga a enrollar una tela de un azul precioso. La dejaron en un estante, al fondo de la tienda. Un color así le quedaría de maravilla, en vez de aquellos colores sosos, más oscuros, que había llevado hasta entonces.

Siguió a Dougal al interior con la esperanza de quedarse allí plantado y observar, pero el señor Lee salió de la trastienda y se reunió con ellos casi de inmediato, y le preguntó si tenía un momento o dos para hablar de mercaderías.

Isabella estaba colorada como un tomate. Y eso ¿por qué?

Esa vez a Bram se lo llevaron a un cuartito que había en el pasillo, donde se amontonaban los paquetes junto a la pared, pero también había sitio para una mesa y unas sillas.

—Tengo oferta para ti —dijo el señor Lee sin preliminares—. Yo ayuda con

negocio, ayuda a hacer mejor mercader. Tú tiene mucho aprender.

Bram se sentó inclinado hacia delante, entusiasmado.

—Lo sé, pero ¿cómo aprendo si no empiezo?

—Haces socio con alguien sabe más. —Bram esperó, preguntándose por qué el señor Lee le hacía aquel ofrecimiento—. No familia que ayuda. No bueno, eso. Puede confiar más en familia que en desconocidos.

Bram asintió con la cabeza. Lo entristecía estar desligado de su familia.

—Si triunfo, sacaré a mi familia de Irlanda, a mis padres y mis hermanos y hermanas.

—Bien. Familia importante. Pero ahora necesita socio y esposa.

El otro se lo quedó mirando sorprendido. ¿Adónde quería llegar?

—¿Esposa? No puedo casarme. No tengo ni casa donde vivir.

—Isabella necesita marido. Mi madre y yo ayuda encontrar uno.

Si un coro de ángeles hubiese entrado volando en ese momento y se hubiese puesto a cantar, a Bram no le habría sorprendido más. Quiso hablar, pero no le salían las palabras. Procuró digerir la idea de Isabella como esposa. Como esposa ¡suya! No pudo. Una mujer como ella jamás se fijaría en un hombre como él. Lo habría entendido mal.

—No... comprendo.

—Isabella necesita marido. Ella, buena mujer. Trabaja mucho. Hace buena esposa. Y necesita ir Australia.

—¿Por qué?

—Tiene prima allí. Alice va Sídney. Isabella quiere encontrar.

—Sídney está muy lejos de Perth, a dos semanas en un vapor.

—¿Puede mandar mensajes allí?

—Bueno, sí, claro.

—Mejor si Isabella no va buscar. Peligro para mujer sola.

—¿Sabe ella que me está contando... esto?

Bram supo la respuesta aun cuando la pregunta seguía flotando en el aire entre los dos. Ella se había sentido incómoda al verlo en la tienda esa mañana: se había ruborizado, había rehuido su mirada y se había quedado al lado de su amiga.

Uy, sí, claro que lo sabía.

—Nosotros hablamos. Ella no segura. Pero ella sabe yo no deja ir de aquí sola. Necesita marido, hombre honrado que trata bien. Buena mujer, Isabella. —Cuando Bram se disponía a hablar, el señor Lee levantó una mano para impedírselo—. Esto ayuda mí también. Quiero hacer negocio con Australia. Empezar comercio pequeño. Bueno para mí si Isabella allí. Ella ayuda ti, ayuda mí. Yo confía ella. Muy lista —dijo, dándose una palmadita en la frente—. Como mi madre. Piensa mucho. Trabaja mucho. —Esperó, y al ver que se hacía el silencio, empezó a fruncir el ceño—. ¿Tú no gusta ella?

—No sé qué decirle, señor Lee.

—Primero di si tú gusta Isabella.

Bram no pudo evitar sonreír, notó que se le ablandaba el gesto.

—Uf, sí, me gusta muchísimo. Solo que... tengo tan poco dinero. ¿Cómo me voy a casar? No me lo puedo permitir.

—Tendrás dinero si trabaja mucho. Isabella puede ayudar.

El silencio estaba tan repleto de posibilidades de esperanza y también de temor que Bram no pudo más que quedarse allí sentado, pasando, como un idiota en una feria. ¿Que si la deseaba, si le gustaba? Uy, una barbaridad. ¿Si le veía las ventajas a aquella relación? Desde luego. Solo una cosa se interponía en su camino. Levantó la vista.

—No puedo aceptar a menos que ella de verdad quiera esto.

El señor Lee le dedicó una sonrisa pícara.

—Ella ve beneficio. Pero es gran cambio. También tiene miedo.

No era eso lo que él preguntaba. Quería saber si le gustaba a Isabella lo suficiente como hombre, si le parecía que podía ser feliz con él.

Entró en el cuartito la madre del señor Lee, y Bram se levantó por cortesía. Ella le hizo una seña para que volviera a sentarse, y se dirigió a su hijo en un torrente de sonidos incomprensibles.

Cuando terminó la conversación, se volvió hacia Bram.

—Tú casas Isabella. —Ni se molestó en preguntar—. Buen plan. Para ella, para ti, para nosotros.

Bram solo tenía clara una cosa.

—Yo quiero, pero necesito hablar con ella antes de acceder.

Ah Yee asintió.

—Buena idea. Voy a buscar.

El señor Lee se levantó, sonriente pero implacable.

—Puedes casar antes zarpe barco.

Solo en aquel cuartito mal iluminado, Bram se repantingó en la silla, perplejo e indeciso..., y confiando desesperadamente en que aquel milagro, aquel milagro extraordinario, se produjera.

Al oír pasos, se levantó y la vio entrar.

Parecía tan preocupada y disgustada que, sin pensarlo, Bram se acercó a tranquilizarla como lo habría hecho con un caballo asustado. Le cogió la mano y se la notó tierna entre las suyas y algo temblorosa.

—Ven y siéntate, Isabella. No te importa que te tutee, ¿verdad?

Ella se limitó a mirarlo como si no hubiera entendido sus palabras. Pero se sentó.

A él no se le ocurrió una forma más delicada de decirle aquello.

—El señor Lee cree que deberías casarte. —Ella asintió—. A mí me gustaría. Muchísimo. Pero no voy a hacer nada a menos que esté convencido de que tú también lo quieres, diga lo que diga el señor Lee. —La vio relajarse un poco—. ¿Tú lo quieres?

—Creo..., creo que sería buena idea. Pero todo ha ocurrido tan rápido que no soy capaz de pensar con serenidad.

—Yo también me siento un poco así. Y tengo que decirte antes que nada que no me va a quedar mucho dinero después de comprar mis mercaderías e incluso una casa a la que llevarte. Se lo he dicho al señor Lee, pero me ha contestado que daba igual. Soy muy trabajador, eso sí. Trabajaré mucho por ti, te lo puedo prometer.

—Yo tengo algo de dinero y también soy muy trabajadora. No es por el dinero, Bram.

—Es porque apenas nos conocemos —dijo él, y se echó a reír—. He leído novelas en las que el héroe es alto, moreno y guapo. Yo tengo el pelo bastante oscuro, pero no soy alto ni guapo.

Ella le dedicó una de sus preciosas sonrisas.

—Eso no importa. Yo soy pelirroja, y a veces tengo un genio tan encendido como mi pelo.

—Me encanta tu pelo. Es precioso.

—Ah —contestó ella, y empezó a toquetearse el vestido, como si no supiera qué decir.

—No voy a permitir que te empujen a tomar una decisión que te haga infeliz —le dijo él con ternura.

Mirándose fijamente las manos que apretaba con fuerza, Isabella preguntó:

—¿Tú querrías..., querrías casarte conmigo?

Él no lo dudó.

—Sí, querría. Estoy seguro de que me haría muy feliz..., siempre que tú no te sintieras coaccionada. Eso es lo único que me retiene. Eres una mujer preciosa, Isabella. Cualquier hombre se sentiría orgulloso de casarse contigo.

Ella se relajó un poco más. Se lo notó en la postura.

—El señor Lee me ha contado algo de que andas buscando a una prima tuya que se fue a Australia...

—Alice, sí. Es el único pariente cercano que me queda. Me gustaría muchísimo localizarla. No es bueno estar solo en el mundo. Y me preocupa. Mi prima no es... una persona muy práctica. —Después de otro silencio, añadió—: Si no me caso contigo, Lee-Sang me buscará otro pretendiente. Ahora que está decidido, no lo va a dejar correr. Cuando se empeña en algo, es un hombre muy resuelto.

—Creo que te tiene cariño.

—A su manera. Pero su visión del mundo es distinta. Para él, el matrimonio es una cuestión de negocios. Por eso él no está casado. Encontrará a alguien pronto, seguro. Cuando se haya mudado a una casa mejor y pueda encontrar una esposa de mayor estatus. Es más rico de lo que parece.

—Dice que no te va a hacer feliz encerrarte en la cocina.

—No, me aburriría como una ostra. Aunque haré lo que tenga que hacer.

—Ni siquiera tengo cocina; no tengo nada, salvo un proyecto muy arriesgado con el que quizá consiga montar una tienda. Tengo un poquitín de dinero y, si no

consigo que crezca, no sé qué haré.

—Pero ¿de verdad quieres abrir una tienda?

—Es la única forma que se me ocurre de hacer dinero, aunque de lo que realmente sé es de caballos.

—Entonces ¿cómo se te ocurre dedicarte al comercio?

—He hablado con gente, he estado atento, con los oídos y los ojos bien abiertos, y a mí me parece que en la colonia del río Swan faltan productos. La gente empieza a buscar comodidades para sí y para sus casas. Así que es un buen momento para abrir una tienda. Bueno, eso creo yo. A lo mejor una persona con estudios lo vería de otro modo.

—La gente con estudios no siempre es práctica.

Le gustaba aquella idea. Sabía que él era práctico cuando hacía falta. Sí, por lo menos podía afirmar eso.

Como nadie fue a interrumpirlos, charlaron un rato más. Era más fácil hablar de negocios que de sus sentimientos, pero, al final, Bram se dio cuenta de que no iban a ninguna parte, que eludían el tema principal, así que volvió a abordarlo, más seguro de sí mismo entonces.

—Me gustaría mucho casarme contigo, Isabella.

Ella volvió a tensarse enseguida.

—¿Cómo podemos estar seguros de que estamos haciendo lo correcto?

—¿Cómo estar seguro de nada en esta vida? No se puede. Solo es posible hacer todo lo que esté en tu mano. Y yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano por ser un buen marido si me haces el honor de casarte conmigo. Eso te lo prometo.

La miró y esperó a que ella levantara la vista.

—¿Y me ayudarás a buscar a Alice?

—Si puedo... Al principio no tendré mucho dinero para eso, pero el señor Lee me ha dicho que me ayudaría también. Y lo voy a intentar, sí. Hay una cosa que quiero dejar clara. Más adelante, si nos va bien, querría llevarme a mi familia a Australia.

—¿Querrán ir?

—Uy, sí, desde luego. La mayoría, por lo menos. Donde están no albergan

muchas esperanzas.

—Háblame de ellos.

—Papá trabaja una parcelita de tierra que es de la familia de la mansión. También les hace arreglos en invierno. Mamá y él no saben leer ni escribir, pero son muy trabajadores. Papá se enfada a veces. Le preocupa tener que dar de comer a la familia, ¿sabes? Tengo ocho hermanos, algunos casados y otros aún muy jóvenes. Los que pueden aportan dinero a mis padres para criar a los más pequeños, porque los de la mansión no les pagan mucho. Tienen un terrenito donde cultivan patatas. Así van saliendo adelante con lo justo.

—¿A qué te dedicabas tú cuando vivías en Irlanda?

—Era mozo de cuadra, de los buenos, encima. Pero ahora aspiro a más. A mucho más. Aunque me dio pena irme, no quiero volver. —Le dedicó una sonrisa pícara—. He encontrado la esperanza, ¿sabes?, la de ser alguien. Eso ayuda mucho, espero.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo que más deseo es tener dinero suficiente para sentirme a salvo. Mi padre tuvo un trabajo con el que podría haber ganado dinero, pero se dejó nuestro futuro en las mesas de juego. ¿Tú juegas?

Bram rio.

—Nunca he tenido con qué apostar. Claro que emprender un negocio también es jugársela. Eso sí, ¡a las cartas o a los dados, no! —Titubeó un momento y luego le contó lo del baúl de la señora Maguire y el empujoncito que le había dado—. Aún lo tengo, y algunas de las cosas que había dentro. Si quieres alguna, es tuya.

—O si hay algo que podamos vender...

Entonces lo miró de repente, abriendo la boca para tomar una pequeña bocanada de aire que no llegaba a ser un aspaviento.

Pero él lo notó. Se lo estaba notando todo ese día, como los caracolillos que se le hacían cerca de las orejas, donde llevaba el pelo más corto. Habría querido enroscarse en los dedos uno de aquellos mechones de rojo resplandeciente, pero eso la habría asustado, así que sonrió y se obligó a centrarse.

—Has dicho «podamos».

—En efecto.

Bram inspiró hondo y repitió la pregunta:

—Entonces, Isabella Saunders, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero, Bram Deagan. Pero no pienso volver a jugármela en mi vida.

No intentó besarla, no se atrevió, por si se quebraba el frágil vínculo que empezaba a formarse entre los dos, pero sí le cogió la mano y la sostuvo unos segundos. Se permitió esa osadía.

Y ella no se apartó.

4

Conn quería dejar a Les a cargo de las cuadras, pero, siendo un exconvicto, quizá los clientes no se fiaran de depositar su dinero en aquellas manos. Después de pensárselo mucho, se lo comentó a Flora McBride, impaciente por encontrar una solución que le permitiera volver a casa. Seguro que su larga ausencia estaría preocupando a Maia.

—Yo me puedo encargar de la parte económica —le dijo ella enseguida.

—Ni hablar —espetó su madre rápidamente—. No sería de recibo.

Flora se volvió hacia ella y a Conn le pareció que una rabia intensa le brillaba unos segundos en los ojos, pero luego añadió serena:

—Puedo tomar mis propias decisiones al respecto, madre.

—Luego lo hablamos —replicó la señora McBride con sequedad, mirando de reojo a Conn y de nuevo a su hija.

Flora la ignoró y siguió hablando con él.

—También puedo echarles un ojo a las cuadras en su ausencia, señor Largan.

—¿Qué sabrás tú de caballos? —dijo con sorna la señora McBride.

—No mucho. —Tras otra de aquellas miradas resentidas a su madre, Flora se dirigió suplicante a Conn—. Pero sé hacer los pedidos de comida, que es lo que hago aquí, y comprobar los pedidos de suministros y asegurarse de que todo está limpio no puede ser muy distinto. Llevo las cuentas de la casa para madre y para Dougal, así que no piense que me voy a liar con el dinero.

El entusiasmo de la joven le hizo sonreír, y lo apenó que su madre se empeñara en desanimarla. Hasta entonces, no le había prestado mucha atención a la hermana de Dougal durante sus breves visitas porque la joven estaba siempre muy callada, pero a lo mejor era porque su madre no paraba de hablar. Flora era

una mujer recia de pelo rubio arena, más bonito que el de su hermano. No era guapa y probablemente nunca lo había sido, pero tampoco era fea. *Sanota* sería una buena palabra para describirla. Sus rasgos más atractivos eran su pelo y su voz baja y tranquila. Ese día su expresión resuelta le daba a su rostro mucha más vitalidad.

La señora McBride chascó la lengua exasperada.

—Ya te he dicho otras veces que no les hables de esas cosas a los caballeros. ¿Qué pensará la gente de una dama que sabe de contabilidad? Estoy convencida de que yo no sabría ni hacer una suma con llevadas. Y, en cuanto a lo de regentar unas cuadras, ¡no tiene nada que ver con gobernar una casa! —Se volvió hacia su huésped—. Lo siento, señor Largan, pero mi hija no puede hacerlo.

—Insisto, madre: soy lo bastante mayor para tomar mis propias decisiones. —Conn, atrapado entre las dos, no sabía qué decir. Vio a la señora McBride inspirar tan hondo que habría jurado que se inflaba y luego cerraba la boca con fuerza y le lanzaba a su hija una mirada de soslayo que indicaba que ya seguirían discutiendo en privado—. Puedo hacerlo, señor Largan —suplicó Flora—. Sé que puedo. Pero me tendrá que pagar.

Conn vio la mirada asesina que le lanzó la madre, un gesto horrible que cambió la imagen de señora pizpireta que él tenía de ella y, sin saber por qué, eso lo puso de parte de Flora en la discusión.

—Muy bien.

Una sonrisa refulgente le iluminó el rostro hasta hacerla parecer casi guapa y el gesto de la madre se tornó aún más amargo.

—¿Qué le parece un jornal a la semana por las molestias y un porcentaje de las ganancias de las cuadras?

La señora McBride se puso en pie.

—Me gustaría hablar contigo en privado, Flora, si no te importa. En mi salón.

Flora esperó a que su madre llegara a la puerta para contestar:

—Voy en cuanto termine de hablar con el señor Largan.

La otra titubeó, le lanzó de nuevo una mirada furibunda a su hija y salió airada de la estancia.

Conn decidió sincerarse.

—No quiero causarle problemas con su madre.

Flora se inclinó hacia delante y le dijo, con el mismo descaro y la misma franqueza que su hermano:

—Los problemas ya los tenemos. Hace años no me dejó casarme con el hombre al que yo quería, y no se lo perdono. Me gustaría tener algo con lo que llenar mi vida y salir de esta casa, pero, sobre todo, lo que quiero es tener dinero propio.

A Conn le sorprendió aquello, porque normalmente las jóvenes estaban deseosas de casarse. Pero Flora ya no estaba en edad de contraer matrimonio, así que a lo mejor se había rendido. Aunque, por lo que había visto, con la escasez de mujeres que había en la colonia, muchas de las que ya no albergaban esperanzas terminaban casándose allí. Y suerte que tenían.

Ya llevaba demasiado tiempo lejos de su esposa y su hijo, así que no iba a rechazar una oferta de alguien en quien confiaba.

—Si está segura de que quiere hacerlo, señorita McBride, y consigue convencer a su madre, ¿podría venir a las cuadras conmigo por la mañana para que hablemos más tranquilamente de lo que hay que hacer?

—Así será. ¿Nada más desayunemos?

—Perfecto. Debería comentarle que mi intención es mantener operativas las cuadras hasta que vuelva Bram Deagan; luego él y yo veremos cómo abrir una tienda allí. O a lo mejor él vuelve con ideas propias. Siempre se le ha dado bien lo de las ideas, incluso cuando éramos unos críos.

Ella lo miró sorprendida.

—Las cuadras son demasiado grandes para una tienda, ¿no le parece? ¿No podrían mantenerlas operativas, además de montar la tienda?

—Podemos hacer lo que queramos, pero no hasta que Bram haya tenido tiempo de investigar y meditarlo. Yo soy socio menor, solo pongo capital. —No quería dejar todo el dinero en el banco por si quebraba—. No me veré implicado en el funcionamiento de las cosas, y confío en que Bram no haga ninguna tontería.

Subió a su cuarto y, aun desde allí, oía discutir a las dos mujeres, la voz de la madre especialmente aguda. Negó con la cabeza apesadumbrado. No era

inteligente, ni justo, que la señora McBride ahogara las ambiciones de su hija y la tuviera encerrada allí como un animal de compañía. Había visto sufrir a su cuñada Xanthe por estar limitada a las tareas domésticas y eso lo había ayudado a entender que no todas las mujeres estaban hechas para llevar una vida tranquila, por mucho que la gente se empeñara en que ese era su papel natural.

Ser un convicto lo había cambiado, lo sabía, lo había vuelto más tolerante con los demás, con toda clase de personas, no solo con los aristócratas.

Cuando el señor Largan subió a su cuarto, Flora se acobardó, pero sabía que no podía evitar una discusión, así que decidió que más le valía acabar con ella cuanto antes. Fue al salón y se encontró a su madre sentada, muy tiesa, cerca de la chimenea, irradiando rabia.

En ausencia de Dougal, su madre y ella se enfrentaban a menudo, pero ella no solía incordiarlo con sus problemas. Por desgracia, su madre siempre se portaba muy bien cuando su hijo estaba en casa, para que no creyera los reproches de Flora. Todo el mundo creía que su madre era una mujer amable y cariñosa, pero se equivocaban. Su madre era la persona más egoísta que había conocido en su vida, y Flora a veces se sentía como una esclava, más que como una hija.

Durante un instante, su madre se limitó a mirarla furiosa; luego le chilló:

—¿¡Cómo te atreves a desafiarme de ese modo!?

—Esto ya lo hemos hablado, madre: necesito algo en lo que ocuparme, y dinero propio.

—¿Para qué quieres dinero? Aquí tienes todo lo que se puede querer. Vas bien vestida. Tu hermano te da dinero para tus cosas.

—Lo que me falta es una ocupación, algo con lo que distraerme. A veces creo que voy a enloquecer, encerrada en esta casa, haciendo lo mismo un día tras otro. Así que, digas lo que digas, voy a hacer ese trabajo para el señor Largan. —Su madre le levantó la mano y Flora evitó la bofetada apartándole el brazo. De no haber sido algo tan serio, le habría hecho gracia la cara de susto de su madre—. Ni se te ocurra intentar pegarme otra vez, madre, jamás, o te juro que salgo por esa puerta y no me vuelves a ver en tu vida.

La madre reculó.

—Eso es una amenaza hueca. No te atreverías, porque no tienes adónde ir. —De pronto, Flora, sabiendo que debía dejarlo ahí para no decir nada que pudiera lamentar, se dirigió a la puerta—. ¿Adónde vas? Vuelve aquí. No hemos terminado.

Flora se volvió a mirarla.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir, madre, y he oído todo lo que estoy dispuesta a escuchar. Solo voy a repetirte que, de ahora en adelante, me propongo empezar a vivir mi propia vida. No tengo por qué estar a tu disposición todo el día. Puedes llevar tú la pensión perfectamente sin mi ayuda.

—Eso ya lo veremos. Te vas a arrepentir de esto, hija mía.

Sabía que su madre le iba a hacer la vida imposible, pero estaba convencida de que no iba a lamentar haberle plantado cara; tendría que haberlo hecho hacía años. A veces le parecía que iba a enloquecer escuchando el parloteo incoherente de su progenitora, viéndola hacerse la dama elegante con sus «huéspedes», la mayoría de los cuales habría preferido que los dejaran en paz.

Flora le había insinuado a Dougal que ya no era necesario que alojaran huéspedes en la casa por dinero, como había ocurrido al principio, cuando su hermano lo había invertido todo en el barco. Él había sonreído.

—Madre necesita un entretenimiento, Flora, tener huéspedes o cualquier otra cosa.

No parecía haber entendido que también Flora necesitaba algo digno que hacer. Pero se lo dejaría claro cuando volviera, muy claro.

Era hora de que cambiaran las cosas.

—Gracias por dejarme hacer esto, señor Largan —le dijo Flora cuando fueron juntos a las cuadras a la mañana siguiente—. Me aburro mucho sentada en casa con mi madre y haciendo visitas a las mismas damas todas las semanas.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿nunca ha querido casarse?

Ella se encogió de hombros.

—Ya es tarde para encontrar otra cosa que no sean viudos y ancianos. A mi

madre le daría igual que me casara con un cojo o un lelo mientras le diera los nietos que tanto anhela y fuera lo bastante dócil como para poder mangonearlo. He cumplido los treinta, ¿sabe?, y Dougal tiene treinta y cinco. Mi madre solo busca con desesperación los nietos porque todas sus amigas tienen alguno, no porque le encanten los niños.

—Es lógico, ¿no? —Él habría querido que su madre viviera lo suficiente para conocer a su nieto, pero al menos había sabido lo del bebé—. Yo creo que mi esposa nació para casarse y ser madre, pero Maia también es buena compañera y muy inteligente. Siempre valoro su opinión.

Flora lo miró sorprendida.

—Uf, es usted el primer hombre al que veo presumir de la inteligencia de su mujer. No tendrá ningún hermano que ande buscando pareja...

Él puso cara de pena.

—Solo un hermano mayor, y ya está casado. Dudo que vuelva a verlo nunca.

—Debió de ser duro que lo deportaran. Dougal me ha dicho que es inocente.

Largan se encogió de hombros. No le gustaba hablar de aquellos meses horribles y humillantes de esperar, primero, en una cárcel asquerosa, y viajar luego a Australia.

—Sí, pero a diferencia de muchos otros, he sobrevivido.

—¿Por eso ha acogido al hombre que se encontró escondido en las cuadras?

—Sí, procuro ayudar a todos los exconvictos que parecen dispuestos a cambiar de vida y trabajar mucho. A muchos de ellos los deportaron por delitos insignificantes. Él solo robaba comida para alimentar a su familia, que no es el peor de los delitos. Ah, ya estamos.

Flora se detuvo a estudiar los edificios.

—Espero que no le moleste mi franqueza. O me muerdo la lengua, como suelo hacer en casa, o digo lo que pienso. No acabo de encontrar un punto intermedio. Este sitio está hecho un asco. Si quiere tenerlo operativo, debería enlucir un poco el exterior, o los clientes no cruzarán siquiera la puerta.

—No quiero invertir mucho dinero en algo que puede que terminemos cerrando, aunque puede que tenga razón. A lo mejor consigo encontrar algo de dinero.

—¿Cuánto?

Conn lo pensó un momento y dijo una suma.

—¿Con eso bastaría para limpiar a fondo el sitio por dentro y por fuera?

—Creo que sí. Si me deja las finanzas a mí, veré qué puedo hacer. Llevamos ya un tiempo en Fremantle y conozco a algunas personas que estarían encantadas de ganarse un dinero.

Para entonces, Les ya había oído voces y había salido a la puerta.

—Buenos días, señor.

—Buenos días. ¿Va todo bien?

—Sí, señor. Llegó otro caballo anoche, a última hora. El pobre está destrozado, pero no hay forma de decirles a algunas personas cómo tratar a los animales.

Conn le enseñó la finca a Flora, y se vio claramente dónde Les había empezado a recoger, algo que demostraba iniciativa y ganas de trabajar.

Cuando fueron los dos a echar un vistazo a la casita del dueño, un edificio pequeño de madera, descubrieron que Mundy se había llevado casi todas sus pertenencias y había dejado el interior como una pocilga, con comida medio podrida en la cocina. Conn se sacó del bolsillo otro par de soberanos y se los dio a Flora.

—Busque a alguien que restriegue a fondo este sitio, por favor, porque puede que Bram quiera vivir aquí. Es repugnante.

—¿Y qué hacemos con los muebles que quedan?

—Le pediré al panadero que haga correr la voz de que, si Mundy no viene a por ellos, los venderemos.

—No hay mucho y... ¡Vaya! —Una de las puertas de la alcoba conducía a un armario lleno de ropa de mujer, con algunas cosas de niño tiradas por allí también. Aquello la entristeció—. Esto sería de su mujer y su hijo.

—Sí, murieron muy de repente. No habrá tenido ánimo para ocuparse de esto.

—Si él no lo quiere, yo podría vendérselo a un mercader de género usado —se ofreció ella—. Casi todo está nuevo y bastante limpio.

—No, guárdelo. Bram tenía pensado comerciar con artículos nuevos y de segunda mano, así que habrá que conservar todo lo que podamos.

Después de verlo todo, Conn se dirigió a Flora.

—¿Qué le parece? ¿Podría cuidar de las cuadras por mí y hacer que limpien todo esto? Cualquier cosa vendible puede almacenarse en uno de los cobertizos grandes de detrás de la casa.

Cuando llegara de Irlanda la herencia de su madre, tendría más dinero para invertir, pero, después de haberse gastado lo que tenía en comprar aquella finca, debía andarse con cuidado.

Ella le sonrió feliz.

—Lo haré encantada. ¿Qué hay de la tienda?

—Bram estará de vuelta dentro de un par de semanas, así que esperaremos a que regrese para que nos cuente cómo quiere organizarse. Le propongo un diez por ciento de las ganancias de las cuadras, como retribución por su supervisión del negocio, además de su jornal de cada semana.

—Eso es muy generoso.

—Bueno, se ha peleado con su madre por mí.

—No, lo he hecho por mí. Ya iba siendo hora de que le plantase cara, aunque detesto las riñas. —Tendió la mano a Conn—. Trato hecho, entonces.

Él se la estrechó, sorprendido por aquel gesto tan masculino y por la firmeza del apretón.

Flora se fue a casa a cambiarse de ropa para poder empezar enseguida con la casita.

A Conn le pareció que estaba en su derecho de vender las cosas que Mundy se había dejado, pero, cuando volvía, se topó con él. A fin de cuentas, Fremantle era un sitio pequeño.

—Pensaba que te habrías ido ya a Albany.

Mundy se encogió de hombros.

—Me alojo en casa de alguien —dijo con una sonrisita—. De una dama a la que conozco.

—¿Qué pasa con la ropa de tu mujer y todo lo demás que te has dejado allí?

El otro frunció el ceño.

—Se me había olvidado. Dame dos guineas y son tuyas. No quiero llevarme nada que me recuerde lo que le pasó a Amy.

Cuando Mundy se guardó las monedas y se largó desganado, Conn se quedó plantado a la entrada de la panadería, viéndolo alejarse.

—Poco le va a durar el dinero a ese tipo —terció con desaprobación el panadero, que le había visto pagar a Mundy—. Me conozco a los de su calaña. Ándate con cuidado, no vaya a volver a por más.

—No puede. La venta de la finca está firmada y sellada, y ya he registrado la casa a mi nombre en Perth. —Estaba siendo cauto, porque no quería que nadie lo acusara de deshonesto. La sola idea le producía escalofríos, y la gente era muy dada a sacar conclusiones precipitadas con los exconvictos. Entonces se acordó de algo—. Mundy me dijo que volvía a Inglaterra, pero no se ha molestado en coger el último vapor a Albany, así que mucha prisa no tendría.

El panadero se encogió de hombros.

—Los tipos como él van y vienen mucho. Quieren hacer fortuna aquí, pero no les apetece trabajar. Fíjate bien en lo que te digo: cuando se le acabe el dinero, no se atreverá a volver a casa por vergüenza. Bueno, tengo que volver a mi trabajo. ¿Te pongo algo?

—Sí, una hogaza para el camino. Vuelvo a casa a caballo.

—La de grosella te sabrá mejor que la normal.

—Buena idea.

Aunque ya era media tarde, Conn decidió salir enseguida, porque estaba deseando volver a ver a Maia y a su pequeño. Tras echar un vistazo al cielo, que no parecía amenazar lluvia a pesar de que estaban en mayo, el comienzo de la temporada invernal de lluvias, quiso partir de inmediato. Lo haría en cuanto le hubiera escrito una carta a Bram para explicarle lo de las cuadras. Podía descansar a la sombra de un árbol cuando la yegua y él se cansaran, y llegar a casa sin problema al final del día siguiente.

Fue a recoger sus cosas a la casa de huéspedes, y suspiró aliviado cuando salió de allí una hora después, tras una fría despedida de la señora McBride, muy distinta de su efusiva bienvenida. ¿Tan tonta era aquella señora como para pensar que podía tener a una mujer inteligente como su hija pegada a sus faldas el resto de su vida?

Tendrían más problemas en el futuro, lo sabía, y Flora tendría que librar ella

sola sus batallas, porque, como la mayoría de los marineros, Dougal pasaba mucho tiempo lejos de casa.

Cuando Bram e Isabella decidieron casarse, el señor Lee se hizo cargo de la parte comercial del asunto y dejó que su madre se ocupara de los preparativos de la boda.

—Habré de hablar de algunas cosas con Isabella —protestó Bram.

—Tiene hablar mercaderías y precios conmigo —replicó el señor Lee—. Negocio para hombres. Dejamos boda a madre y hermana.

—Pero debo organizar la ceremonia y averiguar qué quiere Isabella.

—Capitán McBride hace eso. Debe ser boda europea.

Así que Bram le pidió a su amigo que lo ayudara.

—Entonces ¿te casas con ella?

—Sí, quiero hacerlo de verdad.

—Es una mujer extraordinaria. Espero que seáis muy felices.

—Por mí no quedará. ¿Me organizas tú la boda?

—Sí, claro, será divertido —contestó Dougal con entusiasmo.

—No te olvides de preguntarle a Isabella cómo quiere que se hagan las cosas y dónde.

El otro sonrió.

—Tampoco hay mucho donde elegir aquí, amigo mío. Déjamelo a mí. No te decepcionaré.

Desapareció el resto del día y dejó que su segundo de a bordo supervisara el traslado a bodegas del primer lote de su cargamento.

Bram pasó buena parte de los tres días siguientes en el cuartito de detrás de la tienda en el que el señor Lee hacía sus negocios, repasando cifras y posibles beneficios, o yendo a una serie de talleres y almacenes a inspeccionar el género. Era muy interesante y le daba mucho que pensar, pero, a la vez, temía que Isabella se disgustara con él por abandonarla y cambiase de opinión.

La única vez que Bram la vio a solas fue cuando se cruzaron por el pasillo un día.

—¿Estás bien? —le preguntó él, preocupado por sus ojeras—. Si te lo has pensado mejor...

—No me lo he pensado mejor. ¿Y tú?

—¡No, claro que no! Pero te veo... preocupada.

—Tengo muchas cosas en la cabeza y anoche no dormí muy bien. —Se recostó en la pared—. Pero estoy bien. De verdad. Solo ando liada. A la señora Lee no le gusta perder ni un segundo.

—¡Ah, estáis ahí! —Dougal entró de pronto de la tienda—. Necesito que vengáis los dos conmigo a ver al clérigo que he encontrado. Se resiste a oficiar la boda sin conoceros primero y le inquieta que sea tan repentina. Se ha puesto tan pesado que he tenido que decirle que llevabais un tiempo carteándoos, para acallarlo.

Así que Isabella subió corriendo a ponerse otra vez su mejor vestido y un sombrerito muy recatado con el que no conseguía esconder su espléndido pelo. Después cruzaron los tres la ciudad hasta la catedral de San Andrés, que solo tenía unos años de vida.

—Soy católico —masculló Bram cuando se detuvieron a contemplar el imponente edificio.

—¡Ni se te ocurra decirle eso, por Dios! —le advirtió Dougal—. Como lo hagas, no te casamos en la vida.

Pero Isabella agarró a Bram del brazo para detenerlo.

—¿A ti te importa dónde nos casemos? Yo no soy católica y, si te soy sincera, no tengo fuertes creencias, así que si prefieres que nos casemos en otro sitio... Aquí también hay iglesias católicas.

Bram negó con la cabeza, consciente del lío que el cura iba a organizar si se casaba con una mujer no católica.

—Le importará a mi madre, pero a mí no. Mientras se haga legalmente, con eso me vale.

El clérigo, impaciente, les tomó los datos y los miró ceñudo.

—¿Estas prisas tan indecorosas tienen alguna justificación?

La mirada que le lanzó a Isabella dejó claro lo que estaba pensando. A Bram le fastidió el tono condescendiente y no supo contenerse.

—¡Basta ya! —Callaron todos y lo miraron sorprendidos. Él le dedicó una mirada furiosa al clérigo—. La única justificación de estas prisas es que mi barco zarpa dentro de uno o dos días. Si me trae una Biblia, le juro sobre ella ahora mismo que no le he puesto ni una mano encima a esta mujer ni lo haré hasta que estemos casados.

Isabella se ruborizó y Dougal tosió para disimular una carcajada.

El clérigo se tensó visiblemente.

—Disculpen si los he ofendido, señor Deagan, señorita Saunders. No pretendía insinuar que... —No terminó la frase.

Cuando salían del templo, Bram masculló:

—Ese tipo es la última persona a la que yo elegiría para que me casara.

—¡Calla! —Dougal los cogió a los dos del brazo y los sacó a la calle, donde se detuvo para mirar al cielo—. Démonos prisa, no tardará en llover —dijo, y echó a andar. Al cabo de un rato les sonrió—. Haga el tiempo que haga, la boda se celebrará de forma decente y legal en San Andrés, la oficie quien la oficie. Lo importante del enlace es lo que ocurre entre vosotros dos después. —Sonrió—. Ha habido un momento en que me has asustado ahí dentro, Bram. No me gustaría vérmelas contigo estando de ese humor.

El otro se encogió de hombros.

—Es que no tenía motivo para ser tan grosero con Isabella, y no se lo podía consentir. Tengo un mal pronto, lo reconozco, pero solo cuando me presionan sin justificación. Aprendí a controlarlo cuando trabajaba para los Largan en Irlanda. No había persona menos razonable que la señora Kathleen. De no haber tenido la boca cerrada, habría perdido el empleo. Al final terminé perdiéndolo de todas formas, por uno de sus estúpidos caprichos. En el momento, me fastidió, pero ahora me alegro —dijo, sonriendo a Isabella, porque la boda y aquel nuevo proyecto le darían estabilidad, estaba convencido; trabajaría el doble por una mujer como ella.

Isabella le devolvió la sonrisa y luego se volvió hacia su acompañante.

—Le agradezco mucho su ayuda, capitán McBride. Pero aún queda una cosa pendiente. Quiero que los Lee asistan a la ceremonia. Son lo más parecido a una familia que tengo ahora mismo. No puedo dejarlos al margen de todo.

Dougal se detuvo de nuevo y la miró pensativo.

—Eso va a ser complicado si oficia ese clérigo tan estricto. Me pregunto cómo se tomará que aparezca en la boda una familia china.

Bram soltó un resoplido.

—Pues tendrá que aceptarlo. Es nuestra boda. Los Lee se han portado bien con Isabella y no pienso hacer nada que los disguste.

Ella le sonrió.

—Gracias.

Él deseó que sonriera así más a menudo. La había visto preocupadísima los últimos días.

Se separaron de Dougal, que volvía derecho al barco, y Bram acompañó a Isabella a casa para informar a Lee de que estaba todo dispuesto. Justo cuando llegaban, empezó a llover a cántaros y tuvieron que correr por la calle, entre risas.

El señor Lee escuchó los preparativos, sonrió y asintió.

—Bien, bien.

—Espero que usted y su familia asistan a la ceremonia —dijo Bram.

Lee inclinó la cabeza, por lo visto nada sorprendido por la propuesta.

—Lo hace encantado. Luego, yo lleva a comida especial para celebrar.

Sonó más bien a «selebla». Bram ya se había acostumbrado a que lo llamara «Blam».

—Eres muy bueno conmigo, Lee-Sang —contestó Isabella—. No hace falta que hagas eso.

—Somos buenos uno con otro —dijo él—. Más adelante, tú rico mercader y yo rico nativo, recordamos boda —añadió, y rio de su propia broma.

Probablemente era cierto en lo relativo a la fortuna del señor Lee, se dijo Bram, pero no se imaginaba a sí mismo haciéndose rico. Lo máximo que se atrevía a soñar era con llevar una vida holgada, tener para algún capricho y ahorrar para las épocas de vacas flacas.

—¡Bien! —dijo, en cambio, en voz alta—. Eso está hecho. —Echó un vistazo afuera—. Creo que ya ha dejado de llover. A Dougal y a mí nos han invitado a

cenar sus parientes otra vez. Piensa que sería aconsejable contarles lo de la boda, teniendo en cuenta que han tenido el detalle de invitarme a su casa dos veces.

—Invita a boda —dijo Lee enseguida—. Pueden venir luego a comida también.

—Veré... si no tienen otros compromisos.

No iban a aceptar de ninguna de las maneras, lo tenía clarísimo, pero un diablillo interior, uno que había llevado dentro casi toda la vida, pensó en lo divertido que sería verles la cara cuando los invitase.

Ya se había hecho de noche. Anochecía temprano allí. Mientras volvía al barco, agradeció la iluminación con lámparas de gas de las zonas principales, para poder evitar los charcos que aún había en el suelo. También agradeció la presencia del hombre que lo seguía, enviado por el señor Lee para protegerlo.

Las calles estaban casi tan concurridas entonces como durante el día. Cuando los vendedores le ofrecían bandejas de pastelitos de vivos colores, o cualquier otro alimento que no identificaba, sonreía, pero lo rechazaba. No tenía intención alguna de arriesgarse a comer algo que lo enfermara el día de su boda.

Se detuvo justo antes de llegar al barco para echar un vistazo a su espalda. ¡Qué lugar tan vibrante era Singapur! Ojalá no estuviera tan lejos de la colonia del río Swan o él fuera mejor marinero, porque le habría gustado volver allí con frecuencia.

5

Los Wallace tenían de nuevo a varias personas a cenar, y Bram se preguntó cómo conseguía aquel caballero trabajar por las mañanas si trasnochaba y bebía casi todas las noches.

Se alegraba de que el sastre de Singapur al que lo había llevado Dougal le hubiera terminado el traje nuevo, mientras que otro hombre, un malayo esa vez, le había hecho varias camisas a un precio increíblemente bajo. Aunque el traje no era de gala, era el único atuendo completamente nuevo que había tenido en su vida, el único que le quedaba como un guante. De niño, ni siquiera había tenido ropa interior; ninguno de ellos la había tenido, salvo su madre, que contaba con unas enaguas y una combinación raídas.

En cierto momento de la noche, Dougal mencionó a su primo que Bram se casaba al día siguiente con la señorita Saunders. La mesa entera se quedó muda, mirando espantada al novio.

—Me honra que ella haya accedido a casarse conmigo —dijo Bram, rompiendo el silencio—. Confío en que nos deseen lo mejor.

—Pero..., eeeh..., ¿no es esa la que se ha hecho nativa? —inquirió uno.

Saltó el diablillo interno de Bram.

—¿Qué demonios insinúa con eso?

—Bueno, no pretendo ofender, pero esa mujer ha estado viviendo con los nativos. A saber qué habrá estado haciendo allí. ¿Está seguro de que casarse con ella es buena idea? A ver, usted está empezando y...

Bram no lo dejó terminar.

—La señorita Saunders ha estado viviendo con una familia china muy respetada, si es a eso a lo que se refiere, y son gente adinerada, de hecho. Por lo

que sé, ella duerme en el cuarto de al lado de la madre y la hermana del señor Lee. No sale sola por las noches ni se relaciona con nadie salvo con la familia y sus criados. En efecto, ayuda como traductora en los negocios de su patrón con europeos, pero siempre acompañada de él, así que ¿en qué puede censurarse su conducta?

Se hizo de nuevo el silencio y Dougal rio.

—Ay, no se puede reprochar a un hombre que defienda a la mujer a la que ama. Yo también he conocido a los Lee, he cenado con ellos, y les aseguro que son personas respetabilísimas. Lee Kar Ho llegará a ser tan rico como Whampoa, si no lo es ya. Singapur parece atraer a triunfadores de todas las razas.

Hasta Bram había oído hablar de Whampoa, que había llegado a Singapur en sus comienzos y había hecho una enorme fortuna. Ese nombre detuvo en seco la conversación.

—Estoy convencida de que todos le deseamos lo mejor —terció la señora Wallace, y cambió radicalmente de tema.

Los que estaban cerca empezaron a hablar de otros asuntos, pero, como los que estaban más lejos bajaron la voz y lo miraban de vez en cuando, Bram supuso que aún comentaban su chocante noticia. Le costaba centrarse en la cena, que no era ni mucho menos tan sabrosa como la servida por los Lee.

Cuando terminaron de cenar, estuvo también bastante callado porque no entendía la mitad de lo que se hablaba. Nunca había visto una ópera, ni había tenido tiempo para leer novelas, ni había visto pinturas ni esculturas famosas.

Se sintió aliviado cuando Dougal dijo que debían marcharse. Al cruzar el salón para despedirse de sus anfitriones, volvió a hacerse el silencio cuando los otros invitados aguzaron el oído para ver qué decía.

Bram no pudo hacer otra cosa que ignorar su falta de respeto y marcharse educadamente de casa de los Wallace. De nada iba a servirle enemistarse con la gente si pretendía seguir comerciando con los habitantes de Singapur.

Agradeció a los Wallace su hospitalidad, y entonces la señora Wallace le dijo:

—Espero que acepte este pequeño obsequio por su boda.

Le hizo una seña a un criado, que se acercó con un objeto envuelto en una tela acolchada. Bram se quedó allí plantado con el obsequio en las manos, sin

palabras. Era lo último que esperaba de su anfitriona.

—¡Ábrelo, imbécil! —le dijo Dougal por lo bajo.

Bram retiró el envoltorio y se encontró con un reloj elegante.

—Es precioso. No esperaba nada, señora Wallace, pero le prometo que ocupará un lugar de honor en la repisa de nuestra chimenea. —Cuando tuvieran una.

Ella sonrió y se enjugó las lágrimas con el pañuelo.

—Me gusta ver casarse a los jóvenes.

—Ah, ¿sí? Si les apetece asistir a la ceremonia mañana, serán bienvenidos —contestó él—. El señor Lee nos va a llevar a comer después para celebrarlo. Dice que todos los invitados serán bien recibidos —añadió, mirando alrededor.

Ella no supo disimular su sorpresa y miró a su marido en busca de apoyo.

El señor Wallace frunció los labios y asintió.

—Allí estaremos. Lee es un hombre prometedor y me apetece conocerlo.

—A mí también me gustaría ir —dijo otro hombre.

Bram tuvo que preguntarle a Dougal quién era.

—No sé qué pensar de esa gente —confesó cuando volvían a casa andando—. Son muy esnobs y no saben ser amables. Ni siquiera con un hombre como yo.

—Les gusta la gente que los desafía, pero no tanto. Y sienten debilidad por los hombres que van a tener éxito. Si quieres ganar mucho dinero, más te vale aprender a lidiar con ellos. Quienes tienen el poder en la colonia del río Swan también son como ellos. Puede que algún día seas tan rico como ellos. Yo, desde luego, me propongo serlo.

Pero, por más que se esforzaba, Bram no se veía viviendo en una mansión, atendido por criados. Se abrazó al reloj y agradeció que Dougal lo dejara pensar en sus cosas el resto del camino de vuelta.

¿De verdad iba a casarse al día siguiente? Aquello empezaba a parecerle surrealista. Ojalá hubiera visto más veces a Isabella, la hubiera conocido mejor; ojalá no tuviera la cabeza a rebosar con todas aquellas mercaderías que había visto y todos los consejos que el señor Lee le había dado.

Su mayor temor era que ella terminara despreciándolo por sus antecedentes.

¿Por qué nunca era fácil ser feliz?

Cuando la luz del alba inundó el camarote, Bram dejó de hacerse el dormido y se levantó. Salió a cubierta y, asomado a la barandilla, observó el trajín de unos y otros, aun a aquellas horas de la mañana. Estaba muy despierto, preparado para aquel día importante, pero nervioso también, como siempre que se relacionaba con personas de postín. Ojalá aquellos desconocidos no fueran a su boda.

Algunos de los hombres y las mujeres corrientes que veía pasar iban cargados con lo que parecía comida para vender, en bandejitas suspendidas de unas correas que les colgaban del cuello. Debían de haberse levantado cuando aún era de noche para cocinar aquello. La gente los paraba para comprar y comer. Eran platos sencillos. Un hombre llevaba arroz blanco en una cazuela redonda grande y un montón de hojas de árbol donde servirlo. ¿Sería su desayuno?

Los culíes cargaban con bultos de diversas formas y tamaños; los que llevaban paquetes más pequeños se movían más rápido, algunos incluso corrían. A esa hora había menos niños por allí, y ningún europeo. Salvo él.

Siempre le había gustado madrugar y allí en Singapur era fascinante contemplar cómo vivía la gente. Se veían cosas buenas y malas. Perros muertos en la calle que no parecían preocupar a nadie durante uno o dos días y cuyos cadáveres se esfumaban después. Fruta que olía fatal. Otra fruta que olía a flores dulzonas y empalagosas o tenía forma estrellada. Verduras que no conocía, pero que parecían frescas y apetecibles, de toda clase y tamaño, no solo repollo u ortigas, como en su infancia.

—Te has levantado temprano.

Al volverse vio a Dougal, plantado en la cubierta, estirándose y emitiendo gruñidos, frotándose el pecho por encima del camisón y luego la frente. Su amigo había bebido bastante la noche anterior, pero, como Bram no toleraba bien la cerveza, y menos aún el vino, se había contentado con una copa y la había hecho durar, solo por demostrar su buena disposición.

—¿Disfrutando de tus últimos momentos de libertad?

Bram negó con la cabeza.

—Preocupado pensando que ella se vaya a echar atrás.

—No lo hará. Ven, vamos a comer algo y luego nos arreglamos.

Cuando estuvieron listos, fueron andando a la catedral de San Andrés, y Bram se sintió aliviado al ver a Isabella a la entrada con el señor Lee y la madre y la hermana de este.

¡No se había echado atrás!

Estaba preciosa, con un vestido que no le había visto antes, aunque le pareció identificar la seda azul que había admirado en la tienda. El vestido era sencillo, como todos los de ella, con solo un poquito de encaje en el cuello alto y en los puños. Aquel tejido tan lustroso no necesitaba ningún otro adorno, pero parecía resaltar todo el esplendor de su pelo bajo un sombrerito principalmente de encaje atado bajo la barbilla.

Bram no se había fijado nunca en esas cosas, pero las vio entonces, porque aquella era su novia.

Según se acercaba, los Lee inclinaron la cabeza y retrocedieron un poco. Él les devolvió el saludo con solemnidad y le ofreció el brazo a Isabella. Solo entonces cayó en la cuenta de que se le había olvidado por completo comprarle un anillo y, con un aspaviento, la miró consternado.

—¿Qué pasa? —le susurró ella.

—Se me ha olvidado el anillo...

Ella sonrió.

—A mí también se me había olvidado... hasta esta mañana. He supuesto que tú tampoco te habrías acordado, porque no me dijiste nada ni me mediste el dedo. Pero tengo el anillo de boda de mi madre, que me queda perfecto. —Se lo dio—. Me gustaría llevarlo en memoria suya, si no te importa.

—Claro, muy buena idea, pero, aun así, siento no haberme acordado antes.

—Hemos estado de aquí para allá como bobos —dijo ella, imitando un poco el acento de él.

Bram sonrió.

—Pues ya podemos parar —respondió él—. Además, seguro que hasta los bobos —exageró la pronunciación correcta— pueden hacer hueco para disfrutar de su boda.

Cuando entraron en la catedral, le sorprendió encontrarse a los Wallace y a

otras dos parejas esperándolos al fondo del templo.

—Nos ha parecido que debíamos venir a ofrecerle nuestro apoyo —bramó el señor Wallace.

¿Por qué hablaba siempre tan alto aquel hombre? ¿Se estaría quedando sordo?

—Muy amable por su parte. Permítanme que les presente a la señorita Saunders y a sus amigos: el señor Lee, la señora Lee y la señorita Lee.

Hubo un momento de vacilación y después el grupo de europeos saludaron a los Lee y dejaron que los presentaran a ellos también. Luego se dirigieron todos al fondo de la iglesia.

—¿Quién va a entregar a la novia? —preguntó el señor Wallace.

—El señor Lee —contestó Isabella—. Le he explicado lo que significa y, como él y su familia se han portado tan bien conmigo, no se me ocurre nadie mejor.

Se hizo otro silencio incómodo, que llenó el clérigo, adelantándose bulliciosamente, mirando ceñudo a los Lee y sonriendo a los Wallace.

La ceremonia fue rápida, pese a que las palabras que pronunciaron le parecían a Bram demasiado importantes para farfullarlas de aquel modo, así que él contestó despacio.

—Y así me entrego a ti —dijo él, mirándola a los ojos, y confió en que ella entendiera que le estaba haciendo una promesa solemne que pensaba cumplir.

—Os declaro marido y mujer —sentenció el clérigo.

Bram le cogió las manos a Isabella e, inclinándose hacia delante, le dio un beso suave en la mejilla.

El sacerdote carraspeó y, cuando consiguió recuperar la atención de ambos, se los llevó para que firmaran el registro, después de lo cual le entregó a Bram el acta matrimonial y se despidió con sequedad.

Algún día, se prometió Bram, la gente como tú no me tratará con tanto desprecio.

Luego se olvidó de aquel hombre y volvieron con Dougal, que charlaba con los Wallace y sus amigos mientras los Lee se quedaban a un lado. Isabella se acercó enseguida a ellos y dejó que Xiu Mei le trenzara unas cintas rojas en una de las muñecas «para buena suerte».

Entonces se volvió para explicárselo a los europeos:

—El rojo suele ser el color de las novias y se dice que da buena suerte, pero, siendo pelirroja, no podía vestirme de rojo.

A Bram no le habría importado de qué color se vistiera. Se casaba con Isabella, no con su vestido.

Dougal les sonrió.

—Si le parece bien, señor Lee, aceptamos todos, encantados, su invitación a tomar un refrigerio con ustedes.

—Muy bienvenidos —contestó Lee—. Honrado de tener su compañía —añadió, e inclinó la cabeza y, tras titubear un poco, también lo hicieron sus invitados.

Isabella iba cogida del brazo de Bram y él le sujetaba la mano que tenía apoyada en su manga. Entonces se acercó a ella para susurrarle:

—Solo vienen por curiosidad. ¿No le importará a Lee?

—En absoluto. No le perjudica que se le vea con ellos, ni a nosotros como futuros mercaderes.

Una forma muy práctica de ver las cosas, se dijo Bram.

Cuando estuvieron todos sentados, el señor Lee sacó un paquete envuelto en papel rojo y se lo ofreció a Bram con ambas manos. Isabella se lo explicó:

—Los regalos de boda también se envuelven en papel rojo.

Bram se lo pasó a ella.

—Ábrelo tú.

Ella lo abrió y vio que se trataba de dinero, pero lo envolvió enseguida otra vez y se giró hacia el señor Lee.

—No tenía por qué. Es demasiado.

—Tú trabaja mucho, eres familia ahora.

Los otros invitados empezaron a darse codazos unos a otros.

Xiu Mei le ofreció otro paquete, uno mucho más grande.

—De madre y yo. Es vestido. Abre solo esquina —dijo, tirando de una esquina suelta.

La tela era de un verde oscuro e Isabella se quedó sin habla un instante.

—Es precioso. No me lo esperaba.

Entonces la señora Lee le pasó otro paquete envuelto en papel rojo que contenía dinero.

—Novias necesitan regalos de dinero —dijo mirando a los europeos con aire de superioridad—. Es costumbre china. —Las dos mujeres les dieron un codazo a sus respectivos maridos, que se hurgaron en los bolsillos y sacaron unos soberanos. La señora Lee chascó la lengua al ver que se lo daban sin más, y entonces sacó papel rojo del bolsito que llevaba atado a la cintura—. Hay que envolver para suerte —protestó muy seria.

Lo hicieron, sumisos, y el señor Wallace le guiñó un ojo a Isabella, algo que la hizo sentir un poco mejor. A fin de cuentas, los invitados iban a disfrutar de una comida maravillosa.

Terminada la entrega de regalos, el señor Lee se llevó a los recién casados a un cuartito contiguo donde los esperaba un fotógrafo.

—Importante recordar el día —dijo con una sonrisa.

Ella no lo dejó marchar.

—¿Podríamos hacernos también una fotografía con usted, Ah Yee y Xiu Mei?

Lee inclinó la cabeza.

Cuando empezó la comida, Bram e Isabella explicaron corriendo la forma educada de comer, y los europeos hicieron todo lo posible por ajustarse, aunque pidieron todos cuchara en vez de palillos. Bueno, también Bram tuvo que usar una cuchara.

Fue probando varios platos de la comida más soberbia que había ingerido en su vida, no tan sorprendido como los otros europeos por su calidad. Pensaba que no tenía hambre ese día, pero cambió de opinión en cuanto probó la comida, mucho más elaborada que la que habían tomado en casa de los Lee.

Isabella explicó a los invitados lo que era cada plato y, tras probarlos con cautela, la mayoría comió con entusiasmo.

El señor Lee logró defenderse en las conversaciones en inglés y su madre soltó alguna que otra parrafada a las otras damas, demostrando que entendía lo que había oído.

Nadie se quedó mucho rato después de la comida, salvo el grupo principal, pero los invitados elogiaron mucho las viandas.

Bram oyó a una de las mujeres decir según se iba:

—Una comida maravillosa, lo reconozco, pero no entiendo por qué tienen que comer con esos palillos primitivos.

Frunció el ceño porque le pareció una grosería que dijera eso tan alto.

El señor Lee sonrió al verlos marchar y dijo en voz baja:

—Útil conocer estas personas y para ellos conocer a mí. No sabe son groseros.

—Pues no me gusta nada, y usted no se lo merece, pero no creo que pretendan ser groseros. Han disfrutado de la comida.

Lee seguía sonriendo.

—Yo sé.

—Quiero agradecerle de corazón que me haya cedido a Isabella. La voy a cuidar, se lo prometo. Y jamás olvidaré esta comida maravillosa. —Luego se volvió hacia su mujer, ¡su mujer!—. ¿Preparada para zarpar, Isabella? ¿Tenemos que recoger tus cosas de casa?

—No, ya las habrán llevado al barco.

—Vuestro camarote mejorado os espera —terció Dougal—. Me adelanto para asegurarme de que todo está en orden.

—No me ha dejado verlo —le susurró Bram—, así que no tengo ni idea de cómo es.

—Seguro que está genial —contestó ella, y luego se dirigió a los Lee—. Se han portado muy bien con nosotros, en muchísimos sentidos. No sé cómo agradecérselo.

—Importante empezar bien matrimonio —respondió Lee—. Viene a verme mañana, los dos, y hacemos últimos arreglos sobre mercaderías.

Cuando salieron de allí, Bram preguntó:

—¿Quieres volver en palanquín?

Ella se miró el precioso vestido.

—Sería preferible. No quiero ensuciarme el bajo. Los Lee se han portado tan bien conmigo.

—Te tienen mucho cariño —dijo Bram, y le cogió la mano, reteniéndola un momento—. He estado esperando a que estuviéramos solos... Solo quería decirte

que... voy a hacerlo lo mejor que pueda contigo, siempre.

Ella asintió.

—Lo sé. Y yo contigo. Nuestra situación es... un poco difícil.

—No hace falta que nos precipitemos hasta que estemos preparados los dos, ni siquiera esta noche.

Ella lo miró de pronto, preguntándose si lo habría entendido mal, pero, cuando él repitió la última frase, ella se relajó un poco.

—Eres un hombre bueno, Bram.

—Eso espero. La vida ya es lo bastante dura como para añadirle crueldad. Bueno, vamos, señora Deagan, a ver qué ha estado haciendo Dougal en nuestro nuevo camarote.

En cubierta estaba todo el equipaje de Isabella, que era un buen montón. Había un marinero custodiándolo para evitar que se lo robaran.

—Tengo unos cuantos muebles y me he traído unas mercaderías para mí —susurró ella—. Espero que no te importe.

—¿Por qué iba a importarme?

El marinero les sonrió.

—Enhorabuena por la boda, señor, señora. Si me indica qué es lo que desea llevarse al camarote, señora Deagan, traslado el resto a la bodega.

Ella le señaló las piezas que quería tener consigo durante la travesía y, en cuanto los marineros se llevaron el resto, Bram la trasladó al camarote que iban a compartir.

Él la dejó pasar primero, aguardando a la puerta y sonriendo con cada exclamación de satisfacción de ella. El camarote era más grande que el que había estado ocupando él, y el marinero, que era también el carpintero del barco, se las había ingeniado para hacerles una cama de matrimonio. Les habían puesto una colcha preciosa, acolchada, hecha con trozos de tela rojos y rosas que parecían refulgir de vida y de color. Debían de haberla hecho en Singapur. Bram nunca había visto colchas así en ninguna otra parte. Eso le dio una idea, y después se enfureció consigo mismo por pensar en mercaderías en un momento así.

Los marineros habían dejado el baúl de Isabella en un rincón y alguien había reunido las cosas de Bram, apiladas al lado.

—La colcha es mi regalo de boda —dijo Dougal a su espalda—. La señora Lee me ha ayudado a encontrarla. Me dijo que tenía que ser roja.

Isabella se dio la vuelta.

—Muchísimas gracias. El color no solo se asocia a las bodas, sino también a... la fertilidad. —Procuró disimular su rubor mirándose la muñeca—. Por eso me he dejado puestas las cintas, porque para ellos era importante que llevara algo rojo.

—Estás preciosa —le dijo Bram con ternura, y entonces vio que Dougal sonreía y se iba, y se alegró de que lo dejara a solas con ella.

Cuando cerró la puerta del camarote, Isabella se notó nerviosa otra vez. Le costaba respirar con normalidad, no se atrevía a mirarlo. ¡Qué bobada!

Él le cogió la mano como si fuera algo delicadísimo.

—Te dije que no nos precipitaríamos, y era en serio.

Entonces ella se sintió más capaz de mirarlo.

—Qué tontería que esté tan nerviosa, ¿no? La gente se casa todo el tiempo.

—No eres la única que está nerviosa. —Le tocaba a él ruborizarse—. Yo tampoco he estado casado antes.

—Pero habrás... hecho esas cosas.

Bram negó con la cabeza.

—No, qué va. Vivía en un pueblo pequeño donde nos conocíamos todos. Trabajé en la mansión desde los diez años. Allí, a las criadas se las mantenía alejadas de los criados; además, la familia era muy estricta con eso. Te podían despedir por hablar siquiera con una de las doncellas. —Su voz se tiñó de amargura—. El viejo señor Largan, en cambio, podía hacer lo que quisiera, y lo que hacía era tan terrible que no te voy a ensuciar los oídos contándotelo. Pero sus criados tenían que comportarse como frailes y monjas.

La dejó perpleja, pero aquella confesión la tranquilizó. Se alegraba de que él no intentara fingir otra cosa, pero no se le ocurría una forma adecuada de decírselo, así que le apretó la mano, confiando en que Bram entendiera cómo se sentía.

Entonces él sonrió, con aquella sonrisa risueña suya, y eso le levantó el ánimo a ella.

—Más vale que organicemos nuestras cosas o tropezaremos con ellas por la noche —dijo Isabella, señalando los montones de equipaje y de bultos de vete a saber qué.

—Lo hacemos juntos.

Trabajaron en armonía, parando a beber algo de té y comerse el pastel que el cocinero del barco les había hecho expresamente para celebrar su enlace. El pastel estaba algo ladeado, pero sabía muy bien.

—Hacía años que no comía un *plum cake* —dijo ella, encantada—. Había olvidado lo rico que está.

Solo cuando llegó el momento de irse a la cama se le volvieron a encender las mejillas. Le costaba desnudarse delante de un desconocido.

Bram carraspeó.

—Voy a..., eeeh..., a dar una vuelta por cubierta mientras te preparas.

Isabella no se molestó en fingir que no sabía por qué lo hacía.

—Gracias.

Dobló la preciosa colcha y la dejó encima de su baúl; luego se puso uno de los bonitos camisones nuevos que encontró en su equipaje. Serían cosa de Xiu Mei y su madre. ¡Qué detalle! ¡Cómo las iba a echar de menos!

Entró Bram con una botella de vino.

—Dougal dice que deberíamos tomarnos una copa, pero, si te digo la verdad, no acostumbro a beber mucho.

—Yo tampoco. Lo guardamos para mejor ocasión, ¿no?

Cuando él empezó a desnudarse, Isabella cerró los ojos, pero luego le entró la curiosidad y los abrió un poco. Bram tenía un cuerpo fibroso, y se movía con soltura y elegancia. Era el cuerpo de alguien que trabajaba mucho, sin un gramo de grasa. Bien. No habría soportado casarse con un holgazán como su padre.

Bram se puso el camisón, se metió en la cama y suspiró agotado.

—No finjo, Isabella, ni trato de evitarte, pero apenas dormí anoche y estoy exhausto. No es buen momento para probar cosas nuevas, ¿verdad?

—Tienes razón.

—Pero me gustaría abrazarte —dijo, y alargó los brazos para envolverla con ellos; Isabella serpenteó hasta que estuvo cómoda en el hueco que formaban—. Está bien volver a tener esto —añadió con voz de sueño, arrastrada, mientras estaban los dos tumbados, callados.

—¿Cómo?

¿No acababa de decirle que nunca había estado con una mujer?

—Me refiero a no dormir solo. Siempre compartí cama con mis hermanos, hasta que me fui de casa. Hablábamos mucho en la oscuridad. A oscuras se dicen cosas que no se dicen a la luz del día. Lo echaba de menos.

Isabella lo oyó bostezar, notó que aflojaba la mano, y acto seguido se quedó dormido, así de rápido. Ella sonrió en la oscuridad. No daba miedo, su marido. ¡Qué boba había sido angustiándose con todo aquello! Tenía claro que iba a tratarla con delicadeza, en todos los sentidos.

Por la mañana, Isabella despertó temprano, pero Bram se le adelantó y, tumbado de lado, le sonreía. Debía de haberla estado observando.

—Me quedé dormido sin darte siquiera las buenas noches. ¡Menudo novio estoy hecho!

—Yo no te fui a la zaga. También estaba agotada. —Isabella miró el reloj nuevo, plantado en el suelo al lado de la cama, porque aún no le habían encontrado sitio—. Deberíamos levantarnos. El señor Lee empieza a trabajar temprano y tenemos mucho que hablar con él.

—Hay que contar el dinero antes de ir a verlo, el de los regalos de boda, digo. No quería hacerlo sin ti. A lo mejor podríamos comprar alguna mercadería más con parte de ese dinero. ¿Qué te parece?

—Estoy de acuerdo. Pero habrá que guardar una parte para emergencias y para montar la tienda.

Bram salió de la cama.

—Vamos a comer algo primero. Pienso mejor con el estómago lleno.

Para alivio de ella, no hizo ademán de tocarla y miró a otro lado mientras ella se levantaba. Isabella se lavó deprisa y se vistió.

Hizo lo mismo con él, fingiendo que organizaba unas ropas que ya estaban perfectamente organizadas mientras él se preparaba. Se preguntó cuánto tardarían en sentirse cómodos el uno con el otro.

Después de un desayuno sencillo de huevos cocidos con unos tarugos de pan, volvieron al camarote y contaron el dinero de los regalos.

A Isabella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ha sido muy generoso.

Bram guardó silencio unos minutos. En un día había triplicado su capital, gracias al señor Lee. Nunca olvidaría lo que le debía a aquel hombre, nunca. Vio que Isabella lo miraba inquisitiva.

—Sí, muy generoso. Y hasta nos dieron un montón de soberanos los invitados a la boda —dijo, riendo un poco—. Muy prácticos, los chinos. Los europeos nos hicieron ese regalo por no pasar vergüenza, pero no les pienso devolver el dinero. A ellos les sobra y a nosotros no.

—Deberíamos gastarnos el dinero chino aquí, en mercaderías, y guardar los soberanos para Australia, ¿no crees? —propuso ella.

—Buena idea. ¿Me vas a ayudar a elegir el género? Sé muy poco de lo que les gusta comprar a las mujeres. ¿Optamos por las cosas bonitas o por las útiles?

—Un poco de cada, diría yo.

Fueron andando despacio hasta la casa del señor Lee; no les hizo falta el palanquín porque ella volvía a llevar su ropa oscura de diario. También él llevaba sus prendas viejas de todos los días. Isabella estaba más a gusto con él cuando no iban arreglados, y consigo misma también.

Estaba decidida a ayudarlo en todo lo que pudiera, decidida a ganar todo el dinero posible. De ese modo, no solo vivirían mejor, sino que ella podría permitirse ir a buscar a Alice. Confiaba en encontrar a su prima algún día.

Xiu Mei levantó la vista, sonriente, cuando entraron en la tienda.

—Está esperando.

Enfilaron el pasillo y encontraron al señor Lee en su cuartito.

—Lee-Sang —lo saludó ella, inclinando ligeramente la cabeza.

Él saludó primero a Isabella y después a su marido.

—Tiene buen aspecto.

—Queríamos darle las gracias los dos por sus generosos regalos —terció Bram—. Isabella y yo lo hemos hablado y hemos pensado que deberíamos invertir parte del dinero en mercaderías, pero a lo mejor podríamos cambiar cierta cantidad por dinero inglés, para tener algo con lo que trabajar cuando lleguemos a Australia. ¿Es posible?

A Isabella le gustó aquel otro indicio de que él la trataba en público como a una igual. Significaba mucho para ella.

Al final de un ajetreado día comprando mercaderías, siguieron a los culíes que les llevaban los paquetes al barco y que contenían telas para vestidos, dos alfombras y algunas colchas, además de muchos otros artículos más pequeños.

Dougal estaba sentado en cubierta, relajado. Le hizo una seña a su segundo de a bordo para que supervisara la carga del nuevo género en las bodegas.

—Parece que habéis estado ocupados. Venga y siéntese, señora Deagan.

—Llámame Isabella —le dijo ella—. Aún no me he acostumbrado a lo de señora Deagan.

—Pues a mí llámame Dougal. ¿Qué habéis comprado hoy?

—Tantísimas cosas que no sé por dónde empezar.

Dougal parecía interesado de verdad, así que ella le enseñó algunas y respondió a sus preguntas sobre precios, preguntándole a su vez cuánto podían pedir por aquel género en Australia. Las respuestas de Dougal la dejaron pasmada, e intercambió miradas rápidas con Bram. No era de extrañar que algunos mercaderes se hicieran ricos.

Pasaron una noche agradable y relajada, y hasta que llegaron al camarote y se topó con Bram en aquel espacio reducido no recordó que aún no habían consumado el matrimonio. Se notaba cada vez más rígida.

Él se dio cuenta enseguida y le cogió las manos.

—No tengas miedo de mí, Isabella. Nunca. No te voy a tocar de ese modo hasta que estemos listos los dos.

Ella tragó saliva y procuró esbozar una sonrisa, pero no fue capaz.

Ya en la cama, él quiso achucharla otra vez, y la estrechó entre sus brazos.

A Isabella empezaba a gustarle aquello, disfrutaba pudiendo charlar y lamentó que él se diera la vuelta y le susurrara:

—¡Ahora, a dormir, esposa!

Ella yació despierta en la oscuridad, oyéndolo respirar cada vez más despacio, intrigada. ¿Acaso no la deseaba?, ¿o es que era tan considerado como parecía?

¿Lo deseaba ella a él?

Aún no, reconoció. Al menos hasta que lo conociera mejor.

¿Cuánto tiempo se reprimiría él? Ojalá conociera mejor aquella faceta de los hombres.

6

Alice Beaufort suspiró al mirar el reloj. Parker se retrasaba otra vez. No tenía noción del tiempo y a veces la volvía loca, intentando asegurarse de que llegaba a casa a tiempo para las comidas, y que no le llevaba amigos ruidosos a última hora de la noche que terminaran despertando a su pequeña. El suyo era un pequeño adosado en una calle de viviendas similares. Por suerte, a sus dos años, Louisa era demasiado pequeña para entender muchas de las cosas que pasaban, pero a Alice le preocupaba que a la niña le afectaran las riñas de sus padres según se iba haciendo mayor.

Al oír pasos fuera, no salió corriendo a abrir la puerta ni se arrojó a los brazos de su marido, como sucedía nada más casarse. Aguardó, dando golpecitos en el suelo con la punta del zapato y rezando para que él estuviera solo.

Y lo estaba, pero, cuando él le sonrió con ojos de lechuza, los labios flojos, meciéndose, a ella se le cayó el alma a los pies.

—Has vuelto a beber. Ay, Parker, me prometiste que vendrías derecho a casa con el dinero. ¡Y que no beberías nunca más!

—No estoy borracho. Solo me he tomado unos tragos con mis amigos.

—¿Y el dinero? ¿Lo tienes? ¿Tu familia ha mandado algún extra esta vez? —Él se acercó y la arrimó a su cuerpo para darle un beso de tornillo, pero ella se zafó de él con un empujón; odiaba aquel aliento a ron—. ¡El dinero, Parker! Necesito dinero para comprar comida.

Cuando se había casado con él, no sabía lo que era un expatriado mantenido, pero ya lo tenía clarísimo. La familia de él se había cansado de sus deudas y de sus vergonzosos intentos de demostrar que era un artista, y lo habían mandado lo más lejos posible: a Australia. Le pagaban una cantidad fija al año para que se

quedara allí. Se avergonzaban de él, no querían tener nada que ver con él, pero tampoco que se muriera de hambre.

Sin duda ellos entendían, y ella entonces también, que Parker probablemente nunca se iba a ganar la vida por sus propios medios. Además, sabían de su desidia. Le pagaban trimestralmente, suponía que porque no se fiaban de que fuera a durarle el año entero.

Se había enamorado de él porque era guapo, caballeroso y amable, al contrario que Renington. Y porque le daba igual el pasado de Alice. No muchos hombres se habrían casado con la amante de otro. Pero no tardó en descubrir que Parker no le resultaba nada práctico. El despertar a la realidad había sido muy duro para ella, que estaba más acostumbrada a dejarse cuidar, pero, por lo menos, había conseguido encontrar una casa para los dos y tener al día el alquiler.

Los padres de él vivían del comercio y parecían ricos, solo que ella no había llegado a conocerlos ni había podido presentarles a su nieta, porque, si Parker volvía a Inglaterra, dejarían de pagarle su asignación.

—¿Y bien? —preguntó Alice con mayor insistencia aún. Parker hizo una mueca, pero, cuando se vació los bolsillos, ella vio consternada que se había gastado ya buena parte del dinero—. ¿Eso es todo lo que te queda?

Él se hurgó en los bolsillos otra vez y encontró un soberano más; después se palpó la ropa y cabeceó afirmativamente. Ella contó el dinero y se lo guardó enseguida en el bolsillo interior de la falda. Parker intentó recuperarlo.

—No me has dejado nada.

—Esto nos tiene que durar tres meses. Tres meses enteros, Parker. ¿O quieres que tu hija se muera de hambre?

—Pues claro que no.

—Hoy te has gastado casi la mitad de tu asignación. ¡En una noche!

Aquello lo espabiló.

—No puede ser.

Ella se echó a llorar de repente.

—Es. No sé cómo me las voy a apañar.

Parker se sentó, alicaído.

—Pero si solo me he tomado unos tragos...

—Entonces te han robado.

—¡No! Son mis amigos. No me robarían.

—Claro que te roban. Cada vez que se acercan a ti. Me robaban a mí también, hasta que les prohibí que vinieran por aquí. ¡Mírame! Hace dos años que no me compro un vestido nuevo. Todo lo que tengo está ajado. —Siguió sollozando y, aunque se recostó en él cuando la abrazó, no se lo había perdonado. Cuando se cansó de llorar, se sentó erguida y le dijo con firmeza—: Esto solo tiene una solución, Parker. El próximo trimestre voy contigo al abogado y me hago cargo del dinero directamente.

Él se indignó.

—¿Qué imagen daría eso de mí? La de alguien que no es de fiar, que no sabe manejar el dinero.

—Es que no sabes. Y me da igual lo que parezca. —Entonces jugó su mejor baza, porque sabía lo mucho que Parker quería a su pequeña—. ¿Acaso quieres que Louisa pase hambre y vista harapos? No para de crecer, necesita ropa nueva cada cierto tiempo.

Él negó con la cabeza, triste.

—No me creo que solo quede eso. Enséñamelo.

Ella volvió a contar el dinero despacio, por si se había equivocado. Pero no. Se lo guardó otra vez en el bolsillo, zafándose de la mano de él.

—No, no te voy a dar nada, Parker. Ya no puedes permitirte salir a beber.

—Pero, aunque no beba, necesito comprar pinturas.

—Yo te las compro. Será mejor así, de verdad. Siempre te quedas sin dinero antes de que acabe el trimestre y tienes que esperar para comprarte pinturas nuevas. De este modo, me aseguraré de que no se te acaba.

A Parker se le iluminó un poco el semblante.

—De acuerdo, pues. Más vale que me prepare para trabajar mañana, ¿no? Tengo una idea para una nueva pintura. Estoy convencido de que esta se venderá y no tendremos que preocuparnos más por el dinero.

Se puso la bata manchada de pintura y subió al desván a preparar un lienzo para un cuadro nuevo. Le encantaba lo que él llamaba «su trabajo», pero sus

pinturas tenían algo raro. Alice había intentado averiguar qué era, si la composición o los colores, pero no conseguía dar con ello. Se le daba mejor el dibujo y de vez en cuando ganaba dinero dibujando a carboncillo a los hijos y las mascotas de los ricos, algo que detestaba y solo hacía cuando apenas les quedaban unos chelines. Sin embargo, era ahí donde residía en realidad su escaso talento.

Suspiró cuando la niña se despertó y empezó a llamarla. La vida no le había ido como quería, pero era lo que tenía y debía sacarle el máximo provecho.

Mientras le daba algo de comer a su hija, se preguntó si su prima se acordaría de ella. ¿Se habría casado Isabella? ¿Tendría hijos? ¿Sería feliz?

¿Volverían a verse algún día?

Estaba convencida de que Isabella no era tan tonta como para fugarse con un sinvergüenza guapo que no había podido cumplir su promesa de casarse con ella porque ya estaba casado. Isabella tampoco se habría enamorado de un hombre que no podía mantenerla, por mucho que la quisiera.

Pero al menos Parker se había casado con ella, le había devuelto su honor. Y había escrito a su familia y les había hablado de ella. Claro que ellos no le habían contestado. Ni le habían aumentado la asignación, ni siquiera después de que naciera Louisa. Le pediría que volviera a escribirles, al día siguiente sin más tardar, antes de que se pusiera a trabajar. No iban a ignorar a su nieta, ¿no? Y, si aquello no los instaba a mandar más dinero, escribiría ella misma, explicándoles su situación y pidiéndoles que valoraran la posibilidad de mandarle dinero para Louisa directamente a ella.

Había aprendido por las malas a ser tenaz cuando necesitaba algo.

Flora decidió fregar ella misma la casita de al lado de las cuadras y guardarse el dinero que Conn le había dado para esos menesteres. Era un trabajo sucio, pero las dos guineas les vendrían bien a sus ahorros.

No le había dicho a nadie cuánto dinero había conseguido reunir, porque su madre iba a querer «custodiárselo». Ya había detectado indicios de que alguien había estado registrando su cuarto. ¡Como si fuera tan tonta de dejar el dinero

donde lo pudieran encontrar fácilmente! Como si no supiera que su madre hurgaba entre sus cosas.

Si su progenitora se hacía con ese dinero, se lo gastaría en la casa. Siempre tenía alguna justificación para las «mejoras» que hacía, aunque no fueran necesarias, y se deshacía de los muebles como otras mujeres se deshacían de la ropa pasada de moda.

Solo que la casa no era de su madre, sino de Dougal. Él había trabajado mucho para comprarla y había sido generoso con ellas, pero su madre no estaría a cargo de aquella finca eternamente. Por supuesto, aunque él se casara, siempre les proporcionaría un techo a ellas, de eso estaba segura. Pero no era lo mismo. Entonces te convertías en huésped de la señora de la casa y no tenías voz ni voto en cómo se hacían las cosas. Igual que Flora tampoco los tenía en esos momentos.

Una amiga suya, Jeanie, se encontraba en una situación similar y la había visto llorar por las pequeñas ofensas que debía soportar cuando su cuñada estaba de mal humor. Flora no tenía intención alguna de convertirse en la pobre hermana solterona de Dougal cuando este se casara, aunque su mujer resultara ser una mujer maravillosa. Tampoco pensaba casarse con un hombre al que no respetara solo por tener casa propia, dijera lo que dijese su madre.

Mientras trabajaba, estudió la casita. En cuanto la tuvo resplandeciente, suspiró envidiosa. Le encantaría vivir en un sitio así..., ella sola, pero eso espantaría a su madre y causaría furor en la familia. Ni siquiera tenía claro que Dougal fuera a permitirle vivir sola, porque eso no era «respetable» para una mujer soltera. Pero ella ya tenía más de treinta años y, legalmente, no tenía que dar cuentas a nadie.

Era la falta de dinero lo que la retenía en casa con su madre.

Ya había usado toda el agua caliente y el fuego de la cocina se estaba apagando, así que decidió esperar a llegar a casa para asearse en condiciones, antes de que la viera su madre, a ser posible. Restregándose las manos mugrientas en el paño húmedo, volvió a sujetarse el pelo como pudo y empezó a recoger los productos de limpieza.

Antes de marcharse, fue a ver a Les Harding y lo encontró enfrascado en el

trabajo, silbando contento mientras encalaba otra de las cuadras. Aquello estaba sucísimo y estaba costando limpiarlo debidamente, habiendo solo un hombre para la tarea y teniendo que dejar libres las cuadras para los caballos. Les era un buen trabajador, había que reconocérselo, pero, como era un exconvicto, tendría que demostrar que era fiable durante un tiempo. Flora se proponía asegurarse de que no engañaba a Conn y a Bram.

Al salir a la calle, se detuvo para estudiar la fachada de los establos. Los hombres a los que había contratado habían fregado el exterior, de madera pintada, pero la pintura estaba desconchada en algunos sitios y Conn no le había dado dinero suficiente para repintarlo todo. A lo mejor podría pedir que retocaran la pintura blanca de los marcos de las ventanas y de las puertas, y pedir que le hicieran un rótulo mejor. Conn no le había dicho qué nombre quería poner a las cuadras, si el suyo o el de Bram. Se encogió de hombros. Fácil. Haría un rótulo que rezara CUADRAS DE ALQUILER y dejaría sitio debajo para el nombre del propietario. Hacía falta un rótulo más grande, uno que se viera bien de lejos.

Cuando estaba a punto de coger el cubo con los paños de limpieza que se había llevado de su casa, se acercó un hombre a lomos de un caballo con pinta de cansado. La saludó tocándose el ala del sombrero y se quedó mirando las cuadras.

—¿Mundy anda por aquí?

Por como dijo el nombre, a Flora le pareció que no le tenía mucho aprecio al antiguo dueño.

—Las cuadras tienen propietarios nuevos: el señor Largan y el señor Deagan. No sé dónde para el señor Mundy, pero pruebe en las tabernas.

—Pero ¿las cuadras siguen operativas?

—Ah, sí. Yo estoy ayudando al nuevo dueño a adecentar esto un poco. Es amigo de mi hermano.

—¿Hay sitio para que deje mi yegua aquí esta noche? —preguntó dándole unas palmadas en el cuello al animal—. La he agotado, me temo, y merece unos mimos.

—Seguro que la pueden acomodar. ¿Quiere que vaya a buscar al hombre que lo lleva para el nuevo propietario?

—Sí, se lo agradecería, por favor.

El tipo desmontó, agarrotado, retiró las alforjas y se las colgó de un brazo.

—¡Les! —gritó ella—. Tenemos un cliente. —Se volvió hacia el desconocido —. Soy yo la que lleva el dinero y las cuentas, así que me tiene que pagar a mí.

Por fortuna, no le pareció mal pagarle a una mujer, es más, le dejó un florín a cuenta.

Les salió corriendo justo entonces, y a ella le pareció bien que se apresurara a atender a un cliente. Había que demostrar buena disposición. Agarró a la yegua por las bridas, escuchó las instrucciones y susurró al animal, prometiéndole darle bien de comer, y después se lo llevó.

—Se le dan bien los caballos, desde luego —dijo Flora, pensando en voz alta.

—Sí, eso no se puede fingir. ¿Sabe de algún sitio decente donde alquilar un cuarto por aquí cerca? El sitio en el que me alojé la última vez no era gran cosa.

Flora lo escudriñó. Se le veía lo bastante limpio y respetable, un hombre culto, por su forma de hablar, de esos a los que su madre alquilaba sus habitaciones sin rechistar.

—Mi familia tiene una pensión, de hecho, y ahora mismo no tenemos ningún huésped. Yo voy ahora para allí, si quiere le enseño el camino.

—Sí, se lo agradecería. Déjeme que le lleve el cubo. Me llamo Mitchell Nash, por cierto.

—Señorita McBride —dijo Flora, cogiendo el resto de los productos de limpieza, contenta de no tener que hacer dos viajes.

El señor Nash no habló mucho mientras recorrían la escasa distancia que la separaba de su casa, pero ella lo miró de reojo unas cuantas veces, intrigada. Tenía un semblante serio, triste, uno que ella ya había visto otras veces, normalmente en exconvictos. Solo que, si lo habían deportado, debía de ser como a Conn Largan, por razones políticas, que no era lo mismo. No veía nada sospechoso en su expresión ni en su porte. No siempre se podía saber, claro, pero a Flora le gustaba conjeturar sobre los forasteros.

Su madre ofreció al señor Nash el habitual recibimiento calurosísimo, algo que pareció incomodarlo.

Cuando el huésped se encerró en su cuarto, su madre se volvió hacia ella y le

dijo con frialdad:

—No sé qué has estado haciendo para terminar en un estado tan lamentable, pero haz el favor de lavarte y cambiarte de ropa antes de bajar a cenar.

Flora agachó la cabeza. No pretendía que su madre la viera así y seguro que más tarde discutirían y la recriminaría de nuevo por aquello.

El señor Nash no salió de su cuarto hasta que sonó el gong de la cena. Al parecer, lo sorprendió un poco ver que iba a cenar con la familia, pero se cuidó mucho de hacer ningún comentario y se sentó a la mesa, levantándose otra vez, por cortesía, cuando Flora fue a buscar la sopera.

Por lo general, su madre era capaz de hacer hablar a cualquiera, pero a aquel hombre no. Según avanzaba la cena, Flora disimuló una sonrisa y estuvo tan callada como él. Sabía que su madre no iba a interrogarla delante de nadie sobre la razón por la que había llegado a casa hecha unos zorros, así que se centró en disfrutar de la comida.

Cuando terminaron, el señor Nash preguntó en voz baja:

—Si decido quedarme en Fremantle, señora McBride, ¿podría alojarme aquí más tiempo? ¿Tiene una tarifa semanal?

—Pues claro que puede. Nos encantará tenerlo como huésped.

Flora reprimió un suspiro de impaciencia. Su madre trataba a sus huéspedes como si fueran amigos de la familia, pero a ella le parecía preferible dejar su postura bien clara.

—Mientras pague puntualmente y tenga su cuarto razonablemente recogido, señor Nash...

Pareció que la sonrisa de Nash lo sorprendía a él tanto como a ella, como si se le hubiera escapado.

—Desde luego. —Se dirigió de nuevo a su madre—. La comida estaba deliciosa. La he disfrutado mucho.

—Me alegro. Puede sentarse aquí por las noches si le apetece. Nuestros invitados usan este cuarto como salón —dijo la señora McBride, señalando un sofá, un sillón y un pequeño escritorio al otro lado de la estancia.

La expresión de él se volvió de nuevo indescifrable.

—Gracias, pero estoy bastante cansado, así que subiré directamente a mi

cuarto.

—¿Le apetece una taza de té y un trozo de bizcocho antes de acostarse? La criada se lo puede subir cuando tomemos el resopón.

—Esta noche no, gracias. Estoy demasiado cansado para mantenerme despierto.

Cuando salió de la estancia, la señora McBride miró a su hija.

—A ese hombre alguien le ha hecho algo.

—Sí, parece infeliz, desde luego —dijo, y se levantó—. Voy a recoger la mesa y después...

—Eso lo puede hacer Linny. Ven y explícame qué has hecho hoy. No me has dejado ninguna nota para avisarme de adónde ibas y ahora pareces exhausta. Es más, cuando has llegado esta tarde, traías la falda mojada y manchada. ¿Cómo demonios te la has puesto así? No sé qué habrá pensado de ti el señor Nash.

—Me da igual lo que piense de mí el señor Nash.

—Nunca da igual lo que piense un caballero, y menos aún uno soltero.

—No sabes si el señor Nash está soltero.

—Podría estarlo.

Flora contuvo el suspiro. Como el huésped, habría preferido irse derecha a la cama. Estaba agotada y no le apetecía que la reprendieran ni la criticaran, pero entró en la salita de su madre para acabar con aquello de una vez.

—Bueno, ¿cómo te has puesto así? ¿Te has caído?

—No, he estado limpiando la casita.

—¿¡Que has hecho qué!?

—He estado limpiando la casita.

—¿Por qué?

Estaba harta de mentir.

—Porque quería el dinero.

—Esto ya lo hemos hablado. ¡No lo necesitas! Ni deberías rebajarte a hacer tareas domésticas. ¿Por qué tanto empeño?

—Porque no tengo nada propio.

—¡¡No necesitas dinero!! —insistió su madre, haciendo hincapié en el verbo. Gritaba tanto que a Flora le quedó claro que se había disgustado de verdad, pero

no pensaba ceder y decirle que había cometido un error, así que se quedó allí plantada y esperó a que terminara la perorata—. ¡Y no vas a aceptar ese trabajo!

—Ya lo he aceptado y el señor Largan me ha dejado a cargo de las cuadras. Confía en mí y no lo voy a decepcionar.

—Una dama no debería ensuciarse las manos con tareas domésticas.

—Voy a llevar la contabilidad y a hacer los pedidos de heno y de pienso, no a limpiar las cuadras.

—Vas a estar a solas con un hombre, un convicto, además.

—Es un hombre muy educado y respetuoso.

—Te lo prohíbo, Flora.

—Siento contrariarte, pero lo voy a hacer igual y no me lo puedes impedir.

Su madre siguió a lo suyo, repitiéndose, como si eso sirviera de algo, empeñada en prohibirle que lo hiciera. Flora, que estaba cansadísima, de pronto perdió del todo la paciencia.

—Me voy a la cama.

—No he terminado.

—Yo sí. Y no voy a cambiar de opinión.

Subió deprisa la escalera, ignorando el «¡Vuelve aquí ahora mismo!» de su madre.

Ya en su cuarto, echó el cerrojo y se dejó caer sobre la puerta un segundo, aliviada de estar a solas. Aguzó el oído, pero, como esperaba, su madre no la había seguido arriba. Seguramente se estaba tomando un «reconstituyente», o sea, una copa de brandi.

Flora se recompuso y sacó de su escondite, bajo una de las tablillas del suelo de debajo de la cama, el frasco en el que guardaba sus ahorros. Contenta, metió en él el dinero que había ganado y dejó el resto de lo que le había dado Conn en un bolso viejo.

Tenía ya treinta y siete libras y dos chelines, que no estaba mal, pero no era ni mucho menos suficiente para empezar una vida nueva. El único plan que podía diseñar para el futuro era abrir una pensión, para lo que necesitaría muebles, ropa de cama, utensilios de cocina, todo tipo de cosas. Gracias a Dios, tenía experiencia de sobra en el alquiler de habitaciones, pero lo haría de forma muy

distinta a su madre y les sacaría más beneficio a sus huéspedes al tiempo que les prestaba un buen servicio.

Su amiga Jeanie y ella habían hablado de montar un negocio juntas, porque las dos eran solteronas y dependían de su familia. Pero al menos Jeanie tenía unos pequeños ingresos personales, no lo suficiente para vivir de ellos, pero sí para que se notara si se metía en un negocio. El problema era que las dos eran reacias a disgustar a sus parientes.

No se ganaba mucho dinero con una casa de huéspedes, pero sí lo suficiente. A Flora no le importaba trabajar mucho, pero a veces le fastidiaba no poder hacer las labores que solían desempeñar los hombres, aquellos trabajos que generaban mayores ingresos. ¿Por qué no podía ser abogada o arquitecta? Era inteligente, más que muchos hombres.

Bueno, en cuanto montase la casa de huéspedes, mantendría los ojos bien abiertos. Seguro que había alguna forma de ganar más que una miseria.

Conn llegó a casa a última hora de la tarde y se encontró a su esposa sonriente y a su pequeño sonrosado esperándolo. Karsten estaba tumbado en una manta, haciendo ruiditos y dando pataditas al aire como un loco con sus piececitos. Después de achuchar a su hijo, Conn estrechó a Maia entre sus brazos y la tuvo abrazada unos minutos, bendiciendo al destino que los había juntado. Ningún hombre podía tener una esposa más cariñosa ni una mejor compañera de fatigas. Como siempre, el mundo parecía un sitio mejor en cuanto ella estaba a su lado.

—¿Se ha portado bien nuestro niño y te ha dejado dormir?

—Ha sido un angelito. Nunca he oído hablar de un niño más risueño. ¿Tienes hambre, Conn?

—Solo de estar contigo, mi vida, pero me tomaría contigo un té, y ya cenaremos más tarde, cuando Karsten se haya dormido.

—Se lo digo a Nancy.

Maia volvió y se sentó a su lado, apoyando la cabeza en él.

—Cuéntame todo lo que has hecho mientras estabas fuera. Ya he visto que no has traído caballos nuevos. ¿Qué te ha retenido?

—No he encontrado caballos lo bastante buenos para crianza, al menos si queremos hacernos con una reputación de excelencia.

Se interrumpió cuando Nancy trajo la bandeja del té. Maia le sirvió una taza y luego él siguió relatándole lo que había hecho, sabiendo que a ella le gustaba oír todos los detalles sobre otras personas. Eso era lo que a él le hacía pensar que Maia agradecería un estilo de vida menos aislado.

—Me gustaría ver las cuadras y conocer a Flora —dijo cuando él terminó—. Parece una mujer muy trabajadora.

—He estado pensando que..., igual, cuando me invaliden la condena, podíamos comprarnos una casa en Perth o en Fremantle y pasar tiempo allí además de aquí —comentó, y contuvo la respiración a la espera de su respuesta.

—¿Es eso lo que quieres?

Conn asintió.

—Sí, creo que me he estado escondiendo. Ser convicto es algo muy vergonzoso.

Ella le dedicó una de sus espléndidas sonrisas.

—A mí no me impidió enamorarme de ti, cariño.

—Ni a mí enamorarme de ti.

—Si me dices que te apetece ir a vivir a la luna, yo te acompaño, ya lo sabes, Conn, pero, sí, estaría bien vivir más cerca de la gente.

—Soy el hombre más afortunado del planeta —respondió él, y le cogió la mano y se la llevó a los labios, y con la mirada le prometió mucho más cuando estuvieran a solas en la alcoba, consciente de que ella apreciaba hasta la mínima caricia suya.

Mitchell Nash se quedó dormido enseguida, pero se despertó en plena noche, algo que le ocurría a menudo últimamente. Llevaba semanas siguiendo otra pista que no conducía a ninguna parte, porque fuera de Perth solo se podía viajar a caballo. No había ferrocarril allí, ni siquiera carreteras de verdad, solo pistas de tierra, muchas de las cuales iban rodeando los árboles en vez de ir en línea recta.

No acababa de entender cómo había desaparecido por completo su mujer al

llegar a Australia. Debía de ser cosa del sinvergüenza con el que se había fugado, porque Betsy no era una mujer inteligente.

Demostrada ya la infidelidad de su esposa, aquel tipo se la podía quedar para siempre, pero no al hijo de Mitchell. Eso nunca. Si tenía que pasarse años buscando, lo haría, y algún día daría con Christopher.

Llevaba ya un año sin ver a su hijo, que era mucho tiempo para un crío de seis años, no, de siete ya. Cada vez que pensaba en que ella se lo había arrebatado, le hervía la sangre, salvo por las noches, en las que era la angustia lo que lo asaltaba, y a veces las lágrimas. Hasta que perdió a su hijo, no había llorado desde que era un chaval.

Lo único que había podido averiguar era que ella había desembarcado en la colonia del río Swan, o que lo había hecho una mujer que se hacía llamar «señora Foyle», con su marido y su hijo pequeño, Charles. Había ido enseñando a la gente la *carte de visite* en la que estaban retratados, y le habían asegurado que era la misma.

Aunque estaba despierto, Mitchell no se levantó porque no podía deambular a oscuras por una casa desconocida. Tendría que esperar a que el vapor de la costa llegara del litoral oriental de Australia y enseñarles al capitán y a la tripulación la fotografía de Betsy y de Christopher que llevaba consigo a todas partes. Seguro que alguien del barco los reconocía.

Solo podían haber salido de la colonia por esa vía. Estaba convencido de que no se encontraban en ninguna parte de Australia Occidental, salvo que les hubieran salido alas y se hubieran ido volando.

7

De pie junto a la barandilla, Isabella veía alejarse Singapur, reducirse sobre la línea neblinosa del horizonte para terminar desapareciendo por completo.

—¿Estás triste? —le preguntó Bram en voz baja.

—Sí —contestó ella—. Voy a echar de menos muchas cosas y no me agrada dejar las tumbas de mis padres allí, en el cementerio británico, sin nadie que se ocupe de ellas.

Bram le pasó un brazo por la cintura.

—Podríamos volver de visita algún día.

—Si el destino nos lo permite.

No quiso objetar nada a esa salvedad, porque el destino podía tomar decisiones muy importantes por uno. Lo había llevado a él a Australia y después a Oriente, le había otorgado una ambición de mejorar y una esposa aristócrata, culta y preciosa como Isabella.

Después de estar a su lado un rato, sintiéndose cómodo con el silencio, añadió:

—Dougal confía en que la travesía de vuelta a Perth sea rápida, no más de dos semanas si hace buen tiempo y tenemos el viento de nuestro lado. Dice que ha estado fuera más de lo que pretendía y que su familia quizá esté preocupada por él.

Levantaron la vista adonde los miembros de la tripulación andaban ocupados nivelando y ajustando las velas. Ese día llevaban el velamen completo, ocho piezas en total, y el capitán no paraba de dar órdenes para que las mantuvieran bien ajustadas, órdenes que los marineros se apresuraban a cumplir. Dougal el capitán era muy distinto de Dougal el amigo, había descubierto Bram.

Bajó la mirada al agua, que espumaba y se rizaba al paso de la embarcación.

—He pensado que podemos quedarnos unos días en casa de los McBride, hasta que nos ubiquemos, si es que tienen sitio, claro. Su madre y su hermana alquilan habitaciones, aunque me atrevería a decir que no van a tener que seguir haciéndolo mucho tiempo, con lo bien que le está yendo a Dougal. Habrá que encontrar algo que alquilar, preferiblemente con espacio para tienda y vivienda, pero no va a ser fácil.

—¿Tienes dinero suficiente?

—Creo que sí. Los regalos de boda nos han venido muy bien. Además, la última vez que vi a Conn Largan me ofreció invertir en mi negocio, incluso me prometió que nos ayudaría a encontrar un sitio si surgía algo adecuado. Sería preferible que el edificio fuese nuestro, creo yo, así podríamos añadir estancias si hace falta. Aquí, como las casas son de madera, eso es muy fácil de hacer. Tendré que preguntarle si aún le interesa.

Se sorprendía de sí mismo, imaginándose con casa propia. Nadie de su familia ni de su pueblo había sido nunca tan rico, e incluso la mayoría de los granjeros solían alquilar las fincas a los terratenientes.

—¿Cómo es Fremantle?

—Es una localidad pequeña todavía, pero empieza a tener edificios mejores y a parecer más..., no sé..., *permanente* sería una buena palabra, a lo mejor. Toda la colonia del río Swan se ha construido poco a poco, por lo visto, con algún que otro edificio imponente, como la catedral de Perth, y algunas residencias de ladrillo y piedra. En la calle principal de Fremantle hay algunas tiendas, pero fuera de la zona principal todavía se ven muchas casas pequeñas de madera y algunas se diría que van a salir volando con la próxima ventisca. —Bram sonrió a Isabella—. Lo que quiero decir es que no esperes vivir en un sitio tan grande como la tienda-vivienda del señor Lee.

Guardaron un silencio agradable unos minutos y luego él empezó a hablarle de Australia Occidental.

—Es inmensa, más grande que Inglaterra e Irlanda juntas. Se tarda días en llegar en barco de Perth al norte. Pero se ha asentado poca gente allí, salvo en la

esquina suroeste y, me parece, en un sitio más al norte que se llama Geraldton, así que casi toda la tierra está desocupada, excepto por los indígenas.

—Si los nativos están ahí, las tierras no están desocupadas —señaló ella.

—Nadie les hace mucho caso. Ni cultivan la tierra ni explotan las minas ni nada por el estilo, solo deambulan por ahí.

—Tampoco los británicos hacen mucho caso a los chinos y los malayos de Singapur, a menos que quieran algo. Se me hace raro que piensen que la suya es la única forma de vivir. Yo he aprendido que no es así. Admiro a los Lee, que trabajan mucho, viven decentemente y se han portado de maravilla conmigo. ¿El resto de las tierras de la colonia del río Swan no se pueden usar?

—Una parte es desierto, pero hay otra zona que vale para la cría de ganado. En el viaje en barco desde Inglaterra estuve hablando con un hombre cuya familia se encontraba entre los primeros colonos del este de York; se aprende mucho hablando con la gente. Me dijo que hay personas que están empezando a ganar mucho dinero con la cría de ovejas y de ganado. La lana siempre hace falta, ¿no?

—¿Tú quieres quedarte en la colonia del río Swan, Bram?

—Sí, desde luego. Bueno, a no ser que a ti no te guste nada.

—Lo dudo. Lo que quiero es un hogar, y me da igual dónde esté.

—Sé a lo que te refieres. Me pasa lo mismo. En el fondo, yo no quería venir a Australia, pero me encanta el calor del verano y la simpatía de la gente corriente, más independiente que en el pueblo donde crecí. Además, cuando oigo hablar de los que han hecho fortuna, albergo la esperanza de poder al menos vivir decentemente. Estoy aún más decidido a ganar dinero ahora que soy un hombre casado.

—Lo conseguiremos juntos —le dijo ella con ternura—. Estoy convencida de que podré ayudarte.

Bram no contestó porque le vino de pronto una arcada y tuvo que concentrarse en controlar las ganas de vomitar.

Poco después ella le dijo:

—Te has puesto muy blanco, ¿te encuentras bien?

—La verdad es que no. Perdona, Isabella, pero es que me mareo en el barco,

aun cuando hace buen tiempo, y estoy empezando a encontrarme mal. —No pudo evitar un eructo con sabor amargo—. Igual debería volver al camarote y echarme un rato, porque si me quedo en cubierta voy a dar un espectáculo.

—¡Pobrecito! Pero seguramente estarás mejor al aire libre. Las veces que a mí me han encerrado en un barco en plena tormenta siempre me he sentido peor. Además, la tripulación entenderá que no te encuentres bien, ¿no?

Bram consiguió sonreír.

—Uy, lo estarán esperando. Ya me han visto así unas cuantas veces. Me puse malo cuando íbamos a Galle y luego en el viaje a Singapur. Al menos procuro no vomitar al viento, como hizo una pobre mujer en el barco en el que llegamos a Australia.

Calló un rato, procurando controlar las náuseas. Le fastidiaba que ella lo viera así.

Isabella buscó un sitio donde sentarse y siguió charlando con Bram, intentando distraerlo de los mareos, pero él estaba callado y desganado, muy al contrario de su jovialidad habitual, con lo que ella se quedó básicamente pensando en sus cosas. Aún estaba hecha un lío y necesitaba poner orden en sus sentimientos y mentalizarse de que empezaba una nueva vida.

—Cuando llegué a Australia, juré que jamás volvería a subirme a un barco —dijo él de pronto—, y mírame, ¡volví a Galle y después fui a Singapur!

—Tenías que averiguar por ti mismo si merecía la pena establecer un contacto comercial allí.

Bram le cogió la mano.

—Ha merecido la pena en muchos sentidos, sobre todo por haberte conocido. Confío en que seas feliz como la mujer de un mercader.

Isabella no supo qué contestar, así que no dijo nada, pero dejó que le cogiera la mano, disfrutando del mensaje tácito de apoyo que le ofrecía. No estaba acostumbrada a que la tocaran porque su madre no había sido nunca muy expresiva, pero le gustaba. La hacía sentirse menos... sola. Aunque aún no habían dado el paso que los convertía de verdad en marido y mujer, Bram no

paraba de decirle tantas cosas bonitas que Isabella empezaba a creer que de verdad se alegraba de haberse casado con ella, que no era mal principio.

Entonces ¿por qué no había intentado hacerle el amor la primera noche? Por lo que había oído decir a otras mujeres, casi cualquier hombre lo habría hecho. Al parecer, la mayoría quería hacerlo más a menudo que sus mujeres.

A Isabella aún la inquietaba compartir camarote con él y se preguntaba si aquella sería la noche en que Bram decidiría consumar su matrimonio. Entonces sonrió. ¡Si es que a un hombre mareado podía apetecerle eso!

¡Ay, qué mala cara tenía el pobre!

A ella, en cambio, el vaivén del barco la relajaba, y agradecía la brisa fresca y salobre, después de la humedad de Singapur.

Un día, unos vecinos nuevos se mudaron a la casa de al lado de los Beaufort y Alice no pudo resistir la tentación de plantarse delante de la ventana a mirarlos. Los vecinos podían cambiarte mucho la vida. Los anteriores eran ruidosos, propensos a la riña y a los gritos producidos por el abuso del alcohol. Se habían marchado en secreto una noche, dejando el alquiler sin pagar.

La vecina nueva era guapa, o lo habría sido si no hubiera parecido tan cansada; al niño pequeño se le veía acobardado, y al padre... Buscó una palabra con la que describirlo y, al principio, se le ocurrió *gruñón*, pero no era lo bastante fuerte. ¿*Amenazador*, quizá? Iba bien vestido y parecía muy respetable, pero, aun así, prefería a su Parker, con todos sus defectos.

Esperó al día siguiente para ir a presentarse.

Le abrió la puerta el hombre y la miró de tal manera que Alice se detuvo en seco, indecisa.

—Me alegro de conocerla, señora Beaufort, pero mi esposa y yo somos muy celosos de nuestra intimidad.

Le dio con la puerta en las narices y ella salió disparada a contarle a Parker cómo era aquel tipo.

—Mmm...

Alice se quedó mirando el lienzo de Parker. Era grande y les iba a salir caro

pintarlo. Y tampoco era mejor que sus otras pinturas. La mujer tenía la cabeza demasiado grande para aquel cuerpo y los colores eran turbios, pero no se atrevió a decírselo porque lo único que enfurecía a Parker era que criticaran sus pinturas.

Alice volvió abajo, anhelando hacerse amiga de alguien, pero era difícil hacer amigas cuando no podías invitar a otras mujeres a merendar ni tenías un vestido decente que ponerte cuando ibas a verlas.

De pronto oyó unos gritos al lado, unos alaridos de hombre, y corrió a la ventana de la cocina, en la parte de atrás, por donde vio al crío saltar la valla y esconderse detrás de la pila de leños de su casa, aterrado, el pobrecito. Se apartó de la ventana para que el niño no supiera que lo estaba observando.

Poco después llamaron a la puerta y, al abrir, se encontró al vecino allí plantado.

—Señora Beaufort, ¿no habrá...?

Ella lo interrumpió y, con cara de altivez, le dijo fríamente:

—¿No eran tan celosos de su intimidad?

Él le lanzó una mirada tan furibunda que Alice retrocedió un poco, tentada de cerrarle también la puerta en las narices.

—Solo quería...

—Si quiere dirigirse a mi marido y a mí, tendrá que decirnos por lo menos su apellido.

—Gresham.

—Encantada de conocerlo, señor Gresham. —Estuvo a punto de tenderle la mano, pero, en el último minuto, cambió de opinión porque, no sabía bien por qué, no le apetecía tocarlo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿No habrá visto a mi hijastro? Ha salido corriendo y me parece que ha saltado su valla, porque la puerta trasera está cerrada con llave. O ha venido aquí o ha ido a casa de los otros vecinos.

Alice no dudó en mentirle.

—Nuestra valla no la ha saltado. Yo estaba en la cocina y no lo he visto.

—Gracias —contestó él, inclinando la cabeza.

Lo vio marcharse y le dio pena de aquel pobre chiquillo.

Luego salió a por unos leños y dijo en voz baja:

—Sé que estás ahí y no te voy a delatar. Te puedes esconder aquí cuando quieras.

Se hizo el silencio, después se oyó un murmullo de ropas y una vocecilla contestó:

—Gracias, señora.

A Alice le pareció oír un sollozo cuando volvía adentro con la leña, pero no se atrevió a quedarse fuera más tiempo por si el vecino estaba mirando por la ventana.

No le contó a Parker lo del crío porque era incapaz de guardar un secreto y soltaba siempre lo primero que le venía a la cabeza.

Más tarde vio al joven intruso salir con sigilo de detrás de la pila de leña y meterse por el callejón que había por detrás de la hilera de adosados.

Supo cuándo había vuelto, porque las paredes eran finas. El señor Gresham le gritó y le pegó; Alice oyó el silbido de la vara. Entonces una mujer empezó a gritar y a suplicarle que parara.

Después, las discusiones y la violencia cesaron durante el día y Alice supuso que el señor Gresham había encontrado un trabajo, porque salía todas las mañanas, bien vestido, y volvía a la misma hora todas las noches. El chiquillo salía de casa más tarde, a la hora a la que los otros niños iban a la escuela, igual de bien vestido.

Dos días después conoció a la señora Gresham en las tiendas y se paró a decirle:

—Creo que somos vecinas.

La mujer parecía abochornada.

—Sí..., eeeh..., encantada de conocerla, señora Beaufort.

—Sé que su marido no quiere relacionarse con los vecinos, pero he oído cómo trata a su hijo y solo quería decirle que el chiquillo puede refugiarse en nuestro jardín siempre que le apetezca.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. Ojalá... —Negó con la cabeza y repitió—: ¡Gracias! —Luego se fue a toda prisa.

A la pobre criatura le aterraba desobedecer a su marido, aun cuando no estaba presente, decidió Alice. ¡Qué espanto!

Echó un vistazo a la comida y suspiró. Odiaba cocinar, siempre se le quemaba todo, y, cuando podía, cogía solo pan y jamón para la cena, y quizá alguna pieza de fruta. Menos mal que a Parker le daba igual lo que comía.

La vida era más fácil en Singapur, porque los criados eran baratos y su prima Isabella era un ama de casa muy capaz. Alice no pensaba que la vida de casada fuera a ser tan dura, ni que iba a tener que apañárselas sin doncella. Lo único que disfrutaba de verdad era la cama; en ese sentido, Parker era un marido excelente.

El barco estaba haciendo la travesía a Fremantle en tiempo récord y Bram veía, con envidia, animadísima a Isabella. Dougal seguía de muy buen humor, rubicundo, rebosante de salud, el condenado. Comentó que habían tenido el viento a favor, pero a Bram el viaje se le estaba haciendo larguísimo y estaba deseando caminar por un sitio que no se meciera bajo sus pies ni se desplazara en todas las direcciones.

Gracias al buen tiempo, solo había sucumbido a las náuseas de vez en cuando, y había llegado a tiempo a la barandilla en todas las ocasiones, gracias a Dios, pero se sentía mareado todo el rato y, desde luego, no le apetecía hacerle el amor a su mujer, ni siquiera tenía ánimo para lamentarlo.

Debía de dar más pena que otra cosa, seguro, y, aun así, ella estaba teniendo una paciencia infinita con él. Isabella había hablado con el cocinero y le había pedido que preparara comida que no fuera indigesta y le aguantara bien en el estómago. Bram se miró, con un brazo extendido: se había quedado aún más flaco en los últimos días porque, aunque ella lo animaba a comer, no le entraba nada.

Cuando vio la isla de Rottnest en el horizonte, en las proximidades de Fremantle, y luego al timonel subir a bordo, Bram rezó agradecido. Por seguridad, se mandaba desde el puerto a algún timonel de los que conocían la costa para que metiera la embarcación en Gage Roads, el fondeadero cercano a Fremantle.

Dougal ya se había ofrecido a guardarles las mercaderías con las suyas, y también los muebles de Isabella, con lo que solo había que descargar su equipaje personal cuando les dieran luz verde para desembarcar en el puerto. Casi todo el equipaje era de ella, porque los Lee le habían regalado prendas de vestir y ropa de cama antes de que se fuera de Singapur.

Isabella le repitió lo que le habían dicho de los obsequios, incluso con las palabras exactas, de las que se acordaba bien por lo mucho que la habían conmovido.

—Lleva para recordarnos —le había dicho Ah Yee.

—Lleva para que vean nuestras hermosas sedas —había dicho el señor Lee —. Un día tu compra mucho a mí y vende en Australia.

—Lleva para estar bonita para marido —habían sido las palabras de Xiu Mei.

El barco atracó en Gage Roads a cierta distancia de tierra. Al parecer, el agua no era lo bastante profunda para que una embarcación grande fondeara en el pequeño malecón sur de Fremantle.

—¿Qué clase de puerto es este que los barcos no pueden amarrar correctamente?

—El único que tenemos —contestó Bram, señalando algunos de los lugares principales de la zona, entre los que se encontraban la prisión y el manicomio.

Ella se echó a reír.

—¿Qué pasa?

—¡Confío en que no quieras que nos alojemos en ninguno de esos dos!

Bram rio con ella, y luego le señaló los lugares de culto anglicano, católico y metodista, que eran edificios más imponentes que la mayoría.

—¿No hay estación de ferrocarril?

—No hay ferrocarril en la colonia, aunque he oído decir que tienen proyectado construir uno que baje a Albany, en la costa sur. Los vapores que vienen de Europa atracan allí, porque el puerto es mucho mejor. Aquí hay que subir las mercancías a unas barcazas y llevarlas después por una lengua de tierra hasta el embarcadero del río, donde hay que volver a cargarlas para trasladarlas a Perth.

—¿Y no podrían ahondar el cauce del río?

—Tendrían que hacerlo, pero Dougal me dijo que algunos se oponían, por si las barcazas se llevaban las mercancías directamente a Perth sin pasar por Fremantle.

—¿Cómo llega la gente a la orilla?

Bram titubeó. No se lo había mencionado antes por no angustiarla.

—En una barca pequeña que se pega a la goleta.

—¿Me estás diciendo que... tengo que bajar por el costado del barco?

—Me temo que sí. Si no te sientes cómoda descolgándote, te pueden improvisar una eslinga.

Isabella se estremeció.

—Prefiero descolgarme y mantener el control de mí misma, en vez de quedarme suspendida en el aire a merced de otra persona, muchas gracias.

Lo dijo con sequedad, pero él no se lo tuvo en cuenta. Las instalaciones del puerto eran muy precarias y a Bram le preocupaba traer mercaderías allí por aquella ruta tan ineficaz, sobre todo las que llegaran durante el invierno, con las tormentas.

Poco después vio, con el corazón en la boca, cómo su mujer descendía despacio por la recia red de cáñamo tirada por la borda del barco a modo de escalera. Estaba preciosa con las mejillas sonrosadas por el sol y el viento, y aquellos mechones de pelo sueltos por la cara. Cuando la brisa le levantó las faldas, pese a que se las había sujetado, Bram le vio pedacitos tentadores de un tobillo fino y una pantorrilla redondeada, y sintió una punzada de deseo, a la vez que fastidio de que otros hombres lo estuvieran viendo también.

Se encontraba mejor, desde luego. La sola idea de volver a tierra firme lo había animado y le había asentado el estómago.

Cuando llegaron al malecón, bajaron de la barquita y tuvieron que aferrarse el uno al otro, riendo de cómo se tambaleaban al intentar moverse. Al cabo de un rato, su cuerpo se adaptó a la tierra sólida e inmóvil, pero aún tenían que esperar a que se descargara en una barcaza el resto de sus efectos personales y se los llevaran hasta la orilla. Se volvieron a contemplar su futuro hogar.

—La ciudad es mucho más pequeña de lo que esperaba —dijo ella por fin.

—Ya te comenté que no era grande. Crece rápido, eso sí.

Dougal no podía abandonar el barco aún, pero se acercaron unos chavales con carretillas para llevarles el equipaje, asegurándoles que sabían cómo llegar a la casa del capitán. ¿Qué sería del mundo sin aquellos chiquillos?, se preguntó Bram. Estaban por toda la colonia, con sus toscas carretillas, listos para ganarse una moneda o dos, y había visto montones de ellos también en Londres.

Siguieron a los chavales por Cliff Street, con sus grandes naves de almacenaje. Era una calle corta, adoquinada solo por un lado.

—Dougal me dijo que no había adoquines suficientes para las dos aceras de varias calles —le explicó Bram—, así que el ayuntamiento decidió adoquinar solo una para poder hacer más calles.

—Que está muy bien si no quieres cruzar la calle.

Cliff Street los condujo a High Street, donde se detuvieron un momento a contemplar Round House, la prisión original de la colonia.

Se estaban formando nubes, pero aún hacía sol a ratos y, cuando eso ocurría, los edificios parecían refulgir, porque muchos estaban hechos de piedra caliza, no de ladrillo.

Isabella parpadeó y se hizo sombra en los ojos.

—No me vendrían mal unas lentes de cristales ahumados, con tanta luz. ¡Y mira toda esa arena!

Los dueños de las tiendas la habían barrido para sacarla de sus entradas, pero la habían dejado en montoncitos por allí cerca y, cuando se levantaba viento, salía volando otra vez, en remolinos que iban de un lado a otro.

Isabella se alegró cuando llegaron a la casa de Dougal, porque no estaba acostumbrada a recorrer distancias tan grandes. Era una vivienda espaciosa, construida con la piedra caliza que al parecer se usaba en los mejores edificios. La casa, de dos plantas, tenía balcones de madera tanto abajo como arriba.

—No se parece en nada a las casas inglesas, ¿verdad?

—Ni a las que vi en Londres o antes de partir de Southampton —confirmó él —. Ni tampoco son como las irlandesas.

Se abrió la puerta y Bram le susurró «La señora McBride» cuando una señora rechoncha salió corriendo a recibirlos. La seguía una mujer joven que debía de

ser la hermana de Dougal, porque se parecían mucho, robusta y con un color de pelo parecido, y algunos mechones sueltos.

—Hola una vez más, señora McBride, señorita McBride —dijo Bram contento—. Me alegro de verlas. Permítanme que les presente a mi mujer. Isabella y yo nos casamos en Singapur.

Ella los miró espantada un segundo.

—¡Cielo santo, no me lo puedo creer! Pero ¡qué maravilla! Bienvenida a Fremantle, señora Deagan. Espero que sea feliz aquí. —Miró al cielo porque empezaban a caer gotas—. Más vale que metan en casa el equipaje antes de que se les empape. Se quedan con nosotros, ¿verdad?

—Si no es molestia... Solo hasta que encontremos una casa de alquiler. —Bram hizo una mueca al ver que la lluvia arreciaba—. Yo diciéndole a Isabella el sol que hace siempre aquí y mira qué recibimiento...

—Junio y julio son los meses más fríos, y el invierno es la época de lluvias, señora Deagan —le explicó Flora McBride—. Usted ya ha estado aquí en verano y en otoño, señor Deagan. Lo cierto es que no hace frío y jamás tenemos heladas, aunque dicen que eso ocurre ocasionalmente en los montes de más allá de Perth.

A Isabella le cayó bien nada más verla. Su forma sensata de hablar le recordó a la de los Lee, a los que echaba de menos. En cambio, la señora escandalosa no le había hecho mucha gracia.

Un hombre bajó la escalera cuando estaban a punto de enseñarles su habitación, así que, cuando llegó al pasillo, Flora los presentó.

—El señor Nash lleva ya un tiempo alojado en nuestra casa. ¿Se le han dado bien los negocios hoy, señor Nash? —Él negó con la cabeza, triste, y Flora se preguntó si lo habría ofendido al demostrarle interés. A la mayoría de la gente le gustaba hablar de lo que hacía y pedir consejo a los que residían en Fremantle—. A lo mejor mi hermano puede ayudarlo, ahora que ha vuelto —le dijo con desenfado.

—Sí, le preguntaré —contestó él; luego saludó con la cabeza a los recién

llegados y salió de la casa.

—Es hombre de pocas palabras —comentó Flora—. A ver, esta alcoba les gustará. Tiene unas vistas preciosas al mar y hay mucho espacio para sus baúles y sus bolsas. Cuando estén listos, bajen a tomar un refrigerio.

La estancia era amplia, pero, cuando los chiquillos terminaron de subir los baúles y el equipaje, se veía atestada.

—Ya desharemos las maletas después —propuso Bram—. De pronto me ha entrado el hambre.

—Me alegra oír eso.

Él le sonrió.

—Ha sido estupendo poder presentar a «mi mujer». Espero que no te avergüences de mí.

A Isabella le sorprendió aquel comentario, pero él estaba saliendo por la puerta y ella decidió no darle importancia. Ay, Dios, no quería que él pensara que lo miraba por encima del hombro, porque no era así. Era encantador, bueno, trabajador..., y ella ya empezaba a disfrutar de su compañía, de sus comentarios inteligentes sobre el mundo y sus caprichos, de que nunca se le olvidara nada.

8

El niño de los vecinos se refugiaba en su jardín trasero con regularidad. Iba a clase por las mañanas, limpio y arreglado, pero a menudo volvía como si se hubiera metido en una riña. La ropa destrozada, por lo visto, le estaba causando muchos problemas en casa.

Si Alice hubiera sido su madre, lo habría protegido, no habría dejado que ese hombre le pegara tan a menudo.

Como era de esperar, Parker se percató de la presencia del chiquillo, y Alice tuvo que contarle lo que estaba ocurriendo.

—No deberías entrometerte en asuntos de marido y mujer, ni de padre e hijo —le dijo ceñudo.

—Ah, ¿no? O sea, que vas a dejar que el señor Gresham mate a palos a ese pobre crío cada equis días, ¿verdad?

—Seguro que no es para tanto.

—Sí que lo es. Lo hace con una vara y a veces con una correa. Lo oigo. Ese niño va forrado de cardenales. Se le ven en los brazos y en las piernas. —Le tembló la voz—. Si a ti te pasara algo, yo no me casaría con un hombre que pegase a Louisa.

Parker abrió la boca, miró a su pequeña y la cerró otra vez, acariciándole el pelo distraído.

—¿Tienes la certeza de que el crío no lo merece? Si se porta mal...

—Ningún niño merece que le peguen tan fuerte, por muy mal que se porte, pero no creo que Christopher se porte mal. Está demasiado aterrado para eso.

Parker la estrechó entre sus brazos.

—Me alegro mucho de que mi hija te tenga a ti de madre.

Alice habría querido poder decir que ella se alegraba de que Louisa lo tuviera a él de padre, pero no era así. Hasta la fecha, había decidido entregarse a dos hombres inapropiados. Uno de ellos había sido un sinvergüenza asqueroso. No lograba pensar en Renington sin que la asqueara haberse dejado embaucar por él. Pero, aunque Parker se hubiera casado con ella y la hubiera vuelto a hacer respetable, era un hombre débil e incapaz de mantenerla, y tampoco resultaba muy agradable vivir con alguien así. Pensando en eso, dijo con firmeza:

—Vas a tener que hacer unos dibujos de los tuyos. No nos llega el dinero para aguantar hasta el final del trimestre.

Él la miró consternado.

—Ya te dije la última vez que no iba a volver a hacerlo.

—¡No haberte gastado nuestro dinero! O haces unos dibujos o no comemos ni pintas.

—No será para tanto...

—Sí que lo es. Hoy he tenido que coger fruta picada del suelo en el mercado, de lo desesperada que estaba por encontrar algo que comer.

—Vaya...

Parker fue arriba y Alice lo oyó sacar sus materiales de dibujo. Lloró un poco, luego se dijo que no debía ser tonta e intentó hacer un estofado nutritivo con algunas cosas que había comprado en el mercado: un trozo baratísimo de carne, una cebolla y un montón de patatas. Le salió paliducho y poco apetecible, pero por lo menos ese día no se le quemó.

Cuando Bram e Isabella bajaron al comedor, donde los huéspedes solían sentarse un rato por las noches, la señora McBride los oyó llegar y se empeñó en que se reunieran con Flora y con ella en la salita privada de la familia. Isabella forzó una sonrisa y aguantó como pudo el alboroto. No le gustaba la madre de Dougal, ni lo mal que trataba a su hija. Ella no se lo habría aguantado a nadie y no entendía por qué Flora lo hacía.

La estancia estaba tan recargada de muebles que tenían que desplazarse con cuidado entre ellos. Isabella agradeció no llevar miriñaque como la señora

McBride. Aceptó una taza de té y un trozo de bizcocho, satisfecha de ver a Bram comer con apetito para variar.

—Iba a esperar a que llegase Dougal, pero dudo que venga antes de que anochezca —dijo Flora—. Así que supongo que les puedo hablar de la finca que Conn encontró y darles la carta que me dejó para ustedes.

—¿Nos ha alquilado una tienda? —preguntó Bram encantado.

—Alquilado no, comprado. Las cuadras de alquiler que usabas cuando venías del campo estaban a la venta, así que las ha comprado. Son muy céntricas y tienen una parcela de tierra como de media hectárea, más una casita junto a las cuadras y unos cobertizos.

Bram sonrió contento.

—Las recuerdo bien. Pero las cuadras serán demasiado grandes para montar una tienda.

—Conn ha pensado que podrías seguir usándolas como cuadras de alquiler de momento, para que sigan dando dinero. Ha contratado a un hombre para que se ocupe de ellas y yo le he estado echando un ojo a todo.

—Ocupación poco aconsejable para una joven dama —terció la señora McBride con desaprobación.

Flora miró molesta a su madre.

—Me gusta hacerlo.

Bram le dirigió una mirada inquisitiva a Isabella y esta adivinó lo que estaba pensando.

—Quieres ir a ver el sitio ahora mismo, ¿a que sí?

La lluvia repiqueteaba en los cristales de las ventanas y la señora McBride dijo:

—Seguro que pueden esperar hasta mañana. Tiene pinta de que vaya a llover todo el día.

—Puedo acercarme corriendo y echarle un vistazo rápido —contestó él—. No me importa mojarme.

—Voy contigo.

Isabella se proponía empezar como tenía pensado continuar, siendo socia al cien por cien.

—Pareces cansada.

—Y tú. Y has estado indispuesto.

—Mejoraré con el aire fresco —le dijo, sonriente—. Además, siempre he sido impaciente.

—Los acompaño yo también —se ofreció Flora—. No está lejos y tenemos varios paraguas.

La señora McBride le lanzó a su hija una mirada furiosa.

—¡Qué insensatez! No querrás empaparte y agarrar un catarro. Te estás excediendo, Flora.

—Venga, no nos vamos a derretir —contestó Bram, pero ni siquiera con su sonrisa cautivadora consiguió sacarle una a su anfitriona en esa ocasión.

—Voy a por los paraguas —dijo Flora.

Y volvieron a salir, cada uno con un paraguas.

No estaba lejos a pie, e Isabella se sorprendió disfrutando de la compañía de Flora. A los Lee les habría gustado también, pero a su madre no. Los Lee no tenían tiempo para la gente que hacía de todo un mundo y a menudo se reían de las costumbres de las damas europeas. Suspiró, echándolos de menos otra vez.

—Si estás demasiado cansada para esto, te llevamos a casa —comentó Bram.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Es que me estaba acordando de los Lee.

—Ah, los echarás de menos, claro —contestó él, y le explicó a Flora quiénes eran.

—¡Qué vida tan interesante ha llevado, señora Deagan! Tiene que contarme más cosas de Singapur en otro momento. Mi hermano va a toda clase de sitios interesantes, mientras que yo me quedo en casa y... —Se detuvo y señaló—. Es aquí.

Las cuadras tenían un tamaño decente, pero estaban bastante deterioradas, se dijo Isabella.

—Hemos hecho todo lo posible por adecentarlas —explicó Flora—, pero, como Conn no tenía claro lo que iba a hacer con el sitio, no he querido gastar mucho dinero del que me dio. —Alzó la vista al relámpago que cruzaba el cielo; luego se oyó retumbar un trueno a lo lejos—. Vamos dentro rápido.

Después de que les presentara a Les, los dos hombres empezaron a hablar de

las cuadras.

—Me gustaría ver la casita —le susurró Isabella a Flora.

—Está diluviando...

—Ah, me da igual. Podemos echar una carrerita y, con los paraguas, no nos mojaremos tanto.

Las dos mujeres cruzaron corriendo el espacio embarrado y llegaron riendo a la puerta de la casita. Flora abrió enseguida con la llave y llevó a Isabella adentro.

Isabella la recorrió pensativa.

—Es pequeña —dijo Flora.

—En los dos últimos años no he tenido otra cosa que un cuartito para dormir. Me parecerá un lujo disponer de intimidad y de cuatro habitaciones. ¿De verdad nos va a dejar vivir aquí el señor Largan?

—Creo que eso era lo que tenía pensado para Bram.

—Bien.

—Mi madre dirá que es demasiado pequeño —dijo Flora—. No tiene mucho tacto, me temo.

—No me va a ofender. Mi madre habría agradecido que tuviéramos un techo bajo el que cobijarnos. Lo pasamos muy mal cuando murió mi padre. —Isabella fue a probar la bomba de la cocina y vio que el agua salía bastante limpia, aunque la herviría para asegurarse, antes de beberla, como hacían en Singapur. Abrió y cerró las puertas de los dos armarios que había a ambos lados de la chimenea—. Al menos hay muchas estanterías.

Se abrió la puerta y a continuación entró Bram acompañado de una corriente de aire húmedo y una ráfaga de gotas de lluvia.

—Sigue diluviando —comentó innecesariamente, sacudiendo el paraguas y plegándolo antes de dejarlo junto a los de ellas en el vestíbulo.

Después de que Flora le enseñara la casita, le preguntó:

—¿Y la carta de Conn?

—Está en casa. Perdona que no te la haya dado, pero quería salir antes de que a mi madre se le ocurriera alguna forma de impedírmelo.

—Bueno, ya vemos lo que dice cuando volvamos. —Bram fue a mirar por la

ventana de la cocina—. ¿Qué es ese edificio de la loma? ¿Forma parte de la finca?

Flora se acercó a la ventana y contempló el enorme cobertizo destartalado.

—Sí, es el viejo cobertizo del que te hablaba, o más bien varios cobertizos viejos construidos uno al lado del otro. No sé para qué los usaban. Me he asomado dentro y el sitio parece más o menos acondicionado, pero, como ya tenía bastante con el resto, no he vuelto. Me pareció que había bastantes trastos y madera almacenados allí.

—Ya inspeccionaré los cobertizos en otro momento. Lo primero es asegurarse de que las cuadras funcionan bien. Parece que Les sabe lo que hace. Dice que lo contrató Conn.

—Sí, Les estaba escondido entre las balas de heno, pero cuidaba de los caballos a escondidas porque el dueño estaba siempre borracho. ¿Te lo vas a quedar? Sé que le preocupa. Aunque sea exconvicto, es muy trabajador.

—Lo pondré a prueba encantado. —Bram miró por la ventana—. Parece que escampa, pero hay más nubarrones sobre el mar. Igual deberíamos volver cuanto antes.

Ya en la casa, Flora fue a buscar la carta, se la dio, y los dejó leerla en privado.

Bram subió con Isabella a su cuarto.

Querido Bram:

Vas a necesitar un sitio para tu tienda, y las cuadras de alquiler me han parecido una ganga. Espero que a ti también. Como no estoy seguro de cuándo vuelves, me voy a casa, pero, si me escribes a tu regreso, en la oficina de correos se asegurarán de que tu carta me llegue rápido.

A lo mejor podrías vivir en la casita y buscarte una mujer que te haga la colada y la limpieza. ¿Qué te parece?

Arregla el resto como te parezca.

Tuyo con prisa,

Conn

Bram le pasó la carta a Isabella y se tumbó a su lado en la cama mientras la leía.

—No dice mucho del negocio —comentó ella pensativa—. Hay que tenerlo todo claro antes de empezar, para asegurarnos de que no nos pueden echar fácilmente. Habría que redactar un contrato, en realidad.

—Con él no lo necesito. Lo conozco desde que éramos chavales y me fío completamente de él.

—¿Y si muriera de repente? ¿Conoces también a sus herederos y te fías de ellos?

—Son su mujer y su hijo.

—Ella podría volver a casarse. No, Bram, me ha entrenado un hombre muy astuto, y el señor Lee jamás se metería en un negocio sin saber exactamente cuál es su sitio.

—Vale, vale —contestó él, levantando las manos en señal de rendición—. Encárgate tú de esas cosas. ¡Qué sé yo de contratos!

Guardó silencio mientras Isabella empezaba a prepararse para la cena, medio tumbado en la cama y pálido de agotamiento.

Ella lo observó en el espejo.

—Ya has hecho bastante por hoy —le dijo con firmeza—. Tienes que recuperarte de los mareos y los vómitos del barco, y meterte en el cuerpo unas cuantas comidas en condiciones.

Bram sonrió, se levantó y se la arrimó para abrazarla.

—Eso ha sonado muy de esposa.

Isabella notó que se sonrojaba.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Le plantó un beso en la mejilla, la miró a los ojos y entonces la besó debidamente en los labios. El beso fue muy distinto de los otros que le había dado y le descabaló los sentidos. Cuando Bram se apartó, Isabella estaba tan agitada que no podía ni hablar. No tenía ni idea de que un beso la pudiera dejar así—. Muy de esposa —bromeó él, pasándole un dedo por la mejilla y haciéndola soltar un aspaviento.

El hechizo se rompió cuando se oyó un portazo abajo y a Dougal gritar:

—¡Ya estoy de vuelta!

Bram sonrió.

—No es momento para besos y arrumacos —dijo, y fue a lavarse la cara y las manos con agua fría del aguamanil, pero Isabella observó que seguía sonriendo mientras se preparaba para la cena.

Se sorprendió sonriendo ella también, y sonrojándose al mirarlo a los ojos. Ojalá no les hubieran interrumpido el beso, que pintaba bien para ellos..., ¿no?

Mitchell oyó el berrido y supuso que era el capitán, que volvía de sus viajes. Y menos mal, porque había pasado otro día preguntando y enseñando en vano el valioso retrato. ¿Quién le iba a decir a él, cuando Betsy lo convenció de que se hicieran aquellas fotografías los tres, que la de ella con Christopher, que se había quedado él, le resultaría tan útil? Y tan dolorosa.

Los cantos de la cartulina estaban ya muy estropeados de tanto manosearla, pero la imagen seguía siendo nítida. Costaba mantener la esperanza después de tantas decepciones, pero le bastaba con mirarle la cara a su hijo para recuperar la determinación de encontrarlo.

Se arregló, confiando en que esa noche no le pidieran que cenase solo, porque estaba desesperado por pedirle al capitán que hablase con los oficiales y la tripulación del vapor de la costa. Con suerte esa vez encontraría alguna pista de dónde había ido ella. El viaje a Australia había sido duro, y después había habido unos cuantos trayectos agotadores hacia el interior. Ya le habían hecho pedazos la ilusión varias veces. Estaba agotado de buscar, del todo agotado.

Su mujer debía de haber abandonado la colonia del río Swan, y solo podía haberlo hecho en el vapor, porque Mitchell ya había seguido a las otras dos parejas al campo y se había demostrado que la mujer no era Betsy.

Cuando sonó el gong de la cena, esperó a que bajaran los Deagan y bajó él poco después, vacilando a la puerta del comedor. Estaban todos allí, tan en familia que su soledad le pareció chocante.

—Pase y siéntese, señor Nash —le gritó la señora McBride.

Por una vez, se alegró de que aquella mujer fuera tan bulliciosa.

—Si molesto, puedo cenar en mi cuarto.

—¡Bobadas! Aquí tratamos a los huéspedes como si fueran de la familia. Este es mi hijo, Dougal, que acaba de volver de Singapur.

—Capitán —dijo Mitchell, inclinando la cabeza.

Se sentó junto a la señorita McBride y enfrente del hermano de esta. Ella le pasó un cuenco de sopa con su habitual eficiencia serena. ¡Qué mujer tan tranquila, y qué distinta de su alocada y escandalosa madre!

Mientras comía, prestó atención a lo que hablaban e intentó deducir cómo eran los recién llegados. A veces, los Deagan parecían algo incómodos el uno con el otro, y eso le sorprendió, hasta que supo que se habían casado hacía poco, justo antes de salir de Singapur.

Ante la insistencia de la señora McBride, la señora Deagan relató la boda. A Mitchell le resultó muy interesante lo que contaba de la comida y las costumbres chinas, y, en otras circunstancias, habría hecho varias preguntas.

—Ayer no nos explicó a qué ha venido exactamente a la colonia, señor Nash —le dijo su anfitriona.

Él dudó un instante, porque no tenía claro si podría revelar su problema a unos desconocidos.

—A lo mejor el señor Nash prefiere no desvelarnos esa información, madre —terció Flora enseguida, mirándolo con cara de disculpa al mismo tiempo.

A Mitchell lo conmovió aquel intento de protegerlo y tomó una súbita decisión.

—No pasa nada. Si no se lo cuento a nadie, no voy a llegar a ninguna parte. Busco a mi mujer y a mi hijo. Ella se fugó de nuestra casa en Inglaterra con otro hombre. Vinieron a la colonia del río Swan, eso es lo único que sé con certeza. No quiero volver con ella, pero sí recuperar a mi hijo. El niño solo tenía seis años cuando se fueron; ahora tendrá siete.

—¡Madre mía, señor Nash, qué horror! Estará usted...

—Un sitio muy raro al que huir —terció el capitán—. Con tan escasa población, es difícil esconderse.

—Puede que no lo supieran. Tengo la certeza de que ella ha venido aquí, pero no sé cómo se hace llamar ahora. Él se apellida Gresham. He podido ver la lista

de pasajeros y había tres parejas con un niño de esa edad. Ya he comprobado dos, con lo que solo me quedan los señores Foyle, solo que no he encontrado a nadie con ese nombre por aquí.

—Tal vez se fueran a Melbourne o a Sídney al ver lo pequeño que era Perth —dijo el capitán—. Lo hacen muchos. En ese caso, tendrían que haber cogido un vapor.

—Esa es la conclusión a la que he llegado yo. Dentro de unos días atracará allí uno, que seguramente fue el que cogió ella. Tengo un retrato de mi mujer y mi hijo. Cuesta esconder a un niño tan inquieto como Christopher, aunque hayan vuelto a cambiarse el nombre. Es rubio y de ojos azules, alto para su edad...

Se le quebró la voz y tuvo que hacer una pausa para recomponerse.

—Si quiere, cuando regrese el vapor, le ayudo a preguntar —se ofreció el capitán—. Seguramente yo avanzaré más que usted por su cuenta.

—Se lo agradezco inmensamente.

Se hizo el silencio y, luego, para alivio de Mitchell, Deagan cambió de tema y empezó a hablar de las mercaderías que habían traído y de la posibilidad de abrir una tienda en las cuadras de alquiler.

Mientras los otros hablaban, la señorita McBride le dijo en voz baja:

—Me gustaría ver la foto de su mujer y su hijo, si no le importa, señor Nash. Me muevo mucho por Fremantle y tengo muy buena memoria para las caras.

—Es usted muy amable.

—Si yo tuviera un hijo —añadió ella, fiera de pronto—, también iría a buscarlo hasta los confines del mundo.

La vio sonrojarse y dedujo que su falta de marido y de familia propia eran una fuente de pesar para ella. ¿Quién lo iba a pensar con aquellos modales serenos y aquella forma sensata y tranquila de hablar? Era una mujer corriente, pero no fea. La condenada de su mujer era guapa y se había servido de eso para salirse con la suya en la vida. Mitchell había terminado harto de las tonterías de Betsy, pero al menos le había dado un hijo. Ella no sabía entretenerse y se quejaba amargamente del escaso interés de la vida que llevaban y de la cantidad de horas que él trabajaba en el almacén de maderas que había heredado de su padre.

Cuando Mitchell estaba a punto de encenderse la vela y subir a acostarse, la

señorita McBride salió al vestíbulo.

—¿Lleva encima el retrato?

—Siempre —contestó él, y, sacándoselo del bolsillo interior de la chaqueta, desplegó el papel con el que lo protegía.

—Venga a la cocina. Allí tenemos lámparas de aceite, y lo veré mejor.

La siguió hasta la parte posterior de la casa, donde una criada terminaba de recoger el lavadero.

—Ya te puedes ir a la cama, Linny. Hoy has trabajado mucho.

—Gracias, señorita.

Mitchell se acercó con la señorita McBride a la lámpara y sostuvo el retrato de forma que las figuras se vieran claramente. Sabía que era una ilusión óptica, pero siempre le parecía que Christopher lo miraba a él.

—Su esposa es guapa.

—He aprendido a valorar ese dicho de que «La belleza va por dentro» —contestó él, notándose la crudeza en la voz, pero ¿no tenía un hombre derecho a ser crudo cuando su mujer se había fugado con otro?

—Y su hijo parece un muchachito extraordinario. —Miró ceñuda la fotografía—. Él me suena familiar, no sé.

Mitchell la miró incrédulo. ¿Fingía?

—¿Cómo puede recordar una cara vista hace unos meses?

Ella lo miró con tranquilidad, sin ofenderse.

—Sé que lo he visto, pero no recuerdo los detalles. Si me empeño en recordar cuándo o dónde, no me va a venir a la cabeza. Es preferible que lo consulte con la almohada y vuelva a ver el retrato mañana.

—¿Está segura?

Ella le lanzó una de sus miradas directas.

—Estoy segura de haberlo visto. No estoy segura de nada más. Pero, de verdad, se me da bien recordar caras y, a fin de cuentas, esta ciudad no es muy grande. Habrá unas tres mil personas en Fremantle y alrededores, pocas más en Perth.

Mitchell no quería hacerse ilusiones, pero decidió concederle a ella la oportunidad de demostrar lo que decía.

—Le estaría tremendamente agradecido si recordara algo, lo que fuese.

—Haré todo lo posible. Y seguro que Dougal lo puede ayudar con la búsqueda. Mi hermano conoce a casi toda la comunidad náutica. Nos vemos por la mañana, entonces, señor Nash —dijo, apartándose y despidiéndose con un gesto de la cabeza.

—Sí. Gracias.

Mitchell subió a su cuarto esperando otra noche en vela, pero, para sorpresa suya, durmió profundamente. A lo mejor, cuando uno se agotaba tanto como él ese día, el cuerpo anulaba a la mente e insistía en que descansara un poco. O a lo mejor era el hilillo de esperanza que la señorita McBride le había ofrecido. Estaba convencido de que no le habría dicho nada si no fuera en serio.

¿Habría visto a Christopher? ¡Ay, por Dios, que fuera verdad!

Cuando los dos hermanos se quedaron solos, después de que se fueran todos a la cama, Dougal le preguntó a Flora de pronto:

—¿Qué te parece nuestro huésped?

—¿El señor Nash? Me parece un hombre muy infeliz, y no me extraña. Parece que quiere muchísimo a su hijo, ¿verdad?

—Sí. ¡Qué comportamiento tan horrible el de la mujer!

—Me ha enseñado el retrato de los tres. Mientras acariciaba el rostro del niño con la yema del dedo, me ha contado que Christopher aguantó sentado y muy quieto un minuto mientras les hacían la fotografía.

—¿Y los has reconocido?

—Creo que he visto al niño, pero no recuerdo a la mujer.

Él la miró sorprendido.

—¿Estás segura? Debió de ser hace tiempo.

—Ya sabes que jamás olvido una cara. Ya me vendrá a la cabeza.

—¿Qué tal todo por aquí?

Flora suspiró.

—Mamá está encantada de que haya vuelto su hijo favorito. Igual así está de mejor humor.

—¿Te lo ha puesto muy difícil?

—Mucho. Peor que de costumbre.

—Tampoco conmigo está de mejor humor. Ya me ha estado dando la turra con que tengo que encontrar «una chica buena con la que casarme». Está desesperada por casarnos.

—Por casarte a ti, querrás decir. Conmigo ya se ha dado por vencida.

—¿Te has dado por vencida tú, Flora?

—Sí —contestó ella, y cambió de tema—. Al ver el retrato del señor Nash, he pensado que deberíamos buscar a alguien que nos haga una fotografía familiar. Ya vamos teniendo una edad...

Él sonrió.

—Si lo dices por madre, vivirá hasta los noventa y seguirá regañándonos en su lecho de muerte.

La idea le provocó un escalofrío a Flora, y aquel comentario desenfadado le produjo la certeza aún mayor de que debía liberarse cuanto antes. La perspectiva de pasar otros treinta años a disposición de su progenitora se le hacía insoportable. Que Dougal pensara en otra forma de cuidar de ella. Él pasaba el suficiente tiempo fuera como para considerar a su madre un simple personaje entretenido. Flora hacía tiempo que había perdido la capacidad de encontrar divertidas las peculiaridades de su madre.

Cuando Bram e Isabella subieron a su alcoba, él la estrechó en sus brazos en cuanto cerraron la puerta.

—Me he pasado la noche recordando nuestro último beso y queriendo repetirlo.

Ella no se apartó porque también lo había estado pensando. A fin de cuentas, para eso estaba el matrimonio, para unir a un hombre y una mujer, y que tuvieran hijos. Si disfrutaba tantísimo de sus caricias, ¿por qué se angustiaba con todo lo demás?

El beso fue tan suavemente seductor como el anterior.

—No sabía que un beso te pudiera hacer sentir así —susurró ella, lamentando

que él apartara la cabeza.

—No creo que sea siempre así, pero a nosotros parece que se nos da bastante bien.

Le acarició la mejilla con la yema del dedo, le ladeó la cabeza y volvió a besarla. El mundo se emborronó, se redujo a Bram y a ella, los dos solos, los...

Isabella se sorprendió tendiéndose en la cama, sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí.

—Calla ya... —le susurró él—. Déjame quererte. Vamos despacio y no voy a hacer nada que no te guste.

Su acento sonaba más irlandés que nunca, suave y cantarín, y se enroscaba en ella como una cinta de seda.

Él pareció percibir su consentimiento, apagó las velas de un soplido, volvió a la cama y la ayudó a desnudarse en la acogedora penumbra. Era como si estuvieran solos en el mundo y todo lo que habían dicho y hecho los hubiera conducido a aquel momento.

Era imposible temer con un hombre tan tierno, pero la sorprendió y la conmocionó la forma en que la tocaba, y la reacción de su cuerpo a aquellas caricias. Luego perdió la capacidad de pensar y él se apoderó de su cuerpo...

Después, estando los dos tumbados y entrelazados, él dijo riendo:

—No se nos ha dado tan mal para ser un par de novatos ignorantes, ¿no?

—Nada mal. Me ha... sorprendido.

—¿Por qué?

—Me habían dicho que dolía la primera vez.

—No tiene por qué.

—¿Seguro que esta era tu primera vez?

—Sí, sí, pero he oído a otros hombres hablar de ello y me acordaba de lo que decían que complacía más a las mujeres. —Subió la ropa de cama y la abrazó fuerte—. Nos quedamos así, ¿vale?, y nos dormimos juntos.

—Pero ¡aún vamos desnudos!

Él rio otra vez.

—Mejor así, ¿no?

Isabella no quiso estropear el momento poniéndose pesada. Además, ¿qué

más daba que se pusiera el camisón o no después de lo que acababan de hacer? Siempre había pensado que prefería dormir sola, pero había empezado a gustarle acurrucarse junto a otro cuerpo caliente.

Bram no tardó en empezar a respirar despacio y profundamente, y a ella la reconfortó que siguiera rodeándola con sus brazos. Le estaba cogiendo cariño, además, a aquel marido suyo, y eso no se lo esperaba, pero era... muy agradable...

9

Al día siguiente Flora se encargó de la mesa del desayuno, porque su madre había dormido mal y prefirió quedarse en la cama un par de horas más. Dougal ya había comido algo y se había ido al barco al alba.

—El desayuno estaba exquisito, gracias —dijo Bram después de comerse una cantidad colosal de comida—. Ahora tengo que mandarle una carta a Conn, así que voy a salir a comprar papel y pluma, si me dices dónde lo venden.

—Yo tengo papel de carta, pero está empaquetado por ahí —contestó Isabella —. Pensaba que me acordaría de dónde tengo cada cosa, pero no.

—Hay papel en el cajoncito de aquella mesa —terció Flora, y señaló la mesa y las sillas dispuestas al fondo del comedor—. Lo puedes usar.

—Gracias, muy amable. —Bram se dirigió a su mujer—. ¿Me ayudas?

Flora los vio sonreírse y sentarse juntos. Esa mañana parecían más cómodos el uno con el otro. A lo mejor el día anterior estaban cansados.

Desterró el sentimiento de envidia y se volvió hacia el señor Nash, a punto de decirle que no se acordaba de dónde había visto a su hijo... Pero, entonces, él levantó la barbilla y se la quedó mirando como si esperara que los recuerdos más espantosos le vinieran de pronto a la memoria. Y así fue: evocó la imagen de un chiquillo que corría por las calles porque lo perseguía un hombre, un hombre furibundo que, claro, lo había atrapado. El niño había sacado la barbilla y apretado los labios, y lo había mirado exactamente igual que Mitchell la miraba a ella en ese momento. El hombre lo había cogido fuerte de las orejas. Flora contuvo la respiración, recordando lo obvio que era que no se tenían ningún aprecio.

El niño le había dado pena, porque el hombre lo había vuelto a abofetear

cuando ya se marchaban, sin importarle que estuviera humillándolo en público. Y, aun así, el crío no había llorado; con lo pequeño que era, había seguido mirando desafiante a su maltratador.

Flora cerró los ojos un segundo y luego miró al señor Nash.

—Sé dónde he visto a su hijo. Si vamos a un sitio más tranquilo, se lo cuento. Acompáñeme al salón.

Nash guardó silencio mientras ella le relataba lo que había presenciado, con el semblante cada vez más triste.

—Cuando los encuentre, le voy a enseñar a ese tipo a no maltratar a mi hijo.

—Dougal me ha dicho que vendría a media mañana para ayudarlo.

—Es muy amable por su parte.

—Si quiere, puedo enseñarle dónde vi al niño, y podemos ir hacia donde fueron. Si llegamos a alguna vivienda, podríamos preguntar si recuerdan a su hijo. Era un chiquillo precioso, fácil de recordar incluso sin el retrato.

—He estado en todas, en cada una de las viviendas que he encontrado en Fremantle y en Perth.

Flora frunció los labios y pensó un momento.

—¿Cree que su mujer sabe que la anda persiguiendo?

—Uy, claro.

—Entonces, habrán intentado ocultar todo rastro de su paso por aquí. A lo mejor la gente me cuenta más cosas a mí que a usted, por lo menos los que me conocen...

La cara triste de Nash se iluminó un poco.

—Es muy amable.

Ella miró el reloj. Su madre no tardaría en bajar.

—Vámonos enseguida y así estaremos de vuelta a media mañana.

El señor Nash le ofreció el brazo y a Flora se le hizo raro salir andando a su lado. Salvo Dougal, rara vez llevaba acompañante masculino, acostumbraba a ir por ahí ella sola.

Le enseñó dónde había tenido lugar el incidente y fueron hacia donde había ido el hombre. Ella sabía en qué casas vivían personas corrientes y en cuáles las de clase alta. Llamaron a dos puertas de aquellas últimas, pero nadie les contó

nada, salvo «Ya le dije la otra vez, señor, que no he visto nada». Luego llegaron a la tercera vivienda.

—Conozco a la mujer que vive aquí —dijo Flora, llamando a la puerta—. Buenos días, señora Kennedy. ¿Podría hablar con usted un momento?

Pero la mujer miró al hombre que la acompañaba y se acobardó.

—No sé nada.

Flora lo cogió del brazo.

—¿Sería tan amable de esperarme más adelante, señor Nash?

Tras vacilar un instante, él se alejó, mirando angustiado a su espalda.

Al volverse, Flora vio que la señora Kennedy estaba a punto de cerrar la puerta.

—Los ha visto, ¿a que sí? A las personas del retrato que él le enseñó...

—No, no, no los he visto. Ya se lo dijo a él mi marido. No sé por qué ha vuelto.

—Porque es un hombre al que le han robado a su hijo, un hombre decente que está sufriendo por su hijo perdido. Y porque yo vi al otro hombre pegar al niño.

Se oyó una voz desde dentro.

—¡Callie! Deja de chismorrear en la puerta.

—Tengo que irme. Mi marido me necesita.

Flora retuvo la puerta unos segundos más y le susurró:

—Ya sabe dónde vivo. Piénseselo bien, señora Kennedy.

Volvió con el señor Nash y le dijo que sospechaba que su mujer y su hijo se habían alojado allí.

—Entonces, tengo que volver y convencerla de que me cuente lo que sepa.

—No. Su marido no es buena persona. No le va a dejar verla ni hablará con usted. Si lo hacemos a mi manera, puede que ella venga a verme sin decírselo a él. Le he traído la compra a casa desde el mercado una o dos veces. Creo que se fía de mí.

Pero, mientras Flora charlaba con el señor Nash, sentada en el salón, aguardando el regreso de su hermano, la señora Kennedy no hizo acto de presencia. Veía que su revelación lo había inquietado. El recuerdo también la había inquietado a ella. No le gustaba ver que pegaban a los niños.

Bram y su mujer paseaban despacio por la calle.

—Es agradable salir en un día tan espléndido, ¿verdad?

—Una delicia.

Él no comentó ni dijo nada más, se limitó a sonreír, pero ella sabía en qué estaba pensando, y se sonrojó.

Se detuvieron para enviarle la carta a Conn, y la estafeta les pareció minúscula, más propia de un pueblo que de una ciudad portuaria.

Al pasar por una tienda donde vendían cosas de papelería, Bram se detuvo de nuevo.

—¿Compramos papel? Lo vamos a necesitar para hacer listas. No podemos seguir usando el de los McBride...

Encontraron no solo papel, sino también lápices y hasta una goma de borrar.

—El maestro del pueblo llamaba «comeplomos» a la goma de borrar —dijo Bram cuando reanudaron el paseo—. Tenía una para sus dibujos; a aquel hombre le encantaba dibujar, y se le daba bien. Pero a los niños no nos dejaba usarla, porque le había costado tres chelines aquel cuadradito de goma de apenas dos centímetros por lado. Ahora son mucho más baratas.

—Mi abuelo también las llamaba «comeplomos». Me contaba que antes usaban migas de pan para borrar el lápiz, pero que no era tan eficaz. Ay, ya hemos llegado.

Decidieron, de mutuo acuerdo, echar un vistazo a las cuadras y la casita desde fuera; luego fueron a saludar a Les, que estaba adecentando otra cuadra, tan afanoso que ni los oyó llegar.

Isabella esperó pacientemente a que Bram hablase con él, y después se dirigieron los dos a la casita a explorar de nuevo hasta el último centímetro y calcular exactamente qué muebles debían trasladar allí.

Ella le sonrió.

—Hacía mucho que no tenía una casa entera para vivir. ¿Cuándo podremos mudarnos?

—En cuanto tengamos muebles suficientes.

Pasearon despacio por las estancias, y aún estaban haciendo la lista de lo que iban a tener que llevar allí cuando alguien llamó a la puerta.

Bram abrió y vio que era Dougal.

—He pensado que os encontraría aquí. ¿Me enseñáis la casa?

Cuando terminó de verla, Dougal dijo:

—Bueno, no vais a necesitar muchos muebles, pero no podéis usar la casa como tienda, ¿no? Las estancias son demasiado pequeñas. ¿Qué hay en ese cobertizo grande de lo alto de la loma?

Fueron a explorarlo y lo encontraron mucho más grande de lo que esperaban. El edificio bajo y laberíntico parecía haberse construido en varias fases.

—Aquí hay mucho trabajo —dijo Dougal—. ¿Qué os parece si le pido al carpintero del barco que se asegure de que está bien aislado y de que no se os derrumba encima? Aunque creo que es más robusto de lo que parece por fuera.

—No podemos hacer nada hasta que tengamos noticias de Conn, ¿no? Además, tampoco podemos permitir que tú...

—A él le va a parecer bien, estoy seguro —lo interrumpió Dougal, y, mirándolos a los dos, dijo en voz más suave—: No os estoy ofreciendo caridad: vosotros podéis pagarle los materiales y yo le pago la mano de obra. Cuando sea más seguro, os pagaré para que me guardéis aquí mis mercancías, y seguro que me cobráis menos que el dueño del almacén donde las tengo ahora.

Bram se mostró indeciso, luego decidió jugársela.

—De acuerdo, acepto tu oferta. Pero que no haga nada demasiado lujoso. No tenemos mucho dinero para gastos.

—Bien. —Dougal se sacó el reloj de bolsillo—. Me voy a casa a ver si puedo echarle una mano al señor Nash. —Se dirigió a la puerta, chascó los dedos al acordarse de algo, y volvió—. Oye, tenemos unos muebles en el desván, trastos viejos que vamos a tirar, casi todos rotos, no sé bien por qué los guardamos. Si queréis arreglar alguno, es vuestro. Nos ahorraréis la molestia de tener que deshacernos de ellos. A mi madre le encanta guardar cosas inútiles.

Cuando Dougal se fue, Isabella miró a Bram con los ojos empañados.

—¡Qué amables están siendo todos!

La vio tan tierna y llorosa que tuvo que darle un abrazo y un beso. Ay, pero

qué maravilla tener a quien querer, a alguien que era ya su familia. No estaba hecho para vivir solo. Su padre había sido frío con sus hijos, pero su madre siempre había sido cariñosa, y sus hermanos y él habían salido a ella. A lo mejor se peleaban entre sí, pero, como alguien hiciera daño a uno de ellos, aunaban fuerzas para defenderse. Ansiaba que algún día algunos de ellos se trasladaran a Australia también. Claro que dudaba que sus padres quisieran mudarse, sobre todo su padre.

Bram notó lo tiesa que estaba Isabella y supuso que no estaba acostumbrada a que la abrazaran sin motivo, así que se obligó a apartarse. Era tan asustadiza como una yegua que él había tenido que cuidar una vez en Irlanda. «Poco a poco —se dijo—. Ve despacio y gánatela, como hiciste con la yegua.»

Quería de verdad hacerla feliz y que su matrimonio fuera perfecto. Últimamente quería tantas cosas. ¿Le estaba pidiendo demasiado al destino? Estaba dispuesto a esforzarse por conseguirlo, trabajaría hasta la extenuación si era preciso. Y compartiría su buena fortuna con quienes lo necesitaran.

Mitchell no paraba de mirar el reloj del comedor, porque el capitán estaba tardando más en volver de lo que pensaba. Como no podía estarse quieto, empezó a pasearse nervioso por la estancia.

Entró Flora cargada con una bandeja de té en la que llevaba una tetera grande, además de otra parafernalia. Él se apresuró a cogerla y la dejó donde ella le indicó.

—Mi hermano no tardará en llegar —le dijo tranquilizadora.

—Lo sé, pero no puedo evitar impacientarme. Llevo muchísimo tiempo buscando. ¿Y si otros se niegan a hablar también, como ha hecho esa tal señora Kennedy?

—Entonces buscaremos otro modo de encontrar a su hijo —contestó ella—. Tome, que casi no ha desayunado nada —añadió, y le pasó una taza de té y le cortó un trozo generoso de *plum cake*.

La puerta de la casa se abrió de golpe.

—Ese es mi hermano. No sabe entrar en un sitio discretamente. —Levantó la

voz—. Estamos aquí, Dougal. ¿Te apetece un té?

Dougal entró a grandes zancadas, sonriendo a su hermana.

—Siempre. Y un trozo de pastel también.

Mitchell procuró esperar pacientemente mientras Dougal devoraba el pastel de unos cuantos bocados enormes.

—Tranquiliza a este pobre hombre —le dijo Flora de pronto.

Dougal les sonrió, apuró la taza de té y pidió más.

—Conozco al capitán del vapor de la costa que ha llegado esta mañana. Luego iremos a verlo, pero será mejor que le demos tiempo a que desembarque primero a sus pasajeros y descargue los equipajes.

—Nosotros también tenemos novedades —terció ella—. Me he acordado de dónde vi al hijo del señor Nash y hemos pasado por algunas de las viviendas de la zona. Creo que los Kennedy saben algo, pero a Callie la aterraba reconocerlo.

La sonrisa fácil de Dougal se desvaneció.

—Ah, ¿sí? Igual debería ir a hablar con su marido. Conozco al hombre para el que trabaja.

—Dale unas horas. Le he propuesto que viniera a verme y me lo contara confidencialmente. Es preferible que su marido no se entere, no vaya a ser que la zurre. —Flora se volvió hacia Mitchell—. Siento que tenga que esperar y esperar. Debe de ser horrible para usted.

Él se encogió de hombros.

—Llevo casi un año esperando, ya estoy acostumbrado. Al menos ahora tengo la certeza de que Christopher estaba vivo hace unos meses.

Pero no le agradaba esperar. Y, de pronto, ya no le preocupaba que su hijo se hubiera olvidado de él y llamara «padre» a otro hombre, sino que le estuvieran pegando.

¿Qué aspecto tendría Christopher entonces? ¿Cuánto habría crecido? Mitchell tenía montones de preguntas y poquísimas respuestas.

Cuando Bram e Isabella volvieron a la casa, vieron que Dougal se había ido ya al barco, así que le contaron a Flora lo que les había ofrecido.

—Son solo trastos viejos —dijo ella con recelo—, pero madre se empeña en guardarlos «por si acaso». Aun así, no estará de más despejar un poco el desván. ¿Tenéis tiempo para echar un vistazo ahora? Pues vamos. Os enseño dónde están las cosas y os quedáis curioseando. Si os gusta algo, lleváoslo. Seguramente tire el resto. No les veo utilidad.

Bram dijo lo que Isabella estaba pensando.

—Si quieres, nos lo llevamos todo y lo vendemos por ti. Nos quedamos un porcentaje por la gestión y te damos el resto.

Flora se lo quedó mirando, boquiabierta.

—Primero ve a ver lo que hay y luego me cuentas. Son trastos viejos y algunos están rotos. No valdrán gran cosa.

—De niño fui demasiado pobre para tirar nada a lo que se le pudiera sacar un penique o dos —contestó Bram con tristeza—. Hasta el último penique cuenta, hasta el último medio penique, incluso, y yo jamás voy a ser descuidado con el dinero.

—Yo he aprendido a ser igual de austera en los últimos años —terció Isabella, y su marido y ella se dedicaron sonrisas de mutua aprobación.

El desván estaba mohoso y frío, y tenía un ventanuco en cada extremo.

—Necesitamos lámparas de aceite —dijo Flora de pronto—. Había olvidado lo oscuro que está esto. ¿A lo mejor podrías ayudarme a subir unas lámparas, Bram?

Cuando se quedó sola, Isabella empezó a curiosear por allí. Había sillas con alguna pata rota o la pieza transversal partida. Seguramente se podrían encolar. Había cortinas, jarrones, adornos, ropa y todo tipo de cosas viejas y polvorientas.

Pasos y un resplandor en el hueco de la escalera le anunciaron el regreso de Bram y Flora, así que se volvió a esperar que colgaran las lámparas de los apliques de la pared.

—Mucho mejor —dijo—. Lo que necesitamos es alguien que sepa reparar cosas.

—Algunas las puedo arreglar yo —contestó Bram—. Y buscaremos más ayuda si hace falta.

—¿Tú crees... que le podemos sacar dinero a esto? —preguntó Flora con voz

algo temblona.

La miraron los dos perplejos, preguntándose qué la habría disgustado.

—Sí, desde luego.

Tragó saliva, a punto de echarse a llorar.

—Pues descontad las reparaciones y me dais la mitad de lo que saquéis. Estoy ahorrando para abrir mi propia casa de huéspedes, ¿sabéis?, pero no se lo digáis a madre, que le dará un ataque de histeria.

Isabella lo entendía bien.

—No le diremos nada a nadie, ni siquiera a tu hermano. Entiendo cómo te sientes. No es fácil vivir en la casa de otra persona, ni siquiera cuando esa persona te quiere bien.

—No sé por qué os he contado mis planes —dijo Flora, limpiándose los ojos —. No se lo he dicho a nadie, más que a una amiga.

—Nos honra tu confianza —contestó Isabella—. Y, si podemos ayudarte de algún otro modo, lo haremos.

Cuando Flora se fue, Isabella se acercó a su marido y le enhebró el brazo.

—No sé si entiendes lo dura que puede ser la vida para una mujer sola si no cuenta con respaldo económico, haya nacido dama o no. Si vives con un pariente, eres «la pariente pobre» y estás completamente a su merced.

—Uy, entiendo muy bien lo que es —respondió él en voz baja—. Lo he visto, y en casuchas de dos habitaciones, que es aún más duro.

Ella le apoyó la cabeza en el hombro un momento; luego se irguió, lista para empezar a trabajar.

—Aquí tenemos una oportunidad de ganar un poco más de dinero —dijo Bram satisfecho.

—Pero ¿qué clase de tienda va a ser la nuestra si vendemos artículos de segunda mano mezclados con otros nuevos? Parecerá... raro.

Él le sonrió.

—Se me ha ocurrido de pronto cuando hemos empezado a curiosear aquí arriba. No va a ser una tienda, sino un sitio..., no sé cómo se llama, pero un sitio donde la gente deje sus cosas para que se las vendamos, un sitio donde encontrar de todo, una especie de mercadillo. Es una palabra oriental. Ya me acordaré.

—¿Te refieres a *bazar*?

—Eso es. El Bazar de los Deagan. —Bram le plantó un beso en una de sus tiernas mejillas y no pudo resistir la tentación de besarle la otra; después se obligó a centrarse de nuevo en cuestiones prácticas—. Venga, vamos a hacer más listas. ¿Dónde está ese lápiz?

—¿Hace falta que hagamos listas? ¿No basta con que arreglemos ese cobertizo viejo y llevemos allí todo lo que no quieran, lo ordenemos en cuanto lo tengamos allí y dispongamos de espacio para exponerlo? Si no, vamos a hacer el trabajo dos veces.

—Tienes razón: lo hacemos como dices. Ay, Isabella, voy a hacer que te sientas orgulloso de mí. No siempre vas a tener que trabajar tanto.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Y qué voy a hacer yo con mi vida si no trabajo para estar ocupada?

—No sé, lo que hagan otras damas. Sentarte a bordar.

Isabella se rio de él.

—Yo no soy una dama ociosa, no quiero serlo. Además, siempre he odiado bordar.

Pero él quería regalarle la luna, y algún día lo haría.

10

Flora fue a sentarse a la salita, donde empezó a remendar unas enaguas desgarradas, convencida de que Bram e Isabella estarían más a gusto hurgando en el desván ellos solos. Su madre había salido de visita, así que por una vez Flora podía sentarse a trabajar en paz.

Justo antes de las dos en punto, entró Linny.

—Ha venido a verla una mujer, señorita. Está en la cocina y parece muy nerviosa. No me quiere decir cómo se llama, pero estoy segura de haberla visto en el mercado.

—Voy a hablar con ella. Si el señor Nash anda por ahí, pídele que espere a la puerta de la cocina, en el pasillo, y que escuche lo que digamos, pero que me deje hacer a mí. Y tú no vuelvas a la cocina hasta que se haya marchado la visita.

Linny parecía extrañada, pero obedeció corriendo.

Flora entró en la cocina.

—Señora Kennedy, cuánto me alegro de que haya venido.

La mujer miró a su espalda como si pensara que la perseguían.

—No puedo quedarme y quiero que me prometa que no va a decirle a nadie que he estado aquí. Si mi marido se entera... Lo que pasa es que no soporto que se maltrate a los niños, y por eso he venido.

—Vio al niño de la fotografía, ¿verdad?

—Sí, y a su madre. La familia entera se alojó en nuestra casa. Los Barwell, se hacían llamar, pero ella tenía una ene bordada en algunas de sus cosas, así que pensé que debía de haber vuelto a casarse y que el niño a lo mejor era de su primer marido. No soy cotilla, pero hay cosas que se ven. Al chiquillo lo llamaban Charlie. Nos pagaron un extra a cambio de que no le contáramos que

habían estado en Fremantle a nadie que viniera buscándolos. Se lo hicieron jurar a mi marido sobre la Biblia. Pero yo no juré nada, y, además, el niño era un encanto y no se merecía esos bofetones. No se me olvida lo valiente que era y que casi nunca lloraba. —Flora le susurró unas palabras de aliento y esperó—. Zarparon en el vapor, ay, hace ya seis meses, calculo yo, y los oí decir que iban a Sídney. —Se puso en pie—. Y es todo lo que puedo contar. Tengo que volver a casa antes de que llegue mi marido.

La pobre mujer estaba tan nerviosa que Flora ni siquiera intentó retenerla; la acompañó a la puerta y después fue a buscar al señor Nash, que la aguardaba en el pasillo, a la entrada de la cocina, tan tieso como un centinela de servicio.

—¿Lo ha oído?

Él la miró angustiado.

—Sí. Ha dicho que maltrataban a Christopher y usted vio a ese hombre pegarle. Tengo que encontrar a mi hijo cuanto antes y, como le hayan hecho daño, no respondo de lo que le haga yo a ese maldito Humphrey Gresham.

Cuando volvió Dougal, se encontró a Nash paseándose nervioso por el comedor. Entonces se les sumó Flora.

—Dejádmelo a mí —dijo su hermano cuando le explicaron lo que habían averiguado.

—¿No quiere que vaya con usted a ver al capitán? —preguntó Mitchell.

—Esta vez no. Deme el retrato, le prometo que lo cuidaré bien.

Dougal se fue casi de inmediato y regresó cuando acababan de empezar a cenar con los otros huéspedes, aunque Mitchell tampoco tenía mucho apetito. Cuando Dougal entró en el comedor, su madre hizo una mueca.

—Has vuelto a beber. Preferiría que no lo hicieras.

Él sonrió.

—Un traguito siempre suelta la lengua y hoy tenía que soltársela a cierto capitán. Señor Nash, las personas a las que busca, en efecto, zarparon en ese barco y fueron a Sídney. La dama estuvo enferma casi toda la travesía y tuvo al chiquillo con ella en el camarote.

Mitchell se lo quedó mirando. Le costaba creer que su búsqueda en la colonia del río Swan hubiera dado frutos por fin.

—¿El capitán estaba seguro de que eran las personas a las que busco?

—Completamente seguro: me ha dicho que apostaría la vida en ello —contestó Dougal, y le devolvió el retrato—. Le he reservado una plaza en el vapor. Sale pasado mañana. Estará en Sídney dentro de poco más de dos semanas.

Mitchell se levantó, fue a estrecharle la mano a su anfitrión y subió deprisa a su cuarto, angustiado.

Flora le explicó a su madre rápidamente lo que estaba pasando y Dougal se sentó a la mesa.

—Pobre hombre —comentó la señora McBride con los ojos empañados—. ¡Qué lástima me da! Bueno..., ¿quiere repetir, señor Deagan?

A Flora le dio pena que se fuera el señor Nash, porque había sido mejor compañía que la mayoría de sus huéspedes.

En cuanto los Deagan se llevaron del desván los muebles que querían para su casita, Flora se dispuso a recoger el resto y prometió mandarles lo que no necesitara para que pudieran venderlo. Muchas de aquellas cosas le vendrían bien para montar su casa de huéspedes, y se ahorraría mucho dinero.

Le estaba costando mantener a raya a su madre, pero, por suerte, llegó una anciana preguntando si tenían algún cuarto libre para pasar unos días, y las dos mujeres se llevaron tan bien que la señora McBride pasaba casi todo su tiempo libre con su nueva huésped.

Flora solicitó la ayuda de un chiquillo de por allí para mover las cosas más grandes a un lado, y le pagó con un buen almuerzo y un chelín. Como bien decía Bram, hasta el último penique contaba cuando andabas mal de dinero.

Era asombroso lo que había en aquel desván, cosas perfectamente válidas que su madre había descartado solo porque estaban algo estropeadas.

Dougal subió un día y se la encontró arrastrando una mesita hasta «su lado».

—¿Qué vas a hacer con eso? No lo vamos a usar jamás. Ya sabes lo mucho

que odia madre los muebles estropeados. ¿No se los íbamos a dar a los Deagan? —Ella vaciló un instante y no supo qué decir—. ¿Qué me estás ocultando, Flora-McDora? —le soltó él canturreando como cuando eran pequeños.

Flora era incapaz de mentirle.

—No quiero pasarme la vida al servicio de madre, ni me gusta depender de ti. Así que... voy a abrir una casa de huéspedes propia, como la que tenemos aquí.

—¿Te hago sentir que eres una carga para mí? No lo eres ni podrías serlo nunca.

Como le pareció que lo había ofendido, le cogió la mano.

—No, claro que no. Pero estoy siempre a disposición de madre, y no es una mujer fácil..., y no puedo seguir así. Es muy exigente. No tengo vida propia. Es distinta cuando tú no estás, Dougal, horrible, a veces. —Su hermano la miró consternado—. Dudo que vaya a casarme, a mi edad, pero por lo menos puedo tener independencia, vivir la vida que yo elija, ¿no? El mundo está cambiando y las damas hacen todo tipo de cosas que antes nunca hacían, sobre todo en las colonias, donde han tenido que desempeñar tareas domésticas porque no había doncellas ni otro tipo de servicio.

Dougal llevaba tanto rato callado que Flora temió haberlo ofendido, temió que él le prohibiera siquiera pensar en ello.

—Pobre Flora —dijo por fin—. No se me había ocurrido..., pero entiendo lo que dices, de verdad.

—También tú tienes que pensar en tu futuro —terció ella—. Tu esposa no querrá que madre viva aquí, te lo aseguro.

—Bueno, de momento no me voy a casar. ¿Cuándo tengo tiempo de conocer mujeres apropiadas?

—Madre te buscaría una encantada.

Dougal hizo una mueca.

—Como sean como los hombres que te ha presentado a ti, no pienso dejar que se me acerque siquiera cuando empiece a buscar esposa. Me alegra que tuvieras la sensatez de rechazar a semejantes muermos.

—Entonces ¿tienes intención de casarte?

—Pues claro. Dentro de un año o dos, quizá, antes de que sea demasiado

tarde para disfrutar de mis hijos. Pero volvamos a lo tuyo: te voy a ayudar en todo lo que pueda a montar tu casa de huéspedes. Si mis viajes siguen siendo tan exitosos, podría comprarte una casa y tú podrías pagarme un alquiler. Confío en que no te escaquearías conmigo, así que sería una buena inversión para mí.

—¡Ay, Dougal! —Se arrojó a los brazos grandes de su hermano como no lo había hecho desde hacía años—. Tenía tanto miedo de contarte mis planes...

Él la abrazó fuerte.

—Nunca tengas miedo de hablar conmigo, Flora. Pero coincido contigo en que es mejor no contárselo a madre. No puede evitar entrometerse. Ya tengo decidido que, cuando me case, le buscaré una casita para ella sola.

Flora lo miró angustiada.

—Si lo haces, querrá que me mude con ella. Se supone que es lo que hacen las hijas solteras.

—Ya le buscaremos a alguien, pondremos un anuncio en el periódico para pedir una dama de compañía. —Vio que no la convencía y añadió—: Tú mantente firme en tu idea de independencia y yo te apoyo, te lo prometo.

Flora retomó la organización del desván con energías renovadas, y con esperanza, un viso de esperanza que la hizo llorar esa noche. No sabía por qué lloraba, pero había esperado tanto, había reprimido sus emociones tanto tiempo, que no pudo retenerlas más.

Como el barco de Dougal necesitaba pocos arreglos esa vez, el carpintero aún estaba trabajando en el viejo cobertizo laberíntico cuando empezaron a llegar allí las cosas del desván de los McBride. Le dijo a Bram qué parte del cobertizo iba a estar más protegida de las inclemencias del tiempo y comenzaron a apilar allí los artículos.

Para entonces, Bram e Isabella pudieron mudarse ya a su casita. Contrataron a una fregona que les buscó Flora para que fuese tres veces por semana. A la señora McBride la horrorizaba que fueran a apañárselas sin una doncella también, pero había pocas en la colonia y, además, no querían compartir la casa con nadie.

El día en que se mudaron, Isabella lloró de alegría cuando cerraron al mundo la puerta de su casa. Bram la abrazó fuerte, porque sabía cómo se sentía, solo que, en teoría, los hombres no lloraban. Tampoco él había tenido nunca un hogar propio. En cuanto cesaron las lágrimas, él le secó los ojos con su pañuelo, y luego fingió que le sacaba brillo a su naricilla.

—Ven, vamos a guardar nuestras cosas y luego salimos a comprar comida.

—Eso no es cosa de hombres.

—¿Quién te va a llevar las cestas?

—Seguro que tienen repartidores para los pedidos grandes. ¡Sal a ese cobertizo y empieza a hacer algo ahí! —le ordenó con pretendida ferocidad—. Yo te ayudaré cuando haya hecho la compra.

Isabella entabló relación con el panadero del barrio, con el tendero, y le hablaron de un hombre que llevaba frutas y verduras frescas a la ciudad los martes y los viernes.

Fue una bendición irse a dormir juntos esa noche, en su propia cama, en su propia casa, sin nadie que oyera lo que hacían. Bram fue tan tierno con ella que Isabella se sorprendió anhelando las noches, algo que no esperaba. De hecho, todo era tan perfecto que la aterraba que algo pudiera estropearlo.

Conn apareció en las cuadras de alquiler unos días después, con un joven semental que había llevado a Perth. Lo que se encontró lo dejó pasmado. Tenía mucho mejor aspecto, el de un negocio en marcha, más que el de uno en ruinas.

Mientras desmontaba, salió corriendo un hombre.

—¿Le ayudo, señor? Ah, perdone, señor Largan. No lo he reconocido al principio porque me daba el sol en la cara.

—Buenas tardes, ¿cómo va todo?

Les, que parecía un hombre distinto al que Conn había dejado al mando, le sonrió contento.

—Va realmente bien, señor. Ahora estamos completos algunas noches, pero ya se lo contará el señor Deagan. —Se quedó mirando el caballo de su patrón—. Un buen potro, ¿eh?

—Sí, llevaba un tiempo queriendo comprar uno de este linaje. —No le contó que había sido el apoyo del gobernador y el que aquel reconociera que su condena había sido injusta lo que le había permitido convencer al dueño de que negociara con él—. Cuídamelo bien.

—Eso haré, señor. Será un verdadero placer.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Deagan?

—Se ha mudado a la casita, ha ido para allá hace unos minutos a tomar el té con su esposa. ¿Me llevo sus caballos?

—Sí, por favor, luego vengo a por las alforjas.

—Se las pongo a buen recaudo en el guadarnés, señor.

Conn se dirigió a la casita, que también había sufrido una metamorfosis, y llamó a la puerta con la resplandeciente aldaba de latón. Se abrió la puerta y entonces fue Bram quien sonrió de oreja a oreja.

—¡Conn! Pasa a conocer a mi mujer. ¿Te tomas un té con nosotros?

Así que Conn se sentó a charlar con ellos, y descubrió que la señora Deagan era una dama muy agradable. Al cabo de un rato, miró el reloj de la repisa de la chimenea.

—Voy a ver si los McBride tienen habitación para mí.

Bram e Isabella se miraron, y ella dijo:

—Si quiere quedarse aquí, señor Largan, tenemos una alcoba de sobra con una cama, aunque no mucho más. A fin de cuentas, esta finca es suya.

—Si no es mucha molestia... Me gustaría estar cerca de ese caballo. Es muy valioso. Y llámeme Conn.

—Y a mí Isabella.

—Hay que firmar un contrato sobre la finca y el negocio —le dijo Conn a Bram—. Para que sepas lo que hay. Después de todo, eres tú el que está aportando las mercaderías, además del duro trabajo cotidiano. —Hizo una pausa y les sonrió—. ¿Hice lo correcto comprando este sitio, Bram?

—Lo hiciste genial. Hasta hemos adquirido algunas existencias, aparte de lo que nos trajimos de Singapur. ¿Subimos a ver el cobertizo? Si convertimos eso en nuestra tienda, las cuadras pueden seguir operativas y seguirá entrando dinero. Isabella, vienes con nosotros, ¿no? —Conn lo miró sorprendido—. Mi

esposa es socia de pleno derecho en el negocio y quiero que eso conste también en el contrato —le explicó Bram sonriente—. Sabe más de comprar y vender que yo, te lo aseguro.

—Pues que venga, por supuesto.

Charlando de sus planes, subieron la leve pendiente hasta los cobertizos, donde Conn aprobó lo que se había hecho.

—Esto te otorga un porcentaje de la finca y eso también debería reflejarse en el contrato.

—Te agradezco el apoyo.

Conn sonrió.

—Uy, me parece que me vas a hacer ganar mucho dinero; de lo contrario, ni me lo habría planteado.

Bram se lo quedó mirando.

—Ah, ¿sí?

—Sí, tengo una fe absoluta en ti. Se te da bien la gente, ¿sabes? Y ahora que tienes una esposa como Isabella, estoy aún más convencido de que harás fortuna. Algunas personas prosperan muchísimo en la colonia, y nosotros vamos a estar entre ellas. A ver si la próxima vez que venga me puedo traer a mi mujer. Ya va siendo hora de que Maia salga un poco por ahí.

11

Sídney

Mitchell se alegró de llegar a Sídney. Había estado inquieto todo el viaje, sin atreverse apenas a confiar en que esa vez encontraría a su hijo.

Pidió consejo al capitán sobre dónde empezar la búsqueda.

—Pruebe en la estafeta. La han trasladado a Wynyard Street, pero van a construir una nueva en condiciones. Puede que el hombre al que busca recoja allí su correo o que ellos sepan dónde vive. Si no, pruebe en las zonas donde podría vivir un hombre de su estatus social. En eso no le puedo asesorar.

Así que Mitchell abandonó el vapor y se adentró en el bullicio de Sídney. Lo espantó que fuera mucho más grande que Fremantle o Perth, la cantidad de gente que había en las calles, por no hablar de los vehículos, carretas y carruajes, y hasta carros de bueyes, que no pegaban nada en el centro de una ciudad. ¿Cómo iba a encontrar a nadie allí sin tener ni una sola pista de por dónde empezar?

Si ese tipo no estaba usando su nombre real, sería imposible.

Se detuvo para pasarse el bolso de viaje a la otra mano. Contenía todo lo que se había llevado, porque el resto del equipaje lo había dejado en el desván de los McBride, en Fremantle, confiando en poder volver allí si..., no, cuando encontrara a su hijo.

Un taxista paró a su lado.

—¿Lo llevo a alguna parte, señor?

—Sí, busco alojamiento para unos días, puede que incluso una o dos semanas. Un sitio decente con un cuarto para mí solo —dijo, porque había descubierto por

las malas durante el último año que era necesario especificarlo cuando se buscaba hospedaje.

—Conozco el sitio perfecto, señor.

—Tiene que estar céntrico.

—Lo está, señor. No va a encontrar nada mejor situado. Lo lleva una prima mía.

El conductor esperó a que Mitchell se instalara en el taxi y luego le indicó al caballo que avanzara, abriéndose paso entre el denso tráfico con la naturalidad que otorga la experiencia.

El alojamiento estaba en un adosado de tres plantas. Su cuarto era pequeño pero estaba limpio, aunque la casera era una mujer arisca. Su único recibimiento consistió en entregarle una lista manuscrita de normas pegada a una cartulina.

—Como no es usted habitual, señor, le agradecería que se acomodara a las costumbres de los otros. Está todo ahí escrito.

—Por supuesto.

Dispuso que se le sirvieran el desayuno y la cena, le dejó dos días a cuenta y le pidió indicaciones para llegar a la central de Correos.

Salió andando, contento de poder estirar las piernas, interesado en lo que veía. Al llegar a George Street, aminoró la marcha para esquivar a los vendedores ambulantes, los compradores, las parejas que paseaban cogidas del brazo sin prestar mucha atención al resto de los peatones y las damas con enormes miriñaques, seguramente la prenda más absurda inventada jamás.

Ya en la estafeta, fingió que andaba buscando a un amigo que había cambiado de domicilio, pero el tipo que estaba al otro lado del mostrador se negó a facilitarle la dirección de Gresham, aunque reconoció que varios hombres con ese apellido recogían su correo allí.

Cuando Mitchell se apartaba, abatido, del mostrador, un anciano que barría el suelo se le acercó y le susurró al pasar:

—Yo podría ayudarlo a encontrar a su amigo, señor.

—Le abonaría encantado las molestias. Busco a un hombre que se apellida Gresham. Creo que su nombre de pila es Humphrey.

El anciano paró un momento para enjugarse la frente con el pañuelo.

—¿Tiene idea de dónde vive, señor?

—No, pero será una zona decente. Suele trabajar como funcionario.

—Vuelva dentro de un par de días, hacia las seis, y veré si puedo averiguar algo. Lo esperaré fuera.

Siguió barriendo y se detuvo a charlar con otro cliente antes de terminar su faena.

Mitchell decidió dar un paseo por las calles principales de la ciudad. Un leve olor a quemado lo condujo hasta un enorme edificio derruido. Un transeúnte le comentó que era la catedral de Santa María, que había ardido hacía poco. Horrorizado, contempló la destrucción que el fuego podía causar.

Cuando volvió a su alojamiento, estaba agotado y, después de la cena, no se quedó de charla en el salón. Subió a su cuarto y, al leer la lista de normas, vio a qué hora se servía el desayuno y a cuál le subían el agua caliente para que se afeitara.

Se metió en la cama y se dispuso a dormir, pero no conseguía relajarse. Las dudas y las preocupaciones lo mantenían despierto. Y las esperanzas. Seguro que encontraba a su hijo allí. El destino no los tendría separados mucho más tiempo.

Alice volvía andando despacio del mercado local, cogida de la manita de su pequeña. La cesta le pesaba menos de lo que habría querido, porque no había podido permitirse más que una hogaza de pan de dos kilos, un repollo y unas cuantas lonchas finas de jamón. Le reventaba vivir tan precariamente y estaba harta de comer pan seco o patatas y repollo hervidos sin mantequilla siquiera. Anhelaba unas verduras y unas frutas frescas, y un trozo jugoso de rosbif.

Un hombre alto que cruzaba la calle le llamó la atención y, por un momento, ¡pensó que era Renington! Se escondió en un callejón cercano y se asomó, y se sintió estúpida al ver que no era él. ¿Por qué iba a estar Renington en Sídney, por el amor de Dios?

Una vez, al llegar a casa, se había sentado a llorar de lo triste y sombría que era la casa. Dos plantas con dos habitaciones en cada una y un lavadero al fondo de la planta baja. Había un porche estrecho a la entrada y un balcón estrecho

encima de este, pero el balcón no era seguro porque la madera estaba podrida en algunos sitios, con lo que ni se molestaba en salir a sentarse allí.

Ya no lloraba por esas cosas; había aprendido por las malas lo inútiles que eran las lágrimas. No servían más que para ponerla fea y asustar a su pequeña.

Cuando llegó Parker, le preguntó:

—¿Has ganado algo de dinero hoy?

—He hecho dos retratos a carboncillo. Hay un tipo nuevo en la tienda y dice que me puede encontrar otras personas que quieran retratar a sus hijos. Toma. He tenido que comprarme más pinturas para mi trabajo de verdad, pero me ha quedado dinero para ti.

—¿Te has comprado pinturas cuando tu hija está pasando hambre?

Parker se puso como un tomate.

—No me lo he gastado todo.

—Dame lo que te quede.

Después de vaciarse los bolsillos, le dio casi dos guineas, pero solían pagarle cinco por cada retrato a carboncillo. Le apestaba el aliento a alcohol, pero Alice no dijo nada. ¿Para qué? En lo relativo al dinero, Parker no aprendía.

Antes también ella gastaba sin control, pero no puedes gastar cuando no tienes, cuando te ruge el estómago de hambre. Lo único que se aseguraba de poder pagar era el Godfrey’s Cordial que le daba a Louisa. Aquel potingue era la salvación de muchos padres porque tenía a los críos tranquilos y adormilados, en vez de traviesos y agotadores. Alice lo llamaba «la niñera».

Y, como Parker no lo hacía, escribió ella a la familia de él y les suplicó que le mandaran un poco de dinero al trimestre, por la niña. Les propuso que pidieran al abogado que se lo enviara directamente a ella, para que pudiera dar de comer y vestir a su nieta. Confiaba en que hicieran algo sabiendo lo desesperada que era su situación.

Le había dado a Louisa unos ladrillos de madera con los que jugar mientras ella escribía la carta, pero la niña se había quedado dormida. Era cosa del potingue.

Siguió con la carta. La dejaría al día siguiente en el despacho del abogado, porque no tenía dinero para mandarla por correo a Inglaterra. El abogado podría

verificar que lo que decía era cierto porque, cuando habían llegado a Sídney, Parker le había enseñado el acta matrimonial. Tendría que reenviar a sus clientes una carta que iba dirigida a ellos, ¿no?

No sabía qué hacer después, así que decidió seguir el ejemplo de su pequeña y descansar. Estaba agotada porque no podían permitirse una doncella y tenía que hacerlo casi todo ella sola, salvo lavar las sábanas y las prendas grandes.

Parker le había propuesto una vez que le limpiara su «estudio», que no era más que un nombre bonito para el desván, pero ella le había contestado sin tapujos que, si lo quería tener limpio, que buscase el dinero para pagar a alguien. Alice se gastaba todo el dinero que él le daba en ropa y comida, y no le quedaban energías después de limpiar el resto de la casa.

Él no lo había vuelto a mencionar.

De vez en cuando, por pura necesidad, Alice subía al desván a por los platos y las tazas que él se había olvidado de bajar, o a por alguna cosa que olía mal, y que ella se llevaba al fondo del callejón, detrás de la pequeña hilera de casas, donde la gente tiraba la basura y la dejaba amontonada hasta que las autoridades se la llevaban.

Suspiró. No sabía qué iba a hacer si la familia de Parker se negaba a ayudar a su hija. Y a ella. Iba vestida de harapos ya, y Louisa no paraba de crecer.

La vecina de Alice, Betsy, también estaba preocupada esa noche. Su marido actuaba de forma extraña desde hacía un tiempo ya, pero más aún en los últimos dos días.

Si hubiera tenido adónde huir, lo habría hecho. Solo que no conocía a nadie en Sídney, porque a él no le gustaba que hiciera amigos, ni siquiera que hablara con los vecinos.

Ojalá no le hubiera dejado convencerla de que abandonase a Mitchell y se fuera con él a Australia. Habría preferido aburrirse a pasar miedo como entonces. Humphrey sería muy atractivo, pero era cruel y violento.

Lo peor de todo era la tirria que parecía haberle cogido a su hijo. Al principio se había portado bien con Christopher, y Betsy no entendía qué había cambiado.

Christopher era un niño muy bueno y nunca se quejaba de nada, pero de pronto llevaba una vida horrible.

Se arrepentía de habérselo llevado consigo cuando había huido. No había querido renunciar a él, pero ahora tenía clarísimo que debería haberlo dejado con su padre. Allí habría estado a salvo.

No podía seguir así. Tenía que haber una forma de pararle los pies a Humphrey, pero, si intervenía en las palizas, le zurraba a ella en vez de al niño. Ya le había pasado alguna vez, y la última le había dado tan fuerte que Betsy había pasado en cama varios días sin poder moverse de lo que le dolían las costillas.

Él le había dicho que lo sentía, que no sabía lo que le había pasado, pero ella le había visto la cara mientras le pegaba. Lo disfrutaba, disfrutaba haciéndole daño. Pasaba lo mismo cuando pegaba al niño.

A lo mejor Mitchell era un gruñón y un tacaño, pero jamás le había puesto un solo dedo encima a ella, ni a su hijo.

Temía por la vida del niño. Y por la propia.

Mitchell se pasó el día deambulando por Sídney, escudriñando a todo el que pasaba. En su periplo, vio un rótulo de la North Shore Ferry Company y, llevado por un impulso, hizo una travesía por el puerto hasta la orilla norte y vuelta. El hombre que tenía al lado, apoyado como él en la barandilla, le dijo que aquel servicio de ferry solo llevaba funcionando desde 1861, y que era una bendición del cielo.

La ciudad estaba espléndidamente situada, pero debía de ser un engorro para los que vivían al otro lado tener que cruzar todos los días para ir al trabajo, decidió Mitchell mientras desembarcaba después de un trayecto de vuelta igual de placentero.

Vio una tienda donde vendían planos de la ciudad y compró uno. Lo iría marcando y visitaría todas y cada una de las viviendas si hacía falta. Nada ni nadie le iba a impedir rescatar a su hijo.

A las seis de la tarde del día siguiente, fue a la central de Correos, y el hombre

con el que había hablado la otra vez pasó por su lado y le susurró:

—Venga conmigo. —En cuanto doblaron la esquina, el otro se detuvo y le sonrió—. He encontrado a dos Gresham en zonas respetables. No pude ver los nombres de pila en los listados, tuve que darme prisa —dijo, y se sacó un papelito mugriento del bolsillo.

Mitchell se hurgó en el suyo y encontró cinco chelines, que, al parecer, complacieron a aquel tipo, a juzgar por el brillo de sus ojos.

Cuando el hombre se marchó, Mitchell se detuvo a mirar de nuevo el papel, y memorizó las direcciones por si lo perdía.

Se estaba haciendo de noche. Qué raro que fuera invierno en julio. Se detuvo en un kiosco de la calle, se obsequió con uno de los pocos ejemplares del *Sydney Morning Herald* que quedaban y volvió al hostal. Confiaba en que la cena fuera mejor que el guiso indigesto de la noche anterior, pero no albergaba muchas esperanzas.

La de ese día era «de relleno», por así decirlo: una sopa servida con tarugos de pan, unas simples patatas hervidas con un poquito, muy poquito, de carne estofada y salsa, y un brazo de gitano de mermelada con una salsita clara y blanquecina a la que le faltaba azúcar. Suspiró, recordando la comida de la casa de los McBride.

Daba igual. Al día siguiente podría continuar con su cruzada. Eso era lo principal.

A la mañana siguiente, Mitchell se puso en marcha temprano, pidió indicaciones y se dirigió al primero de los domicilios. La gente pasaba por su lado a toda prisa, supuestamente de camino al trabajo. Cuando se encontró un pequeño mercado en un terreno abandonado, paró a tomarse un té en uno de los puestos ambulantes. Estaba fuerte y caliente, mucho mejor que el que le daban en el hostal, y, preguntando al dueño del puesto, supo que iba en la dirección correcta.

Mientras estaba allí plantado apurando el té, se fijó en una mujer que deambulaba por el pequeño mercado con una criatura, estudiando con atención los artículos de cada uno de los puestos. En cuanto se acabó el té, hizo lo mismo

que ella, con la idea de comprarse un par de piezas de fruta. La vio palpar la fruta y las verduras, meditando sus decisiones. No andaba bien de dinero, se dijo, aunque por su forma de hablar parecía una dama.

Camino de la primera de las viviendas de la lista, vio que la llevaba delante; iba despacio por la criatura que la acompañaba. De pronto, un tipo salió de un callejón y la agarró e intentó arrebatarle el monedero, que llevaba colgado por dentro de la falda. Cuando empezó a chillar y a defenderse, la niña se echó a llorar y el tipo la apartó de una patada. Mitchell echó a correr y llegó hasta los dos mientras aún forcejeaban sin que el ladrón se diera cuenta. Nadie más del mercado hizo ademán de intervenir.

El hombre tomó impulso para darle un puñetazo y, con aquella forma tan amateur de pelear, a Mitchell le costó contener una carcajada. Lo esquivó fácilmente y le soltó un derechazo al otro en la mandíbula. El ladrón reculó, se lo quedó mirando un instante y no debió de gustarle lo que vio, porque huyó.

Mitchell se volvió hacia la mujer para ver si necesitaba ayuda. Estaba intentando consolar a la niña, que debía de haberse hecho daño cuando la habían apartado de una patada. La compra estaba tirada por el suelo, así que Mitchell la recogió y la metió en la cesta, y aguardó a que la mujer tranquilizara a su hija.

—Creo que ahí está todo, señora —le dijo él, tendiéndole la cesta.

—Gracias por acudir en mi auxilio. No sé qué habría hecho si se hubiera llevado mi monedero.

La niña seguía lloriqueando y la mujer parecía tan menuda a su lado que Mitchell se ofreció a ayudarla sin pensárselo mucho.

—¿Se la llevo en brazos hasta casa? Pesa demasiado para que la lleve usted sola.

Ella lo miró indecisa, pero luego asintió.

—Gracias. Es usted muy amable. Soy la señora Beaufort.

—Yo soy Mitchell Nash y estoy de visita en Sídney. Solo llevo aquí un par de días.

—Pues ojalá hubiera más recién llegados como usted. La fiebre del oro ha traído aquí a un montón de indeseables que a veces están lo bastante desesperados como para asaltarte a plena luz del día.

—¿La policía no hace nada?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo tiempo ni energías para irme al centro a denunciar esto. Además, el ladrón se ha largado.

Llegaron a un cruce y ella le sonrió a la niña.

—Te tienes que bajar ya e ir andando, Louisa. Dale las gracias a este caballero tan amable por llevarte.

Pero la niña se lo quedó mirando, bostezó y se metió el pulgar en la boca, así que él la dejó en el suelo con cuidado. No parecía que se hubiera hecho mucho daño, seguramente solo algún cardenal, pobrecita.

—Estoy buscando Aswin Street, señora Beaufort. Creo que está por aquí. ¿Me podría indicar cómo ir?

—Ah, sí, es fácil de encontrar.

Y tenía razón. Mitchell siguió sus indicaciones y encontró la calle enseguida, pero, cuando llamó a la puerta, el anciano que le abrió resultó ser Robert Gresham, que no tenía parientes en la ciudad. Fue lo bastante antipático como para darle con la puerta en las narices al desconocido en plena conversación y sin despedirse siquiera.

Otro callejón sin salida, se dijo Mitchell. ¿Cuántos más tendría que seguir?

Debía esperar que la segunda dirección lo llevara hasta el hombre correcto, o habría malgastado los cinco chelines.

Un súbito chaparrón le recordó que no tenía paraguas, y la lluvia no tardó en caerle como una cascada por el ala del sombrero. Cuando encontró una tienda, ya estaba calado hasta los huesos y temblando. A lo mejor no hacían falta abrigos gruesos para un invierno australiano, pero sí protección contra las inclemencias del tiempo.

Como no paraba de llover, decidió volver a la pensión y pasar una tarde tranquila leyendo el periódico. Continuaría al día siguiente, porque no iba a serle de mucha ayuda a su hijo si descuidaba su salud y moría de una pulmonía.

Lo que de verdad le habría gustado habría sido un baño de agua caliente, pero, cuando se lo propuso a la casera, ella se negó en redondo. Le facilitó una

bolsa de agua calentada en cazuela y un trozo de franela raída con el que envolverla, que, por lo menos, lo alivió un poco.

Los otros huéspedes eran un grupo muy callado y no parecían interesados en él, ni siquiera en charlar, así que volvió a su cuarto. La tarde se le hizo larguísima.

Llovía a cántaros. Betsy miraba por la ventana, deseando que parara. Humphrey era como un gato: odiaba mojarse, y aquel tiempo lo iba a poner de mal humor. Se estremeció de pensarlo.

Se volvió hacia el fogón y removió un poco el guiso. Debía centrarse cuando cocinaba para no quemar la cena otra vez. Humphrey se ponía como una furia cuando lo hacía. Pero la cocina de leña de aquella casa era muy difícil de manejar y a veces se apagaba sin motivo, o el fuego se avivaba igual de inexplicablemente. Le había suplicado a Humphrey que se quejara al casero y le pidiera que la arreglara, pero se negaba a hacerlo. Decía que era culpa de ella, que era tan estúpida que no sabía ni hacer una comida decente.

Esa semana, Humphrey no se había ido a trabajar tan temprano como de costumbre, algo que ella no acababa de entender, y un par de días había vuelto a casa temprano y la había pillado por sorpresa. Decía que había terminado todo el trabajo tan rápido que, encantados, lo habían dejado salir antes. Debía de estar haciéndolo muy bien, pero, si eso era así, ¿por qué parecía enfadado todo el tiempo? ¿Por qué no paraba de decir cosas desagradables sobre sus patrones y su jefe?

Betsy había dejado de intentar entenderlo.

Con un suspiro, miró el reloj. Él no tardaría en llegar. Debía tenerlo todo limpio y ordenado. Pero, claro, mientras limpiaba, se le quemó el estofado y no pudo evitar sentarse a llorar de miedo.

Christopher estaba en su cuarto porque a Humphrey no le gustaba que jugara fuera, decía que era preferible tener siempre vigilado a un chiquillo de su edad. El pobre niño se pasaba el rato mirando apenado por la ventana, viendo a otros niños jugar en la calle. Ay, Dios, ya lo estaba haciendo otra vez: lo estaba

llamando por su nombre de verdad. «Charles», masculló. Debía llamarlo «Charles».

Se abrió la puerta de golpe y se oyó a Humphrey gritar:

—¡Ya estoy en casa! —Entró en la cocina y se quedó mirando el estofado, arrugando la nariz y olisqueando—. Ya lo has vuelto a quemar.

—Lo siento. La leña estaba húmeda y ha debido de haber una llamarada repentina. Esta cocina no va bien, de verdad.

Le dio tal bofetón que la lanzó al otro lado de la estancia y, cuando fue a por ella, Betsy empezó a chillar, aterrada por la expresión de su rostro. Él volvió a pegarle, hasta que no le quedaron fuerzas para gritar y todo se volvió negro.

Cuando empezó a oír los gritos en la casa de al lado, Alice fue a buscar a Parker.

—¿Qué le estará haciendo?

Él negó con la cabeza.

—Pegarle otra vez, supongo.

—Nunca había chillado tanto. ¿No podemos hacer alguna cosa?

—¿Cómo vamos a entrometernos en cosas de marido y mujer? La ley permite a un hombre castigar a su mujer.

—Eso no es un castigo, es una paliza —dijo ella con un resoplido—. Pues, como a ti se te ocurra ponerme un dedo encima alguna vez, voy a hacer algo más que chillar, te lo aseguro.

—Claro, porque yo haría algo así... —contestó él, y quiso arrimársela para achucharla, pero ella, que sabía adónde llevaba aquello, se apartó.

—¡Para ya! Sabes que no podemos permitirnos otro hijo, Parker.

—Eres mi mujer.

—Y tu hija está abajo, esperando a que le dé de comer —replicó ella, ignorando su gesto malhumorado.

Pero unos minutos después vio al niño de los vecinos, aterrado, volver a colarse en su jardín y esconderse detrás de la pila de leña, a pesar de la que estaba cayendo. No soportaba verlo temblar tan penosamente. Vigilando la casa de al lado, abrió la puerta trasera y le hizo una seña para que entrara. El crío se la

quedó mirando, temblando tanto que se sacudía entero. Ella volvió a hacerle una seña y, tras echar un vistazo rápido a su casa, el niño cruzó corriendo el patio.

—Aquí estarás a salvo, y puedes quedarte a dormir si quieres —le dijo, y cerró la puerta con llave, haciendo un aspaviento al verle la cara de cerca, toda amoratada. Aquel monstruo no iba a volver a pegarle a ese pobre niño ese día, se juró. Por lo general, el mal genio de su vecino remitía al día siguiente de una paliza, como si se lo hubiera sacado de dentro por un tiempo. Que esa madre que no era capaz de proteger a su hijo se llevara la peor parte de la ira de su marido por una vez—. Quítate esa ropa, Charles —le pidió, porque iba chorreando agua —. Te vas a morir de frío si no. Voy a buscarte una manta en la que envolverte. —El niño asintió y empezó a desabotonarse una chaqueta que le quedaba demasiado pequeña. Alice subió corriendo al desván—. Parker, he dejado entrar en casa al niño de los vecinos. Se había calado hasta los huesos y estaba aterrado.

—Pobrecillo.

—Ni se te ocurra mandarlo de vuelta a su casa.

—¿Y por qué iba yo a hacer algo así? Mira, Alice, ¿no te parece que este me está quedando muy bien?

Alice ni se molestó en mirar el cuadro, que era exactamente igual que los otros: no lo bastante bueno para venderlo. Agarró una toalla y una manta, bajó corriendo a la cocina y se encontró al chiquillo medio desnudo, plantado aún junto a la puerta, temblando.

Espantada por la cantidad de cardenales que se le veían en los brazos y el pecho, le tendió la manta, pero se ahorró los comentarios.

—Dame la ropa mojada, que la pongo a secar junto a la chimenea. —El niño obedeció y se quedó mirándola con cautela desde su sitio junto a la puerta—. Acércate al fuego y caliéntate. ¿Te apetece un cuenco de sopa?

El crío asintió.

—Sí, por favor, señora.

Cuando bajó Parker, Alice sirvió la cena. El chiquillo estaba asustado y al principio comía con remilgos, pero, a medida que el hambre se apoderaba de él, empezó a olvidarse de sus modales.

De pronto llamaron a la puerta y se oyó berrear a un hombre:

—¡Charles! Sé que estás ahí dentro. Vuelve a casa inmediatamente.

Alice miró a Parker.

—Ni se te ocurra dejar que ese hombre se lo lleve.

—Pero si es su padre...

—Padrastro —lo corrigió el niño—. Quiere volver a pegarme. Hoy le ha hecho muchísimo daño a mi madre, solo porque se le ha quemado el estofado. Creo que está inconsciente, porque ha dejado de gritar de pronto.

—¿Y qué has hecho tú para que se vuelva contra ti? —preguntó Parker.

—No sé. Nunca lo sé.

Alice le bajó un poco la manta.

—Mira, Parker...

Los cardenales hablaban por sí solos.

Parker se quedó espantado y, como el hombre no paraba de aporrear la puerta, se levantó y fue hasta allí.

El niño soltó la cuchara y empezó a llorar en silencio; las lágrimas goteaban sobre la mesa. Parecía aterrado.

Alice oyó que se abría la puerta de la calle.

—Lo tienen ahí dentro, lo sé con seguridad —bramó el señor Gresham.

—¿A quién? —respondió Parker.

—A mi hijo.

—¿Se ha escapado? ¿Y por qué haría algo así?

Alice le cogió la manita huesuda al pequeño, y una chispa de esperanza se encendió en su interior al ver que Parker estaba haciendo lo correcto.

—¿Seguro que no lo ha visto?

—Segurísimo. Habrá salido corriendo por el callejón de atrás.

—Mmm... Bueno, si lo ven, díganle que vuelva a casa enseguida.

Parker cerró la puerta de la calle y Alice lo oyó echar el cerrojo, algo que no solía acordarse de hacer.

—Aquí estás a salvo y te puedes quedar a dormir —le dijo ella al niño.

El crío cabeceó afirmativamente, soltó unos sollozos de alivio y ella tuvo que estrecharlo entre sus brazos y abrazarlo fuerte hasta que el llanto fue cesando.

Hasta que, un rato después, el niño se quedó dormido en el cuarto de Louisa, Parker no le dijo a Alice en voz baja:

—Ese tipo, Gresham, iba... manchado de sangre.

Ella lo miró horrorizada.

—¿Sangre?

—Sí, clarísimamente. Sangre fresca, además. No sé qué hacer.

—No creo que podamos hacer nada, salvo proteger al chiquillo de él.

12

A la mañana siguiente, Mitchell reanudó la búsqueda, sintiéndose más enérgico después de un mejor descanso nocturno. No obstante, no quiso hacerse ilusiones con aquel segundo señor Gresham, porque ya se había desilusionado muchas veces antes.

Le fastidió descubrir que la segunda dirección estaba a solo unas calles de donde se había despedido de la señora Beaufort y su hija el día anterior. De haber sabido lo cerca que estaba, habría desafiado al aguacero y proseguido la búsqueda. Ese día hacía bastante viento y caía una lluvia fina de vez en cuando, con lo que hizo buen uso de su paraguas nuevo.

Cuando encontró la casa, llamó a la puerta, pero no abrió nadie. Alguien se asomó por la ventana de la casa de al lado y entonces salió un hombre a la puerta. Para sorpresa suya, detrás de él estaba la mujer a la que Mitchell había ayudado el día anterior.

Por cortesía, se acercó a saludarla y le preguntó cómo se encontraba. Ella le presentó a su marido, que parecía un tipo agradable.

—Lo hemos visto llamar a la puerta —dijo ella—. ¿Busca al señor Gresham?

—Busco a un señor Gresham, pero no sé si es este o no. El que busco se llama Humphrey.

—Así se llama nuestro vecino —terció el señor Beaufort, y se lo describió.

Mitchell se ilusionó. Parecía que... ¿Sería posible, después de tanto tiempo?

—Podría ser él. Voy a volver a llamar.

Pero no abrió nadie.

—¿Querría esperar en casa? —preguntó ella—. ¿Le apetece un té?

—Se lo agradezco mucho. Parece que va a volver a llover.

La casa rezumaba pobreza afectada y la señora Beaufort era perfectamente consciente de eso, pero su marido no parecía notar nada. Mitchell no tardó en tenerlo por un zopenco simpático.

—¡Un segundo! —dijo Beaufort, que subió corriendo la escalera y bajó un minuto después con un papel y algo de carboncillo.

—¿Cómo está el niño? —le preguntó ella a su marido.

—Escondido debajo de la cama, aterrado. Pensaba que era su padre que venía a por él.

—Déjalo ahí.

Ella se volvió de nuevo hacia su invitado, pero no le ofreció explicación alguna sobre aquel cambio de tema. Por educación, Mitchell tampoco le preguntó a qué se refería.

—Le puedo dibujar la cara de nuestro vecino —dijo el señor Beaufort—. Soy artista y se me dan bastante bien las caras.

Con un par de trazos rápidos, le presentó un retrato de Humphrey Gresham.

Mitchell enmudeció unos segundos, porque ver al hombre que le había robado a su mujer y a su hijo lo enfermaba, literalmente, de rabia. Entonces vio que se lo quedaban los dos mirando y se obligó a hablar con calma.

—Ese es el Gresham al que busco. Vengo persiguiéndolo desde Inglaterra. Se fugó con mi mujer y, aunque no quiero volver con ella, también se llevaron a mi hijo.

La señora Beaufort hizo un aspaviento.

—¿¡Charles es hijo suyo!?

—Sí, solo que, en realidad, se llama Christopher. ¿Lo han visto? ¿Está bien?

Antes de que a ella le diera tiempo a contestar, se abrió de golpe la puerta de la casa y alguien se coló adentro. Era Gresham, pero con una cara de loco tal que el susto los dejó paralizados a todos.

—Lo tienen aquí, sé que lo tienen aquí —espetó, sacando un cuchillo y amenazándolos con él—. Devuélvanmelo o lo lamentarán.

La señora Beaufort soltó un grito. Su marido se plantó delante de ella para protegerla.

Entonces Gresham vio a Mitchell.

—¡Tú! Sabía que nos estabas siguiendo. Pero no te la vas a llevar. Ya me he asegurado de eso. Ahora nadie me la puede arrebatar.

Mitchell cogió una silla, por si tenía que defenderse, porque estaba convencido de que aquel hombre se había vuelto completamente loco y el cuchillo que blandía tenía manchas de sangre secas.

Sin previo aviso, Gresham se abalanzó sobre él, cuchillo en ristre, y Mitchell se sirvió de la silla para mantenerlo a raya.

—¡Salga de mi casa! —gritó Beaufort.

Gresham se volvió hacia él y lo amenazó de nuevo con el cuchillo, que tenía una hoja fina y afilada, y parecía un cuchillo de deshuesar.

—Como no te calles, vas a ser el siguiente.

Mitchell intentó clavarle la silla, mientras estaba distraído, para que soltara el arma. Gresham se apartó, acercándose así a Beaufort, que alargó la mano con la idea de desarmarlo.

—¡No se acerque! —le gritó Mitchell, convencido de que, de ese modo, solo iba a conseguir que lo hiriera.

—¡Se lo he advertido! —dijo Gresham, riendo como un demente, y le clavó el cuchillo despacio en el pecho a Beaufort.

La señora Beaufort chilló y quiso apartar a su marido, pero a él ya le flojeaban las piernas y se le estaban poniendo los ojos en blanco.

Sin soltar la silla, Mitchell intentó rodear al loco, por miedo a que atacara a la señora Beaufort. Aun riendo, Gresham recuperó de un tirón el cuchillo clavado en el pecho de su vecino y apuntó con la hoja chorreante al otro hombre.

Con el rabillo del ojo, Mitchell vio que la señora Beaufort metía a su hija debajo de la mesa y se situaba, protectora, delante de ella, pero no tuvo la precaución de coger una silla para defenderse.

En cualquier caso, su actividad distrajo a Gresham y, antes de que le diera tiempo a actuar de nuevo, Mitchell lo atacó con la silla, con todas sus fuerzas, e intentó arrebatarle el arma. No lo consiguió, pero le hizo perder el equilibrio y aprovechó la ocasión para agarrarlo por la espalda.

Mientras los dos hombres se disputaban el control del cuchillo, Gresham resbaló con el charco de sangre del suelo. Con un alarido, cayó al suelo,

arrastrando a Mitchell, que se negaba a soltarlo, encima de él.

Se hizo el silencio un instante. Mitchell aguantaba la postura, aterrado de que Gresham volviera a atacar. Entonces, mientras el sonoro tictac del reloj seguía siendo el único ruido de la estancia, cayó en la cuenta de que su rival no se movía desde que había caído al suelo. ¿Se fingía herido, aguardando la ocasión de apuñalarlo?

—Ha caído encima del cuchillo —terció la señora Beaufort con voz temblona —. Le sobresale por el pecho.

Muy rápido, preparado para defenderse, Mitchell se levantó y se apartó. Gresham siguió sin moverse. El otro se acercó y le dio la vuelta con el pie, pero, aunque aún le veía el pulso en el cuello, Gresham no abría los ojos y permanecía inmóvil, bañado en sangre y en vísceras, con el cuchillo asomándole por el pecho.

—Vaya a buscar a algún vecino —le ordenó Mitchell sin quitarle los ojos de encima a Gresham—. ¡Pida que llamen a la policía!

—Mi marido...

—Lo siento, pero eso ya no tiene remedio.

La cara de muerto de Beaufort no dejaba lugar a dudas.

Ella se alejó sollozando.

—Louisa, quédate debajo de la mesa, escondidita.

—Ya vigilo yo a la niña —la tranquilizó Mitchell.

Casi esperaba que a la señora Beaufort le diera un ataque de histeria, pero, aunque estaba blanca como el papel y con la ropa manchada de sangre de su marido, consiguió llegar tambaleándose a la puerta.

Mitchell se quedó allí solo con un hombre muerto y otro posiblemente moribundo. La niña jugaba con una muñeca de trapo debajo de la mesa, susurrándole, al parecer ajena a los horrores que la rodeaban. Y aquel condenado reloj seguía haciendo resonar su tictac.

Le subió la bilis a la garganta, pero la controló, igual que el deseo de abandonar aquella estancia que apestaba a sangre. Se quedó donde estaba porque tenía que vigilar a Gresham y a la niña.

La señora Beaufort volvió sola y se dejó caer contra la pared, como si le

costara sostenerse en pie.

—Un vecino ha ido a buscar ayuda.

—Sería preferible que esperara usted en otro sitio. Aquí ya no hace nada. No es espectáculo para una dama.

Ella ni se inmutó.

—¿Este es el Gresham al que buscaba?

—Sí.

—Entonces, me parece que su hijo está arriba, escondiéndose de ese... de ese...

No le costó terminarle la frase.

—Loco.

—Sí, de ese loco. En mi vida había pasado tantísimo miedo.

Cerró los ojos y se deslizó un poco más por la pared.

—¡No se desmaye! —le dijo él con firmeza—. Piense en su hija.

—Sí, sí, debo pensar en mi hija —contestó, mirando al otro lado de la estancia, donde la pequeña estaba escondida debajo de la mesa—. Ven con mamá, Louisa. Vamos a por tu pelota.

La niña salió de su escondite anadeando, sin ver, al parecer, o por lo menos no entendiendo, que pasaba junto al cadáver de su padre.

La señora Beaufort la cogió en brazos, la achuchó unos segundos y dijo con mayor determinación:

—Me subo a acompañar a su hijo hasta que lleguen refuerzos. No quiero que vea esto.

En cuanto se fue, llamaron a la puerta.

—¡Pase! —gritó Mitchell.

Apareció un hombre en el umbral de la puerta.

—¡Cielo santo! ¿Qué ha pasado?

—Gresham se ha vuelto loco y ha apuñalado al señor Beaufort; después ha querido apuñalarme a mí. Hemos forcejeado y ha caído sobre el cuchillo. Creo que aún vive.

—¿Y Beaufort?

—Ha muerto en el acto —contestó Mitchell, viendo que el hombre se

agachaba a comprobarlo.

—Sí, desde luego está muerto. Qué tragedia. —Se volvió hacia Gresham—. ¡Este otro también está muerto! Nos ahorramos un ahorcamiento, ¿eh?

—Más vale que nos alejemos de los cadáveres para que la policía vea qué ha pasado —propuso Mitchell, conteniendo otra arcada. No se acercó a Gresham porque lo enfermaba la sola idea de tocarlo.

El otro fue a mirar a Beaufort y comentó con tristeza:

—Pobre hombre. Era un bobo, pero buena persona; no merecía morir asesinado.

Pasaron veintiséis largos minutos según el reloj de la repisa de la chimenea antes de que llegara la policía. Eran dos y no pareció espantarlos el horror ni la sangre.

Mitchell explicó de nuevo lo sucedido y, de pronto, cayó en la cuenta de que habían olvidado algo.

—Los Gresham viven en la casa de al lado y me han dicho que nadie ha visto a su mujer desde ayer.

—¿Cree usted que querrá acompañarnos la señora Beaufort a la casa por si hay problemas? La presencia de una mujer puede ser de gran consuelo para otra mujer.

—Yo no se lo pediría. Esto ha sido terrible para ella, ver cómo mataban a su marido. Y está cuidando de dos niños, que la necesitan más. Además, la mujer de la casa de al lado no es la esposa de Gresham en realidad, sino la mía. Llevo casi un año buscándola, desde que se fugó con él. La he seguido desde Inglaterra para recuperar a mi hijo.

—Ah.

—Así que yo la voy a identificar y ella me conoce.

¿Estaría Betsy encerrada o les aguardarían más horrores? Después de lo que había visto, sospechaba que lo segundo. No quería ir, no quería ver otro cadáver, y menos aún el de su mujer, pero debía asegurarse.

—Ya me quedo yo aquí, ve tú con él a comprobarlo —le dijo el otro policía a su compañero.

Mitchell siguió al policía más joven a la casa de al lado.

—Más vale que entre yo primero, señor. —La puerta de la vivienda estaba entreabierta y el policía la abrió del todo con el pie y gritó—: ¿Hola? ¿Señora Gresham? ¿Está usted ahí?

Esperaron, pero no hubo respuesta, ni un solo sonido.

El policía entró primero.

Al ver que el salón estaba vacío e impecable, Mitchell albergó esperanzas. Pero se detuvo en seco a la entrada de la cocina, y se esfumaron sus esperanzas. Betsy yacía en el suelo, con el rostro magullado y salpicaduras de sangre por todas partes.

El policía se agachó.

—Lleva muerta un tiempo.

—Debió de matarla ayer. La sangre está seca.

De pronto Mitchell no pudo aguantar más y salió corriendo a la calle, a vomitar en la alcantarilla. A pesar de sus pecados, Betsy no merecía aquello.

Vio que el policía estaba plantado a su lado, con cara de pena. Los vecinos se apiñaban, preguntando qué había ocurrido.

—¿Alguien podría llevar un recado a comisaría? —dijo el policía, levantando de pronto la voz—. Díganles que tenemos tres personas muertas aquí y necesitamos refuerzos.

—¡Voy yo! —se ofreció un chiquillo enseguida.

—Pues corre, entonces. Acuérdate de darles la dirección, decirles que hay tres muertos, dos asesinados, y que necesitamos ayuda y el furgón del depósito.

Mitchell recordó de pronto que su hijo lo estaba esperando en la casa de al lado y volvió dentro, tambaleándose. Se encontró al otro policía custodiando aún los cadáveres.

—¿La señora Beaufort sigue arriba?

—Sí. ¿Podría contarnos...?

—No. Llevo más de un año sin ver a mi hijo. Voy con él antes de hablar con nadie.

Pensar en Christopher le dio fuerzas a Mitchell para subir la escalera. Al

llegar arriba, gritó:

—¿Señora Beaufort...?

—¡Estoy aquí!

Mitchell se dirigió a la alcoba principal y se encontró a la mujer sentada en la cama, con un niño sentado a un lado y a su propia hija dormida al otro.

—¡Christopher! —El niño lo miró con incredulidad, así que lo repitió más fuerte—. ¡¡Christopher!! Llevo meses buscándote. ¿No reconoces a tu padre?

Sollozando, se acercó dando tumbos a su hijo, que seguía sentado, tieso como una estatua; luego la estatua se derritió y Christopher se arrojó a los brazos de su progenitor, llorando desconsoladamente.

Entre lágrimas, Mitchell besó al niño y lo abrazó fuerte, mientras el chiquillo seguía llorando, aferrado a él. Tardaron un rato en tranquilizarse. Christopher no había dicho una palabra, pero no soltaba a su padre.

—No lo han tratado bien —terció la señora Beaufort, advirtiendo con la mirada a Mitchell para que no se espantara al verle los cardenales.

—A partir de ahora, lo van a tratar bien y lo van a querer, se lo aseguro. —Miró a su hijo—. Yo te voy a cuidar, Christopher. Nadie volverá a hacerte daño. —El niño no dijo una palabra, pero estrujó aún más a su padre—. ¿Cómo es que está aquí?

—Se escondía de su padrastro. Lo acogimos ayer; no soportábamos que siguieran maltratándolo. ¿Cómo está su madre? ¿Es grave?

Él le indicó, solo con la boca, que estaba muerta y, mirando fijamente al chiquillo, le pidió que no dijera nada. No quería entristecerlo más de momento. Lo miró espantado, pero, gracias a Dios, no comentó nada. Lo abrazó fuerte, consolándose con lo único bueno de aquel día horroroso.

¡¡Había encontrado a su hijo!!

La policía no pudo quedarse mucho más, pero el hombre que llegó para interrogarlos era mayor, un sargento, y los trató con delicadeza y cortesía. Tras anotar los pormenores del suceso, preguntó:

—¿Dónde se van a alojar, señores? Puede que tengamos que volver a hablar con ustedes.

La señora Beaufort miró con tristeza alrededor.

—Yo no tengo otro sitio al que ir. Tendré que quedarme aquí.

—¿Y usted, señor?

Pero Mitchell la estaba mirando a ella, viéndole en el rostro las sombras de los horrores del día. Se preguntó si tendría dinero, qué sería de su vida ahora que había perdido a quien le daba sustento. Le debía mucho, estaba convencido de que, sin su ayuda, su hijo habría muerto también.

—¿Quiere que me quede aquí con usted esta noche? —se ofreció—. Veré si encuentro a alguien que limpie la cocina. Yo lo pago. Puedo dormir en el salón si Christopher se queda aquí arriba.

No le apetecía gastar dinero en una pensión para ellos. Ya había gastado mucho con la búsqueda y debía administrar bien lo que le quedaba.

Ella se echó a llorar, mascullando palabras inconexas, como *gracias* y *aterrada*. No había hecho otra cosa que llorar y dejar que los demás se encargaran de todo, así que le costaba seguir siendo compasiva. Mitchell miró al sargento, deseando que hubiera allí otra mujer que pudiera consolarla, pero no la había, así que hizo lo que pudo.

Cuando se tranquilizó, el sargento dijo:

—Me parece buena idea, señor, que se quede usted aquí, digo. Ya tengo toda la información que necesito. ¿Pregunto a alguno de los vecinos de fuera si hay alguien dispuesto a limpiar esto?

—Se lo agradeceríamos. No puedo dejarla sola. Le ha salvado la vida a mi hijo.

—¿La conoce?

—No, no la había visto nunca hasta que vine a Sídney.

Ella estaba acunando a su pequeña, arrullándola, por lo visto medio ajena a lo que decían. Christopher no se había separado de Mitchell ni había dicho una palabra, así que él lo tenía cogido por los hombros, que parecía que era lo que necesitaba el niño.

—Le avisaremos de cuándo puede enterrar a su esposa, señor —le dijo el sargento.

Mitchell lo miró espantado.

—No quiero volver a acercarme a ella. Siento que haya muerto, y de forma

tan terrible, pero me ha causado más dolor que nada ni nadie en toda mi vida. He pasado un año entero sin saber siquiera si mi hijo seguía con vida.

—Puedo buscarle un enterrador, mandárselo para que hable con usted.

—Gracias, pero no me lo puedo permitir. No he vuelto a considerarla mi mujer desde que se fugó con Gresham. Que la echen a la fosa común.

—¿Está seguro, señor?

—Segurísimo.

Aunque el sargento lo miró con desaprobación, Mitchell no cambió de parecer. Disponía de una cantidad limitada de dinero y prefería gastárselo en los vivos, como su hijo, al que tendría que dar desde entonces una vida nueva, una feliz, esperaba.

Se preguntó cuánto tardaría en olvidar aquel día, o los horrores a los que se había enfrentado su hijo.

Y el niño aún no había dicho una palabra.

13

Mitchell durmió fatal, y ya estaba despierto cuando el alba tornó la ventana en un cuadrado gris en contraste con la oscuridad de la estancia. El ruido cercano revelaba que algunas personas ya andaban trajinando por la calle estrecha. Oyó ventanas y puertas que se abrían, vecinos que se saludaban y cuyas voces resonaban nítidas en el aire húmedo.

Era todo tan maravillosamente normal que lo reconfortó. Pasados unos días, también él volvería a llevar una vida normal.

Se quedó allí tumbado, en el suelo, por duro que estuviera, sin ganas de hacer frente a otro día angustioso, pero no le quedaba otra. Con una mueca de dolor, puso en movimiento su cuerpo agarrotado y dolorido. A su lado, su hijo seguía profundamente dormido. Christopher se había negado a subir a la alcoba y se había aferrado obstinadamente a su padre.

Cada vez que miraba al niño le dolían en el alma aquellos cardenales. Desaparecerían con los días, pero no podía más que esperar que el amor de un padre terminara borrando por completo los recuerdos horribles que el chiquillo debía de tener. No tenía tan claro que nada pudiera borrar el remordimiento que le producía todo aquello.

Rodeó de puntillas al niño y entró en la cocina, sintiéndose sucio y anhelando tener ropa limpia que ponerse. Con cierta dificultad, consiguió encender la cocina de leña y poner el hervidor sobre el orificio circular por el que las llamas ya soltaban calor. No quiso posar la vista en los trozos mojados y restregados del suelo donde se habían formado los charcos de sangre el día anterior. ¿Solo hacía un día de aquello?

Oyó pasos y se giró bruscamente.

—Ah, buenos días, señora Beaufort.

—Lo he oído trajinar por ahí y he decidido bajar. Tengo sed y hambre. Creo que no he comido nada desde el desayuno de ayer.

—¿Hay comida en la casa?

Ella se ruborizó y se mordió el labio.

—Un poco de pan revenido y unas patatas —reconoció—. Eso es todo.

—Puedo ir a la panadería cuando abran y comprar algo para todos.

—Ay, eso sería estupendo. Hay una panadería a dos calles de aquí. Ya estará vendiendo por la puerta de atrás. Y, en la misma calle, hay una tienda donde puede comprar mantequilla si lo desea. Yo... no tengo mucho dinero, me temo.

—Yo sí tengo.

A ella se le escapó un sollozo y se enjugó los ojos con la esquina del mandil arrugado.

—No sé si podré devolvérselo.

—No hace falta. Le ha salvado la vida a mi hijo. No pienso abandonarla hasta que encontremos una forma de que se gane la vida.

Ella se animó un poco.

—¿Me va a ayudar?

—Por los niños —contestó Mitchell, porque no quería que pensara que estaba interesado en ella personalmente.

Al asomarse al salón, vio que Christopher aún dormía, así que salió de la casa con sigilo para no despertarlo. Agradeció el aire fresco. Giró en la dirección que ella le había indicado y llegó a la panadería guiándose por el olfato. Compró unas hogazas de pan y unos bollitos de grosellas. ¿Había algo que oliera mejor que el pan recién hecho? Se le hizo la boca agua y no pudo resistir la tentación de arrancar un trocito de corteza y comérselo.

Un poco más adelante, encontró una tiendecita y entró a comprar mantequilla, mermelada y huevos. Pidió también leche, pero luego cayó en la cuenta de que no llevaba jarra para echarla.

—¿Es usted el caballero a cuya esposa han asesinado? —le preguntó el tendero, estudiando fascinado las manchas de sangre seca de su ropa.

Mitchell asintió.

—Le presto una jarra, entonces. Debemos ayudarnos unos a otros, ser buenos samaritanos, ¿no? Pero no se olvide de devolvérmela. Y más vale que le preste también una bolsa de malla para que no se le caiga nada.

Se le tendría que haber ocurrido a la señora Beaufort, pero no parecía una mujer muy práctica.

De vuelta en la casa, la dejó a cargo de la comida y entró en el salón. Christopher empezaba a moverse. Cuando despertó, levantó la cabeza lo justo para mirar alrededor con recelo, y entonces vio a su padre y recordó, al parecer, los sucesos del día anterior. Dejó caer la cabeza en el cojín con un gemido de alivio.

—Tranquilo, hijo. Nadie te va a volver a hacer daño. Llegas justo a tiempo para el desayuno. ¿Tienes hambre? Yo sí.

Christopher volvió a abrir los ojos y dijo solo con la boca:

—Madre...

Mitchell se lo pensó un momento, pero, si no se lo decía él, se enteraría por otros, así que contestó en voz baja:

—Está muerta, me temo. Ese loco la mató igual que al señor Beaufort, pero Gresham también ha muerto y ya no puede hacerte nada. Nunca. Y tampoco voy a permitir que nadie más te haga daño.

Christopher no dijo nada, se limitó a mirarlo, con los ojos muy abiertos en aquel semblante pálido y amoratado que descomponía a su padre cada vez que lo veía.

—Vamos, hijo. Vamos a desayunar algo y luego te sentirás mejor. He comprado pan recién hecho. —Al ver que el niño no se levantaba, Mitchell se acercó, se agachó y, fiándose de su instinto, le dio un abrazo fuerte mientras lo ayudaba a levantarse—. A partir de ahora, vivirás conmigo, como antes. —Ni siquiera aquello pareció calar en el chiquillo, así que insistió—: Nadie te va a pegar ni te va a hacer daño nunca más. —Se miró a sí mismo y después miró a su hijo—. Menuda pinta llevamos los dos, ¿eh? ¿Tienes ropa limpia en la casa de al lado? ¿Tienes más ropa allí?

—Me parece que la ropa que tiene se le ha quedado pequeña —contestó la señora Beaufort a su espalda.

—Entonces compraremos ropa nueva esta mañana. A lo mejor la señora Beaufort nos puede echar una mano. —Christopher miró a su padre y luego a su vecina y asintió tímidamente—. A desayunar —dijo Mitchell con rotundidad. No se podía pensar con claridad con aquellos rugidos de estómago.

A fin de cuentas, la vida seguía, independientemente de lo que te ocurriera. A veces dolía y otras, como entonces, era un gran consuelo centrarse en las cosas pequeñas de lo cotidiano.

Por lo menos su hijo desayunó en condiciones, aunque no consiguieran hacerle hablar.

Cuando terminaron de desayunar, Alice recogió la mesa y luego miró indecisa a Mitchell.

—Tenemos que hablar —le dijo él—. ¿Por qué no se sienta?

Alice se sentó desanimada. Él estaba a punto de decir algo cuando ella se le adelantó.

—Ni siquiera puedo permitirme el entierro de Parker, señor Nash. No tengo dinero.

—¿De dónde sacaba el dinero él? ¿Vendía sus cuadros?

Nash los había visto en el estudio del desván y no le habían parecido muy buenos.

—No, nadie se los quería comprar. No era muy bueno, ¿verdad? A veces hacía dibujos. Eso se le daba mejor, pero lo odiaba, le parecía degradante.

—Entonces ¿de qué vivían?

—Parker era un expatriado mantenido. Su familia de Inglaterra le pagaba para que se quedara en Australia. El abogado le abonaba esa asignación trimestralmente... y Parker se lo gastaba todo antes de que llegara el siguiente pago.

—Ah, o sea, que su marido tenía abogado...

—Sí.

—Pues vamos a verlo esta mañana y le pedimos que corra con los gastos del funeral. —A ella no le entusiasmó la idea—. ¿Qué pasa?

—El señor Sherwood no es muy servicial. Me dijo que escribiría a los padres de Parker cuando nos casáramos, pero que no nos iban a pagar más, así que ¿para qué? Además, dudo que me sigan mandando el dinero a mí, pero espero que no dejen que la niña se muera de hambre, ¿no? —comentó, mirando a la pequeña, que jugaba en silencio con la muñeca de trapo.

Cuando la señora Beaufort se echó a llorar, Nash contuvo un suspiro de impaciencia. Estaba guapa hasta cuando lloraba, pero a él no lo tentaba en modo alguno una mujer tan boba como ella. Ya había tenido bastante con la suya.

—Solo me queda dinero para la comida de unos días. ¿Qué voy a hacer, señor Nash?

A Nash no le gustaba hablar mal de los muertos, pero deducía que Parker Beaufort debía de haber hecho algo malo para que su familia lo mandase a Australia de ese modo, algo más que ser un manirroto. Betsy también lo era. Aquello había sido motivo de muchas disputas entre ellos. Miró a su hijo. Christopher escuchaba con atención. No se había separado de él desde que había despertado; hasta se había quedado a la puerta del retrete cuando había tenido que ir allí.

Con un suspiro, Nash se obligó a centrarse en la señora Beaufort.

—¿Cuánto dinero le queda?

—Unas monedas, nada más, menos de dos guineas. Parker había hecho unos dibujos, pero se gastó parte del dinero que le habían pagado en pinturas... y en la taberna. Se le daba bien hacer retratos al carboncillo cuando estaba sobrio.

—Ya lo vi. Quemé el dibujo que hizo de ese loco —dijo Mitchell—. Espero que no le importe. —Al ver que ella negaba con la cabeza, prosiguió—: No me voy a marchar de Sídney hasta que decidamos qué hacer; luego volveré a la colonia del río Swan y me instalaré allí. Me gustó el sitio y nada me retiene ya en Inglaterra. ¿Dónde vivía usted antes de venir a Sídney?

Pensó que no lo había oído, pero entonces vio que se le empañaban los ojos.

—En Singapur —contestó llorosa—. Allí conocí a Parker. Vivía con mis tíos y mi prima, pero mi tío murió y nuestra vida se volvió horrible. Supongo que mi tía y mi prima seguirán allí. No les he escrito desde que me fui de casa. Me moría de vergüenza.

Algo era algo. A lo mejor la acogían. Seguramente el abogado le conseguiría el dinero para el pasaje.

—Cuando estuve en Fremantle, conocí a una pareja, y ella venía de Singapur. A lo mejor conoce a su prima. Se llama Isabella Deagan. Es...

—¿Isabella...? —lo interrumpió ella.

—Sí, se había casado con Bram hacía poco. Había estado viviendo con una familia china en Singapur, trabajando para ellos.

—No puede haber muchas Isabellas en Singapur. No sería pelirroja, ¿verdad?

—Sí, y muy alta. Una mujer imponente.

La señora Beaufort dio una palmada exagerada.

—¡Tiene que ser ella! No hay ninguna otra pelirroja en Singapur. ¡Y se ha casado! Ay, ojalá pudiera ir con ella. Siempre sabía qué hacer. Cuidaría de mí.

Se echó a llorar otra vez. A Mitchell le dio pena, pero empezaba a cansarse de tanto llanto y de que la señora Beaufort no hiciera nada por sí misma. Aun así, reunió la paciencia necesaria para aguardar, notando que su hijo le colaba una mano en la suya, y dándole un apretón.

—Perdone, es que no puedo dejar de llorar —dijo ella, limpiándose de nuevo las lágrimas, pero otra se le escapó casi de inmediato—. ¿Cómo está Isabella?

—Está bien. Su marido y ella van a abrir una tienda en Fremantle. —Era tan obvio que, al ver que ella no decía nada, lo dijo él—. Si Isabella es su único pariente vivo, debería ir con ella. La ayudará hasta que se las apañe sola. ¿Igual puede conseguir un trabajo de ama de llaves o algo por el estilo?

—¿Cómo voy a ir hasta allí? No tengo dinero para pagar el billete del vapor —dijo, mirándolo esperanzada.

Él no se ofreció a pagárselo, ni siquiera a prestarle el dinero.

—Vamos a ver al abogado de su marido y le contamos lo de Parker. Seguro que lo convencemos de que le dé el dinero para comprar los pasajes a la colonia del río Swan, el suyo y el de su hija.

—¿Usted cree?

—Sí, lo creo —contestó él con firmeza. ¡Qué mujer más frágil!

Pidió a un vecino que informara a la policía de adónde habían ido si volvía y salió de la casa con la señora Beaufort, pasando primero por su pensión para cambiarse de ropa. De camino, vieron una tienda de telas en la que vendían ropa de niño, y entró a ver si había algo que le valiera a su hijo, cuyos harapos eran un espanto.

Para alivio suyo, había prendas adecuadas y, cuando el joven que lo atendía le vio la sangre de la ropa, le dijo muy seco:

—Su madre murió ayer en un accidente. Mi hijo necesita de todo.

—Sí, señor —contestó el joven con entusiasmo—. Va a necesitar pantalones, ropa interior, camisas, camisones, una gorra..., todo.

—Sí, y le agradecería que se deshiciera de lo que lleva puesto.

—De acuerdo, señor.

Con Christopher vestido de forma más respetable, se fueron, dejaron el resto de los paquetes allí para que se los entregaran más tarde y se dirigieron a la pensión de Mitchell.

La casera lo saludó muy tiesa y miró con recelo a la señora Beaufort y a los dos niños.

—Anoche no vino, señor Nash.

Cuando él le explicó lo sucedido, ella se llevó las manos a la cabeza, horrorizada.

—Lo siento, pero no puedo permitir un escándalo así en mi casa. Le agradecería que hiciese las maletas y se fuese.

Mitchell estudió el rostro enjuto y desagradable de la mujer.

—Cuando me haya lavado y afeitado. Y usted tendrá que devolverme el dinero del día que le he pagado por adelantado. Es más, como es usted una buena cristiana, espero que les encuentre un sitio donde esperarme a la señora Beaufort y a su hija. ¿O pretende que una viuda y su criatura se queden plantadas en medio de la lluvia? —La señora Beaufort sacó de pronto un pañuelo y sollozó —. Mi hijo sube a mi cuarto conmigo —añadió.

La casera titubeó; luego se encogió de hombros y dijo:

—Voy a por su dinero, señor. Dese prisa, por favor, para que pueda limpiar la habitación. Usted puede esperar en el vestíbulo, señora...

—Beaufort.

Dio media vuelta y se fue.

—No se olvide del agua caliente —le gritó él—. No puedo irme sin afeitarme.

Cuando se dirigían al despacho del abogado, Mitchell le dijo a la señora Beaufort:

—Le agradecería mucho que nos dejara a Christopher y a mí dormir en su salón hasta que nos vayamos de Sídney. Igual encontramos algún colchón limpio en la casa de al lado.

—Ah, sí, quédense, por favor. No sé qué habría hecho sin usted.

El escribiente del abogado los miró con desdén, pero, en cuanto le comunicaron que al cliente de su patrón lo habían asesinado, les pidió en voz baja que tomaran asiento.

Tan pronto como el señor Sherwood quedó libre, los hicieron pasar.

Como siempre, Louisa se puso a jugar en silencio en el suelo y Christopher se quedó al lado de su padre. Mitchell esperó a que la señora Beaufort se explicara, pero ella se volvió a mirarlo, así que, resignado, lo hizo por ella.

La noticia dejó sin habla al abogado, que abrió y cerró la boca varias veces antes de conseguir encontrar las palabras.

—¡Impactante! ¡Terrible! Abonaré yo los gastos del funeral, por supuesto. Estoy seguro de que mis clientes querrán que haga eso por su hijo. No obstante, no tengo instrucciones de encargarme de su esposa. Mis clientes no la mencionan en las cartas que me han enviado, pese a que los informé de su boda.

—También hay una hija. No se olvide de la niña. Entiendo que los señores Beaufort estarán interesados en el bienestar de su nieta... No es responsabilidad mía cuidar de ellas, así que tendré que dejárselas aquí hoy a menos que encuentre usted el dinero para el pasaje que les permita volver con sus parientes. —Ella empezó a llorar aún más fuerte y el abogado la miró irritado. Mitchell esperó, pero, como el señor Sherwood no decía nada, añadió—. Estoy dispuesto a acompañarlas a la colonia del río Swan, porque es allí donde voy yo también. Sé dónde viven sus parientes, pero no puedo pagarles el pasaje a las dos.

El abogado suspiró.

—Supongo que no me queda otra. Como bien dice, la niña es nieta de mis clientes. Pediré a mi escribiente que les busque pasaje para el próximo vapor.

—Ya que estamos, que reserve también un camarote para mi hijo y para mí. En cuanto tenga noticias suyas, iré a pagar a la naviera el camarote que ocuparemos mi hijo y yo.

—¿Dónde se aloja?

Vaciló, pero no podía decirle que acababan de echarlo del hostal ni que se estaba alojando en la casa de la señora Beaufort porque eso no sería respetable.

—En la vivienda de mi difunta esposa, que está al lado de la de la señora Beaufort. Tengo que vaciarla y ocuparme de su entierro.

Mientras lo decía, de pronto decidió que dormiría allí esa noche si era posible. No quería que nadie pensara que se estaba aprovechando de la viuda.

—Qué situación tan lamentable, señor. Cuánto lo siento. Eeeh..., ¿tiene una dirección de Australia Occidental?

—Puedo darle la dirección de los amigos en cuya casa me alojaré. Él es capitán de barco.

—A la señora Beaufort le vendría bien tener un abogado allí, ¿conoce alguno?

—No. Tal vez alguno de sus colegas conozca alguien allí con quien pueda tratar, dado que no desea usted tratar directamente con la viuda.

—Me temo que los Beaufort solo actuarán por mediación de un abogado.

—Bueno, si están dispuestos a mantener a la esposa de su hijo, seguro que encuentran una forma de hacerle llegar el dinero. A fin de cuentas, también hay bancos en la colonia.

Cuando volvieron a casa de los Beaufort, Mitchell se armó de valor para pasar a la casa de al lado, donde se encontró merodeando a un hombre ceñudo con gorra.

—¿Quién es usted?

—El propietario. Me he enterado de lo ocurrido y he venido a examinar mi finca. Es un asunto terrible, pero ¿quién me va a arreglar a mí todo esto?

—Tendrá que contratar a alguien que lo limpie, pero yo me llevaré las cosas

de mi mujer y tiraré las que no vaya a usar.

—Pues pague usted la limpieza también.

Estaba harto de pagar los errores y los problemas de otros; debía conservar el dinero para poder empezar una vida nueva con Christopher.

—No, yo no vivía aquí, ni lo tenía alquilado. La casa es responsabilidad suya. Si no lo friegan ya, no podrá quitar las manchas fácilmente. Mi mujer me dejó por el hombre que se volvió loco, así que le hago a usted un favor llevándome sus cosas.

—Lo quiero todo limpio antes de que anochezca.

—Lo tendrá limpio a finales de la semana, que seguro que el alquiler está pagado hasta entonces. —El semblante malhumorado del hombre le dejó claro que había acertado—. Este niño necesita dormir en un sitio que conozca, después de lo que le ha pasado —dijo, mirando fijamente al hombre hasta que el otro agachó la cabeza.

—Vale, vale. Por el niño. Pero voy a pasarme por aquí todos los días para asegurarme de que no están estropeando nada.

—Por supuesto.

Cuando se fue el casero, Mitchell empezó a recorrer la vivienda, y se estremeció al ver las manchas marrones de sangre seca en la cocina y la silla rota tirada en un rincón. Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo sus sombríos pensamientos, y, con un suspiro, fue a ver quién era.

Era la mujer que había hecho la limpieza a fondo de la casa de la señora Beaufort.

—Soy Janey Thorpe, señor. Ayer limpié a fondo la casa de al lado. ¿Quiere que limpie esta también? Solo que le agradecería que me pagara un poco más porque mi marido está enfermo.

—Me alegro de que haya venido. ¡Pase! No solo puede limpiarle la cocina al dueño de la casa, sino también ayudarme a mí a deshacerme de las cosas de mi mujer, y llevarse cualquier cosa que yo no pueda vender. Las de Gresham también. Esas se las puede llevar todas. No quiero ni tocarlas.

Ella lo miró como si le hubiera salido un halo.

—¡Ay, señor, me vendría de maravilla!

Mitchell fue a decirle a la señora Beaufort lo que estaba haciendo y a proponerle que fuera empaquetando sus cosas y las de su hija.

—¿Y las de Parker?

—Se las podemos vender a un chamarilero. —Ella hizo una mueca y él añadió muy serio—: Va a necesitar hasta el último penique que pueda sacar, así que venderemos todo lo vendible, de su casa y de la mía.

—Es usted un hombre duro.

—Soy un hombre práctico. Le sugiero que empiece a revisar todo lo que hay en esta casa y vea qué se puede vender. Y hágalo rápido.

No esperó respuesta, pero se llevó a Christopher con él a la otra casa, y lo conmovió que el chiquillo lo cogiera de la mano cuando entraban. Habría querido que le hablara, pero no iba a presionarlo.

—¿Por qué no subes a tu cuarto y organizas tu ropa vieja, Christopher? Me serías de gran ayuda. Amontona en el suelo cualquier prenda que se te haya quedado pequeña, y la señora Thorpe se las llevará.

El niño titubeó.

—No me voy a ir sin ti, te lo prometo.

El crío se lo quedó mirando, debió de ver algo tranquilizador en él y subió corriendo a su cuarto.

Mitchell inspiró hondo y lo siguió. Empezó por revisar las cosas de la alcoba de su difunta esposa. No tenía mucho ni había nada nuevo, que él viera. Manipuló su ropa asqueado. Con la ropa de Gresham, lo único que hizo fue sacudir los bolsillos. No dudó ni un segundo en quedarse con el dinero que encontró. Luego tiró la ropa al suelo.

Cuando estaba terminando, la señora Thorpe subió a decirle:

—Ya he terminado con la cocina, señor, y ha quedado muy bien. ¿Va a dormir aquí esta noche?

—Sí —contestó, porque la cama estaba sin tocar.

—Entonces, voy a cambiar las sábanas, ¿le parece?

—Sí. Estoy amontonando las cosas de Gresham junto a la puerta. Se las puede llevar todas. Véndalas, haga lo que quiera con ellas. Lo que quede cuando

yo me vaya, para usted también, si viene a cocinar y a limpiar para nosotros hasta entonces.

Estaba empezando a pensarse dos veces lo de tirarlo todo. Las cazuelas y las sartenes no merecía la pena llevárselas, pero Gresham tenía buena ropa de cama, que no ocuparía mucho espacio, y Mitchell ya había visto un baúl en el desván. A lo mejor también le salía rentable quedarse con los manteles. A fin de cuentas, tendría que montarse una casa en Australia Occidental, además de empezar algún negocio.

Esa noche durmió bien, en la cama de Gresham, con Christopher a su lado, y al despertar, sonrió al ver el rostro de su hijo profundamente dormido.

Todo iba a ir mejor en adelante, seguro que sí.

Mitchell se quedó mirando el montón de equipaje que Alice había preparado.

—¿Qué demonios es todo esto?

—Me dijo que podía llevarme lo que quisiera...

—Pero no tanto, que nos van a hacer pagar un extra por embarcarlo. Eso también se lo dije.

—Es todo lo que tengo en este mundo, y también están las cosas de Louisa. —Se echó a llorar, ¡otra vez!, y Mitchell apretó los dientes porque ya había descubierto que, si le gritaba, lloraba aún más—. ¿Cómo me pide que me deshaga de algo de esto? Además, ¿qué sé yo lo que voy a necesitar en la colonia del río Swan?

—¿Tiene dinero para pagar el plus de equipaje? Porque yo no.

Ella calló y lo miró malhumorada, como una niña traviesa a la que hubieran reprendido. Después se animó.

—Si el marido de Isabella tiene una tienda, le podrá pagar si me presta el dinero.

—No, porque él no tiene mucho dinero. Está empezando. —Mitchell decidió revisar el equipaje de ella por su cuenta, pero la idea de tener que manipular su ropa interior lo incomodaba—. Quédese ahí y vigile a Christopher. —El niño lo miró suplicante—. Esta vez no, hijo, que tengo prisa.

Salió a la calle y fue corriendo adonde vivía la señora Thorpe.

—Necesito que me ayude a revisar el equipaje de la señora Beaufort. Puede que nos lleve toda la noche, pero le pagaré seis peniques a la hora.

A la mujer se le iluminó el rostro y se dirigió a la mayor de sus hijas, una joven sensata igualita que su madre.

—Acuesta a los pequeños y ocúpate de tu padre. Volveré por la mañana.

Mientras iban hacia la casa, Mitchell le dijo:

—La señora Beaufort solo puede llevar un baúl y dos bolsos de viaje en el barco; de lo contrario, tendrá que pagar un extra. Necesito una mujer que revise su equipaje y decida qué merece la pena llevarse. Puede quedarse con cualquier cosa que no vayamos a llevarnos. Confío en que se asegurará de dejarle lo mejor que tenga.

Ella lo miró muy seria.

—Gracias, señor Nash. Se ha portado muy bien conmigo y no lo voy a engañar.

—Habrá que ser muy estrictos con ella —le dijo—. ¡Es tan boba! —añadió casi sin darse cuenta.

La señora Thorpe le dedicó una sonrisa cómplice, pero no comentó nada.

Tardaron cuatro horas en revisar todo el equipaje de la señora Beaufort y a Mitchell lo sorprendió la cantidad de harapos que había dentro. En cambio, no había ni uno solo de los cuadros de su marido. Subió al estudio y examinó las pinturas. Eran, como le había dicho ella, muy amateur, pero había una que era mejor que la mayoría, además de dos dibujos de la pequeña Louisa que le parecieron excelentes, y uno de Alice que reflejaba perfectamente su belleza de tontorrona.

Le había pedido al abogado que mandase a alguien a por las obras de arte de Parker Beaufort, por si su familia las quería, pero agarró los tres dibujos y el cuadro y se los llevó abajo.

—Hay que meter esto.

La señora Beaufort lo miró ceñuda.

—No pienso llevarme ninguno de sus dibujos ni de sus cuadros. Nos hundimos por su culpa.

—Y si los padres de Parker van a ver a su nieta alguna vez, ¿cómo va a justificar que la niña no tenga nada de él? ¿Cómo le va a explicar a la cría cuando crezca que no guardó nada de su padre para ella?

Ella se lo quedó mirando, mordiéndose el labio.

—Pero, para que quepa eso, voy a tener que dejarme aquí unas cuantas prendas más.

—Pues se las deja. Esto es importante.

La señora Thorpe negó con la cabeza sin que la otra la viera y siguió revisando la ropa, las sábanas y otros artículos. Al principio, la señora Beaufort había intentado impedirles que hicieran aquello, pero después se había limitado a mirarlos sentada, furibunda, negándose a «tirar cosas» y dejándoles la tarea de rehacer el equipaje a la señora Thorpe y a Mitchell.

Dios santo, ¿cómo iba a hacer Mitchell para morderse la lengua durante otras dos o tres semanas?

14

Bram e Isabella invirtieron mucho tiempo en su primer anuncio, que pensaban publicar en el *Perth Gazette* y en el *Western Australian Times* el segundo viernes de septiembre. Lo hablaron y lo discutieron largo y tendido, y anotaron montones de ideas hasta que, al final, reconocieron los dos que no se les ocurría una forma de mejorarlo.

También dedicaron mucho tiempo a organizar la tienda, con sus discusiones, la mayoría amistosas.

—Habría que poner suelos de madera en el cobertizo —insistió Isabella—. A las damas no les gusta caminar por un suelo de tierra, y menos cuando llueve, aparte de que no causaría buena impresión a nuestros clientes de clase alta, que son los que pueden gastar dinero.

—¿No podemos dejarlo como está de momento y arreglarlo más adelante? —protestó Bram—. Nos estamos quedando sin dinero, y la finca ni siquiera es nuestra, sino de Conn.

—Conn está demasiado lejos para consultarle los detalles. Además, te dijo que se fiaba de ti plenamente.

—Ojalá yo sintiera lo mismo —contestó él, mirando alrededor—. Demasiadas cosas dependen de esto, Isabella. La preocupación me quita el sueño. Todo esto está costando más de lo que pensaba.

—¿De quién fue la idea de abrir un bazar? —Él se encogió de hombros—. Tuya. Y es una idea magnífica. —Isabella le cogió las manos, plantada delante de él, sonriendo ligeramente—. Tengo puesta toda mi confianza en ti, Bram.

Él le estrujó fuerte las manos.

—No podría soportar decepcionarte. Te mereces una vida mejor y...

Ella se soltó y puso los brazos en jarras.

—¿Ya estamos otra vez con lo de que yo soy una dama y tú, un campesino?

Bram notó que se sonrojaba.

—Es que es la verdad.

—Somos marido y mujer, socios en todos los sentidos, ¿no fue eso lo que le dijiste a Conn la última vez que vino? ¿O no lo decías en serio?

—Claro que sí.

—Entonces, olvídate ya de que soy una dama. Debemos trabajar juntos, procurar no decepcionarnos el uno al otro. En cualquier caso, te he visto tratar con la gente que tiene cosas que vender. Se te da de maravilla, aunque algunos tengan una idea ridícula de lo que valen sus artículos. También te he visto proponer ideas sobre cómo montar el bazar, buenas ideas, cosas que a mí no se me habían ocurrido. Y algún día te veré hacerte rico, de eso estoy convencida.

—Ay, eres un encanto, de verdad. —La agarró y le dio un beso largo y lento; luego la apartó de sí e inspiró hondo—. Con eso tengo que aguantar hasta esta noche.

Ella se ruborizó y procuró ordenar sus ideas. No esperaba que él la hiciera sentir así.

—Sí, eso. Volviendo a lo del suelo... Es importante causar una buena primera impresión. Xiu Mei pasaba mucho tiempo colocando y recolocando las sedas para que llamaran la atención, y estoy segura de que la belleza de sus expositores atraía a la gente al interior de la tienda.

—Aunque accediera a poner el suelo, ya no podemos contar con el carpintero del barco —contestó él, llevándose las manos a la cabeza—. Aunque Dougal haya demorado su partida, zarpa dentro de uno o dos días. Hay escasez de hombres cualificados en la colonia. ¿Quién nos va a hacer el suelo? Yo no sé hacerlo.

—Ya encontraremos a alguien.

—Entretanto, ¡menos mal que tenemos las cuadras de alquiler! —masculló—. Y tu buena administración. Vivimos de lo que nos da, aunque apartemos un porcentaje para Conn. Así que más nos vale...

Llamaron a la puerta.

—Voy yo —dijo él—. Tú pon agua a hervir. Necesito desesperadamente un té.

—¿Y cuándo no? —contestó ella, y se fue a la minúscula cocina con la intención de encender el fuego para hervir el agua, pero se volvió de golpe cuando él la llamó.

—¡Isabella! ¡Ven!

Ella fue corriendo y se detuvo en seco al ver quién estaba allí.

—¡¡Alice!! ¡Alice, estás viva!

Se echó a llorar y su prima hizo lo mismo, con lo que la pequeña que llevaba cogida de la mano empezó a sollozar aterrada.

Tardaron unos minutos en calmarse y, para entonces, Bram ya las había llevado a la salita, junto con sus compañeros de viaje. Mientras la madre seguía llorando, Bram cogió en brazos a la chiquilla, y la arrulló y la meció hasta que la niña empezó a sonreírle tímidamente.

Cuando Isabella se tranquilizó un poco, reparó en el hombre y el niño plantados detrás de su marido.

—Perdone que no le haya hecho ni caso, señor Nash. Estaba tan preocupada por mi prima...

—Es comprensible.

—Alice, este es mi marido, Bram.

—Encantada —dijo ella—. Y no os he presentado a mi hija, Louisa. Cariño, estos son tu tita Isabella y tu tío Bram. —Alice se lo quedó mirando extrañada —. No suele irse con desconocidos.

Bram sonrió.

—Tengo hermanos pequeños y una tropa de sobrinos, así que estoy habituado a los niños. Siéntese, por favor, señor Nash. ¿Nos tomamos un té? Voy a poner a hervir el agua.

Le devolvió la niña a su madre, que la dejó enseguida en el suelo y le dijo que se portara bien. Antes de entrar en la cocina, se dirigió a Mitchell.

—No hace falta preguntar quién es este niño precioso... Tiene tus ojos. Así que has encontrado a tu hijo.

—Sí —contestó Mitchell sonriendo a Christopher.

—Se os ve cansados...

—Ha sido un viaje... complicado —dijo, y la mirada que le lanzó a Alice hizo que Bram la mirara con recelo.

—Voy a poner el agua a calentar y me cuentas cómo has dado con la prima de Isabella.

Al volver, le repitió la pregunta.

—Es una historia larga, y bastante desagradable, me temo —contestó Mitchell.

—Cuéntanosla de todas formas —le dijo Isabella con rotundidad.

Lo escuchó horrorizada y le cogió la mano a Alice mientras Mitchell explicaba lo sucedido.

—Te agradecemos, entonces, que nos hayas traído a la señora Beaufort —dijo Bram—. Voy a ver cómo va el agua.

—Voy contigo —terció Mitchell.

A Isabella se le hacía raro mandar a dos hombres a la cocina a preparar el té, pero aún intentaba consolar a su prima, que lloraba con delicadeza en un pañuelo empapado. No obstante, la cocina estaba lo bastante cerca como para oír casi todo lo que hablaban.

—Esa mujer llora por todo —le dijo Mitchell, frustrado, a Bram—, y no es nada práctica. Siento traeros esta carga ahora que estáis empezando.

Alice, que también lo había oído, se irguió de pronto.

—Ese hombre no tiene empatía alguna con los problemas de los demás.

—Bueno, ahora ya estás aquí, así que eso da igual —la tranquilizó Isabella.

Solo cuando los hombres trajeron el té consiguió animarse Alice. Esperó a que su prima le sirviera una taza y no hizo ademán de ayudar a su hija. Fue Bram el que se subió a la pequeña a la rodilla y le dio un poco de leche.

Después de asegurarse de que su hijo bebía algo, Mitchell volvió a sentarse en el extremo del sofá, con las piernas largas estiradas por la alfombra.

—Confiamos en que los padres del señor Beaufort manden dinero para mantener a su viuda y a su hija. Le he dado al abogado la dirección de los McBride porque no conocía ningún otro sitio de aquí, pero pasarán meses hasta que sepamos algo y entretanto...

—¡Entretanto estoy sin un penique! ¡Soy pobre! —Alice se echó a llorar otra vez—. Ay, Isabella, si no nos acogéis aquí, nos llevarán a la casa de caridad.

—Pues claro que os vamos a acoger. Aunque me temo que Louisa y tú tendréis que compartir un cuartito. No tenemos otra cosa.

—Antes siempre compartía cuarto contigo.

Típico comentario de Alice.

—Bueno, ahora soy una mujer casada, así que no puede ser.

Isabella miró a su marido y le dedicó una sonrisa pícara. Sabía sin preguntarle que iba a dejar que Alice se quedara. Él creía firmemente que la familia debía ayudarse.

Alice sorbió los mocos.

—Le agradezco su ayuda, señor Deagan, por mí y por mi pobre hija huérfana de padre.

—Primo Bram —la corrigió Isabella.

Mitchell, que estaba harto de ver a aquella boba autocompadecerse, se levantó.

—Estupendo, entonces: si eso está decidido, hay dos chiquillos fuera con el equipaje de la señora Beaufort en un carro. ¿Lo metemos en la casa?

Bram salió con él, pero, cuando vio el baúl grande y los bolsos de viaje, negó con la cabeza.

—No hay sitio para ese baúl arriba. Las habitaciones son minúsculas. Habrá que guardar el equipaje en el guadarnés e ir trayendo a casa solo lo que vaya necesitando.

—Os va a montar una pataleta o se te echará a llorar encima.

—Sí, ya he visto que es una llorona.

—No os envidio.

Bram sonrió.

—Bueno, seguro que lo arreglamos. Hay cosas peores que una mujer llorona.

—Eso pensaba yo, pero ya no lo tengo tan claro. En fin, más vale que vayamos a ver a los McBride y averigüemos si tienen sitio para Christopher y para mí.

—Ah, sé de casualidad que están completos. Flora vino a tomar el té con

Isabella ayer mismo y nos estuvo contando que habían alojado a una familia grandísima.

—Ay, cielos. Pues mi hijo y yo nos tendremos que buscar otro sitio.

—Podéis dormir en las cuadras si queréis. No es tan mala idea. Hay cubículos arriba pensados para los mozos de cuadra que están de paso. Están bastante limpios, si no os importa dormir en balas de paja.

—Y serán más económicos que un hostal, supongo —dijo Mitchell.

—No le vamos a cobrar nada a un amigo que ha ayudado a la familia. Ven a verlos antes de decidir.

Christopher los siguió y Mitchell comentó enseguida:

—No se aparta de mí.

Entre los cubículos, situados en la planta superior, junto al henil, apenas había separación, y estaban ya tan limpios como el resto del edificio, gracias al esfuerzo de Les.

—Os podemos buscar unas balas de paja en las que acostaros, pero, si queréis camas en condiciones, tendréis que buscarlas vosotros, y yo puedo pagaros las puertas, porque ahora mismo voy un poco justo de dinero. Tengo que comprar una madera adecuada y encontrar a alguien que me ponga el suelo de la tienda.

A Mitchell se le iluminó el rostro.

—A lo mejor nos podemos ayudar mutuamente, entonces. Se me da bien la madera y necesito empezar a ganar dinero. Te podría poner el suelo yo.

—¿Sabes de carpintería?

—Sí, mi padre tenía una serrería y me la dejó cuando murió. Tuve que venderla para pagarme el viaje a Australia, pero sé de maderas desde crío, y no solo de cómo comprarla y venderla, sino también de cómo trabajarla, gracias a mi abuelo, que era un excelente carpintero. No fui su aprendiz oficialmente, pero como si lo fuera. Me enseñó todo lo que sabía, que me vino muy bien para llevar la serrería.

Bram se lo quedó mirando atónito.

—¿Nos vas a poner el suelo?

—Sí, y voy a hacer un trabajo estupendo, te lo prometo.

—Eres una bendición, de verdad. No hemos encontrado a nadie de confianza

para ese trabajo e Isabella no me deja abrir el bazar hasta que tengamos un suelo decente. —Se encogió de hombros—. Sabe más de comprar y vender que yo, pero me angustia tener la mercancía parada cuando aquí la gente está deseando comprar. Además, hay escasez de hombres cualificados en la colonia, ¿sabes?

—Entonces, igual he hecho bien volviendo. Estoy pensando en quedarme aquí... Quiero intentar empezar de cero con Christopher, lejos de todo el escándalo que me tocó vivir cuando Betsy me dejó, y lejos de Sídney, que nos trae malos recuerdos a los dos —dijo, mirando preocupado a su hijo.

Bram le tendió la mano.

—Hecho, pues. Os alojamos el tiempo que necesitéis si tú nos pones el suelo. Además, te voy a pagar un jornal justo.

Los dos hombres se estrecharon la mano con solemnidad; luego Bram llamó a voces a Les y le pidió que trajera unas balas de heno para que las visitas pudieran dormir en ellas esa noche.

Cuando volvieron a la casa, Alice estaba sentada con los pies en alto mientras que Isabella la mimaba y Louisa dormía en la alfombra. Bram estudió a su nueva prima con los ojos entornados. A él no le parecía agotada. ¿Por qué andaba su hacendosa mujer pendiente de ella?

—Habéis tardado más de lo que esperaba —dijo Isabella—. ¿Les habéis encontrado sitio a las cosas de Isabella?

—¿Qué? Ah, eso. Sí, las podemos llevar al guadarnés.

Alice lo miró indignada.

—Pero olerán a caballo...

—Es mejor que dejarlas a la intemperie —contestó él sin alterarse.

—¿No se pueden meter en la tienda, teniendo en cuenta que aún no está abierta? —propuso Isabella.

—No, imposible. Acabo de contratar a un hombre para que nos haga el suelo con el que tanto me has dado la lata.

—¿Y en los cubículos de encima de las cuadras?

—También van a estar ocupados —respondió Bram, señalando con una floritura a Mitchell—. Te presento a nuestro nuevo carpintero.

Ella lo miró y le preguntó con frialdad.

—¿Qué experiencia tiene usted, señor Nash?

Le sorprendió que Isabella interfiriese en asuntos de hombres.

—Ya he satisfecho a su esposo en ese sentido.

—No me había dicho que fuera carpintero —terció Alice en tono condescendiente.

—Ah, ¿no? —Ignorando el comentario, se volvió hacia Bram—. Voy a trasladar nuestras cosas a los cubículos y me encargo de las de la señora Beaufort también. Christopher, necesito tu ayuda.

El niño había detectado sin duda las sensaciones de su padre, porque miró ceñudo a Alice antes de irse.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Isabella extrañada a su marido.

—Sí, luego te cuento los pormenores.

Por su trato anterior con mujeres llorosas como su nueva prima, Bram sabía que cualquier cosa que dijera delante de Alice sería del dominio público de inmediato.

Isabella dudó un segundo y luego asintió.

—Vamos arriba, Alice, y hacemos la cama.

—Un momento —dijo Bram—. Te acogemos encantados bajo nuestro techo, prima Alice, pero quiero que sepas desde el principio que tú eres responsable de ti misma y de tu hija, de tus coladas, de la limpieza de tu cuarto, de todo eso. Aunque Isabella no se lo haya contado aún a nadie, está esperando un bebé, y no quiero que se canse demasiado.

Su mujer lo miró ruborizada.

—¿Lo has adivinado?

Bram sonrió.

—Mi madre tuvo nueve hijos y yo soy el mayor. Sé lo que significan los vómitos matinales de las mujeres.

—Lo tienes todo, ¿eh, Bella? —comentó Alice con un deje de amargura—. Un marido, un hogar y un negocio, y ahora un hijo, mientras que yo lo he perdido todo.

—Tú sigues teniendo a tu hija —replicó Bram con toda la delicadeza de que fue capaz.

—Y nos tienes a nosotros —añadió Isabella, lanzándole una mirada de advertencia.

Bram la vio llevarse a su prima arriba. Ni que fuera una inválida, tanto suspirar desvalida, en vez de una mujer rechoncha de menos de treinta años. No le había caído nada bien, y le fastidiaba compartir su casita con ella. Habría sido maravilloso tener a Isabella para él solo. Esa mujer estaría por ahí cada minuto del día y, si no estaba equivocado, se les colgaría del cuello como una rueda de molino. No creía equivocarse. Se enorgullecía de saber calar a la gente.

Pero no podía negarse a alojarla. Era de la familia.

Claro que a veces las familias eran una cruz.

Mitchell pidió a los chiquillos de las carretillas que lo ayudaran a subir los baúles y los bolsos de viaje. Su hospedaje era humilde, pero le valdría de momento. Lo importante era que estaba empezando a ganar dinero en vez de gastarlo.

Además, si no le fallaba la intuición, había encontrado un amigo en Bram Deagan. La vida sin amigos era muy triste, como había podido comprobar durante el último año.

Charló con su hijo mientras organizaban juntos los dos cubículos minúsculos en los que iban a dormir.

—Vas a tener tu propio cuarto —le dijo al niño. Al crío no lo entusiasmó la idea—. Estos cuartitos son tan chiquitines que solo cabe en ellos una cama estrecha. De todas formas, voy a estar tan cerca que me oirás roncar... y yo a ti.

El niño sonrió.

Se oyeron pasos por la escalera de madera y apareció de pronto Les.

—¿Necesita algo, señor?

—Me llamo Mitchell.

Les esbozó una sonrisa.

—He trabajado para caballeros casi toda mi vida y distingo a uno cuando lo veo..., señor.

—Ya no soy caballero. Ahora soy carpintero y estoy aquí para hacer el suelo

de la tienda nueva.

—¿Y era carpintero en Inglaterra, si no le importa que le pregunte?

—No, tenía un almacén de maderas, pequeño, pero que me permitía vivir holgadamente. Confío en que podré montar uno aquí, pero mientras ando buscando por ahí, necesito ganarme el pan y contar con un techo bajo el que cobijarme.

—Hay uno a la venta a pocas calles de aquí.

—Ah, ¿sí? He visto un almacén de maderas, pero no tenía rótulo.

—Se le habrá caído. El dueño es un chapucero.

—Ya me contarás más. De momento, tenemos que instalarnos. Christopher y yo estamos cansados.

—¿Te gusta Fremantle, muchacho?

El niño lo miró, pero no contestó.

—Ha tenido experiencias desagradables en Sídney y de momento no habla mucho —terció Mitchell enseguida.

—Entonces, déjeme que le enseñe la cocina, que van a compartir conmigo. ¿Se le da bien cocinar?

Mitchell negó con la cabeza.

—Se me da fatal: como mucho puedo freír un trozo de jamón y unos huevos.

—Yo puedo enseñarle a hacer unas cuantas cosas. No se me da mal la cocina últimamente.

El otro lo miró intrigado.

—Te pago la comida de los tres si cocinas tú.

Les le tendió la mano.

—Si no le importa comer cosas corrientes, trato hecho.

Gritó alguien desde abajo y Les salió corriendo a la vez que decía:

—Voy, señor.

Mitchell lo oyó disponer el cuidado del caballo de un caballero del campo. Hasta que no se cerrara el negocio, no bajaría por la tosca escalera de madera a inspeccionar la cocina.

—Si otros pueden aprender a cocinar, yo también —dijo cuando Les volvió con ellos—. Peor que mi mujer no lo voy a hacer.

—¿Su mujer ha muerto?

—Sí —contestó Mitchell mirando de reojo al niño y meneando ligeramente la cabeza, y le complació que Les tuviera el tacto de no seguir preguntando.

Como ya habían dejado de viajar, seguramente el crío volvería a asentarse, empezaría a hablar e incluso jugaría con otros chiquillos.

Por la tarde, Flora se acercó a las cuadras para invitar a los Deagan a una merienda de despedida con su hermano, al día siguiente.

Alice estaba arriba, en teoría colocando sus pertenencias en un cajón de madera que Isabella le había encontrado a modo de cómoda, pero, dado que no se oía ruido en la alcoba pequeña, parecía más probable que estuviera echándose una siesta. Su querida Alice, se dijo Isabella, siempre había sido un poco holgazana, pero tan buena y cariñosa que era imposible no quererla.

Tendría que buscar una forma de que su prima aportara algo a la casa. La había sorprendido el semblante acerado de Bram cuando le había dicho que no iba a consentir que ningún invitado fuera una carga para su esposa. Desde luego, ella no se sentía tan llena de energía como de costumbre.

—¿Tienes tiempo para una taza de té? —le preguntó a su invitada.

Flora asintió, fue con ella a la cocina y la escuchó con atención mientras le hablaba de su prima.

—Tendrás que invitarla a tomar el té con nosotros más adelante. Lo de mañana es en parte una reunión de negocios, como acordamos, y no le voy a decir nada.

—¿Has decidido invertir parte de tus ahorros en mercaderías con tu hermano?

Flora se estremeció visiblemente.

—No, no puedo asumir ese riesgo. Me ha costado muchísimo reunir esa pequeña cantidad. Confío en encontrar pronto una casa en la que podamos alojarnos mi amiga Jeanie y yo. Me iré de casa cuando Dougal vuelva de su viaje. Así tendré tiempo para reunir lo que necesito.

—¿Se lo has dicho ya a tu madre?

—No. Se pondrá histérica y querrá impedírmelo.

—No se lo vas a poder ocultar si compras cosas para tu casa.

Flora se encogió de hombros.

—No se va a dar cuenta. Está demasiado ocupada haciéndose la dama elegante con nuestra pensión y dejándome el trabajo a mí. En mi negocio seremos menos generosas que ella con los huéspedes, te lo aseguro, y le sacaré más rédito.

Lo dijo con tal amargura que Isabella la miró compasiva, pero no comentó nada. Le daba pena de Flora.

Cuando Bram volvió a casa para la cena, le fastidió ver que su mujer lo estaba haciendo todo sola.

—¿Y tu prima? ¿Cómo es que no te está ayudando?

—Está muy cansada.

—¡Cansada! No ha hecho nada más que dejar que los demás la sirvieran durante el viaje. ¿De qué está cansada?

—Dale un tiempo para que se sosiegue, Bram. Acaba de perder a su marido.

—¿Acaso está llorando su muerte? A mí no me parece una viuda triste y lleva un vestido bien colorido.

—No puede comprarse ropa de luto.

—Ah. ¿No tiene nada de dinero?

—Nada.

Bram enmudeció.

—Ojalá hubiera encontrado otro pariente a quien recurrir, sobre todo ahora.

—Solo me tiene a mí, Bram. ¿La vas a dejar quedarse?

—No voy a despachar a un miembro de la familia, pero tiene que ganarse el sustento, Isabella, y si tú no la metes en cintura, lo haré yo. —La cogió por la cintura—. Estás mucho más cansada de lo habitual, ¿a que sí?

Ella suspiró y se recostó en él.

—Sí.

—Siéntate a descansar.

Isabella lo miró sorprendida.

—Tengo que hacer la comida.

—Ve a despertar a tu prima primero. Eso lo puede hacer ella. ¿Cocina bien? A lo mejor podría ocuparse ella de eso. Nos vendría de maravilla.

—Cocinaba fatal y se le quemaba todo.

—Pues vamos a tener que acostumbrarnos a la comida quemada hasta que aprenda a hacerlo mejor. Y lo hará, que bastante vas a tener tú con la tienda, y así se lo pienso decir.

Era un indicio clarísimo de agotamiento el que su esposa no se lo discutiera, se dijo Bram. Habría de tenerla vigilada en adelante, decidió. Algunas mujeres florecían cuando estaban embarazadas; a otras se les hacía muy cuesta arriba. Había confiado en que no tuvieran hijos aún, pero allí estaba. Los Deagan estaban condenados a tener una caterva de descendientes. Y él quería hijos propios.

Pero dijera lo que dijese la Iglesia, él iba a tener un poco más de cuidado de dónde vertía su semilla en el futuro. Se lo había oído decir a otros hombres. Había formas de evitar tener hijos; no eran infalibles, pero sí maneras de impedir que los niños llegaran tan a menudo.

Oyó un murmullo arriba y poco después bajaron las dos mujeres. Isabella seguía mimando a su condenada prima y la otra se aprovechaba de eso.

—Te vamos a enseñar cómo funciona esta cocina —le dijo él a Alice con entusiasmo—, para que puedas aliviar a Isabella de la tarea de cocinar. Hay un truco para conseguir que arda de forma constante.

—No se me dan bien estas cocinas australianas —respondió ella malhumorada—. Se me apagan. Será mejor que la comida la haga otro.

—No hay «otro». Isabella y yo estamos ocupados con la tienda. Si quieres comer, tendrás que aprender a cocinar. Y si se te apaga la cocina, siempre puedes volver a encenderla, ¿no? Tranquila, que yo te enseño y, con la práctica, lo harás perfecto. —Isabella iba a protestar por la brusquedad con que Bram estaba tratando a su prima, pero él la miró de una forma que la hizo enmudecer, y luego se dirigió de nuevo a Alice—. Seguro que coincides conmigo en que tenemos que cuidar de Isabella. No quiero que pierda el bebé ni que se nos ponga mala.

—Alice apretó los labios e hizo un ruidito que podría interpretarse como asentimiento—. Ven, que te enseño cómo funciona la cocina.

Cuando subieron a acostarse, Isabella y Bram tuvieron una discusión breve y furiosa en susurros.

—Ay, vale ya, mi amor —le dijo él de pronto en la oscuridad, arrimándose a ella—. No nos hemos peleado nunca. Me entristece, pero no pienso ceder con tu prima. Aún no me has visto terco del todo, pero me parece que no tardarás en verme. Quiero tener hijos contigo, mucho, de verdad, pero sobre todo te quiero sana y salva. Tú me importas más que los niños, diga lo que diga la Iglesia. No voy a tolerar que tu prima se aproveche de tu compasión y te tenga a su servicio. Es una holgazana, eso lo tengo claro.

Cuando vio que Isabella no lo contradecía, supo que tenía razón. En circunstancias normales, ella habría seguido peleándose con él por aquello, de lo que dedujo que se encontraba peor de lo que dejaba ver.

—No seas demasiado duro con ella —dijo por fin.

—¿Alguna vez me has visto ser cruel?

—No. —Un silencio—. Me alegro de lo de nuestro bebé, ¿tú no? Te lo iba a contar cuando estuviéramos a solas.

—Como si yo no lo hubiera notado ya... Y estoy contentísimo. —Se la acercó y le regó de besos la cara—. Vamos a tener una familia propia, hijos a los que querer, pero tampoco tantos como mi madre. Eso destroza a una mujer. Te quiero, Isabella Deagan. Sé que nos casamos por cuestiones prácticas, pero te quiero de verdad.

Se hizo el silencio. Por lo profundo que respiraba, Bram supo que estaba dormida, pero, de haber estado despierta, ¿le habría dicho que ella también lo quería? ¿Había oído siquiera sus palabras? Suspiró y se acurrucó contra su cuerpo.

15

Al día siguiente, Bram fue con Mitchell a comprar madera y echar un vistazo a la serrería que, según Les, que siempre se enteraba de los chismes antes que nadie, estaba en venta. Bram vio a su compañero rechazar algunas piezas sin más, poner reparos a otras e ir apilando a un lado los tablones que le parecían satisfactorios.

El dueño de la serrería se puso de mal humor.

—Se está cogiendo mis mejores piezas. Tendrá que llevarse unas cuantas de las otras.

—No me sirven —le dijo Mitchell—. Me sorprende que haya comprado siquiera esa porquería —añadió, señalando el montón de las piezas descartadas.

—Hay escasez de madera pulida en la colonia. Hay que coger lo que llega. Lo bueno se lo están llevando al extranjero porque allí le sacan más dinero.

—¿Cómo consigue la madera?

—Me la traen. Los campesinos hacen sus propios tablones cuando talan sus árboles y luego los venden para sacarse un extra.

—¿No sale usted a buscar madera? ¿No va a por ella a los aserraderos?

—No tengo tiempo. Además, ¿quién se encarga de este sitio si lo hago? Usted es nuevo en la colonia. No tardará en descubrir que esto no es Inglaterra. No se puede contratar personal de servicio, las carreteras son malas, cuando las hay, y apenas hay asentamientos de un tamaño decente aparte de Perth. —Miró alrededor amargado—. Ojalá nunca hubiera venido, pero mi mujer se fue con su hermano. Ahora vive con él en el campo, tan cómodamente, mientras yo intento vender esto. Solo que nadie me lo quiere comprar.

—No hay cartel de SE VENDE.

—Se ha caído.

—Ajá... ¿Tiene un carro que me pueda prestar para llevarme la madera? —preguntó Mitchell. Vio que el hombre se iba a negar y añadió—: Le pago un extra.

—Voy a decirle a mi hijo que enganche el caballo.

Bram vio asqueado cómo sacaban a un pobre caballo castrado y viejo y preparaban el carro.

—Ese caballo sería más útil como alimento.

El chiquillo se encogió de hombros y se recostó en el carro a observar a Bram y Mitchell mientras cargaban los tablones, sin ofrecerles ayuda.

—¡Ya es bastante madera para este viaje! —dijo Bram.

—Puede tirar de mucho más que eso —protestó el chaval.

—Pues en este caso no lo va a hacer. No voy a contribuir al maltrato de animales.

Volvieron a por el resto de la madera y, cuando Bram se agachó a coger un tablón, Mitchell espetó:

—¡Para!

—¿Qué pasa?

—Ese tipo nos ha cambiado algunos de los tablones. —Salió a grandes zancadas y sacó al dueño, que protestaba ruidosamente, de la cabaña desde la que hacía sus negocios—. No le he pagado por esta basura. ¿Creía que no iba a darme cuenta de que ha cambiado algunas de las piezas? Para mí, eso es robar. ¿Dónde ha puesto mi madera? Como no me la devuelva, lo denuncio a la policía por robo.

Cuando terminaron de cargar el segundo lote, el hombre le dijo malhumorado:

—Intente usted ganarse el sustento con la madera.

—Lo he hecho toda la vida —le replicó Mitchell.

—En Australia no.

Mientras veían salir de las cuadras el carro vacío por última vez, Bram le dijo algo a Mitchell, pero este no respondió. Al mirarlo, vio a su compañero pensativo, visiblemente absorto.

—¿Te vale con un penique por tus pensamientos o me vas a cobrar seis?

—¿Qué? Ah, perdona. Estaba pensando en que es una lástima llevar un negocio así. Seguro que en la colonia hay madera de sobra. Cuando buscaba a mi hijo, vi árboles por todas partes.

—Árboles hay muchos, sí, pero no tengo claro que haya aserraderos. Sé que Dougal a veces lleva cargamentos de sándalo, pero no de aserradero, sino ramas de distintos tamaños tal cual se recogen. Aquí eso no está controlado, ¿sabes?

—Ajá. Bueno, más vale que empiece a poneros el suelo.

—¿Cuánto vas a tardar?

—Lo haría en la mitad de tiempo si tuviera un chiquillo que me ayudase.

—Si ponemos un cartel de SE BUSCA MOZO, harán cola. Yo le pago el jornal.

Mitchell habló con los primeros chavales que se presentaron y los rechazó. La mayoría eran enclenques y uno o dos eran lerdos. ¿Dónde estaban los chiquillos fuertes como los que tenía trabajando para él en Inglaterra?

Justo cuando estaba terminando su jornada, apareció un hombre.

—¿Aún buscan mozo?

—Sí, ¿conoce a alguno?

—No, pero puedo hacerlo yo a cambio de comida y el jornal de un chiquillo.

—¿Y por qué quiere hacer eso?

El hombre se encogió de hombros.

—Soy exconvicto. Me cuesta encontrar trabajo, aun después de haber cumplido condena. Si trabajo para usted un tiempo, a lo mejor podría escribir en un papel que soy trabajador, que lo soy.

—¿Sabe algo de maderas?

—No, señor, pero los chiquillos tampoco, y no va a encontrar a nadie más dispuesto a aprender que yo. Por favor, señor, deme una oportunidad.

—¿Por qué lo deportaron?

—Por robar.

Mitchell sabía que había diversos motivos para cometer ese delito.

—¿Qué robaba?

—Cualquier cosa que pudiera vender para comer. No soportaba ver a mis hijos muertos de hambre. —Mitchell se lo pensó—. A usted no le voy a robar,

señor. Ahora estoy solo y, si me da de comer y unos peniques, siempre puedo encontrar un rincón donde dormir.

—¿Ha sabido algo de su familia desde que llegó aquí?

—No, señor. Mi mujer no sabe escribir y, aunque supiera, ¿quién va a pagar para mandar una carta aquí? Estoy en libertad condicional, con lo que tengo que quedarme cerca de Fremantle y presentarme ante el magistrado todos los meses.

—De acuerdo. Mañana lo pongo a prueba. Venga a las ocho en punto. ¿Cómo se llama?

Al hombre se le iluminó el rostro.

—Tommy Hawton, señor.

Les, que había estado a un lado escuchando, se les acercó y preguntó:

—¿Tienes hambre?

Tommy asintió.

—Puedes comer de lo mío esta noche. Tengo de sobra.

Le empezaron a rodar las lágrimas por las mejillas y Les miró a Mitchell, negando con la cabeza apenado mientras le decía en voz baja:

—Destrozan a los hombres en esos sitios, les parten el alma y el cuerpo. Lo sé bien. —Le pasó el brazo por los hombros al otro—. Ven conmigo, Tommy, que te busco algo de comer y un rincón donde dormir.

A Mitchell lo conmovió la bondad de alguien que tenía tan poco hacia alguien que no tenía nada.

Su hijo, que no se apartaba de él si podía evitarlo, dijo de pronto:

—Ese hombre pasa hambre. Yo antes pasaba hambre, pero no me ha vuelto a ocurrir desde que viniste a buscarme.

A Mitchell le dieron ganas de gritar de alegría al oír la voz de su hijo, pero no quería asustar al niño, así que se limitó a decir:

—Ni volverás a pasar hambre si consigo salirme con la mía.

Ni la pasaría nadie a quien él pudiera ayudar por el camino.

Cuando se fueron todos los invitados a la merienda de despedida de Dougal, la señora McBride se despidió llorosa de su hijo y luego fue a buscar a su hija. Oyó

ruido arriba y subió fatigosa al desván, donde se quedó plantada en la puerta, agarrada con una mano al marco mientras recobraba el resuello. Contempló perpleja los muebles bien colocaditos a un lado: una cómoda ladeada hacia la izquierda porque tenía rota una de las patas cortas y gruesas, dos cabeceros de cama y las estructuras que se acoplaban a ellos para poner encima los colchones. La tapicería de la estructura estaba rota, y la madera, arañada.

Flora se levantó de donde estaba abrillantando una mesita cuya única pega era el desgaste.

—¿Buscas algo, madre?

—A ti. No sabía dónde te habías metido. ¿Qué haces? ¿No habíamos quedado en que íbamos a deshacernos de todo lo que había aquí arriba?

—¿Querías algo, madre?

—A ti. Esta mañana tendrías que haber estado presente para despedir a nuestros invitados. Eres una maleducada. ¿Qué van a pensar?

—Ya estabas tú, madre. No hacíamos falta las dos para acompañarlos hasta la puerta. Y no eran «invitados», sino huéspedes que pagan por alojarse aquí.

—Regento un establecimiento de categoría y trato a la gente que se aloja aquí como si fueran mis invitados, y tú harás lo mismo mientras estés bajo mi techo.

De pronto, el resentimiento de años de Flora estalló. Llevaba días bullendo porque, tras la marcha de Dougal, su madre había vuelto a su ser picajoso y hostigador. En cuanto Flora decidía dedicar un rato a sus cosas, su madre iba a buscarla y le exigía ayuda para tareas de lo más estúpidas, negándose a escuchar pretextos, tuviera su hija otros planes o no.

—En realidad, no es tu techo, sino el de Dougal, y estaba ocupada.

—No sé por qué pierdes el tiempo con esas tonterías que no hacen más que amontonarse en el desván. Hoy mismo voy a pedir que se las lleven.

—Si intentas sacar estas cosas de aquí, me iré con ellas —espetó Flora con sequedad.

La señora McBride hizo un aspaviento.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Para qué demonios quieres tú esos muebles rotos?

Como estaba demasiado furiosa para mantener en secreto sus planes, Flora

contestó sin más:

—Cuando vuelva Dougal, me voy a marchar y a montar una casa de huéspedes por mi cuenta, así que necesito estos muebles para empezar.

Se hizo un silencio absoluto mientras sus palabras cuajaban.

—¡No vas a hacer semejante cosa! Tu hermano no te lo va a permitir y yo tampoco, porque te necesito aquí.

—Él ya está al tanto de mis planes y los aprueba. Además, no me lo puedes impedir, madre. Deja de tratarme como si fuera una cría. Soy una mujer de treinta años, por Dios.

—Pero no estás casada, y una dama soltera no puede vivir sola, salvo que quiera que cuchicheen sobre ella. En cuanto a lo de tener huéspedes, eso implica que duerman desconocidos en tu casa. No es decoroso.

—No voy a vivir sola, sino con una amiga. Compartiremos obligaciones y nos haremos compañía.

La señora McBride se echó a llorar de inmediato, pero Flora ya se conocía la treta. Su madre podía derramar lágrimas con la facilidad con la que se abre un grifo. Así que siguió abrillantando la mesa y dejó que su madre llorara artísticamente junto a la puerta. Al ver que Flora no le hacía caso, la otra dejó de llorar y bajó al trote la escalera, mascullando:

—Hablarme a mí así... ¿Quién se ha creído que es? ¡No lo pienso tolerar!

Al día siguiente, cuando Flora volvía de la compra, se encontró a la puerta de su casa un carro en el que se llevaban sus valiosos muebles. Se acercó a los hombres que los cargaban y les dijo:

—Esos muebles son míos y, si se los llevan, me estarán robando.

La miraron espantados y luego uno de ellos dijo:

—Pero la señora nos ha dicho que...

—Tiene problemas de memoria —espetó Flora, dándose unos golpecitos en la frente—. Pero no voy a permitir que me roben mis cosas.

Los hombres empezaron a descargar el carro enseguida, pero se negaron a llevarle las cosas adentro: las bajaron y se fueron.

Por suerte, el señor Nash pasaba por allí en aquel preciso instante y Flora lo paró aliviada.

—Perdone que lo moleste, pero ¿me echaría una mano, por favor?

Le explicó lo que estaba haciendo su madre.

—Y me parece que volverá a hacerlo en cuanto salga usted de casa.

—Tiene razón —dijo Flora furiosa—. ¿Cree que Bram me guardaría todo esto en su cobertizo hasta que encuentre una casa que alquilar?

—Seguro que sí. ¿Quiere que vaya a preguntarle mientras usted vigila?

Ella asintió, con más ganas de llorar de las que había tenido en mucho tiempo. Una cosa era pensar en desafiar a su madre y otra muy distinta hacerlo.

Bram y el señor Nash volvieron al cabo de unos minutos, seguidos de un tipo con un carro.

—Lamento sus problemas, señorita McBride —dijo Bram—. ¿Esto es todo?

—No, hay más cosa arriba.

—Nos llevamos este lote y volvemos a por más.

Así que se quedó esperando otra vez. Veía moverse las cortinas, pero su madre no se atrevió a salir.

Cuando regresaron los dos hombres, abrió la puerta de la casa y se encontró a su madre plantada en el vestíbulo.

—¡Váyase de mi casa, señor Nash! —le dijo con rotundidad.

—¡Es la casa de mi hermano, señor Nash! Pasen.

Pero Flora tuvo que apartar a su madre a empujones, literalmente, para dejarlos pasar. Mientras su madre empezaba a gritar, histérica, ella se guardó la llave de casa en el bolsillo. Los hombres la miraban en busca de indicaciones.

—No se preocupen por mi madre. Es muy buena actriz. Suban directamente al desván. Enseguida voy.

Se detuvo a medio camino de la escalera y, en cuanto se fue su público, el llanto de la señora McBride se redujo a algún que otro sollozo, acompañado de aspavientos con el pañuelo. Las dos mujeres se miraron fijamente.

—¿Por qué haces esto, madre?

—Eres tú la que está causando problemas. ¡Te vas a arrepentir, miserable desagradecida!

Flora soltó un suspiro y siguió a los hombres por la escalera. Lo cierto es que la aliviaba marcharse; su madre le había agotado la paciencia.

En cuanto bajaron el último de los muebles, la señora McBride salió del salón, miró a su hija y le dijo en un tono gélido:

—Más vale que te lleves la ropa también. Salvo que vayas a cambiar de opinión. ¿No? Muy bien, porque no pienso tenerte bajo mi techo si me desafías de este modo. A lo mejor si pasas un tiempo sin tener adónde ir aprendes a valorar un buen hogar.

Bram, que se había quedado en el umbral de la puerta, soltó un resoplido de indignación y susurró:

—Ve a hacer las maletas, Flora. Ahora volvemos a por ellas y a por ti.

—No tengo adónde ir esta noche. Iba a buscar alojamiento mañana.

—Isabella y yo te buscamos un sitio donde dormir hasta que tengas casa propia, aunque sea en el sofá.

A Flora le fastidió oír que se cerraba la puerta de la casa.

—Te vas a arrepentir —repitió su madre con vehemencia.

Flora ni se molestó en contestar; siguió subiendo la escalera, disimulando lo disgustadísima que estaba. No esperaba que su madre llevara las cosas a ese extremo, claro que nunca la había desafiado abiertamente. Siempre había preferido manejarla con delicadeza y aguantarse con lo que no podía cambiar. Odiaba las riñas y las disputas.

Pero no iba a permitir que su madre tirara los muebles. Además, aquello solo significaba que podría empezar a vivir su vida antes. Pero ¿sabría hacerlo? ¿Sabría ganarse la vida? Podía intentarlo. Uno solo hacía todo lo que estaba en su mano cuando probaba cosas nuevas.

Subió corriendo al desván, agarró un baúl de viaje y empezó a echar cosas dentro atropelladamente.

Cuando volvieron los hombres, los hizo pasar y les pidió que bajaran el baúl del desván. Había metido en él todo lo que tenía allí y, en el último momento, hasta se había hecho un hatillo con las sábanas y las mantas.

Bram y Mitchell la esperaban a la puerta de su alcoba; luego, en silencio, lo sacaron todo de allí. Cuando se disponía a seguirlos, su madre, que no se había

movido del otro extremo del vestíbulo, le gritó:

—Ya volverás, ya. El mundo no es tan fácil como te crees, y menos aún para una mujer soltera. Pero, si quieres vivir aquí otra vez, vas a tener que pedirme perdón de rodillas.

Cuando Flora se dirigía a la puerta de la calle, notó que la empujaban por la espalda y cruzó el umbral dando tumbos al tiempo que la puerta se cerraba de golpe a su espalda. Si el señor Nash no llega a cogerla, se habría caído.

—¿Está bien, señorita McBride? —le preguntó él con delicadeza.

Ella tardó un minuto en recomponerse; luego inspiró hondo.

—Lo estaré.

Al llegar a la casa, Bram les abrió la puerta.

—Le he contado a Isabella tu problema cuando hemos traído las otras cosas.

—Procuraré no incordiaros mucho tiempo. Agradezco muchísimo vuestra amabilidad.

—Bueno, otras personas han sido muy amables conmigo en el pasado.

Bram se detuvo en el umbral de la puerta, porque el olor a quemado era intenso.

—¡Espérame aquí! —La dejó fuera, entró en la casa y se encontró a Isabella en la cocina, rascando unos bultos negros de una bandeja de hornear—. ¿Dónde está tu prima? ¿No iba a cocinar ella?

—Alice se ha acostado. Se ha disgustado un poco cuando se le han quemado los *scones*.

Bram le arrebató la bandeja de las manos y la estampó contra la mesa.

—El que se va a disgustar voy a ser yo como no aprenda a arreglar sus desastres.

—No importa.

—A mí sí. —Al ver que Isabella lo miraba sorprendida, añadió—: Siempre digo lo que pienso de verdad, y esto es muy importante para mí. Tú eres la señora de esta casa y tu prima es una huésped temporal. No estás aquí para servirle. Si sigue quemando la comida, compraremos pan y mantequilla, y nos

apañaremos con eso hasta que aprenda a cocinar en condiciones. No debe esperar que otros le hagan el trabajo, y menos aún mi esposa.

—Alice no es muy práctica.

—Ha conseguido sobrevivir varios años sin ti, y tenía una niña y un marido a los que cuidar. Supongo que entonces cocinaba. Lo que pasa es que es una holgazana. —Suavizó un poco el tono—. Mi vida, esto es muy importante y no voy a cambiar de opinión al respecto —dijo, y, pasándole el brazo por los hombros, la acompañó a la puerta de la calle—. A ver cómo podemos ayudar a Flora McBride. Su madre la ha echado de casa. ¿Quién iba a pensar que esa mujer podía llegar a ser tan perversa? Lo malo es que no sé adónde llevar a Flora. Necesita encontrar una casa de alquiler para montar su negocio, y eso no siempre es fácil. Luego tendrá que ponerlo en marcha, que es aún más difícil. ¿Cómo podemos ayudarla, mi amor?

—Eres un cielo. —Isabella lo meditó un momento—. No podemos alojarla en la casita con nosotros, que bastante tenemos con Alice, pero ¿y en el cuartito de las cuadras, el de al lado del guadarnés? Sé que es donde está durmiendo Les, pero seguro que no le importa mudarse arriba, con Mitchell y Christopher, temporalmente. Podemos ponerle un pestillo a la puerta para que los que guarden allí sus caballos no puedan entrar, y Flora se puede quedar allí de momento. Hasta hay donde cocinar, y ocuparse de sí misma.

Él le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Siempre se te ocurren buenas ideas. Vamos a contarle lo que podemos ofrecerle. Y, cariño..., está muy angustiada.

—Normal... Pero ya no podemos acoger a nadie más —le advirtió—, por muy necesitados que estén. No nos queda sitio.

—Salvo que estén desesperados —dijo él sonriendo—. Aún nos queda el henil, ya sabes.

Isabella no se lo discutió. Estaba descubriendo aquel lado nuevo de Bram, una faceta que admiraba.

—¿Dónde has dejado sus muebles?

—En el cobertizo de al lado del bazar. Habrá que ponerle cerradura a esa puerta también.

—Tampoco se pueden dejar ahí mucho tiempo. La madera del edificio está podrida. Podría colarse cualquiera.

—A ver si le encontramos un sitio decente donde vivir. Si llegas a ver la cara de asco con que la miraba la señora McBride, lo mal que le hablaba a su hija... No podía dejarla allí. Flora me contó que su madre nunca se porta tan mal mientras Dougal está en casa, ni delante de sus huéspedes.

—Se reservará para cuando él se ausenta.

—Igual. Además, algunas personas se amargan con los años. Anda, ve a decirle a tu prima que se ocupe de sus desaguisados, y luego sal a animar a la pobre Flora. Está muy triste y sus problemas son mucho más importantes que un puñado de *scones*.

Fuera, se encontró a Flora esperando junto al carro, abatida, pálida y triste.

—Te hemos encontrado un sitio donde te puedes quedar unos días. No es una maravilla, pero te resguardará de la lluvia. Isabella viene enseguida y te ayuda a instalarte. Yo voy a buscar a Les. —Titubeó—. ¿Estarás bien?

Ella asintió.

—Sí. Y gracias.

Como esperaba, a Les no le importó dormir en los cubículos de arriba para echar una mano, así que Bram lo ayudó a trasladar sus escasas posesiones y su ropa de cama.

—Tendrás que dormir en paja, me temo, esta primera noche.

Les se encogió de hombros.

—He dormido en sitios peores. Pobre señorita McBride. Es una dama simpática, siempre tiene una palabra agradable.

Mitchell salió de su cubículo.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No, ya está todo arreglado. ¿Vas a salir?

—Sí.

—Va a llover.

—No importa —dijo Mitchell, blandiendo su paraguas, y luego se volvió hacia su hijo—. Entonces, te quedas con Les una o dos horas...

Christopher lo miró, como suplicándole en silencio que lo dejara

acompañarlo.

—Necesito hacer unas cosas yo solo. Sabes que voy a volver. He venido hasta Australia a buscarte, no te voy a perder ahora.

Les se acercó y le puso una mano en el hombro al chiquillo.

—¿Me ayudas a montar mi nuevo cuarto?

Bram sonrió mientras bajaba por la estrecha escalera de madera. Les estaba resultando un buen fichaje. Cuando le das una oportunidad a alguien, te suele compensar. Y si no es así, por lo menos lo has intentado, ¿no?

También lo conmovía la forma en que Les cuidaba de Tommy; por eso pasó por alto que el nuevo siguiera durmiendo en un rincón de las cuadras.

A lo mejor le encontraban otros trabajos al pobre cuando la cosa se animara.

16

Cuando Bram salió a las cuadras, Isabella se armó de valor y subió a plantarle cara a Alice. Encontró a su prima tumbada en la cama, con la niña dormida a su lado, y aquello la indignó. Una cosa es que estuviera triste y otra muy distinta que se echara una siesta y dejara que otros le sacasen las castañas del fuego. Además, Alice había amontonado su ropa sucia en un rincón, sin molestarse siquiera en poner en remojo la ropita de la niña. ¿Quién creía que se iba a encargar de eso?

Bram tenía razón. Debía ponerse firme con su prima desde el principio. Su madre y ella habían sido demasiado blandas en el pasado; les daba pena porque se había quedado sin padres de repente. Pero, en aquella época, aún había sirvientes nativos que lo hacían todo. Allí solo estaba Isabella, y ella debía ser fiel, ante todo, a Bram y a su futura criatura.

—¡Despierta! —le dijo a su prima zarandeándola por el hombro.

Alice despertó bruscamente y la miró extrañada.

—Ay, ¿por qué me despiertas? Estoy cansada, y Louisa también.

—Pues déjala dormir, pero tú tienes que recoger el desastre de la cocina. Además, aún necesitamos que hornees unos *scones*.

Su prima se incorporó, espantada.

—Pero si he quemado el último lote... Ya has visto lo mal que se me da la repostería. Tú los harías en un pispás.

—Tengo otras ocupaciones. Y hasta que aprendas a cocinar cosas sencillas, nos tocará acostumbrarnos a los alimentos quemados, ¿no? Aquí todos arrimamos el hombro. Bram y yo no tenemos dinero para criados. —Tiró de Alice para levantarla—. Venga, date prisa, que tengo que salir.

—¿Adónde vas? ¿No te puedes quedar y me enseñas a hacerlos?

—No hacen falta dos personas para hornear unos *scones*, y tú sabes hacerlos perfectamente. Tengo una amiga a la que han echado de casa y que necesita con urgencia mi ayuda.

—¡Pues en mi alcoba ya no cabe nadie!

Isabella la miró pasmada.

—La alcoba es nuestra, y la casa también. Podríamos meter un palé de madera en ese cuarto si quisiéramos. —Se ablandó, porque le dio la impresión de que Alice ya se había llevado bastantes sustos ese día—. Pero, por suerte, no va a ser necesario. Vamos, que no tengo todo el día.

—Te has vuelto una mujer muy dura, Isabella Saunders.

—Isabella Deagan. Y la vida ha sido dura conmigo desde que tú te fugaste y murió mi madre.

—Pero tienes marido. El mío está muerto. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a mantener a mi pobre hija huérfana sin un cabeza de familia?

—Buscaremos una forma de que te ganes la vida y...

—¿De que me gane la vida? Pero si...

Isabella salió de la estancia por miedo a terminar cediendo, porque su prima tenía razón: los *scones* ya estarían medio hechos si los hubiera horneado ella misma. Pero la cuestión no era esa. Bram estaba en lo cierto: no debían permitir que su invitada se convirtiera en una carga. Se detuvo en ese pensamiento y sonrió. Cada vez se parecía más a él, confiaba en su fortaleza y en su decencia innata. «La belleza va por dentro», decía la gente y, si eso era así, Bram era el hombre más guapo del mundo.

Fuera, Isabella se encontró a Flora tan pálida y compungida que se le partió el corazón.

—Bram me ha contado lo ocurrido. ¡Siento haberte tenido esperando! Ha habido un problemilla en la cocina.

—Lamento tener que pediros ayuda —dijo Flora con voz temblona y llorosa —. No debería cargaros con mis problemas. Sé que estáis atareados y que, además, ya estáis alojando a tu prima, pero estaba desesperada, no tenía adónde ir —añadió, consciente de que su madre confiaba en eso.

—Los amigos están para ayudarse, así que me alegro de que Bram te haya traído aquí. Ven, que te enseño lo que podemos ofrecerte a modo de alcoba. Siento que no sea mejor, pero igual te sirve unos días, hasta que te organices. —La llevó al cuartito que había dejado libre Les—. Les te ha dejado el armazón de la cama, pero hay que buscarte un colchón.

—Yo no tengo —contestó Flora con voz de nuevo temblona.

—Tengo cutí y lo podemos rellenar de paja, que de eso, por suerte, hay mucho. Y hay espacio de sobra en el cobertizo para guardar tus cosas. Aquí no cabe mucho, así que quédate con lo más valioso. —Isabella se detuvo a la entrada del cuartito, se hizo a un lado y le indicó a su acompañante que entrara. Aguardó a que, dando vueltas sobre sí misma, Flora inspeccionara la minúscula estancia, que no debía de ser mayor de dos metros y medio por tres—. ¿Seguro que quieres seguir adelante con esto?

Flora se puso firme.

—Sí, claro. No pienso volver a vivir controlada por mi madre. Solo que habría preferido irme de casa de una forma menos... triste. Claro que ella se ha portado fatal. Las cosas que me ha dicho... No, ya se me pasará, de verdad.

—Pues voy a por ese cutí, entonces.

Bram bajó con gran estruendo la escalera de las cuadras.

—Ahora te traemos tus cosas, Flora, y te dejamos que las organices como quieras. Dinos qué bolsos van a tu cuarto y cuáles al cobertizo.

Cuando lo tuvo todo organizado, Flora se hizo un colchón cosiendo el cutí, y se pinchó los dedos tantas veces que terminó manchando de sangre aquel tejido áspero. También lo empapó de lágrimas que solo vio ella. Con la ayuda de Les, rellenó de paja la funda de colchón, y luego salió a comprar algo de pan y queso para hacerse una especie de cena. Estaba decidida a no ser una carga para los Deagan.

Después de cenar, se quedó sentada a solas en aquel cuartito abarrotado y, al final, apagó la vela de un soplido y se acostó. Tumbada a oscuras sobre aquel

colchón pinchoso, no pudo contener las lágrimas, aunque procuró llorar en silencio.

Lo que estaba haciendo provocaría el rechazo social de algunas personas, porque estaba convencida de que su madre no iba a guardarse para sí lo ocurrido y haría que pareciese peor de lo que había sido. Pero seguramente los que la conocían desde hacía años lo entenderían.

Ni siquiera tenía la certeza de que Jeanie fuera a querer abrir la casa de huéspedes con ella todavía, y sabía que no podía financiársela ella sola. Su amiga era bastante apocada, y la tía de Jeanie era amiga íntima de la madre de Flora.

No era fácil desafiar a la mujer que había dominado su vida durante treinta años, pero Flora sabía que debía seguir adelante con aquello. Jamás habría podido ser feliz si se hubiera quedado, siempre habría sido una criada sin jornal, hostigada y atormentada, y sin poder estar más de cinco minutos a solas.

Y si, a partir de entonces, no llevaba la vida de una dama, ya sobreviviría. Era fuerte y capaz, y lo sabía.

Se frotó los ojos con la sábana. No estaba desahuciada. Muchos se las apañaban con menos de lo que ella tenía. Era cuestión de tiempo que encontrara una forma de ganarse la vida. Había escasez de criados en la colonia. En el peor de los casos, podía buscar un puesto en el campo, por un año o dos, y ahorrar más dinero.

A partir de ese día, no se iba a permitir llorar más. Iba a continuar con su nueva vida, fuera la que fuera.

Además, en cuanto volviera Dougal, él la ayudaría, estaba convencida. Se había mostrado comprensivo cuando le había contado sus planes. No creería las milongas de su madre sin escuchar primero la versión de los hechos de su hermana.

No, solo volvería a vivir con su madre en caso de pura desesperación.

Mitchell recorrió las calles sin necesitar aún el paraguas, a pesar de que los nubarrones crecían deprisa. Se detuvo a la puerta del pequeño almacén de

maderas donde había comprado los tablones. Parecía abandonado, pero salía una columna de humo de la chimenea de la chabola que había al lado.

No tocó el tirador de hierro oxidado de la campana que había cerca de la pequeña cancela lateral para que supieran que tenían un nuevo cliente, sino que empezó a deambular por el almacén, asqueado por el caos que encontró: las maderas tiradas por ahí de cualquier manera, sin el menor intento de clasificarlas o apilarlas fuera del suelo para que siguieran madurando.

Cuando terminó el recorrido, volvió a la cancela y tocó la campana. Tuvo que volver a tocarla para que se abriera la puerta de la chabola. Salió el dueño y se acercó desganado a él, con parsimonia. Su hijo no andaba por allí.

—Vaya, usted otra vez. ¿Más madera? Sírvase usted mismo —le dijo, señalando con el brazo alrededor— y toque la campana cuando esté listo para pagar.

Mitchell notó que le apestaba el aliento a alcohol y se hizo a un lado para evitar el hedor.

—No he venido a por madera. Dijo que quería vender este sitio. Yo podría estar interesado en comprarlo. ¿Cuánto pide por él?

Orrin se lo quedó mirando pasmado y tardó un minuto en recomponerse y darle una cifra.

Mitchell soltó una carcajada.

—O me da una cifra razonable o me busco otro sitio donde montar mi negocio. Empecemos por la mitad de lo que me ha propuesto, que se ajusta más a lo que vale.

—Están también la casa y las existencias, no lo olvide, y el cobertizo de los caballos y el carro.

—Los dos sabemos que sus existencias no valen nada, que su carro hay que arreglarlo, que su cobertizo está medio derruido y que a su pobre animal no le queda mucho en este mundo. Voy a tener que reabastecer este sitio por completo con madera decente. Enséñeme la casa. Si es sólida, a lo mejor subo un poco mi oferta.

El hombre titubeó.

—Ahora mismo está un poco desordenada. Mi mujer se ha ido a vivir con su

hermano en el campo, ya sabe.

—El almacén también está hecho un asco. Lo que quiero ver es la casa en sí, no la decoración.

Entró con Orrin en la vivienda y no dijo nada del olor rancio ni de la suciedad. Era pequeñísima, con dos alcobas y una especie de salón que también era cocina. Ni siquiera había una trascocina en condiciones.

—Salgamos. Fuera el aire es más fresco. ¿Qué hay en ese cobertizo?

Sin mediar palabra, Orrin lo llevó hasta el cobertizo, al que le faltaban listones por los lados y parecía a punto de desplomarse en cuanto soplara una ventolera. Dentro había herramientas, ninguna de ellas guardada debidamente, y una cuadra sucia desde la que la yegua le dedicó una mirada deslustrada. A Mitchell le fastidió ver cuchillas desengrasadas y medio oxidadas y sierras tiradas por el suelo.

—También podría venderle las herramientas —se ofreció Orrin.

Mitchell cogió una o dos para estudiar la calidad.

—No valen mucho, pero le doy diez libras por el lote.

Negociaron un rato y, al final, acordaron un precio.

El rostro regordete de Orrin se iluminó.

—Le pediré a mi abogado que redacte un contrato —dijo Mitchell.

Al otro se le esfumó la sonrisa.

—Suelo cerrar mis negocios con un apretón de manos.

—Yo no. Primero voy a ir a asegurarme de que es usted el propietario de estos terrenos y luego le pediré al abogado que redacte un contrato de compraventa.

—Es usted un hombre duro.

—Solo cauteloso. Y ya he visto lo que tiene en el almacén antes de hablar con usted, así que ni se le ocurra llevarse ninguna madera. Cierre el negocio ahora mismo y haremos inventario de las herramientas que quiera incluir en el acuerdo —le dijo, porque eran lo bastante buenas para empezar y podría ir reemplazándolas poco a poco por otras mejores.

Confiaba en estar haciendo lo correcto. El almacén de maderas estaba ruinoso y aún tenía que encontrar un aserradero o dos a las afueras de la ciudad, sitios

donde le facilitaran material decente, no aquella porquería. Pero el almacén estaba muy bien situado para una ciudad en crecimiento en la que había montones de edificios de madera.

No solo visitaría los aserraderos de las afueras, sino que vería si podía encontrar terratenientes aquí y allí dispuestos a venderle unos cuantos árboles grandes de verdad, a darle piezas de madera más grandes que pudiera almacenar para que maduraran, y luego venderlas por separado. Tenía mucho que hacer.

Si Orrin resultaba ser el propietario legal, el problema principal era qué iba a hacer con su hijo, que aún se entristecía cuando lo dejaba solo mucho rato, aunque no fuera más que una o dos horas. ¿Qué iba a hacer con Christopher? Debía ir al campo a buscar proveedores y pasaría días seguidos fuera. No podía llevarse al chiquillo de viaje de negocios. Christopher era muy pequeño para aguantar un viaje tan duro.

La vida era así. No te lo ponía fácil.

Mitchell estaba impaciente por empezar, así que volvió corriendo a terminar el suelo del bazar y le dijo a Bram que a la mañana siguiente se ausentaría para ir a Perth a ver los terrenos que iba a comprar.

Una semana después, Bram inspeccionó el suelo nuevo, ya barnizado. Mitchell le había dicho que los tablones eran de una madera dura llamada *jarrah* que ninguno de los dos había visto antes de mudarse a Australia. Se parecía un poco a la caoba; barnizada era de un color rojizo oscuro y aguantaría bien.

—Igual podemos dar salida a ese montón de recortes en la cocina de leña —le dijo a Mitchell.

—Algunos valen para algo más. Déjamelos a mí. Me los llevo en el carro y te doy la mitad de lo que saque por ellos..., bueno, si me los puedes guardar unos días hasta que me haga con el almacén de maderas. Pagaré a Tommy para que me ayude a quitártelos de en medio de momento.

—¿Qué se puede hacer con esos trozos tan pequeños?

Mitchell sonrió.

—A esas piezas se les puede buscar todo tipo de utilidades domésticas, y yo

nunca desprecio unos peniques extra.

—Tú y yo nos parecemos en eso —le dijo Bram mientras recorría el bazar, admirando el suelo—. Has hecho un buen trabajo aquí.

—Disfruto trabajando con madera.

—Pues ya podemos abrir la tienda, o podremos en cuanto traslademos aquí las existencias. Hemos estado repasando lo que tenemos y viendo cómo disponerlo. Voy a necesitar que nos pongas otro anuncio en el periódico en cuanto estemos listos.

Mitchell dudó un instante.

—¿Te puedo hacer una sugerencia?

—Sí, claro.

—No abras sin más, prepara una gran inauguración, que alguien corte una cinta de acceso en la puerta.

Bram lo miró boquiabierto y luego empezó a sonreír despacio.

—¿Por qué conformarme con eso? Claro, contrataré una banda y los haré marchar por la ciudad con una pancarta. A la gente le encantará el espectáculo.

Se sonrieron el uno al otro.

—A ver qué le parece a Isabella.

—Hará lo que tú digas.

—Mi Isabella no. Ella tiene criterio propio. —Salvo en lo relativo a la boba de su prima.

—¿Vas a incluir a otros vendedores?

—Creo que sí. Me han preguntado personas que quieren que les venda sus artículos, artesanos de diversa índole, o mujeres que cosen en sus ratos libres. Lo de las mujeres se lo voy a dejar a Isabella, pero solo vamos a aceptar productos bien hechos. Nada de baratijas en mi bazar.

—Las mesas de caballete ya están terminadas. Acabo de encerar la madera o, mejor dicho, lo ha hecho Tommy.

—Me alegro de que me lo propusieras. Hasta que sepamos cómo va el negocio, podemos ir cambiándolas de sitio según sea necesario.

Bram se despidió y fue a buscar a Isabella. Necesitaba hablar con ella de los mostradores, que lo ayudara a decidir qué necesitaban y cuándo abrir.

Mitchell fue a preguntarle a Tommy si quería limpiarle la casita apestosa de Orrin. Al hombre se le alegró la cara de pensar en que tenía otro trabajo. Resultaba conmovedor ver cómo mejoraba su aspecto cada día, cada vez más erguido, con las mejillas más sonrosadas.

Tommy les había dicho que era trabajador, y no mentía. A lo mejor también le venía bien en el almacén de maderas. Alguien debía encargarse de la pobre yegua, y de los trabajillos que surgieran allí.

Isabella sabía que Jeanie había ido a ver a su amiga para hablar de la casa de huéspedes que iban a montar. Cuando la vio cruzar el jardín, se acercó a preguntarle si había habido suerte. Llamó a la puerta, pero nadie abrió. Ya se iba, pero decidió arriesgarse a asomarse dentro. Algo no iba bien.

Flora estaba sentada en la cama, mirando fijamente a la pared, y ni siquiera había reparado en su presencia.

—¿Te encuentras bien? He llamado a la puerta.

—¡Ay, perdona! No te había oído.

—¿Ha ocurrido algo?

Flora vaciló un instante y luego cabeceó afirmativamente.

—Jeanie ya no quiere montar una casa de huéspedes conmigo.

—Lo siento.

—Por lo visto, mi madre ha hablado con su tía y... ¡no sabes las cosas que le ha dicho! Me ha acusado de ser inmoral y, entre lágrimas, se ha quejado del esfuerzo que ha tenido que hacer para llevarme por el buen camino.

—¡No puedo creer que te haya hecho eso!

—La familia de Jeanie ha montado un escándalo, la han amenazado con desheredarla si seguía relacionándose conmigo, y ella no se ha atrevido a oponerse a sus deseos. Ya ni siquiera me habla. —Flora parpadeó rápido, pero, aun así, se le escapó una lágrima—. ¿Por qué me está haciendo esto mi madre?

—Para que vuelvas, claro.

—Pues está consiguiendo todo lo contrario. Tengo dinero suficiente para aguantar hasta que vuelva Dougal. Bueno, mientras me alojéis aquí, claro. Él me

ayudará, sé que lo hará, y le dirá a la gente que mi madre miente.

—Claro que te puedes quedar aquí, aunque tampoco es que sea un sitio precioso en el que vivir.

—Pero es tranquilísimo. —Un caballo relinchó ruidosamente en las cuadras cercanas justo entonces y Flora sonrió—. Esa clase de ruido no me perturba. Que alguien hable sin parar de naderías sí.

—¿Has conseguido encontrar una casa de alquiler?

Flora negó con la cabeza.

—Pensaba que sería fácil, y hay una o dos en alquiler, pero soy una mujer sola, soltera, ni siquiera viuda, y no se fían de que pueda pagar el alquiler. Necesito encontrar un hombre que me avale. —Suspiró—. Voy a mirar en el periódico. A lo mejor encuentro trabajo de institutriz, o algo que pueda hacer hasta que vuelva Dougal. Me gustan los niños.

Se hizo un silencio de uno o dos minutos mientras Isabella pensaba qué decir, y entonces Flora añadió:

—Te estoy entreteniendo. Estoy bien, te lo prometo.

Pero Isabella sabía que su amiga no estaba bien.

Mitchell no pretendía cotillear lo que hablaban las dos mujeres, pero pasaba por allí camino de la planta superior y no pudo evitar oír lo que decían. Como la escalera crujía, esperó a que terminaran la conversación para subir. Sabía por qué Flora se alojaba allí y le daba lástima. La señora McBride era justo la clase de persona que él detestaba, siempre tan cariñosa y, en el fondo, tan falsa.

Nadie con algo de decencia trataría así a su hija. ¡Decir que Flora era inmoral! No había más que mirarla para ver que era decente y honrada.

Siguió subiendo la escalera y sonrió al oír a lo lejos la voz de su hijo. Christopher estaba pasando mucho tiempo con Les y los caballos, y había empezado a hablar con los animales... y con Les.

Al llegar arriba, Mitchell se detuvo de pronto, asaltado por una idea. Se volvió, vio que la señora Deagan se marchaba, así que bajó y llamó a la puerta entornada.

Flora fue a ver quién era.

—Mire, al pasar, no he podido evitar oír lo que decía y... —No se le ocurría una forma delicada de decírselo—. Sé que busca un sitio donde vivir y que quiere abrir una casa de huéspedes, pero, entretanto, ¿trabajaría para mí, temporalmente?

Ella se lo quedó mirando pasmada uno o dos segundos y luego se tapó la boca con la mano, como para contener las emociones. Tardó un instante en contestar.

—¿Me está ofreciendo un trabajo?

—Sí —contestó él mirando de reojo la planta superior—. ¿Puedo entrar en su cuarto para que no nos oigan? Esta escalera tiene muy buena acústica...

El cuarto era pequeño y Flora no tenía una silla que ofrecerle, solo una cama vieja que crujía.

—Me quedo aquí de pie, junto a la puerta. Siéntese usted en la cama, señorita McBride.

La vio sentarse, agotada, pálida, con ojeras. Se le había soltado un mechón del moño en la nuca.

—¿En qué consiste el trabajo? —preguntó ella.

—No sé cómo llamarlo. Necesito ayuda urgente con Christopher y debe ser alguien que tenga paciencia con él. Creo que ya está usted al tanto de parte de lo que le ha ocurrido en este último año y ya ha visto lo poco que habla.

—Sí, pero su aspecto ha mejorado desde que regresó usted, y está empezando a hablar. No tengo experiencia como institutriz, pero estoy dispuesta a probar.

—Estaría bien que consiguiera que leyese y escribiera un poco, pero lo que necesito de verdad es alguien que lo cuide y le haga de madre cuando yo no esté. —Le contó que tenía pensado comprar el ruinoso almacén de maderas—. Me sería imposible llevarme a un chiquillo de esa edad a buscar madera. Puede que me ausente una semana, tal vez algo más. Me fastidia dejarlo solo, pero tengo que empezar a ganar dinero y, si está con alguien de confianza, me quedo más tranquilo.

—¿Confía en mí para que cuide de su hijo?

—Sí, claro.

—Apenas me conoce.

—Creo que sé lo suficiente de usted. Además, es amiga de los Deagan, y eso ya es mucho. Respeto mucho a Bram. Había pensado pedirles que estén pendientes y le echen una mano si lo necesita.

—¿Pretende dejarlo aquí, en las cuadras?

—No, quiero que se sienta en su propia casa, así que me gustaría mudarme a la vivienda del almacén de maderas antes de marcharme. Se encontraba en un estado lamentable, pero le he pagado a Tommy para que pusiera orden y fregara paredes y suelos. Orrin se ha ido con su mujer al campo en cuanto le he pagado. Tengo que encontrar unos muebles para podernos mudar... Me preguntaba si usted querría vivir en la casa con Christopher mientras yo estoy fuera. Le pagaría un jornal, con todos los gastos cubiertos. —Ella no dijo nada; se limitó a mirarlo con aquellos ojos grises, pensativa—. Después se puede quedar y ser mi ama de llaves hasta que encuentre algo más apropiado. Sé que es un trabajo insignificante, pero tendría su propio cuarto, claro. Le prometo que se la tratará con respeto y que ni Christopher ni yo entraremos en su alcoba.

—¿Sabe que mi madre está divulgando chismes sobre mi decencia?

—Sí, pero yo jamás he pensado eso de usted —respondió él—. Tiene cara de honrada —le dijo con una sonrisa pícara.

—Gracias por su confianza. Acepto el trabajo encantada, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que Christopher acceda a quedarse conmigo. Que yo sepa, no le caigo muy bien.

—Lo dudo. Pero le puedo preguntar. En estos momentos está ayudando a Les con los caballos.

—¿Cuánto me pagaría?

—No sé... —Le hizo sonreír lo mal que estaba gestionando todo aquello—. Se me acaba de ocurrir ofrecerle el trabajo, así que tampoco lo he pensado mucho.

—Pensión completa más diez chelines a la semana sería adecuado, creo yo.

—¿Con eso es suficiente? Contrataré a una fregona también, claro. No espero que se ocupe usted de esa clase de tareas domésticas. O, no, eso lo podría hacer

Tommy, si a usted no le importa. Está desesperado por trabajar en lo que sea. —Se miraron y él fue el primero en decir—: Entonces, ¿trato hecho, señorita McBride?

—Sí, trato hecho.

Mitchell le tendió una mano porque le pareció que debía hacer algo para señalar el acontecimiento, y ella se la estrechó.

—Llámeme Flora, por favor. No me hace mucha ilusión mi apellido en estos momentos. Si Christopher accede, a lo mejor podríamos ir a ver la casa. Yo tengo muebles que podría poner en mi cuarto.

Se la veía triste, ya no era la mujer alegre de antes. A Mitchell le fastidiaban las disputas familiares. Y dolía mucho más cuando quienes debían quererte y cuidar de ti te trataban con desprecio y crueldad.

—Voy a preguntarle a Christopher, pero estoy seguro de que le van a encantar mis planes. Luego venimos a por usted y la llevamos a ver la casa.

El niño estaba sucio pero feliz, ayudando a Les a limpiar una de las cuadras. Cuando su padre lo llamó, Christopher fue corriendo con él.

—He ayudado a dar de comer a la yegua gris, papá. Les me ha dicho lo que había que darle y se lo he dado yo solito.

—Bien, pero, si ya has terminado, tendrás que ir a asearte, porque te quiero enseñar nuestro nuevo hogar.

Parte del entusiasmo del pequeño se esfumó.

—¿Nos vamos de aquí?

—Ah, no es muy lejos. Nos mudamos a una casa propia a solo unas calles de aquí. Podrás seguir viniendo a ver a Les y los caballos.

Se lo llevó arriba para que se lavara y se cambiara, y luego bajaron y llamaron a la puerta de Flora.

Ella estaba lista para salir, con un sombrerito sencillo que no la favorecía mucho. Nada de lo que llevaba la favorecía mucho, se dijo Mitchell. ¿Lo habría elegido ella o su madre?

—Cuando lleguemos a la casa, le digo que me voy a ir de viaje —le susurró a

Flora cuando salían del edificio.

Flora disfrutó del paseo, le encantaba ver al crío entusiasmado con todo lo que lo rodeaba.

Entonces se dieron de bruces con su madre y una amiga, y tuvieron que esperar a que pasaran para doblar la esquina.

La señora McBride se detuvo en seco, sacó un pañuelo y empezó a hablar a voces de hijas desagradecidas y de lo doloroso que era ser madre. La amiga le pasó un brazo por los hombros y miró furiosa a Flora. Las dos mujeres seguían impidiéndoles el paso. Flora no se veía capaz de moverse, de lo humillada que se sentía. Entonces Mitchell la cogió del brazo.

—Permítame que la ayude a salvar este obstáculo, señorita McBride. Christopher, ven por aquí. —Bajó a la calzada y la ayudó a bordearlas, ignorando los incesantes comentarios a su espalda.

Cuando volvieron la esquina, Flora dijo:

—Gracias.

—¿Se encuentra bien?

—Me he quedado tan impactada que no era capaz de pensar con claridad. No me imaginaba que sería tan cruel en público. La próxima vez lo llevaré mejor, se lo aseguro.

—Estoy convencido de que sí. Bueno, estamos llegando. Ya te he dicho que no estaba lejos, Christopher.

El chiquillo se puso al lado de los dos, mirando intrigado a Flora. Ella decidió que era lo bastante mayor para saber la verdad, porque, si lo iba a cuidar, volverían a verse en una situación como aquella.

—Esa señora es mi madre, Christopher. No le caigo bien.

—Ah —dijo el niño; luego bajó la voz y añadió—: Yo tampoco le caía bien a mi padrastro. Me pegaba. ¿Tu madre te pega?

—No, pero dice cosas horribles de mí.

Christopher asintió, como aceptándolo, y no hizo más preguntas.

Al llegar a la verja del almacén de maderas, Mitchell se detuvo para abrir el

candado.

—Está hecho un asco, pero lo voy a arreglar. Primero tengo que hacerme con existencias de madera de buena calidad. Aquí no hay más que porquería.

Abrió la verja y los llevó hasta la casita.

Dentro, Flora echó un vistazo alrededor. Desde luego estaba limpio, aunque húmedo aún del fregado.

—Tendría que encender un fuego para que se seque.

—No me gusta dejar el fuego encendido sin vigilancia.

—Por una comida o dos, seguro que Tommy está dispuesto a vigilarlo —dijo ella en voz baja—. Habría que secarlo bien. Se le ha ido la mano con el agua.

—Me ocuparé de eso. Este sería su cuarto —comentó, señalándolo.

Las dos alcobas daban a la cocina y el salón, pero aquella era la pequeña.

Ella cruzó el salón para echar un vistazo y luego entró. No era mayor que el cuartito que tenía en esos momentos en las cuadras, pero estaba mejor acabado y tenía una ventana en condiciones.

—Es muy poca cosa, lo sé, pero Christopher y yo tendríamos que compartir el cuarto grande.

Miró al niño y después a Mitchell.

—¿Por qué no le enseña a Christopher el almacén mientras yo decido lo que hace falta aquí?

Cuando se fueron, suspiró. Si se quedaba a vivir allí, no haría más que alimentar las habladurías, pero tendría que hacerles frente. Tampoco despertaría mucho interés lo que ella hiciera, una vez que el alboroto por su marcha de casa hubiera remitido.

Agradecía el trabajo. Le proporcionaría una forma de mantenerse hasta que Dougal volviera a casa, y hasta podría ahorrar dinero. Eso era lo más importante: disponer de dinero con el que satisfacer sus necesidades. No podía abrir una casa de huéspedes sin gastar un montón.

Habría de vivir frugalmente a partir de entonces.

Mitchell se dirigió al cobertizo destartalado y le soltó de pronto a su hijo:

—Tengo que marcharme unos días, hijo, y no puedo llevarte conmigo. —Vio que el niño volvía a ponerse muy serio y le pasó un brazo por los hombros—. Solo serán unos días. La señorita McBride ha accedido a cuidar de ti mientras no esté, pero solo si a ti te parece bien.

—Podría quedarme con Les.

—Me gustaría que tú y yo tuviéramos nuestro propio hogar a partir de ahora, y a la señorita McBride su madre la ha echado de casa y no tiene adónde ir.

—Ah.

Aguardó un momento y entonces le preguntó:

—Así que ¿te quieres quedar aquí con ella, Christopher? Yo tengo que montar un negocio. —El niño se encogió de hombros—. Buen chico —le dijo, apretándole el hombro, y luego volvieron a la casa.

Justo en ese momento, entró un tipo por la verja abierta.

—¿Ha visto a Orrin? Necesito madera tosca para una valla.

—Soy el nuevo propietario. Aún no tengo abierto, pero, si es rápido, le vendo lo que necesite a buen precio. Quiero deshacerme de estas maderas y comprar otras de mejor calidad.

—Tiene razón en lo de la calidad. Yo solo vengo aquí a por madera para vallados y para leña.

—Vuelva dentro de unas semanas y creo que se llevará una buena sorpresa.

Tras una pequeña discusión, los hombres acordaron un precio, que Mitchell le había dejado deliberadamente algo más bajo de lo que había visto en todas partes. Lo ayudó a cargar la madera en un carro y lo vio marcharse. Los clientes satisfechos generaban más negocio. Confiaba en que el hombre, en efecto, volviera, aunque solo fuese por curiosidad.

—Necesitamos un rótulo —le dijo a Christopher—: ALMACÉN DE MADERAS DE NASH; no, NASH E HIJO. Algún día podrás trabajar aquí conmigo, como yo trabajaba con mi padre en Inglaterra.

Christopher asintió con la cabeza, pero la noticia del viaje de su padre lo había reducido a los monosílabos. ¡Maldito Gresham! ¡Ojalá estuviera pudriéndose en el infierno!

17

Bram e Isabella emprendieron la emocionante tarea de colocar los artículos en el bazar, dejando sitio para lo de las personas que habían contestado a su primer anuncio y querían vender sus productos allí. Habían acordado que cualquier cosa que aceptaran vender debía ser de máxima calidad, tanto si eran cosas grandes como pequeñas, o incluso aunque fuera de segunda mano, como los muebles.

—Buena calidad y buen valor —dijo Bram con rotundidad—. No queremos que este sitio tenga pinta de rastrillo. —Contempló el cobertizo remodelado—. Tenemos más cosas de las que recordaba.

Ojalá su familia pudiera ver los montones de productos y las cajas aún por abrir. Pensarían que era rico. Se volvió a mirar a su mujer. Era rico de la forma que más le importaba.

Isabella sonrió y le enhebró el brazo.

—Tenemos que traernos los baúles de la casa y guardar en ellos bajo llave las sedas para protegerlas de las goteras, los ratones, las arañas o cualquier cosa que se cuele en el cobertizo. Me encanta el olor de los revestimientos de sándalo.

—Se supone que es para ahuyentar a los insectos. ¿Tú crees que funciona?

—Eso espero. Cuando pongamos esto en marcha, haremos que nos construyan un aparte para las sedas. Seguro que las venderemos bien.

Bram enseguida descubrió que Isabella tenía una intuición especial para la distribución del espacio y le dejó que tomase las decisiones finales sobre dónde poner las cosas. Después del primer día, acordaron trazar un plan.

Cuando concluyeron la jornada, Alice, malhumorada, los obsequió con otra de sus cenas carbonizadas, y le sirvió a Isabella el trozo de carne más quemado.

Furioso, Bram cambió los platos.

—Tú lo quemas, tú te lo comes.

Alice se echó a llorar, y habría salido corriendo de allí si él no la llega a agarrar del hombro.

—¡Siéntate! —le ordenó lo más alto que pudo, y ella se lo quedó mirando, indignada por el trato—. Ya no eres una cría. Enfréntate a lo que has hecho, y la próxima vez lo haces mejor.

La pequeña Louisa miraba a uno y a otro, encogida por los gritos, pero no lloró como Bram supuso que haría. Aquello le hizo preguntarse en cuántas discusiones habría visto meterse a su madre en su corta vida, cuántos alaridos le habría tocado oír.

Le preocupaba que Isabella no fuera a comer mucho, pero prefirió dejar que lo decidiera ella. Una de sus hermanas se había puesto muy mala durante el embarazo y a Bram lo entristecía pensar que su mujer estuviera igual. Él se comió todo lo que pudo empapuzarse de aquel cordero tan poco apetecible, con todas las patatas que lo acompañaban; luego fue a la cocina a cogerse una rebanada de pan con mermelada.

Después de cenar, Alice se quedó allí sentada, suspirando y toqueteándose un lacito del corpiño, así que Bram le dijo muy seco:

—Ya puedes recoger la mesa y lavar los platos. Cuando he ido a la cocina, me he asegurado de que el hervidor estaba en el quemador, así que el agua ya debería estar caliente.

Alice miró suplicante a su prima, pero Isabella le devolvió una mirada fría, con lo que la otra se levantó y fue a la cocina. Rompió dos platos mientras los lavaba.

Bram entró furioso en la cocina.

—Voy a anotar todo lo que nos debes por lo que rompes. Si lo conviertes en costumbre, tendrás que vender alguna de tus cosas para comprar una vajilla nueva.

—Isabella no me haría algo así.

—No depende de Isabella. Soy el señor de esta casa y, como estoy convencido de que los has roto a propósito, voy a tomar medidas para que no

vuelva a suceder. ¿No te parece injusto para tu prima, romperle la vajilla? ¿Acaso se merece eso?

Ella se puso como un tomate, le esquivó la mirada y dijo por lo bajo:

—Ha sido sin querer. ¡Eres cruel conmigo!

—No ha sido sin querer y no soy cruel. No soporto a los vagos que esperan que los demás se lo hagan todo. Ni pienso tolerar que mi mujer, que lleva a mi hijo en sus entrañas y se está deslomando para montar nuestro bazar, te haga de criada, además. —Alice empezó a lloriquear y habría subido corriendo la escalera, pero él se le puso en medio—. ¿No te acabo de decir que no salgas corriendo cada vez que te llamo la atención por algo? —Aguardó un momento y luego dijo en voz más baja—: Termina de recoger y procura que quede todo ordenado por aquí.

—Tengo que acostar a Louisa.

—Puede esperar.

Cuando volvió al salón, se encontró a la niña hecha un ovillo en la alfombra, delante del fuego, y a Isabella sentada en el sofá. Ella lo miró admirada.

—Nunca te había visto así, Bram. No sabía que pudieras llegar a ser tan... autoritario.

—Puedo hacer lo que sea menester por cuidar de ti y de mi casa.

Ella le tendió la mano y, durante un segundo, se limitaron a sonreírse el uno al otro, sin necesidad de palabras. Luego ella retiró la mano.

—Tengo que trabajar en los planos del bazar. Llevo un tiempo pensando en cómo deberíamos usar el espacio, pero, ahora que ese espacio ya está listo, hay que analizar los detalles.

Bram se sentó enfrente de ella y, después de sobetear el periódico un rato, dijo:

—¿Crees que nos saldrá bien?

—Seguro que sí. —Lo miró sorprendida—. ¿Lo dudas?

—Por las mañanas, cuando brilla el sol, no, pero, a veces, la preocupación me tiene en vela por las noches. Todo depende de eso, ¿sabes?, y es lo más grande que he hecho en mi vida, más de lo que jamás se me ocurrió esperar ni en mis sueños más disparatados. —Le dedicó una de sus sonrisas tiernas y añadió—: Y

tú eres lo mejor de todo. Lo hago por ti y por nuestros hijos, aún más que por mí mismo.

En la cocina, Alice oyó todo lo que decían y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué no había encontrado ella un marido como Bram Deagan? Era más guapa que Isabella. No era justo.

Pero no se atrevió a romper ningún plato más.

Cuando Bram subió al bazar a primera hora de la mañana siguiente, antes de desayunar siquiera, vio huellas en la tierra mojada. Le extrañó. Serían de la noche anterior, porque estaban encima de las que él había dejado cuando había ido a echar la llave el día anterior. Tenía en el talón de una de las botas un pequeño desconchón que hacía sus huellas fáciles de reconocer. La persona que había dejado aquellas marcas tenía los pies más grandes y llevaba unas botas pesadas. Él no llevaba ese tipo de calzado, ni Les ni Tommy, ¿quién habría sido, entonces?

Se acercó a la puerta y vio que habían reventado el candado y lo habían arrancado del marco de la puerta. Tendría que haberlo oído. ¿Cuándo lo habían hecho? ¿Mientras le gritaba a Alice? ¿Cómo era posible que Les no se hubiera enterado? Sería porque estaba demasiado lejos de donde dormían los dos, esa era la única explicación.

Muerto de miedo, entró, aterrado ante la posibilidad de que alguien hubiera destrozado su precioso suelo nuevo o las mesas de caballete. Pero solo había huellas de barro, de un lado para otro, y las cosas que habían desempaquetado las habían tocado, pero no estropeado. Tampoco le pareció que le hubieran robado nada. Recordaba perfectamente los montones y las cajas.

¿Habría entrado alguien solo a curiosear? ¿Por qué iba nadie a hacer algo así?

Volvió a las cuadras y se encontró a Les levantado ya y trabajando.

—¿Subiste anoche al bazar?

—No, señor. Tenía bastante que hacer aquí, con esos dos caballos que nos

trajeron a última hora.

Tommy salió de pronto de un rincón y se sumó a ellos. Bram le preguntó lo mismo que a Les.

—No, señor.

—Anoche llovía y lo dejé dormir ahí —dijo Les, suplicándole con la mirada que lo entendiera.

—No pasa nada. Puede dormir ahí cuando quiera.

—¿Ha subido alguien al bazar? —preguntó Les.

—Sí, y ha reventado el candado de la puerta. Creo que no ha robado nada, pero se ha dado un buen paseo por allí. Puede que vuelva y se lleve algo la próxima vez, así que tengo pensado poner unos cierres mejores. ¿Se ha levantado ya el señor Nash?

—Se ha levantado y se ha ido, señor, con su chiquillo. Están acondicionando su casa, haciendo estanterías hoy, creo que ha dicho.

—¿Podrías llevarle un recado de mi parte, Tommy? Cuéntale lo que ha pasado esta noche y pregúntale si me ayudaría a hacer ese sitio más seguro. Sé que está ocupado, pero no nos conviene que la gente entre en el bazar cuando le plazca, así que se trata de algo urgente.

Mitchell volvió a la media hora y estudió la puerta de doble hoja que constituía la entrada principal.

—Habría que ir a buscar a un cerrajero. —Entró y echó un vistazo a las otras puertas que daban a distintas partes del bazar—. Tendríamos que instalar cerrojos grandes por dentro de estas otras puertas, arriba y abajo, quizá incluso uno en el centro también. Las puertas son buenas y robustas, salvo esta, que habría que cambiar porque es demasiado enclenque y se podría tumbar de una patada. Hecho esto, puedes hacer la ronda a última hora de la noche y asegurarte de que todos los cerrojos están echados; de ese modo, la puerta principal será la única entrada que tendrás que cerrar con llave al salir. Aunque siempre quedan las ventanas, que se pueden romper.

—Pero eso hace más ruido —dijo Bram, ceñudo—. Creo que lo que necesito en realidad es un vigilante nocturno. A lo mejor Tommy podría hacerlo.

—¡Ay! —dijo Mitchell en voz muy baja—. Ya le he ofrecido yo un empleo en

mi almacén de maderas y un rincón donde vivir en mi cobertizo. Espero que no te importe. Había pensado enseñarle lo que sé de maderas.

Bram jamás se habría interpuesto en el camino de un hombre que quería prosperar.

—Me alegro por él. Buscaré a otra persona para el puesto.

—Pregúntale a Les. Ahora que se ha establecido, tiene un montón de amigos. Te encontrará a alguien.

—¿Cuándo os mudáis Flora y tú al almacén de maderas?

—En cuanto consiga remodelarlo.

Bram sonrió.

—Casualmente tengo unos muebles de segunda mano para vender...

Se fue a desayunar satisfecho de haber vendido ya algunos muebles. Mitchell no lo había dudado: se había llevado dos camas, una cómoda y una mesa con cuatro sillas que no iban a juego, pero le valían. Flora tenía sus propios muebles, almacenados en el otro cobertizo.

—Y Flora se va a llevar unos cuantos más —le dijo Bram, contento, a su mujer— si considera que los puede necesitar —aclaró—. Les conoce a alguien con un carro que se lo puede acercar todo hoy.

Alice soltó un plato en el centro de la mesa y volvió a la cocina haciendo aspavientos.

Brad miró los huevos fritos.

—Están demasiado hechos. Menos mal que el pan lo compramos en la panadería.

—Chist...

Alice volvió a la mesa cargada con el plato de la mantequilla y una hogaza de pan en una tabla, con el cuchillo del pan y todo. Louisa no paraba de colgársele de las faldas, y ella le soltó un exabrupto y la sentó con brusquedad en una silla.

—Quédate ahí, ¿vale? —La niña empezó a llorar y Alice le gritó—: ¡Que te calles!

—Cómete un huevo —le dijo Bram en voz baja a su mujer.

—No, gracias.

—¿No te gustan los huevos?

Ella puso cara de pena y miró de reojo a su prima.

—Ya, a mí tampoco me gustan los huevos demasiado hechos —espetó él, mirando furioso a Alice, que le devolvió la mirada.

Se obligó a comerse un huevo, pero no fue capaz de tomarse más.

—Tengo que comprarte un temporizador de cocina, porque lo que de verdad me gusta desayunar, cuando puedo, es huevos pasados por agua. Te enseñaré a hacerlos perfectos. ¿Dónde está la mermelada?

—En la cocina.

—Pues ve a buscarla, por favor. Tendrías que haberla puesto en la mesa al principio.

Alice suspiró hondo, se levantó y volvió con un plato de mermelada, que le soltó delante.

Bram se lo ofreció a Isabella.

—Seguro que esto hará ese pan con mantequilla tuyo más apetitoso. Hay que comprar mermelada en abundancia. Está claro que la vamos a necesitar.

Alice empezó a llorar.

Levantando la voz, Bram le preguntó a Isabella por la zona de ventas y siguió hablando de eso hasta que su invitada dejó de lloriquear. Solo entonces se dirigió a ella.

—Cuando hayas hecho la compra, Alice, puedes subir a ayudarnos a desempaquetar los productos del bazar.

—¿Qué pasa, que ahora también soy vendedor? —le preguntó ella airada.

—Será vendedora, ¿no?

—Las mujeres no suelen trabajar en tiendas, solo en las que se vende ropa de señora.

—Trabajan en los mercados de toda la vida, y nuestro bazar va a ser como un mercado de categoría.

Isabella, que se estaba untando de mermelada un trozo de pan, intervino enseguida.

—Yo también voy a trabajar en la tienda, Alice. Pensaba que querrías ayudar. Así conocerás a gente, y seguro que Louisa jugará tranquila en un rincón mientras tú trabajas. No es una niña problemática. —Al ver que su prima no

contestaba, añadió con algo de retintín—: Si el bazar no es un éxito, no podremos seguir manteniéndote.

A Bram le alegró ver que su mujer seguía su ejemplo y empezaba a ser más estricta con su prima. Vio que Alice fruncía el ceño y confió en que se lo estuviera pensando mejor. Y puede que lo hiciera, porque, después de unos segundos, dijo en voz más baja que subiría a ayudarlos más tarde.

Él vio que su mujer hipaba y se tapaba la boca con una mano.

—¿Te encuentras mal, Isabella?

—Un poco. Ya se me pasará.

Ella nunca se quejaba, pero la tendría vigilada y se aseguraría de que no se excedía.

—Les doy el resto de los huevos a Tommy y a Les, ¿no? La próxima vez haz huevos solo para mí, Alice. Dos, pasados por agua. Ah, y uno para ti, si te gustan los huevos.

Alice sorbió los mocos y no dijo nada, embadurnándose el pan de mermelada como si la regalaran.

«¡Qué mujer más estúpida!», se dijo Bram. Y aún se permitía el lujo de dar semejantes muestras de holgazanería y mal genio delante de las personas que le daban de comer y le proporcionaban alojamiento. Como no cambiara de actitud, no sabía si iba a aguantarla en su casa mucho más tiempo.

Cuando terminó de desayunar, rodeó la mesa para besar a su mujer en la mejilla.

—Me voy al bazar. No subas hasta que te encuentres mejor.

En cuanto Bram se marchó, Isabella se dirigió a su prima:

—¡Me avergüenzo de ti, Alice! ¿Por qué eres tan reticente a ayudar?

Alice se echó a llorar.

—No sé. No es mi intención, pero, cuando os veo a Bram y a ti tan felices juntos y todo lo que tenéis, me fastidia.

—Tú has estado casada. Seguro que también eras feliz...

—No mucho tiempo. Me quedé embarazada enseguida, y eso no es agradable precisamente, como irás viendo tú misma. Las náuseas matinales son solo el principio. Con el paso de los meses, te empieza a doler la espalda, y luego te vas

poniendo cada vez más gorda, hasta que te parece que vas a reventar. Lo odiaba. Además, Parker era incapaz de mantenernos. Discutíamos mucho por el dinero. De no ser porque su familia le mandaba algo todos los trimestres, nos habríamos muerto de hambre. Yo no lo sabía cuando me casé con él, pero lo habría hecho de todas formas para escapar de... la situación en la que estaba.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque me daba vergüenza. Primero empecé a salir con aquel horror de Renington, me creí sus mentiras. —Se estremeció visiblemente al decir su nombre—. Luego me casé con un imbécil. Y mira tú: te has casado con un hombre inteligente que probablemente te haga rica, aunque no sea un caballero.

—Y a ti también, porque mi Bram es generoso hasta la exageración. Ayúdanos con el bazar, Alice. Ayúdanos en todo lo que puedas y nunca te faltará de nada.

Así que Alice lloró un poco más, y luego recogió la mesa y fregó los platos sin que nadie se lo dijera. Cuando volvió a preguntar qué debía comprar en la tienda, Isabella ya se encontraba mucho mejor. Por lo visto, necesitaba descansar por las mañanas, no empezar a trabajar temprano, y entonces las náuseas se le pasaban ya para todo el día.

Cualquier otra mujer que no fuera su prima habría tomado el mando de la cocina y habría organizado la compra sola, sin tener que preguntar hasta el último detalle. «Alice no», se dijo Isabella con un suspiro. Su prima no parecía capaz de organizar nada, ni propio ni de la casa.

Lo mejor sería que encontrara otro marido, uno con dinero suficiente para contratar criados que cuidaran de ella. Según decían, había escasez de mujeres en la colonia, con lo que, a lo mejor, los hombres no eran tan quisquillosos. Además, Alice aún era guapa, o lo habría sido si no tuviera siempre los ojos irritados de llorar y se hubiera cuidado un poco.

Isabella se tomó otra taza de té flojo, bebiéndolo despacio, y se preparó para subir al bazar. Alice no estaba en la cocina, su sobrina tampoco, así que subió la escalera y sorprendió a su prima dándole a la niña una cucharada de un líquido, de un frasquito azul que tenía cerca.

—¿Qué haces?

Alice dio un respingo, como si acabaran de dispararle.

—Mira lo que he hecho por tu culpa... Lo he tirado todo y ya no queda mucho.

—¿Qué es eso?

—Un medicamento.

—¿Para qué? —preguntó, mirando fijamente el frasquito. Lo había visto antes, cuando su madre estaba enferma, para aliviarle el dolor—. Eso es Godfrey's Cordial, ¿no? —Alice se ruborizó—. ¿Por qué le estás dando láudano a la niña? Eso se hace con opio. —Su padre se había vuelto adicto al opio, e Isabella lo odiaba.

—Para que esté tranquila. Los niños pueden alborotar tanto que te dan dolor de cabeza.

Isabella la miró horrorizada.

—Por eso come tan poco, por eso está siempre aletargada... Alice, está mal que le des eso, muy mal.

—Lo usa todo el mundo.

—Yo jamás lo haría. Y no lo usa todo el mundo.

—Lo usa mucha gente. Algunas de mis vecinas de Sídney lo usaban. Por eso lo conozco —dijo Alice con un resoplido—. Además, ¿qué sabrás tú?

—Un tipo quiso convencer a Bram de que vendiera una especie de Godfrey's Cordial en el bazar, un mejunje que había preparado él mismo, pero Bram se negó en redondo. Y a mí me pareció bien.

—Para ti es muy fácil. Tienes un marido que te ayuda. Yo necesito que Louisa esté tranquila o me dan unos dolores de cabeza horribles.

Cogió el frasquito y empezó a echar un poco más en la cuchara. Isabella le dio un manotazo y el líquido salió disparado por la colcha; luego le arrebató el frasquito a su prima.

—No vas a usar esa porquería en mi casa.

—Devuélvemelo inmediatamente.

—No.

—Has cambiado, y la culpa es de ese marido horrendo que tienes. Antes no eras así.

—Mi madre y yo éramos demasiado tolerantes contigo. No se te ocurra volver a meter esa porquería en mi casa.

Esperó, pero su prima no dijo nada más. Sin embargo, la miró como una niña desafiante. Como la pequeña Louisa siguiera igual de aletargada, le pediría a Bram que registrara las cosas de Alice. De hecho, se lo iba a contar todo cuando subiera al bazar. ¡Pobre niña! ¡La vida tan terrible que llevaba! ¿Cómo debía de ser estar drogado todo el tiempo? No le extrañaba que Louisa fuese tan callada.

Mitchell frotó con jabón la punta del destornillador y lo introdujo despacio en la madera. Aquella madera era muy dura y había tenido que hacer un agujero primero con el berbiquí. Pero una madera así aguantaría bien, de eso estaba seguro, y en las estanterías que había estado haciendo podrían poner la vajilla y los alimentos.

Se giró al oír que entraba alguien, y sonrió cuando vio que era Flora, con Christopher a su lado.

—Me traen los muebles pronto —dijo ella—. Nos hemos adelantado para asegurarnos de que estaba todo listo.

—Todo lo listo que puedo dejarlo de momento —contestó él, y miró alrededor—. No es a lo que está acostumbrada.

—No me importa que sea pequeño. Podré hacer las cosas a mi manera y estar tranquila cuando me apetezca.

Mitchell sonrió y le alborotó el pelo a su hijo.

—¿Con este por aquí?

Christopher se agitó, vergonzoso, pero luego le asomó una sonrisa a los labios y, con ella, un parecido mayor a su padre.

—Me preguntaba... —dijo ella con vacilación.

—¿Qué?

—Si Christopher no querría ir a la escuela. Allí haría amigos de su edad...

Mitchell miró a su hijo.

—¿Te gustaría ir a la escuela?

El chiquillo se encogió de hombros.

—Sabes leer y escribir bien para tu edad —terció Flora—. Me ha sorprendido lo bueno que eres.

Christopher no supo disimular su orgullo y consiguió decir la frase más larga que Flora le había oído hasta entonces.

—Me enseñó madre, cuando él no estaba.

—Pues lo hizo muy bien.

El niño asintió.

Mitchell dejó que se hiciera el silencio un momento y después preguntó:

—¿Hay alguna escuela por aquí cerca, Flora?

—Está la escuela masculina de Fremantle, pero yo pensaba en un sitio más pequeño que conozco, para niños de menos edad; lo lleva una conocida. Christopher no está acostumbrado al jaleo de una escuela para chicos. Habrá que pagar una cuota, pero a esta señora se le dan muy bien los niños, y si le explico... ¿Llevo a Christopher a que la conozca?

Padre e hijo asintieron, y entonces llegaron los mozos con los muebles de Flora.

Cuando se marcharon, ella empezó a organizar sus pertenencias y Mitchell le dijo a su pequeño:

—Recuerda que ese es el cuarto de la señorita McBride. No debes entrar ahí, y yo tampoco.

El niño cabeceó afirmativamente.

Flora salió a la puerta de su alcoba, sonriente.

—He encontrado esto que creo que a Christopher le gustaría. Es un libro que yo leía de pequeña.

El niño sonrió mientras lo cogía, y consiguió decir:

—Gracias.

Al día siguiente, Flora salió de casa con un Christopher entusiasmado, que tan pronto caminaba como daba saltitos o brincaba a su lado. Había dicho varias cosas esa mañana, y Mitchell y ella se habían mirado complacidos.

Ella se había asegurado de que el niño fuera bien vestido, con el pelo rebelde

aplastado con agua. Se detuvieron a la puerta de la casa convertida en pequeña escuela y escucharon un momento a los niños recitar la tabla de multiplicar; luego Flora llamó a la puerta.

Abrió una doncella y, cuando Flora le pidió hablar con la señorita Marley, los hizo esperar en el vestíbulo.

Al final, la señorita Marley salió por la puerta, hizo un aspaviento al ver a su visita, se puso colorada y, sin querer, dio un paso atrás.

Flora la miró sorprendida.

—Te traigo a Christopher Nash para que lo conozcas. Acaba de llegar de Sídney y necesita ir a la escuela.

—No tengo..., no nos quedan plazas libres —contestó la señorita Marley sin hacer ademán de acercarse.

Flora sabía que aquello no era cierto, porque había oído a la profesora decir, en más de una ocasión, que siempre podía encajar a un niño más. Estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse, pero se recompuso. Debía empezar a defenderse.

—¿Por qué?

La señorita Marley titubeó y luego dijo:

—A lo mejor el niño podría esperar fuera...

Cuando Christopher salió, Flora le dijo con firmeza:

—Dime qué pasa. Pensaba que éramos amigas.

Se hizo un silencio absoluto, y después:

—Entonces no vivías con Nash.

—Soy su ama de llaves, nada más. Me ocupo de Christopher mientras su padre viaja al campo por negocios. El niño acaba de perder a su madre, ¿sabes?

La señorita Marley se la quedó mirando, a punto de llorar.

—¿Ha muerto recientemente?

—Sí, hace como un mes.

—Lamento oír eso, pero..., aun así, no lo puedo aceptar.

—¿Quién está divulgando esas mentiras sobre mí? Hay otras mujeres que trabajan como amas de llaves y no les hacen el vacío.

—Es... tu madre.

Flora tardó un momento en hablar. No podía creer que su propia madre estuviera divulgando mentiras sobre ella.

—¿Cómo puedes creer eso de mí? ¿¡Cómo!? Hace años que me conoces.

La señorita Marley agachó la cabeza unos segundos; después la levantó y dijo en voz baja:

—No lo creo. Pero, por lo visto, otros sí... Lo dice tu madre, ¿sabes? Y, si admito al niño en mi escuela, me arruinaría el negocio. Otras personas podrían..., se llevarían a sus hijos. Lo siento mucho, de verdad.

—Eso no es suficiente. ¿¡Y tú te consideras cristiana!? —le espetó Flora con desdén—. Pues la próxima vez que cuchichees sobre mí, diles lo que he jurado sobre la Biblia —dijo, plantando la mano con fuerza en la Biblia grande que había siempre en la consola del vestíbulo, y provocando un respingo en la propietaria—: Juro por Dios todopoderoso que no soy más que el ama de llaves del señor Nash.

Y se fue sin esperar respuesta.

—¿Por qué no quiere que vaya a su escuela? —preguntó Christopher mientras se alejaban de la casa.

—Porque mi madre anda contando mentiras sobre mí, diciendo que... no soy buena persona.

—Ah... —contestó el niño, volviéndose a mirar con anhelo la escuela—. El señor Gresham también decía eso de mí cuando me pegaba —añadió, en voz tan baja que ella apenas lo oyó.

—Se equivocaba: a mí me pareces una excelente persona.

Le pasó el brazo por los hombros, tan furiosa que no era capaz de pensar con claridad, furiosa no solo con su madre, sino también con el hombre que había hecho daño a aquel chiquillo.

Camino de casa, encontró un nuevo motivo de preocupación: la gente que la conocía de toda la vida desviaba la mirada y eludía el saludo al pasar por su lado. Algunos incluso cruzaban la calle para evitarla. Cuando iba para la escuela, había pensado que una conocida no la había visto, pero ya no podía negar la evidencia. Le estaban haciendo el vacío clarísimamente.

Flora mantuvo la cabeza bien alta hasta que entraron por la verja del almacén

de maderas; luego ya no pudo contener más las lágrimas.

Mitchell los vio venir y, cuando se acercaron, soltó la pieza de madera que sostenía y fue corriendo hasta ellos.

—¿Qué pasa? ¿Te has hecho daño?

Cuando ella soltó un sonido inarticulado y salió corriendo hacia la casa, él la siguió. Ya dentro, Flora se tapó la cara con las manos y lloró desconsoladamente.

—¿Qué sucede? —preguntó él, intentando abrazarla.

—¡No me toques! No me toques jamás —le dijo, y le dio la espalda, agitada.

Él miró a Christopher, que los había seguido adentro y también estaba triste.

—¿Qué ha pasado, hijo?

—La dama de la escuela dice que no puedo ir. La señorita McBride dice que su madre ha estado contando mentiras sobre ella.

Se hizo un silencio incómodo, y luego Mitchell soltó con aspereza:

—Lo siento, Flora. No pensé que... No pretendía... Pero, por lo visto, te he arruinado la reputación.

Flora hizo un esfuerzo enorme, limpiándose los ojos y estrujando el pañuelo mojado, hecho una pelota.

—Tú no has hecho nada malo. Es mi madre la que me ha buscado la ruina.

—Pero el que vivas aquí... solo ha servido para echar más leña al fuego. No tendría que habértelo pedido.

—Otras amas de casa viven donde trabajan. Son sus mentiras las que han inclinado la balanza en mi contra. Quiere que vuelva a casa y siga siendo su criada gratuita, quiere que tenga miedo de marcharme de casa otra vez. Sé cómo funciona su cabeza. Pero, después de esto, prefiero morirme a volver. Lo siento. Necesito estar sola unos minutos —dijo, y se fue a su alcoba, cerró la puerta con cuidado y se sentó en la cama, sin saber muy bien cómo enfrentarse a aquello.

Christopher estaba ceñudo.

—Papá..., ¿por qué la gente evitaba a la señorita McBride en la calle?

Mitchell se lo quedó mirando pasmado.

—¿Eso han hecho?

—Sí, ella ha fingido que no se daba cuenta, pero yo lo he visto. Dos ancianas han cruzado la calle al vernos.

Entonces supo que aquello era más grave de lo que pensaba. A la madre de Flora habría que pegarle un tiro como a un perro rabioso y, cuando volviera el capitán, Mitchell se proponía ir a hablar con él muy seriamente. Solo que el *Bonny Mary* aún tardaría un par de semanas en regresar.

Entretanto, los huevos se habían roto y ya no había forma de meterlos otra vez en el cascarón, así que, si a Flora le parecía bien, él haría su viaje de negocios de todas formas, pero se aseguraría de volver dentro de una semana y esperaría a su hermano y le exigiría que controlara las maldades de su madre.

Mientras se organizaba, de pronto cayó en la cuenta de que Christopher estaba hablando más. Al menos eso era buena noticia.

Más tarde, cuando Flora salió de su cuarto para hacer la cena, ya estaba más serena, pero todavía pálida.

Antes de que empezara a cocinar, Mitchell se dirigió a ella.

—Si te las apañas con esto como está —dijo, señalando alrededor—, me marcho pasado mañana. Tengo que comprar existencias decentes de madera y encontrar proveedores regulares. Ahora que he comprado la casa, ya no dispongo de una cantidad ilimitada de dinero y debo empezar a ganar más cuanto antes.

Ella asintió.

—No te preocupes. Me las apañaré. A fin de cuentas, ¿qué más me puede hacer mi madre?

—Tu hermano pondrá orden cuando vuelva.

—El daño ya está hecho —dijo ella, abatida.

Por desgracia, tenía razón. Mitchell decidió hablar con Bram e Isabella antes de irse. Alguien debía vigilarla hasta que regresara el capitán.

18

Les volvió a las cuadras después de comentar que a lo mejor sabía dónde encontrarle un vigilante nocturno al señor Deagan. Subió deprisa al viejo cobertizo, sonriendo de oreja a oreja, orgulloso de poder ayudar. No, subió al bazar. Debía acordarse de llamarlo así. Se detuvo en el umbral de la puerta, sorprendido de lo distinto que estaba.

Bram, que estaba colocando unos cuenquitos y una vajilla azul y blanca, levantó la vista.

—¿Me has encontrado a alguien?

—Sí, señor. Vendrá dentro de una hora para que lo conozca y vea si le sirve. Sim Hollins, se llama. Era guardia pensionista del barco que venía a Australia, y es un tipo decente, no como otros. Dice que, de todas formas, tampoco duerme mucho, así que el trabajo le viene de perlas.

—Gracias, Les. ¿Qué haría yo sin ti?

Les se sintió a gusto. Era agradable ser de utilidad, tener un empleo estable y esperanzas de futuro. Estuvo a punto de dejarlo ahí, por no estropear el buen humor, pero su conciencia se lo impidió.

—Señor...

—¿Sí...?

—He visto a la señorita McBride. Me parece que ha querido llevar a Christopher a la pequeña escuela de la señorita Marley, pero ha vuelto triste. Estaba a punto de llorar. Y...

—Cuenta...

—La gente la evita, no le dan los buenos días, gente que debe de conocerla, porque, al verla, cruzan la calle.

Bram se quedó pasmado.

—¿Y por qué iban a hacer algo así?

—Es por esa vieja bruja que tiene por madre, con perdón, señor, pero es que lo es. Ha estado divulgando rumores sobre la señorita McBride y el señor Nash, rumores feos sobre los dos. Hasta a mí me han llegado.

—¡Condenada mujer!

—Ya no hay nada que podamos hacer, señor. Es demasiado tarde. No hay quien pare un rumor cuando empieza.

Les no dijo más, se limitó a negar con la cabeza ante las cosas de la aristocracia. ¡Como si una dama decente y respetable como la señorita McBride fuera a comportarse de manera indecorosa! Puede que él fuera un exconvicto que no sabía ni leer correctamente, pero distinguía a una dama cuando la veía, y también a una mujerzuela.

Ese pensamiento le trajo a la cabeza a la señora Beaufort, que se alojaba en casa del señor Deagan. Si los rumores hubieran sido sobre ella, a lo mejor los habría creído. Por cómo miraba a los hombres cuando hacía la compra en el centro. Además, tenía lo que un amigo suyo llamaba «cara de aquí me tienes».

No le agradaba pensar así de una pariente del señor Deagan, pero él mismo había visto cómo se comportaba la señora Beaufort.

Bram volvió al bazar con Isabella y se detuvo a la entrada para admirar una vez más cómo estaba quedando. La gente lo paraba en la calle para preguntarle cuándo abrían. El anuncio no tardaría en aparecer en el periódico y el rótulo grande de la entrada estaría listo en cuestión de unas horas.

Empezaban a presentarse vendedores, algunos con artículos que Bram rechazaba con delicadeza y otros con cosas interesantes que estaba encantado de vender a comisión. Se llevaba un diez por ciento del precio al que lo vendía. Le parecía justo. No tenía claro lo que se iba a vender y lo que no. Si algo no se vendía, después de un tiempo les propondría que probaran en otro sitio, pero al menos no se arruinarían pagando el alquiler de los puestos del mercado. Bram

sabía lo que era ser pobre, vaya si lo sabía, andar siempre rascando hasta el último cuarto de penique, por respetable que fueras.

Saludó con la cabeza a una mujer que estaba colocando su género en un rincón. Hacía unos delantales exquisitos, puños y cuellos de encaje, pañuelos con las esquinas bordadas, todo tipo de artículos menudos para mujer. Isabella la estaba ayudando a escribir los precios en unas cartulinas, charlando con ella en voz baja mientras trabajaban.

La pobre mujer parecía cansada y hambrienta; era viuda, supuso, y le costaba salir adelante. Había un niño pequeño detrás de ella, con el pulgar en la boca. Bram no distinguía si era niño o niña, solo que no tenía el rostro sonrosado porque no comía lo suficiente. Conocía esa palidez, la había visto en su pueblo, en Irlanda, en quienes tenían lo justo para sobrevivir, pero no lo suficiente para prosperar, como decían ellos. Esperaba que las labores de costura de la mujer se vendieran.

No le contaría a su mujer los problemas de Flora hasta que volvieran a casa por la noche. A lo mejor se les ocurría un modo de ayudarla.

Un poco más adelante había un hombre sacando de una carretilla artículos de madera: cuencos y bandejas torneados, cucharas de palo... Lo que los hacía especiales eran las tallas, hechas por el padre del vendedor, que era un lisiado.

Era asombroso la cantidad de gente inteligente que había, si eras capaz de ver más allá de tus narices.

Al girarse, vio a Mundy plantado en el umbral de la puerta y deseó que aquel tipo dejara de rondar la tienda.

—He venido a ver lo que está haciendo —dijo a modo de saludo.

Bram no lo quería por allí. El antiguo dueño parecía aún más desaliñado, su cuerpo desprendía un hedor rancio, de falta de higiene, y un leve aroma a alcohol... ¡y no era ni mediodía! No parecía un hombre que hubiera ganado una suma decente de dinero vendiendo su negocio.

—Aún no hemos abierto.

—Pero lo harán pronto. ¿Algún puesto vacante?

—¿Para qué quiere un trabajo? ¿No dijo que volvía a Inglaterra?

—He cambiado de opinión. No me apetecen la nieve y el frío.

—Pues lo siento, pero las ventas las vamos a hacer mi mujer y yo.

—Me han dicho que necesitaba un vigilante nocturno.

—Ya he contratado a uno. —No era cierto, pero antes vigilaba él que emplear a un tipo así. Mundy no se movió—. Lo acompaño a la puerta —le dijo con firmeza, y se dirigió a la salida.

Tras vacilar un instante, Mundy lo siguió, con las manos hundidas en los bolsillos, ceñudo. Se largó sin despedirse, mascullando por lo bajo.

Bram no volvió adentro hasta que lo perdió de vista; luego fue a preguntarle a Les:

—¿Mundy ha estado merodeando por aquí?

—Lo he visto unas cuantas veces plantado en la acera de enfrente, mirando fijamente, pero nunca se ha acercado, al menos que yo lo haya visto.

—No lo dejes entrar en las cuadras. Avísame si no quiere irse. No lo quiero en mi finca.

—Estaré alerta, señor. Ah, este es el hombre del que le hablaba. Sim, este es el señor Deagan. Señor Deagan, este es Sim Hollins.

Bram estudió al hombre, canoso pero robusto, con cara de bonachón. Le hizo unas preguntas y después le enseñó el bazar.

Sim lo examinó todo con atención, preguntando esto y lo otro, asintiendo en señal de aprobación.

—Ha convertido usted los viejos cobertizos en algo especial, señor.

—Eso espero.

—Solo una cosa, señor. No tiene usted nada para dar la voz de alarma, una campana grande o un triángulo metálico, algo con lo que el vigilante pueda hacer mucho ruido.

—¿Cree que es necesario? Pensaba que con que hubiera alguien aquí bastaría para..., ya sabe, ahuyentar a los indeseables.

—No siempre. Mi hermano mayor hizo este trabajo en Inglaterra y tuvo muchos problemas con los intrusos. Por eso sé que uno tiene que poder pedir ayuda. Y hay otra cosa: ¿quién vendría a ayudar si hay problemas? —dijo, esperando una respuesta con la cabeza ladeada.

—Yo mismo. Y Les.

—Sería preferible avisar a los guardias municipales también, y a la policía. Y a los vecinos.

—Lo haré. —Bram ya tenía claro que aquel hombre iba a ser un buen fichaje. No era nada sumiso, pero sí educado y seguro de sí mismo—. Verá, lo contrato encantado si le apetece el puesto —le dijo sonriente, y le tendió la mano.

Se dieron un apretón y Hollins echó un vistazo alrededor.

—Si su esposa necesita ayuda en la tienda, la mía es una mujer muy sensata y estaría encantada de ganarse algún que otro chelín. Se le da bien el dinero, no tendrá que temer por que devuelva mal el cambio o no sume correctamente.

—Dígale que suba a hablar con la señora Deagan. No le prometo nada, pero, si las cosas van bien, es muy posible que contratemos refuerzos.

—Estupendo. ¿Quiere que empiece esta misma noche?

—Desde luego. Entretanto, le busco algo con lo que dar la alarma.

—Si no lo encuentra, traigo mi corneta de momento. Aunque creo que sería preferible una campana, o de mano o colgada de las vigas del techo, si encuentra una, señor.

—Encontraré una.

Bram le tendió la mano y sellaron el trato.

Cuando Sim se iba, Bram cayó en la cuenta de que ya tenía a dos hombres trabajando para él, y eso le robó el aliento unos segundos. Pero eran hombres buenos, y no sería difícil lidiar con ellos. No los trataría como lo habían tratado a él en Irlanda. Jamás trataría a nadie tan mal.

Después de acompañar a Sim a la verja, reparó en que hacía un rato que no sabía nada de Alice, aunque supuestamente iba a ayudar en el bazar. Se la encontró en la casa, sentada, con una tetera en la mesa, delante de ella, una tetera grande, aún medio llena, aunque, al tocarla, Bram vio que estaba fría. ¡Qué desperdicio: hacer tanto té para una sola persona! ¿¡Nadie le había enseñado nunca a ser prudente!?

Agarró la tetera, vertió el líquido en un cazo y lo puso sobre el quemador. Ya puestos, se podía tomar una taza rápida antes de volver al trabajo. Después se

dirigió a ella.

—¿Qué haces aquí sentada, Alice?

—Estaba descansando un poco. No estoy acostumbrada a trabajar tanto.

—¡Trabajar tanto! Viene una fregona dos veces por semana y la colada nos la hacen fuera, así que tampoco tienes tantas tareas como para cansarte. Sé que hace un rato que has vuelto de la compra porque te he visto venir con la cesta. Isabella te necesita en el bazar. Sube ya y olvídate de la cena de hoy. Ya compraremos algo en la panadería. —Mandaría a Les, que podía ir y volver en una cuarta parte del tiempo que iba a tardar Alice. Ignoró la mirada asesina que ella le lanzó—. ¿Y bien?

Soltó un suspiro y se levantó despacio.

—Louisa no va a ser más que un estorbo ahí arriba. No es sitio para una cría.

—Es una de las niñas más tranquilas que he conocido, incluso ahora que has dejado de darle esa porquería. Y nunca tiene apetito. —Miró fijamente a Alice. ¿Eran imaginaciones suyas o parecía culpable? No le estaría dando el Godfrey's Cordial todavía, ¿verdad?—. ¡Date prisa! Hay mucho que hacer. Yo iré también en cuanto me tome el té.

Cuando Alice se marchó, Bram vaciló un momento; se sentía mal por lo que estaba a punto de hacer. Subió al cuarto de su invitada y lo registró con cuidado. Ni rastro del frasquito azul. Ya estaba a punto de marcharse cuando el sol se reflejó en algo que produjo un destello de color. Dio media vuelta, moviéndose despacio, y vio de nuevo el destello. Provenía de lo alto de la viga de madera que corría paralela al borde superior de una de las paredes. Alargó el brazo y bajó un frasquito, y lo asqueó que Alice siguiera dándole aquel veneno a su propia hija.

¿Qué podía hacer? No quería que Alice montase un numerito justo antes de la inauguración. Entonces sonrió. Se llevó el frasquito abajo, lo vació, lo enjuagó y lo rellenó de agua con melaza hasta que quedó más o menos del mismo color; después volvió a dejarlo donde lo había encontrado.

Apuró deprisa la taza de té y regresó al bazar. Alice estaba plantada en el centro, de espaldas a la puerta, hablando muy seria con Isabella; la niña, sentada en un rincón, adormilada.

—¿Aún no has empezado a trabajar, Alice? —le gritó él.

Ella dio un respingo y, girándose, lo miró ceñuda.

—¿Es que ya no puedo ni hablar con mi prima?

—Si necesito que trabajes, no —respondió él rotundamente. No esperó respuesta; la puso a abrillantar con cera de abeja las estanterías que forraban ya una de las paredes—. Y ándate con cuidado, porque vas a pagar cualquier cosa que rompas —le advirtió.

Ella inspiró hondo, pero no contestó. Él fue a seguir desempaquetando sus compras de Singapur: sacó los cuenquitos de té y les sonrió. Tenía el capricho de quedarse unos cuantos para su propio uso, así que llamó a su mujer para que se acercara.

—¿Cuáles nos quedamos, Isabella? Me apetece tomar el té alguna vez como lo hacían el señor Lee y su familia.

Ella acarició suavemente uno de los cuenquitos.

—Me traen recuerdos, ¿a ti no? Echo de menos a Xiu Mei y al señor Lee. Hasta echo de menos a Ah Yee, siempre bramando órdenes. —Cogió uno, lo estudió y luego miró los otros, y al final eligió unos de color azul y blanco—. ¿Me puedo llevar también unos cuantos platos grandes? No tenemos mucha vajilla.

—Y algunos se han roto.

Ella rio.

—Alice te tiene pavor. Deberías ver el cuidado con el que lava los platos ahora.

—Bien. Así debería ser.

Ella se acercó a susurrarle:

—Tú y yo sabemos que jamás le harías daño a nadie.

—No se lo digas a ella, que, si no, nunca conseguiré meterla en cintura. En cuanto a los platos, sí, claro que te puedes llevar los que necesites.

Bram no pudo resistir la tentación de pasarle el brazo por la cintura y darle un abrazo rápido. Levantó la vista a tiempo para ver la cara de añoranza de Alice, que los observaba. Entonces se le ocurrió que lo que aquella mujer necesitaba en realidad era un hombre que la controlara y la hiciera feliz. No era de las que

sabían vivir solas. Y más le valía que fuese uno con dinero para contratar a una o dos criadas, porque Alice era una vaga y eso no iba a cambiar nunca.

Cuando estaba callada, tenía un semblante tristísimo y, aunque fuera un engorro de mujer, a Bram no le gustaba ver a nadie así. Solo que ¿cómo se le buscaba marido a alguien? Tendría que pensarlo, estudiarlo. Como no le encontrara a alguien, iba a tener que cargar con ella y, además de que era una inútil sin remedio, Bram quería a su mujer para él solo. La voz de Isabella lo devolvió al presente.

—¿En qué estabas pensando, Bram? De pronto te has puesto muy serio.

—En la condenada de tu prima.

—Lo siento, pero no podía darle la espalda.

—No es culpa tuya. Los hay en todas las familias, los garbanzos negros, digo. Mete lo que quieras en esta cesta, anda, y te lo llevo a casa.

Llegó allí justo cuando un hombre les llevaba una yegua a las cuadras. Bien. Los ingresos de aquel negocio no eran suficientes para subsistir solo de eso, teniendo que alimentar y mantener a Alice y a la niña, y apartando el porcentaje de Conn, así que cualquier extra venía bien.

El hombre salió de las cuadras, levantó la vista a la loma y se quedó mirando los cobertizos remodelados y el nuevo senderito.

—¿Qué está pasando allí arriba?

Bram se lo explicó.

—Pero el bazar no ha abierto aún. Venga el sábado a la gran inauguración y podrá comprar todo tipo de cosas curiosas e interesantes.

—Puede que lo haga. Mi hermana se va a casar y tengo que buscarle un regalo.

—Son las esposas las que suelen escoger los regalos.

—He estado demasiado ocupado haciendo fortuna y no estoy casado. ¿Hay alguna mujer en la tienda que pudiera asesorarme?

Bram tomó una decisión repentina.

—Sí. Mi mujer y su prima están colocando los productos ahora. ¿Sabe qué? Si tiene unos minutos libres, le enseño el bazar. Nos vendrá bien alguien de fuera que nos diga qué tal lo estamos haciendo y, si encuentra algo que le apetezca

comprar, se lo puede llevar ya. Permítame que deje esta cesta en mi casa. Soy Bram Deagan, por cierto, el propietario.

—Leonard Chawton. Tengo una granja cerca de York.

—Eso está en el campo, al otro lado de Perth, ¿no?

—Sí, la tierra es mejor que por esta zona.

Subieron juntos al bazar y Bram observó que Alice se animaba al ver entrar a un hombre; después frunció el ceño al ver la clase de mirada que le estaba dedicando. Nunca le había visto esa cara. Si significaba lo que él creía, necesitaba un hombre con mayor urgencia de lo que él había pensado.

Bram se detuvo cerca de donde ella estaba abrillantando y fingió admirar los platos expuestos en las estanterías. Entonces vio que aquellos dos se miraban.

«Así es como lo tengo que hacer: le presentaré a absolutamente todos los hombres que conozca, jóvenes o viejos, empezando por este. Ya se encargará ella del coqueteo. Alguno la querrá. Guapa es, desde luego.»

En voz alta, dijo:

—Esta es la prima de mi mujer, la señora Beaufort. Es viuda. Y aquella de allí es su pequeña.

—Todavía estamos colocando los artículos, señor Chawton —le dijo Alice, mirando lánguida al recién llegado.

A Bram lo asqueó aquel aire de descarada provocación. ¿Se conducía así con todos los desconocidos a los que pretendía?

Después de ver el bazar, Chawton prometió volver a comprar el regalo de boda de su hermana cuando los artículos estuvieran expuestos, si Alice lo ayudaba, y luego Bram lo acompañó a la verja.

—Confío en que encuentre lo que busca —le dijo Bram por cortesía.

—Le voy a ser franco. He venido aquí en busca de esposa, a ser posible una que me pueda dar hijos. No hay mucho donde elegir en la colonia, y menos aún damas, y me llevaría mucho tiempo pedir que me buscasen una en Inglaterra y me la mandaran, sin garantía alguna de su aspecto. ¿La señora Beaufort está de duelo?

—Lo cierto es que no. Su marido era un tipo... flojo, no supo mantenerla.

Chawton lo miró a los ojos.

—Tengo otras dos damas por conocer, amigas de mi futuro cuñado, pero me gusta su prima.

Bram lo miró extrañado.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me gustan las mujeres dispuestas y simpáticas.

Bram profirió un gruñido de circunstancias y lo vio bajar la calle silbando. Le habría costado creer aquello si no lo hubiera oído él mismo. Sabía que había diez hombres por cada mujer en la colonia, así que suponía que la franqueza de Chawton en cuanto a lo de que buscaba esposa era el resultado lógico de aquella estadística.

De las cuadras le vino un suave murmullo: el de Les hablándole a la yegua recién llegada. Se le daban bien los caballos a Les, los trataba más bien como si fueran animales de compañía.

Luego Bram se olvidó de Les y sacó los platos y las bandejas de la cesta, y acto seguido enfiló el senderito nuevo de piedra caliza triturada. Debía encontrar un modo de hacer especial la inauguración, para que la gente se acercara por pura curiosidad. Estaba impaciente por ver el nuevo rótulo que había encargado.

Confiaba en que Dougal volviera más rápido esa vez y trajera montones de mercaderías. Él le había pedido más, pero no tantas como habría querido, porque iban a ir justos de dinero hasta que empezaran a vender los artículos. Razón de más para quitarse a Alice de encima.

Hasta que se fueron a la cama, Bram no se acordó de mencionar las cuitas de Flora. Isabella dejó de desnudarse y se lo quedó mirando espantada.

—¡Qué horror! ¿Cómo puede una madre hacerle eso a su propia hija?

—No sé. Esa bruja es de lo peor que te puedas echar a la cara. A lo mejor piensa que, si deshonra a Flora, esta no se atreverá a hacer otra cosa que quedarse allí con ella y hacer lo que diga el tiempo que su madre lo necesite.

—¿Qué podemos hacer para ayudarla?

—Poca cosa hasta que vuelva Dougal, salvo negar los rumores, decir que nosotros no los creemos.

—¿Y nos van a creer a nosotros?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Habrá quien no. Solo podemos hacer todo lo que esté en nuestra mano.

Se estiró y bostezó.

—Pareces cansado —le dijo ella—. Estás trabajando demasiado.

—Me recuperaré en cuanto abramos el bazar. También tú estás trabajando mucho.

Bram le contagió el bostezo e Isabella bostezó también.

—Ahora me canso más de lo normal.

—Pues ven a descansar. Charlaremos tranquilamente hasta que te quedes dormida.

Pero ella se quedó dormida al minuto de tumbarse a su lado. Bram la estudió a la luz de la luna, sonriendo por la forma en que se cogía una mejilla con la mano. A él le daba igual trabajar mucho. Quería que Isabella y sus hijos vivieran bien.

La fortuna parecía sonreírle, pero no daría nada por sentado. A la fortuna normalmente había que echarle una mano, trabajando duro, y por él estaba bien.

19

La campana de alarma del bazar sonó en plena noche y el sonido se propagó claramente en el silencio nocturno. Bram despertó sobresaltado y apenas tardó unos segundos en darse cuenta de lo que era. Bajó de la cama, se puso el batín y se calzó las botas. Sin molestarse en encender un farolillo, subió deprisa al bazar, haciendo crujir la gravilla del sendero. El color más claro de la piedra caliza lo guio en la oscuridad.

Aporreó la puerta de entrada, cayendo de pronto en la cuenta de que había olvidado las llaves. Sim le abrió casi de inmediato, con un farolillo en la mano.

—¿Qué ha pasado?

Sim se hizo a un lado para dejarlo pasar, y agarró una porra que había dejado apoyada en la pared.

—Alguien ha roto de una pedrada una de las ventanas de atrás.

Bram se giró para echar el cerrojo de la puerta principal y se dirigió rápidamente al fondo del bazar, donde Sim le alumbró un montón de cristales rotos en el suelo.

—He visto a alguien ahí fuera, a un hombre grande, pero, como la luna no había salido aún, no le he distinguido la cara.

—Enciende otro farolillo. Voy a salir a asegurarme de que está todo en orden.

—Llévese la porra, señor. Yo usaré uno de estos bastones de madera si alguien intenta entrar mientras usted no está. Se agarran muy bien con todas esas tallas.

Bram dudó un instante. Odiaba las armas de cualquier tipo, pero, como tampoco era un tipo corpulento, a lo mejor no estaba de más que llevase algo con lo que protegerse.

Rodeó el edificio, iluminándose el camino con el farolillo y procurando no pisar las huellas que se veían claramente en la arena mojada. Alguien había avanzado por el lateral del edificio y se había detenido de pronto, a juzgar por cómo se amontonaban las huellas unas encima de otras. Debía de haber estado paseándose de un lado a otro mientras esperaba. Las huellas eran similares a las de la otra vez, también de botas pesadas.

Imaginó que el intruso había ido primero a la puerta principal, había visto a Sim dentro y se había desplazado con sigilo por el lateral. A Bram se le ocurrió que, si pedía que le pusieran piedra caliza triturada o gravilla alrededor de todo el edificio, nadie podría acercarse a él por ningún sitio sin que se oyera.

¿Por qué había vuelto el intruso? La otra vez no había robado nada, así que ¿qué buscaba? ¿Por qué había decidido romper la ventana?

Como no se veía a nadie por allí cerca, Bram volvió para ayudar a Sim a terminar de arreglar el estropicio. Fue a buscar unos tablones a una especie de cobertizo que había al fondo del edificio. No se veía desde la puerta principal y estaba en muy malas condiciones; por eso solo lo usaba para guardar trastos. Entre Sim y él clavetearon los tablones sobre la ventana rota.

No paraba de darle vueltas al problema. ¿Quién quería fastidiarlo, hacerle daño? Solo se le ocurría que fuera Mundy.

—Perdone, señor... Esto debía de venir con la piedra. Lo acabo de ver.

Al darse la vuelta, vio que Sim llevaba un papel arrugado en la mano, y lo cogió. En él, en mayúsculas, escrito de mala manera con lo que parecía una cera infantil, ponía:

SI ME PAGAS 100 LIVRAS TUS TIENDA ESTÁ A SALVO
LOS DIFICIOS DE MADERA ARDEN FÁCIL

Bram se puso malo al verlo, y tan furioso que se le nubló la vista unos segundos. Dinero. Eso era lo que quería aquella persona. Vio que Sim lo miraba angustiado.

—Lo has hecho bien. Has impedido que entrara.

—Pero no he podido impedir que rompiera la ventana...

—Eso ya lo arreglaremos.

—No es fácil encontrar cristal, y tampoco es barato.

—Tengo algo de vidrio para ventanas. Iba a venderlo, pero ahora tendré que usar una parte para las reparaciones.

—Convendría poner una malla de alambre por fuera, señor Deagan, por si ese tipo vuelve a intentar tirar una piedra.

—Buena idea. —Aunque era más caro.

Cuando Bram volvió a la casa, vio a Les plantado a la puerta de las cuadras, armado con una horca. Le había pedido que se quedara allí vigilando, salvo que le pidieran socorro, y eso había hecho, gracias a Dios. No les interesaba dejar las cuadras desatendidas mientras tuvieran a su cargo los caballos de otras personas. Ahora que Tommy dormía en el almacén de maderas, Les estaba solo allí, pero, por suerte, tenía el sueño ligero.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Alguien ha tirado una piedra por la ventana, con este mensaje —contestó, y le pasó el papel.

Les no lo cogió.

—No se me da bien leer. ¿Qué dice?

Bram le leyó el mensaje sin comentar el hecho de que tuviera que hacerlo.

—¿No podríamos poner, quizá, una o dos trampas por las noches en la parte de atrás? —preguntó el otro pensativo.

—Ya veré. Y, por supuesto, voy a informar a la policía.

Su empleado resopló con sorna.

—¿A esa panda? Siempre andan de parloteo con la gente. Nunca están disponibles cuando se les necesita. No verían nada salvo que les diera en la frente. No podemos contar con ellos, señor. Estamos solos en esto.

—Cuesta defenderse cuando no sabes quién te ataca. —Les abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor—. ¿Tienes en mente al mismo que yo? ¿A Mundy?

—He oído decir que su parienta se ha fugado con casi todo su dinero, que ha cogido el vapor a Sídney. Ese es un imbécil.

—Pero es un hombre corpulento, y Sim dice que el intruso era grande. Aguza el oído y, si te enteras de algo más, me lo cuentas. —Bram se lo pensó un poco,

porque le fastidiaba tener que gastar más dinero, pero había que hacerlo—. Le preguntaré a Sim si tiene algún amigo que pueda venir a ayudarlo, solo hasta que pase la gran inauguración. No quisiera que nada estropease eso.

—Convendría preparar unos cubos de agua y arena también, por si acaso.

Bram tomó nota mental de comprar unos cubos, y luego se fue a la cama. Le contó a Isabella lo ocurrido y volvieron a acostarse. La oyó quedarse dormida, pero él no consiguió desconectar. No paraba de repasar lo sucedido, buscando una manera de proteger su finca. No iba a permitir que nadie le estropeara su sueño.

Se quedó traspuesto a ratos, pero no consiguió dormir en condiciones y, cuando el alba empezó a iluminar la alcoba, se levantó y dejó a Isabella durmiendo tranquilamente.

Al llegar a la puerta, se giró a mirarla con ternura. No solo era su apoyo en aquella empresa, sino también su inspiración.

Flora decidió echarle arrestos. No iba a quedarse acobardada en la casita del almacén de maderas por temor a que le hicieran el vacío. Pero tampoco quería hacer pasar otro mal rato a Christopher, así que lo dejó en compañía de Tommy. Parecía que se llevaban bien y Tommy ya tenía mejor aspecto porque estaba comiendo regularmente. Mostraba un entusiasmo conmovedor por complacerlos y conservar su empleo.

—No lo pierdas de vista —le dijo ella en voz baja—. Ni quites las cadenas de la verja grande. No queremos que nadie se lleve la madera del señor Nash.

—Así lo haré. ¿Usted estará bien, señorita?

Le vio la cara de pena a Tommy y supo que entendía lo que ocurría, así que se irguió.

—Sí —contestó—. No pienso rendirme.

Pero era difícil mantener la serenidad en el rostro cuando las personas a las que conocías desde hacía años pasaban por tu lado como si no existieras. Muy difícil.

Dobló angustiada la esquina hacia High Street, convencida de que se toparía

con más desaires aún en aquella calle comercial tan concurrida. Casi de inmediato, se cruzó con uno de los capitanes compañeros de Dougal, que iba con su esposa. Dominada por la aprensión, los vio acercarse, esperando que pasaran de largo... Pero ¡no! Se detuvieron y le sonrieron.

—¿Qué tal se encuentra hoy, señorita McBride? —le preguntó él.

La mujer vaciló, pero su marido le dio un codazo, y ella dijo:

—Buenos días, señorita McBride. ¿Cómo está? —Pero lo hizo sin ganas, como si recitase algo aprendido de memoria.

Flora decidió optar por la franqueza absoluta.

—Lo estoy pasando mal. Alguien está haciendo correr rumores sobre mí, ¡rumores que no son ciertos!, y me están haciendo el vacío. —Vio que la mujer se ruborizaba y añadió—: Al parecer, usted ya los ha oído.

Fue el capitán quien habló:

—Debo reconocer que me... sorprendió. ¿Sabe quién ha sido? Su madre dice que no tiene ni idea, pero...

—Pero ¿qué?

—Nos ha confirmado que, en efecto, se ha ido usted de casa para vivir con un hombre.

Ante aquella nueva confirmación de sus sospechas, Flora decidió no proteger más a su madre.

—Tengo la certeza de que ha sido ella quien ha iniciado los rumores. —La pareja hizo un aspaviento, pero ella continuó con obstinación—. Yo quería irme de casa para montar una pensión con una amiga. Mi madre quería que me quedase y siguiera siendo su criada gratuita. A Dougal le pareció estupendo que me ganara la vida por mi cuenta, pero está de viaje y, cuando mi madre y yo discutimos, ella me echó. Al principio estaba alojada en casa de los Deagan, pero luego acepté un puesto de ama de llaves para tener un techo bajo el que cobijarme. Eso no es lo mismo que marcharse de casa para vivir con un hombre.

—Ah... —dijo la mujer, relajándose un poco.

El capitán sonrió a Flora.

—Aférrese a lo que quiera hacer, señorita McBride. Mi prima es mártir absoluta de su anciana madre. Ha sido desgraciada toda la vida, y eso no se lo

deseo a nadie. Además, su madre no es tan mayor y, desde luego, no está enferma.

Cuando se alejaban, el viento le trajo a Flora sus comentarios y los oyó decir claramente:

—Te lo dije.

—¿Tú la has creído?

—Sí, claro que sí. Por supuesto. ¿Tú no?

—Creo que sí. Nunca ha sido una buscona.

Flora tuvo que parar para serenarse, porque aquel apoyo y aquella bondad inesperados le resultaban tan difíciles de digerir como la crueldad anterior. Al reanudar la marcha, vio que se acercaba Alice Beaufort y se detuvo a saludarla.

—Buenos días, señorita Beaufort.

Alice titubeó y luego siguió su camino.

Flora se indignó. Mientras se alojaba en las cuadras de alquiler, había oído pedazos de conversaciones suficientes para deducir que Alice Beaufort se había fugado de casa con un hombre con el que no estaba casada. Dio media vuelta bruscamente y la siguió deprisa.

—Ni se le ocurra tratarme así, señora Beaufort, o seré yo quien le cuente a la gente lo suyo. Y lo que yo sé de usted es verdad; los rumores que corren sobre mí no.

Alice se quedó pasmada y miró enseguida a ambos lados.

—Iba... absorta en mis pensamientos. No pretendía hacerle un desaire.

—Más le vale.

Flora continuó con sus compras y después volvió despacio al almacén de maderas. Estaba hastiada ya, cansada de batallar contra las sombras.

Christopher rondaba la verja, aguardándola, mientras Tommy repasaba las piezas de otro de los montones desordenados de madera serrada, organizándolos metódicamente en pilas.

—¿Podemos ir a ver el bazar ya, señorita McBride? Me dijo que podríamos —le suplicó el niño.

—Dame un momento para que guarde la compra y me tome un té, y luego nos acercamos. Vas muy bien organizando las maderas, Tommy.

—El señor Nash me dijo que podía usar algunos de los tablones combados para tapar los agujeros de mi cabaña. A ese pobre caballo y a mí nos silba el viento una barbaridad.

—Buena idea, pero ahora cada vez hará más calor. Pronto será primavera y ya no lloverá tanto. Y en verano no lloverá nada. ¿Te gusta trabajar aquí?

Tommy sonrió de oreja a oreja.

—Sí, señorita. El señor Nash me dijo que me enseñaría el oficio de la madera y yo soy un buen trabajador.

—No vas a encontrar a nadie que sepa tanto como él de maderas, así que no podrías tener mejor maestro.

Le sorprendía que Mitchell le hubiera hecho aquel ofrecimiento, pero, claro, también le había sorprendido que Bram hubiera sabido sacarle lo mejor a Les, que en nada se parecía ya al tipo macilento que se escondía en las cuadras.

Tal vez Bram y Mitchell sabían ver el potencial de las personas, o a lo mejor era solo que la bondad obraba milagros en los hombres que no estaban acostumbrados a que los tratasen bien.

Bram y Mitchell le caían bien, y los respetaba, pero ninguno de los dos le inspiraba sentimientos románticos. Eso no le había pasado con ningún nombre desde los diecinueve años. Se quitó aquel recuerdo de la cabeza enseguida. Su madre había puesto fin de inmediato a aquel romance incipiente y Flora se había pasado semanas llorando hasta quedarse dormida. Si él se lo hubiera pedido, ella habría desafiado a su madre y se habría fugado con él.

Vio que Tommy la miraba expectante.

—Ay, perdona, ¿decías algo?

—Decía que hoy tengo que presentarme ante el magistrado, señorita. Lo haré cuando mejor le venga a usted.

—¿Por qué no vas ahora? Me quedo aquí hasta que vuelvas; luego Christopher y yo haremos nuestra escapada.

Necesitaba un descanso antes de reunir el valor necesario para enfrentarse de nuevo al mundo.

Tommy se despidió levantándose un poquito la gorra maltrecha y se fue enseguida.

—Me doy toda la prisa que pueda, señorita —le gritó mientras se iba.

Isabella estudió las estanterías de las paredes y las mesas de caballete recién instaladas en las que se habían dispuesto todo tipo de artículos. Estaba verdaderamente complacida con ello, con todo lo que Bram y ella estaban haciendo, de hecho.

Echó un vistazo a la otra punta de la estancia y vio a su prima allí plantada, mirando al infinito en vez de trabajar.

—¡Alice!, ¿aún no has terminado de abrillantar eso?

Su prima le lanzó una mirada asesina.

—Te estás volviendo tan mala como él, todo el rato regañándome.

—¿Qué esperas de nosotros? ¿Lujos? ¿Ocio? No nos lo podemos permitir.

Se volvió a buscar a la niña y vio que andaba otra vez acurrucada en un montón de sacos de arpillera.

—Voy a bajar a preparar algo de comer. Me llevo a Louisa, así no tienes que preocuparte por ella y puedes seguir con tu trabajo.

Alice se encogió de hombros.

Isabella despertó con delicadeza a la pequeña y se la llevó a la casita, sorprendida de que aún tuviese tanto sueño a todas horas.

Llegó Bram mientras preparaba la comida.

—Hola, cariño —dijo, y le plantó un beso en la mejilla—. He ido a la policía y les he informado de lo del intruso. ¿Hay algo de comer? Estoy muerto de hambre.

—Como siempre. Eres un pozo sin fondo. —Sacó pan, mantequilla y queso, pero tuvo que volver a despertar a la niña y sentarla a la mesa. Luego fue a hacer un poco de té—. Me preocupa Louisa. Sigue teniendo mucho sueño.

—No me extraña —contestó Bram, y se acercó a contarle en voz baja que había encontrado más potingue de aquel en el cuarto de Alice.

—¡Ay, no! ¡Qué horror! Bram, ¿qué vamos a hacer con mi prima? Siempre me ha preocupado, pero ahora... es que ni siquiera la aguanto. Ha cambiado muchísimo.

—Olvídate de ella un rato. Vamos a comernos esto y le llevamos algo para que coma ella después. Y le damos de comer a la niña también.

—Si conseguimos mantenerla despierta el rato suficiente.

—¿Crees que deberíamos consultar a un médico?

—A ver cómo nos va. Alice debe de tener aún algo de dinero si quiere comprar más frascos de esa porquería. Yo jamás se lo daré a nuestros hijos —dijo, llevándose una mano al vientre, y entonces él puso la suya encima.

—Me pregunto si será niño o niña.

—Niña —contestó ella enseguida.

Él sonrió.

—Y yo pensando que sería niño. ¿Cómo lo vamos a llamar? O la vamos a llamar...

Hablaron de nombres mientras comían, persuadiendo a Louisa de que comiera algo, disfrutando los dos de la ausencia de Alice.

Alice oyó que alguien subía por el sendero de gravilla y se levantó enseguida del montón de sacos de arpillera vacíos sobre los que estaba tomándose un descanso. La idea de que pudiera ser el intruso la hizo desear que Bram o Isabella estuvieran allí.

Un hombre se detuvo en el umbral de la puerta, alto, corpulento, recortado a contraluz. ¿Quién era? Se le aceleró el corazón.

El hombre entró y, para alivio de ella, cuando pudo verle la cara descubrió que se trataba del señor Chawton. Era muy fuerte y viril. Iba bien vestido, aunque no a la moda, y se había quitado el sombrero al entrar. Buenos modales. No era guapo, pero tampoco feo.

Renington y Parker eran guapos, y ¿de qué le había servido a ella? Tendría que haber buscado un hombre fuerte como aquel, un hombre que pudiera cuidar de ella. Si algún día volvía a casarse, eso haría.

Se le aceleró el pulso cuando él se le acercó. Hacía mucho tiempo que no la tocaba un hombre, y lo echaba de menos. Él se detuvo a escasa distancia y la miró de arriba abajo, sonriendo, como si le gustara lo que veía. Ella se atusó el

pelo, y confió en que así fuera. Solo encontrando marido podría escapar de aquella esclavitud.

—¿Está por aquí el señor Deagan? —preguntó él.

Ella se estiró las faldas y se movió de una forma que resaltaba su figura, de la que aún se sentía orgullosa, a pesar de haber dado a luz a una criatura.

—Si quiere esperarlo, señor Chawton, no tardará en volver.

—Será un placer esperar en tan grata compañía. Quizá podría enseñarme esto mientras tanto... Busco un regalo de boda para mi hermana.

Alice titubeó, incapaz de disimular lo poco que le gustaba aquello.

—No soy la más indicada para ese menester, señor Chawton.

—Ah..., ¿y por qué no?

Chawton le tendió el brazo y ella lo aceptó, satisfecha con su fortaleza.

—Creo que no nací para ser tendera.

—¿Para qué nació?

—Para ser esposa.

—¿Y madre?

No se atrevió a decirle que la maternidad la aburría. Se limitó a sonreír y contestó:

—¿No va lo uno seguido de lo otro? De hecho, tengo una pequeña.

—Eso me dijo el señor Deagan.

—Ahora mismo, Louisa está con mi prima Isabella, pero vuelven enseguida.

Él le dio una palmadita en la mano con la que le agarraba el brazo.

—Demos entonces un paseo por la tienda y finja que ha venido a comprar en vez de intentar venderme algo. Si ve alguna cosa que le parezca un buen regalo de boda para mi hermana, indíquemelo.

Alice se detuvo delante del baúl de sedas, que estaba cerca.

—Allí hay algunas sedas preciosas; por eso están bajo llave. Por desgracia, yo no puedo abrirlo. Mi prima Isabella se las trajo de Singapur. Seguro que a su hermana le encantaría hacerse un vestido con una de ellas. Como a cualquier mujer. ¿Se le parece?, ¿tiene su mismo color de piel?

—Es de pelo oscuro, sí. Pero a mí me gustan más las pelirrojas como usted —dijo, y, alargando la mano, se lo acarició con la yema del dedo.

Ella contuvo la respiración y lo miró. La forma en que le sonreía la acaloraba. ¿Sería posible? ¿Estaría interesado en ella? Le había dicho que venía del campo. ¿Se quedaría allí lo suficiente para que llegaran a conocerse?

Le dejó que hiciera él casi todos los comentarios sobre los diversos artículos que tenían a la venta y siguió caminando a su lado, susurrando su aprobación a lo que él decía y señalando de vez en cuando algo que le parecía bonito. Pero él parecía pasar tanto tiempo mirándola a ella como los artículos expuestos, y las miradas que seguía lanzándole la sonrojaban. Aquellas miradas tenían un lenguaje propio, distinto del de las palabras que él estaba usando.

Alice no supo si alegrarse o entristecerse cuando Isabella y Bram regresaron, cada uno de una manita de Louisa.

—Ah, ya estáis de vuelta. El señor Chawton ha venido a elegir un regalo para su hermana y yo les estaba...

Quiso apartarse de él, pero él no la soltaba; le agarraba con fuerza la mano, y ella lo miró sorprendida.

—La señora Beaufort ha tenido la amabilidad de enseñarme la tienda, pero aún no hemos encontrado un regalo adecuado. Tal vez podríamos seguir mirando y luego... comentaremos con ustedes lo que hemos visto.

Alice vio que Isabella se volvía perpleja hacia Bram. Sabía que estaba cada vez más colorada, así que evitó mirar a los ojos a su prima.

Bram sonrió y dijo:

—Tómate tu tiempo, Alice. Isabella y yo tenemos que hablar de unas cosas. Ya nos ocupamos nosotros de Louisa.

—Tal vez debería hablar usted con Bram del regalo —le susurró Alice a su acompañante.

—Pero me agrada hablar con usted...

—Ah, ¿sí?

—De lo contrario, no me habría quedado aquí. Soy un hombre ocupado.

—¿A qué se dedica usted, señor Chawton?

—Tengo una finca cerca de York. Una granja, podría decirse. ¿Le interesan las vacas y las ovejas? —Ella sonrió y negó con la cabeza—. Tengo una mansión, criados y un capataz que lleva la granja. Mi hermana se ha encargado

del hogar durante los últimos tres años, pero se casa dentro de poco, así que he venido a buscar... —se lo pensó bien y luego continuó—: un regalo para ella y una esposa para mí.

—Ah. Entonces habrá que buscarle... ese regalo.

—Sí, he venido al sitio perfecto para eso, pero me interesa más encontrar esposa.

Alice se sintió decepcionada: por unos instantes, había pensado que lo atraía, pero parecía que ya tuviera una esposa en mente. Seguramente quería que lo ayudara también a encontrar un regalo para su prometida. Suspiró.

Él dejó de andar.

—¿Ocurre algo?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ha suspirado usted, señora Beaufort. La he notado triste.

Ella se la jugó.

—Envidiaba a la mujer que se case con usted.

—No lo haga, no hay necesidad —respondió él, y siguió andando sin explicar aquel comentario. Cerca de la entrada, se detuvo de nuevo—. Salgamos un rato al sol.

Aquello la sorprendió, pero no quería dejar de hablar con él. Además, Bram la iba a poner a fregar suelos en cuanto estuviera libre otra vez.

Fuera, el señor Chawton la llevó a un aparte y la estrechó en sus brazos, todo en un solo movimiento rápido. Antes de que ella entendiera lo que pasaba, él empezó a besarla, ahogando su chillido de sorpresa con sus labios. Alice tendría que haberse apartado, pero aquella boca era cálida y hacía tantísimo que no la besaba nadie que, al final, no lo hizo. Siempre le habían gustado los besos.

Tardó un rato en darse cuenta de que él había parado y le estaba sonriendo.

—¡No..., no tendría que haber hecho usted eso! —consiguió decir ella, intentando en vano sonar indignada.

—¿De qué otro modo iba a saber si le gustaba besarme? ¿O si me gustaba a mí besarla a usted? ¿Disfruta usted en la cama con un hombre? —Aquel hombre la hipnotizaba, no podía dejar de mirarlo, y solo supo asentir con la cabeza a aquella chocante pregunta—. Eso me ha parecido. Bueno, señora Beaufort, voy a

ser directo. He venido aquí a buscar esposa y no dispongo de mucho tiempo para encontrar una porque tengo que volver a York. ¿Busca usted marido ya o todavía está de luto?

Aquello la despejó del todo otra vez. No tardó más de un minuto en decidir qué responder.

—Sí, busco marido, pero no tengo ni un penique.

—Yo sí —contestó él con un manotazo al aire, como quitándole importancia a su comentario—. ¿Quiere casarse conmigo, entonces? —Ella se lo quedó mirando pasmada, incapaz de decir ni una palabra—. ¿Y bien?

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto. Yo siempre hablo en serio.

—¿Disfruta usted de... una posición acomodada? No quisiera sonar como una mercenaria, pero odio ser pobre.

Él soltó una sonora carcajada.

—Sí, disfruto de una posición muy acomodada. Y me alegra que tenga la sensatez de preguntar.

—Entonces, sí, quiero casarme con usted —contestó ella, y sonrió—. Pero solo si deja de llamarme señora Beaufort y me llama Alice.

—Alice, bonito nombre. —Él le enhebró el brazo en el suyo y dio media vuelta—. Más vale que se lo comuniquemos a tu familia; luego iré a ver al magistrado local para que nos casen enseguida. —Entonces la miró ceñudo—. ¿Tienes alguna ropa mejor que esta?

Ella negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no. Bueno, solo algo mejor.

—Pues habrá que hacerte prendas nuevas de inmediato. Me gusta que mi esposa vaya elegante. —Sonrió—. Te han brillado los ojos con eso.

—Adoro las ropas bonitas.

—Yo adoro a las mujeres bonitas. Ve a hablar con tu prima mientras yo hablo con Deagan, anda —le dijo, dándole un empujoncito.

Sintiéndose ruborizada, tontorrona y guapísima, Alice pasó por delante de Bram

y le dijo:

—El señor Chawton quiere hablar un momento contigo.

Bram se giró y vio a Chawton allí plantado, observando sonriente a Alice.

—Su prima y yo hemos decidido casarnos.

Bram se quedó de piedra, mirando boquiabierto al hombre.

—Fui a ver a las otras dos candidatas y eran feas, ni punto de comparación con su prima.

—Pero no la conoce.

La sonrisa de Chawton se ensanchó.

—Para lo que busco en una mujer, no necesito conocerla bien.

—No tiene dinero y tiene una hija. ¿Está dispuesto a adoptar a la niña?

—No de forma inmediata. Primero quiero disfrutar un poco de mi nueva esposa. Me preguntaba si usted y su mujer cuidarían de la criatura. Los recién casados deberían pasar tiempo juntos, ¿no le parece?

Bram no estaba preparado para hablar por Isabella.

—Tendrá que preguntarle a mi esposa lo de Louisa. Lo haría casi todo ella.

—Se lo compensaré. No me falta dinero.

—No es cuestión de dinero, sino de tiempo y de energías.

—Contrataré a una criada para que los ayude, entonces.

—Parece usted decidido.

—Lo estoy. Soy un hombre al que le gusta tener una mujer en su cama, y no voy a esperar a que me manden una de Inglaterra.

—¿Y qué ha hecho hasta ahora?

El otro le guiñó un ojo.

—Encontré a una mujer dispuesta por aquí, pero ella se ha vuelto a casar y no quiero recurrir a las fulanas. Demasiado riesgo de enfermedades.

—¿Y esa clase de necesidad es la base para un matrimonio? —preguntó Bram, nada complacido con la actitud de Chawton.

—Para mí, es la base del matrimonio.

—¿Y los niños?

—Ella ha demostrado que es fértil, algo que la sitúa un paso por delante de una novia virgen, ¿no le parece?

—Por lo que cuenta, el embarazo no le entusiasmó.

—En cuanto estemos casados, hará lo que se le diga.

Bram lo miró con recelo.

—Yo no pego ni maltrato a las mujeres. Suelo camelármelas con buenas palabras y regalos. —Chawton aguardó y, al ver que Bram no decía nada, añadió —: En realidad, Alice no necesita su permiso para casarse, pero preferiría que este fuese un trato amistoso y que ustedes se encargaran de la niña un tiempo.

—Pues vamos a preguntarle a Isabella si querría quedarse con Louisa unas semanas.

—Gracias. Como le he dicho, contrataría a una criada.

Cuando los prometidos fueron a dar un paseo, Isabella miró a Bram.

—No puedo creer que esto esté ocurriendo.

—No, y con cualquier otra mujer, yo les pediría que esperaran, pero, francamente, mi amor, tu prima nos está haciendo la vida imposible. Además, esto es lo mismo que hizo con sus dos parejas anteriores. Es impulsiva en ese sentido. Si no es Chawton, será otro. Prefiero que se case a que se meta en algún lío sin anillo de boda ni cabeza de familia.

Isabella se estremeció.

—No se me había ocurrido.

—Pero ¿seguro que tú puedes encargarte de Louisa?

—Uy, sí, y si el señor Chawton está dispuesto a pagar una criada, hasta conozco a una chica que lo haría. La nieta de Sim vive con ellos. Tiene trece años y a veces ayuda a una vecina con sus hijos. Pero Sim es muy quisquilloso con las personas para las que deja que trabaje Sally. Seguro que estará encantado de que venga aquí.

—Pues nos espera un fin de semana muy ajetreado, con la inauguración del bazar y una boda.

20

INAUGURACIÓN INMINENTE
El Bazar de los Deagan
14, Clover Street
Fremantle

En este nuevo bazar se pondrá a la venta en breve
una selección de artículos. Más que una tienda, será
un mercado en miniatura, repleto de productos nuevos
y excitantes, además de muebles y otros artículos
de segunda mano de gran calidad.

Los vendedores nos pueden dejar sus artículos
a comisión o alquilar puestos de venta
en nuestro bazar.

A los compradores entendidos les encantarán nuestros exquisitos
productos orientales, llegados regularmente
de Singapur. Entre estos hay vajillas, perfumes, colchas, manteles
y sedas exclusivas del señor Lee.

Al día siguiente apareció Conn de forma inesperada.

—He pensado que debía estar presente en la inauguración del bazar —dijo, bajándose del caballo—. He venido uno o dos días antes porque quiero echar un vistazo detenido a Fremantle, ver si podría gustarme vivir aquí parte del tiempo.

Bram sonrió a su viejo amigo.

—Te veo bien, y me alegro de que hayas venido. No es lo mismo una carta que tenerte aquí. Además, el bazar también es tu inversión.

—Yo solo he puesto dinero. El mercader eres tú, y eres tú quien le ha dedicado horas. Y has encontrado los artículos. No, Bram, tú has aportado más que yo, y eso se reflejará en nuestro acuerdo.

—¿Vas a dejar el caballo aquí?

—Por supuesto. Y me alojo en casa de los McBride, como de costumbre, espero.

—Ah.

Conn lo miró extrañado.

—¿Cómo que «Ah»?

—Hay un problema —le dijo, y le contó lo de Flora.

—Entonces ¡no me alojo ahí! —respondió enseguida—. ¡Como si Flora fuese capaz de comportarse así! Nunca me ha caído bien esa madre suya tan escandalosa, y siempre me fastidia que se acuse a alguien falsamente.

Guardaron silencio los dos unos segundos al recordar lo que le había pasado a Conn.

—Por suerte, Dougal volverá pronto —terció Bram al ver que el silencio se alargaba demasiado—. Confío que, entonces, se solucionen los problemas de Flora de una vez por todas.

—Cuesta parar un chisme maledicente. Siempre encuentra el modo de seguir creciendo por su cuenta, alimentándose de mentiras.

—Bueno, nosotros haremos lo que esté en nuestra mano. Oye, si no te importa que el alojamiento sea incómodo, te puedes quedar aquí. Les no se ha molestado en volver al cuartito de detrás del guadarnés. Seguro que te podemos encontrar una cama adecuada, pero el colchón será de paja, me temo.

—En situaciones peores me he visto. Soy de buen dormir, así que estupendo.

—Y comes con nosotros, por supuesto.

—Gracias.

—¿Irás a la boda de Alice?

Conn lo miró sorprendido.

—¿Alice se vuelve a casar?

—Sí —contestó Bram, y le explicó lo sucedido.

El otro lo miró inquisitivo.

—Cielo santo, qué mujer más impulsiva.

—Sí, muy impulsiva. Ya se ha fugado con dos hombres, y no eligió muy bien, pero esperemos que a la tercera vaya la vencida. Chawton parece un tipo bastante decente, con mucho dinero, pero que centra su vida en sus necesidades físicas. No creo que se case por amor, sino más bien por conveniencia, y por la descendencia. En cualquier caso, a ella le vale con eso. Ven a ver nuestro bazar.

Conn subió parte de la loma y se detuvo a contemplar el bazar.

—Has obrado maravillas con un montón de cobertizos destartalados. Si esto es una muestra de lo que eres capaz de conseguir con casi nada, te auguro que algún día serás rico.

Bram no lo tenía tan claro.

—Dudo que vaya a ser rico, pero me conformo con llevar una vida cómoda. Así podría traerme a mi familia de Irlanda a Australia y ofrecerles una existencia mejor.

El otro sonrió.

—Ay, los Deagan siempre haciendo piña, ya desde niños. Si quieres, la próxima vez que escriba a mi hermano Kieran, le pregunto por tu familia.

—Te lo agradecería. Me preocupan y, aunque yo les he escrito, solo he recibido una nota muy seria de mi hermana en que me decía que estaban todos muy bien y contentos de tener a tu hermano en la mansión.

Conn alzó la vista.

—El rótulo pinta bien, grande y bonito: EL BAZAR DE LOS DEAGAN.

—¿Quieres que añada tu nombre? Aún lo puedo cambiar si quieres.

—No, por Dios. Yo aquí soy un socio sin voz ni voto. —Cuando entraron, se detuvo admirado—. Parece listo para abrir. Mira ese suelo resplandeciente, y

estas estanterías y esas mesas repletas de artículos. ¿Cómo has encontrado tantas cosas en tan poco tiempo?

Isabella, que estaba colocando unos artículos de segunda mano con la ayuda de la mujer de Sim, alzó la vista y sonrió al ver a Conn.

—¿Teníamos que saber que venía, señor Largan?

—Llámame Conn. Bram y yo somos amigos desde hace mucho. Y, no, no sabíais que venía. Cuando recibí la carta de Bram me apeteció venir a la inauguración, y Maia insistió en que viniera. Le parece que Karsten aún es muy pequeño para viajar.

Bram echó un vistazo alrededor.

—¿Dónde está Alice?

A Isabella se le enfrió el semblante.

—¿Quién sabe? Ha salido con el señor Chawton y no he vuelto a verla.

—Veo que te ha dejado a Louisa —dijo él, mirando al rincón del fondo, donde la pequeña jugaba en una manta con sus escasos juguetes—. Hoy la veo un poco más despierta.

—Ya no se queda dormida a todas horas. ¿Quieres que te enseñe esto, Conn, o prefieres mirar por tu cuenta?

—Prefiero que me hagas la visita. Estoy asombrado de la cantidad de artículos que habéis reunido.

Empezaron a hablar de negocios, y mejor así, se dijo Bram. Era muy injusto por parte de Alice que le dejara la niña a Isabella, que ya tenía bastante con lo suyo.

Esa misma tarde, alguien le dijo a Bram que el barco de Dougal acababa de atracar en Fremantle. Fue a decírselo a Isabella.

—¿Crees que Flora sabrá que ha vuelto?

—Puede, pero dudo que esté saliendo mucho, así que más vale que nos aseguremos, ¿no te parece? —Bram contuvo un suspiro. Como si no tuviera ya suficiente con la boda al día siguiente y la gran inauguración dos días después—.

Si te encargas tú del próximo lío en el que se meta Alice, ya me paso yo a ver a Flora.

Isabella tiró de él para darle un abrazo rápido.

—Dile que, si podemos hacer algo por ella, que no dude en pedirlo.

—Lo haré. No trabajes mucho.

—Ahora tengo una ayuda excelente. ¡Bendita señora Hollins! No sé qué haría sin ella.

—Por lo menos no hemos vuelto a tener intrusos.

—A lo mejor, al ver que teníamos vigilante nocturno, se ha rendido.

—A lo mejor —contestó, pero Bram, que tenía un mal presentimiento, había contratado a un amigo de Sim para que vigilara también los terrenos de alrededor del bazar. No es que fuera clarividente, pero a veces percibía cuándo iba a ocurrir algo malo, y en esos momentos se notaba aquella sensación desagradable de intranquilidad en el vientre.

No paraba de despertarse sobresaltado por las noches, aguzando el oído por si sonaba la campana de alarma u oía pasos; no sabía qué estaba esperando, pero lo que tenía clarísimo era que no se iba a dejar sobornar. A medida que se adentraban en la primavera, las noches eran cada vez más calurosas. Ojalá aún hiciera frío y lloviera a cántaros; tal vez así el intruso no incordiaría tanto.

Dejando de lado aquellos pensamientos, recorrió con brío las calles hasta el almacén de madera, satisfecho al ver el cambio que Tommy había obrado allí. Todo aquello tenía muy buen aspecto, producía una mejor impresión en los transeúntes, y ya había un montón de espacio para maderas nuevas.

Cruzó la cancela, se acercó a la casita y llamó a la puerta.

Abrió Flora.

—¡Bram! Pasa, por favor.

—Mejor no —contestó él—. Los chismosos se lo iban a pasar en grande si alguien te viera recibiendo a hombres estando sola. He venido a decirte que el barco de Dougal acaba de atracar.

Ella cerró los ojos y soltó un suspiro largo y entrecortado.

—¡Menos mal! ¿Ha desembarcado ya?

—No creo, pero tampoco tengo la certeza.

—Iré al malecón a ver qué pasa. ¡Christopher! Vamos a ver los barcos. Creo que mi hermano acaba de llegar.

—¿Podré subir a su barco, señorita McBride?

—Seguro que más adelante te deja, cuando ya hayan descargado el cargamento, pero hoy no. Ve a esperarme junto a la cancela.

—Ya empieza a hablar con normalidad —comentó Bram.

—Sí, al menos eso lo estoy haciendo bien.

—Tú no has hecho nada mal —le dijo Bram con rotundidad.

Ella lo miró fijamente.

—Lo sé, pero eso no impide que la gente piense lo peor, ¿a que no?

—Tus amigos no. —Bram se retiró—. Te dejo a lo tuyo, entonces —añadió, y, tras despedirse tocándose el sombrero, se fue. Tenía un millón de cosas que hacer ese día.

Ella se quedó allí plantada, mirando al infinito; luego suspiró y fue a arreglarse.

Flora se aseguró de que Christopher fuera limpio y aseado, y después recorrieron el muelle juntos, mientras el niño hacía comentarios de vez en cuando y se mostraba feliz de haber salido.

El *Bonny Mary* estaba atracado en Gage Roads, con las barcazas al lado, esperando para descargar las mercancías. Puede que no hubiera pasajeros en aquel viaje; Dougal solo a veces aceptaba algunos.

Se hizo sombra con la mano y escudriñó la cubierta, pero no vio ni rastro de su hermano allí. Le fastidió no haber pensado en escribir una nota y mandársela, comentándole lo ocurrido, pero ¿cómo se plasmaba en papel algo tan desagradable? ¿Y si caía en las manos equivocadas?

—No tiene sentido esperar aquí —le dijo al pequeño—. Mi hermano aún tardará un rato en bajar a tierra.

—¿Podemos ir a comprar pastelitos para el té?

—¿Por qué no?

Pero en casa los aguardaba otra sorpresa: Mitchell acababa de volver y estaba

allí, hablando con Tommy. Se giró y el niño gritó:

—¡Papá!

Y echó a correr hacia él. Sonriendo de oreja a oreja, Mitchell cogió en brazos a su hijo y dio vueltas con él.

—¡Qué bien te veo, hijo! —Luego miró a Flora, a la espalda de Christopher, y frunció el ceño—. Te veo angustiada. Pasa algo.

Ella vaciló un momento y dijo mirando al chiquillo:

—Ahora no.

Cuando hubieron tomado el té y los pastelitos quedaron reducidos a unas migas, Mitchell le dijo a su hijo:

—Ve a jugar fuera, que quiero hablar con la señorita McBride. No salgas de la finca. —Entonces se volvió hacia Flora muy serio—. ¿Qué ha pasado? ¿Hay algo que no sepa de Christopher? Yo lo veo bien.

—No es por él. —Flora guardó silencio unos segundos, pero después decidió que Mitchell se iba a enterar de la verdad en cuanto empezara a hablar con la gente, así que le contó exactamente lo que su madre le había estado haciendo.

Él la miró perplejo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo ha podido deshonrarte así tu propia madre? ¿Se ha vuelto loca?

—No, solo es egoísta, siempre lo ha sido: solo piensa en sus propias necesidades y nunca en lo que puedan querer los demás o en el daño que hace —dijo con voz temblona, y se miró las manos cruzadas, esforzándose por no llorar.

—¿Serviría de algo que yo fuera a verla?

—Lo dudo.

—Pero voy a ir a ver a tu hermano, desde luego. —Se hizo el silencio un momento, y entonces él dijo muy pensativo—: Mira, le he estado dando vueltas mientras estaba de viaje: a lo mejor tú y yo deberíamos casarnos... Eso sin duda frenaría los chismes.

Ella lo miró espantada.

—¿¡Casarnos!?

—¿Por qué no? Mi vida sería mucho más fácil si tuviera esposa, Christopher necesita una madre y tú necesitas un hogar. En general, me parece una solución

muy sensata.

Flora no contestó, intentaba pensar si sería lo correcto. Entonces resonaron en su cabeza las palabras que él había dicho: *esposa*, *madre*...; no «Me gustaría casarme contigo», ni siquiera «Podríamos construir una vida bonita juntos». Solo que casarse era «lo sensato». Pues ya estaba harta de ser sensata.

Además, ella aún no había olvidado lo que era que un hombre te quisiera, te deseara, a ti y solo a ti. Ella lo había vivido una vez y sabía que Joss jamás habría buscado solo «una esposa». Procuró encontrar el modo de rechazarlo con delicadeza.

—Te agradezco el honor que me haces al pedírmelo, Mitchell, pero, en el fondo, tú quieres casarte conmigo tanto como yo contigo. Seguro que podemos seguir siendo amigos, pero no nos veo como amantes. Yo no te atraigo y tú no me atraes a mí, de esa forma no. Sin amor, sería una relación vacía.

Él la miraba con ternura, pero no como lo haría un amante.

—¿No crees que podríamos llevar una vida agradable juntos? ¿No piensas que bastaría con eso?

—No, claro que no. Yo amé a un hombre una vez y mi madre lo espantó contándole mentiras, contándome mentiras. Pero no pudo privarme de los recuerdos. Sé lo que es que te quieran profundamente y eso me impide conformarme con menos.

Él suspiró y miró abstraído por la ventana un momento.

—Puede que tengas razón. Debo confesar que nunca he sentido una atracción apasionada por nadie. A lo mejor no lo llevo dentro.

—Yo creo que todos lo llevamos dentro si conocemos a la persona adecuada.

Se hizo el silencio. Flora oía a Christopher gritar y reír fuera, oía su propia respiración suave y no se le ocurría qué decir después para poner fin a aquella situación incómoda, así que cambió completamente de tema.

—Christopher ha mejorado mucho, ha vuelto a hablar y a portarse como un chiquillo.

Mitchell sonrió.

—Sí, lo he notado. Gracias por cuidarlo.

—Agradéceselo a Tommy también. Se le dan bien los niños.

—Es un buen trabajador, sea convicto o no. Bueno, voy a echar un vistazo al almacén.

—No te he preguntado si tu viaje ha sido un éxito...

—Ha ido fenomenal. Dentro de dos días me traen mi primer cargamento de madera, así que Tommy y yo tenemos que apartar el resto de esa porquería barata.

—Ha estado trabajando mucho, clasificando las piezas.

—Ya lo veo. Ha hecho más de lo que esperaba.

—¿Lo vas a mantener en el puesto? Está impaciente por saberlo.

—Sí, sí. Prefiero enseñar mi método a un hombre que tener a alguien que crea que lo sabe todo. —Le dedicó una sonrisa burlona—. Soy un poco quisquilloso con mi madera.

Cuando él ya se iba, ella cayó en la cuenta de que no le había comentado lo del fin de semana.

—¡Espera! Casi se me olvidaba. El bazar abre el sábado y estamos todos invitados a la gran inauguración. Y el barco de mi hermano acaba de llegar. Creo que aún no ha bajado a tierra o, si lo ha hecho, ha sido solo por asuntos del barco. Supongo que vendrá aquí en cuanto vaya a ver a mi madre.

—¿Piensas que se tragará los chismes?

—No, ni hablar. Dougal conoce demasiado bien a mi madre. Y me conoce a mí. —Flora, la normalita, la corriente. ¿Qué hombre iba a querer llevársela?

Ya era bastante tarde y casi de noche cuando Dougal terminó de resolver todos sus asuntos en el barco. Dejó el *Bonny Mary* al mando de su segundo de a bordo, sabiendo que el tiempo probablemente se mantendría estable y que la embarcación estaba a salvo de los ladrones, anclada en Gage Roads y con un miembro de la tripulación vigilando en cubierta. Recorrió despacio las calles hasta su casa, sin prisa, porque ya estaba cansado. Solo quería una cena ligera e irse a la cama. Flora lo entendería y mantendría a raya a su madre, como hacía siempre.

Sin embargo, en cuanto entró por la puerta, oyó a su madre llorar histérica.

¿Qué demonios la habría disgustado esa vez? Aguardó en el vestíbulo un momento, confiando en que Flora la calmara. No solían recibirlo con lágrimas.

Pero no se oía la voz de su hermana, solo a su madre llorando escandalosamente. Tampoco salió ninguna criada a cogerle el abrigo ni a darle la bienvenida. ¿Qué habría pasado? No le habría pasado nada a Flora, ¿no? No podría soportarlo.

Soltó el zurrón y se dirigió al salón. La puerta estaba entornada, y la vio tendida en el diván, llorando.

—Ya he vuelto —dijo.

Ella se limitó a mirarlo de reojo, y luego se tapó la cara con el pañuelo y soltó otro aullido.

Dougal se arrodilló a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Madre...? Cuéntame. ¿Le ha ocurrido algo a Flora?

—Si fuera solo eso... ¡Ay, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Ya no puedo mantener la cabeza bien alta en público por culpa de tu hermana.

—¿Por Flora? ¿A qué te refieres? ¿Dónde está?

—¡Se ha ido! Se ha fugado con un hombre. Vive con él en pecado.

Por un instante, Dougal se sintió como si la estancia se hubiera estremecido a su alrededor; luego se deshizo del susto inicial y siguió adelante. Sabía que su madre exageraba, así que le dijo muy serio:

—¡Siéntate! —le ordenó con tono de capitán—. Y no digas ni una palabra más hasta que hayas dejado de llorar.

Ella se sentó, sin soltar el pañuelo, mascullando por lo bajo cosas como «Un consuelo» y «Tú no nos deshonrarás».

¿¡Qué demonios estaba pasando!? Esperó impaciente a que se tranquilizara. Cuando su madre se limpió los ojos por última vez, lo miró indecisa. Dougal conocía aquella mirada: significaba que había hecho algo que a él no le iba a gustar.

—Cuéntame lo de Flora. ¿Dónde está?

—Se ha ido. Tu hermana se fue de casa solo unos días después de que te marcharas tú. Vive con ese señor Nash que se alojó aquí, el que buscaba a su mujer y se fue a Sídney a por ella. Volvió y ojalá no lo hubiera hecho. Flora está

sola, ¡sola!, con él en esa casita. Jamás la habría creído capaz de algo así. ¡Qué vergüenza!

Se echó a llorar otra vez y él tuvo que contenerse para no gritarle, pero, como nunca servía de nada, le preguntó:

—¿Dónde está exactamente?

Tuvo que repetir la pregunta para que le contestara.

—Ese tal Nash ha comprado el viejo almacén de maderas de Fairley Street y viven juntos allí.

Ni siquiera su madre podría haberse inventado algo así, ¿o sí?

A lo mejor Flora se había casado... No, porque su madre no paraba de hablar de «vergüenza».

—Más vale que vaya a ver a mi hermana, entonces, y me entere de qué ha pasado.

—Ya te he contado lo que ha pasado. Se ha ido de casa, me ha abandonado, para vivir con ese hombre. No deberías seguir relacionándote con ella. Ni siquiera deberías hablar con ella.

—¡No digas bobadas! Es mi hermana. ¿La has visto desde que se fue? ¿La has reconvenido?

—¡Pues claro que no! No pienso volver a hablar con ella en la vida, a menos que me pida perdón de rodillas.

—Eso no lo va a hacer y yo tampoco le voy a pedir que lo haga, pero necesito saber exactamente qué ha ocurrido.

—No puedes salir ahora: es de noche y estás cansado. Podrá esperar hasta mañana, ¿no?

—Si mi hermana tiene problemas, no puede esperar.

Ella lo agarró de la muñeca.

—No vayas, Dougal. Ya lo ha hecho antes y esta vez tiene que aprender la lección. ¿No te acuerdas de aquel joven que quería convencerla de que se fugara con él? Entonces la puse a salvo, pero esta vez no me ha hecho caso. Creo que busca desesperada la compañía de un hombre, porque siendo soltera y...

Él se zafó de ella y se puso en pie, pero su madre lo agarró de la chaqueta.

—¡Dougal, es demasiado tarde! Todo el mundo está al tanto de sus pecados.

Ya solo queda ignorarla.

Se zafó una vez más de su madre.

—¿«Ignorarla»? ¿Cómo puedes insinuar algo así? Es tu hija, mi hermana. Jamás la abandonaría, independientemente de lo que haya hecho.

Además, él nunca se fiaría de la palabra de su madre en algo tan importante, sabiendo lo exagerada que era. Se dirigió a la puerta.

—¡Dougal, vuelve aquí! Dougal, yo te necesito más que ella. ¡¡Dougal!!

Él hizo caso omiso de sus gritos, salió de la casa y caminó furioso hacia el viejo almacén de maderas. Flora le había contado que pensaba irse de casa, pero ¿cómo podía haber ocurrido así? Si se había ido con aquel hombre, seguro que su madre la había obligado a hacerlo.

Pero no podía dejar que viviera en pecado. Como mínimo, el tal Nash tendría que casarse con ella.

Chawton no llevó a Alice de vuelta hasta tarde, y, para entonces, Conn ya se había ido a la cama y los Deagan estaban a punto de hacerlo también.

Alice parecía más feliz que una perdiz y, a ojos de Bram, tenía el aspecto de una mujer bien encamada. ¡Esperaba que no hubieran...! Se quitó la idea de la cabeza. Si habían hecho algo así era cosa suya. A él lo único que le importaba era que se casara y sacarla de su vida.

Iba cargada de paquetes, que dejó a un lado de la puerta.

—Si no quieres que te pisoteen tus cosas —le dijo Isabella con aspereza—, más vale que las quites de en medio.

Alice suspiró.

—Estoy cansadísima.

Sonriente, Chawton apartó los paquetes y saludó con la cabeza a Isabella y a Bram.

—La boda será mañana por la mañana, a las diez en punto, en la iglesia de San Juan. He conseguido un permiso especial —dijo, palpándose el bolsillo—. ¿Le han preguntado a esa chiquilla si puede encargarse de Louisa?

—Sí, Sally empieza a trabajar mañana.

—¿Cuánto le van a pagar? Bueno... —dijo, y hurgándose en el bolsillo sacó un monedero y soltó en la mesa soberanos de sobra para cubrir el jornal de Sally durante muchas semanas—. Avísenme cuando eso se acabe.

Bram recogió el dinero e hizo tintinear las monedas en la mano.

—Para entonces, tú ya querrás que te devolvamos a Louisa, ¿no, Alice? Además, mi esposa estará a punto de salir de cuentas y no podrá cuidar de la criatura de otra persona.

De nuevo fue Chawton quien contestó.

—Ah, sí, se me olvidaba. Aun con todo, habrá que comprarle ropa nueva también —dijo, y añadió cinco soberanos más.

A Bram lo asqueaba la falta de interés en su hija de Alice. ¿Le importaba siquiera Chawton, o solo su propia comodidad? Algo que no parecía entender era la absoluta determinación de aquel tipo. Estaba convencido de que Chawton se iba a asegurar de conseguir exactamente lo que quería, sobre todo en lo relativo a su descendencia. Alice se iba a llevar unas cuantas sorpresas, y le estaba bien empleado.

Justo cuando Bram estaba a punto de despedir a Chawton, algo se estampó contra la puerta de la calle. Al abrirla, no vio a nadie, pero había una piedra en el suelo y un picotazo en la madera. Se agachó a coger el papel atado al pedrusco y leyó un mensaje similar al anterior, que terminaba con DEGA DINERO DETRÁS DE CUADRAS. SIN TRUCOS. LA MADERA SECA ARDE FÁCIL. ÚLTIMA ALVERTENCIA.

—¿Problemas? —preguntó Chawton.

Bram le pasó el mensaje y le contó lo ocurrido y lo que sospechaban.

—Cuente conmigo.

—¿Qué?

—Me ha dicho que pensaban ponerle una trampa. Cuente conmigo.

—Pero usted se casa mañana.

—Maldita sea, es cierto. Lástima. Me gusta una buena riña tanto como... —Se interrumpió, mirando de reojo a las damas, y le guiñó un ojo a Bram—. Pero le va a poner la trampa igual, ¿no?

—Me lo estoy pensando. —Olisqueó de pronto—. ¿Huele a quemado?

Olisquearon todos.

—¡Cielos, sí! —exclamó Chawton—. ¿Dónde?

Bram miró hacia el bazar, pero no vio llamas allí. Entonces una voz gritó desde las cuadras y Les salió dando tumbos en camisón.

—¡Fuego! ¡Fuego! En la parte de atrás.

21

Dougal caminó deprisa por las calles oscuras, entre fastidiado por no haber podido comer y dormir, que era lo que necesitaba, y angustiado por su hermana. Se cruzó con un par de hombres a los que conocía y saludó con la cabeza porque no quería pararse, solo acabar con aquello de una vez, pero, cuando pasaron por su lado, no pudo evitar detectar el recelo de sus semblantes.

¿Tan grave era el asunto?

Una cosa tenía clara: Flora debía volver con él a casa de inmediato, esa misma noche. Ya se encargaría él de que su madre la tratara con respeto, pero no iba a tolerar que se quedase en casa de Nash, independientemente de lo que estuviera haciendo allí.

Vio la casa destartalada, ¡que más bien parecía una choza!, se dijo indignado, a cierta distancia de la verja del almacén de maderas. No le extrañaba que la gente chismorreara: era minúscula.

Pero la verja grande que daba acceso a los carros y la cancela pequeña para pasar a pie estaban cerradas con candado. Vio una lámpara encendida dentro de la casa y dedujo que aún había alguien levantado. No había una forma fácil de avisarles. Si gritaba o tocaba la campana, llamaría la atención o montaría un número, y eso era lo último que necesitaba.

Al final, saltó la verja, maldiciendo por lo bajo cuando algo puntiagudo se le enganchó en los pantalones y se los desgarró. Cuando se dirigía a la casita, salió de detrás de la pila de maderas un tipo que le asestó un buen puñetazo a la vez que gritaba:

—¡Señor Nash, venga enseguida! ¡Tenemos un ladrón!

Dougal intentó librarse de su asaltante, pero, aunque el hombre era delgado,

se aferraba a él como una lapa.

—¡Suélteme ya! —bramó Dougal—. ¡No soy ningún ladrón!

Con mucho esfuerzo, logró zafarse del tipo, pero entonces otro le agarró el brazo y se lo retorció a la espalda.

—No te resistas si no quieres que te haga daño.

Se oyeron pasos y llegó una tercera persona con un farolillo. No le vio la cara, solo el contorno de una mujer, pero supuso que era Flora.

—Suéltalo, Mitchell. Es mi hermano.

El otro lo soltó y lo apartó de sí enseguida.

Dougal resistió la tentación de darle un puñetazo en la cara.

—Solo he venido a ver a mi hermana, pero no quería llamar la atención.

—Entra en casa —le dijo ella con frialdad—. No queremos hablar de esto en público.

Él se la quedó mirando y retrocedió pasmado. ¿Qué recibimiento era ese?

—¿Viene, McBride? —le preguntó Nash—. No se ha hecho daño, ¿no?

—Me he desgarrado los pantalones con su condenada verja y me he hecho unos cardenales cuando ese idiota salvaje me ha saltado encima.

—Pensaba que era un ladrón, señor —se excusó el otro.

—Y has hecho lo correcto. Tú no te has hecho nada, ¿no, Tommy? Bien, pues vuelve a la cama, que ya me encargo yo del capitán McBride.

Dougal siguió a Nash a la casita, cuya puerta estaba abierta para iluminarles el camino. Dentro, Flora estaba plantada junto a la chimenea, con las manos cruzadas y apretadas delante, tensa y nerviosa.

Al otro lado de la estancia había un niño junto a una puerta abierta.

—He oído ruidos, papá.

—El capitán McBride ha tropezado en la oscuridad. Vuelve a la cama, hijo, que yo aún tardaré un rato en acostarme.

En cuanto el niño se metió en la alcoba, Dougal dijo:

—He venido a intentar aclarar lo que está pasando. —Miró al otro lado de la estancia y, al ver lo angustiada que estaba su hermana, aunque intentara disimularlo, añadió—: ¿No le vas a dar un abrazo a tu hermano, Flora? —Ella

titubeó, así que se acercó él y la estrechó en sus brazos—. No sé qué está pasando, pero sigues siendo mi hermana y siempre lo vas a ser.

Flora soltó un sollozo y se derrumbó sobre él, llorando como si se le fuera a partir el alma. Él le dio unas palmaditas en los hombros y la arrulló, pero no consiguió que cesara el llanto. Nash le acercó una silla.

—Tome, siéntela, que yo voy a preparar un té.

—¿No tiene nada más potente?

El otro le sonrió con tristeza.

—Me temo que no. Y siento lo del ojo a la funerala.

—¡Maldita sea! —Dougal instaló a su hermana en la silla y se miró de reojo en el espejo de encima de la repisa de la chimenea—. Ahora sí que va a hablar la gente.

Se esfumaron todas las sonrisas.

—Ya están hablando —replicó ella abatida—. Tu ojo morado no hará más que añadir leña al fuego —añadió, y se echó a llorar otra vez.

Dougal miró a Nash.

—No consigo sacarle ni una palabra sensata a mi madre, que no para de llorar. Dice que Flora se ha ido de casa para venir a vivir con usted.

Flora se sonó la nariz y farfulló:

—Eso no es cierto. Como de costumbre, está tergiversando la verdad en su beneficio.

—¿Y qué tal si me cuentas tú lo que ocurrió de verdad?

Ella asintió y, mientras Nash trasteaba en la cocina, le resumió lo sucedido.

—¿Tan grave crees que es?

—Uy, sí. Ha convencido a todos sus amigos y conocidos de que vivo en pecado con Mitchell.

—¿¡Es ella la que está divulgando los rumores!? No lo creo...

—¿Quién más podría ser?

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así?

—Para que yo vuelva a casa y no la abandone nunca más. La gente cruza la calle para evitarme, Dougal, y aunque la señorita Marley, que lleva esa pequeña escuela para niños pequeños, me creyó cuando le dije que no vivía en pecado, no

se atrevió a admitir a Christopher. Pensó que otros padres pondrían pegas... porque yo vivo aquí.

—Habrá que decirle a la gente la verdad.

Flora quiso reír, pero la risa se volvió llanto.

—¿El qué, reconocer que está mintiendo? Madre jamás hará eso. Se meterá en la cama a llorar, y luego seguirá mintiendo.

—Pero los Deagan pueden demostrar que acudiste directamente a ellos.

—Sí, pero después vine aquí... para cuidar de Christopher y para ser el ama de llaves de Mitchell, nada más. —Se acercó a una puerta y la abrió de golpe—. Esta es mi alcoba, a ver si encuentras algún indicio de que la comparta con él.

Él se quedó perplejo.

—No hace falta que me demuestres nada, Flora. Si tú me dices que algo es verdad, yo te creo. Vuelve a sentarte, por favor. Hay que idear un plan. Mmm... —Miró de reojo a Nash—. Lo más fácil sería que os casarais y vierais si os lleváis bien.

—Se lo he pedido, pero me ha rechazado —terció el otro.

Dougal miró sorprendido a su hermana.

—Nash parece un tipo decente. Solucionaría los problemas de los dos y tendrías un hogar propio.

—Pero yo no lo quiero.

—Pero parece que congeniáis.

—Yo sé lo que es el amor, de ese que hace que quieras casarte y compartir cama con alguien. Lo he visto recientemente en Bram e Isabella... y lo conocí en su día con Joss. Habría desafiado a madre y me habría fugado con él, solo que ella interceptó nuestras cartas y le escribió para decirle que yo no quería volver a verlo. No debía de importarle lo suficiente, porque nunca más supe de él.

—¡Un momento! —dijo Dougal sorprendido—. Recuerdo que madre me contó que él te había estado incomodando y que tú no querías casarte con él. Y como tampoco te vi triste ni nada...

—El orgullo me impidió exhibir mis sentimientos, pero, si él no se hubiera ido de la colonia o hubiera vuelto a mí, me habría marchado con él sin pensarlo, aunque tú terminaras negándome la palabra.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? Me caía bien y parecía que te hacía feliz.

Flora lo miró desconcertada, con el gesto torcido otra vez.

—Entonces, era todo mentira. Me dijo que tú no lo aprobabas, que, si nos casábamos, no querrías saber nada de él ni de mí. Y luego estuviste meses de viaje, y a tu regreso Joss ya hacía tiempo que se había ido.

—Pero ¿por qué lo hizo? No, no me contestes. Para tenerte a su lado. La hija devota cuidando de su madre. Si te casabas con un marino, te perdía. Prefería un marido más seguro para ti, uno al que pudiera utilizar, o mejor ninguno. —Lo asqueó pensar que los tejemanejes de su madre habían conseguido separar a Flora del hombre al que amaba—. Lo siento. Me tenía completamente engañado.

—Así tiene a casi todo el mundo.

Mitchell apareció con unas tazas rebosantes, cogieron una cada uno y bebieron en silencio.

—¿Qué quieres hacer, entonces? —le preguntó Dougal después de apurar su taza.

—Me iré de la colonia en cuanto Mitchell y Christopher ya no me necesiten, empezaré de cero en otra parte.

—No, no hagas eso, por favor —le dijo su hermano—. No quiero perderte.

—¿Y qué alternativa tengo? El daño ya está hecho.

—Algo se nos ocurrirá. —Dougal le cogió la mano a su hermana—. No soporto la idea de que te mudes. Pensaré en algo. —Al ver que ella seguía dudando, le suplicó—: Por lo menos, intentémoslo.

Flora asintió, pero el ceño fruncido seguía ahí, y la duda, y la tristeza.

—¡Ve al guadarnés a por unas mantas de los caballos! —gritó Bram—. A lo mejor con eso podemos apagar las llamas.

—Ya voy yo —se oyó decir a Conn en la oscuridad.

Bram echó a correr, gritando:

—¡Cubos de agua! ¡Isabella, coge el cubo de la cocina!

Alice empezó a gritar histérica.

—¡Calla! —le espetó su prometido, y el ruido cesó de inmediato.

El fuego se extinguió enseguida, porque no les faltaron personas dispuestas a ayudar: el nuevo vigilante nocturno, Chawton y Conn; pero a Bram lo aterraba pensar en lo que podría haber pasado si las llamas se hubieran apoderado de todo.

—No pienso tolerar el soborno de ese tipo, haga lo que haga —dijo después, cuando andaban todos por allí, bebiendo el té que Isabella les había llevado.

—¿Y qué vas a hacer, entonces? —preguntó Conn.

—Aún no lo sé. Lo voy a meditar bien antes de acostarme. Igual se me ocurre algo. Probablemente ese tipo piense que lo tiene más fácil justo antes de la inauguración.

Cuando se fueron todos a dormir, Bram esperó a quedarse a solas con su mujer y le susurró:

—¿Y ahora qué?

—Sea lo que sea, lo gestionaremos juntos.

—¿Tú estás bien?

—Mientras tú estés a salvo, sí, mi querido Bram.

Se instaló en sus brazos y le apoyó la cabeza en el hombro, una forma de acurrucarse que ya le resultaba lo más natural del mundo. Él le acarició el pelo, distraído. Sabía que, si hubieran estado solos, ella habría estado cargando cubos de agua, combatiendo las llamas. No había sido necesario, gracias a sus amigos, pero luego les había llevado bebidas para quitarles el sabor acre del humo y suavizarles la garganta, mientras Alice se mantenía al margen.

¿Cómo iban a ir a una boda al día siguiente y dejar la finca desprotegida?

Dougal volvió a casa apenado. La pobre Flora ya había sufrido bastante. Había llegado el momento de poner fin a la situación y, aunque él tenía obligación de mantener a su madre, todo aquel asunto lo asqueaba. No quería que siguiera viviendo en su casa, y menos aún con aquellos tejemanejes.

Lo que necesitaba de verdad era una esposa. Mal momento para darse cuenta de eso. Pero no tenía intención de llevar una a casa mientras su madre siguiera allí, porque ese matrimonio estaría abocado al fracaso. Ni pensaba casarse

tampoco si no conocía a alguien que le gustara de verdad, como a Bram le gustaba Isabella.

Se detuvo a contemplar las estrellas en busca de consuelo, como hacía a veces en el barco. Eran constantes en su vida y adoraba su belleza fría y chispeante, conocía todas las constelaciones principales como si fueran amigas suyas de siempre. Pero nada podía reemplazar a los seres queridos.

Si no tomaba cartas en el asunto, su hermana abandonaría la colonia. Flora y él habían convivido durante treinta años y rara vez habían tenido un desencuentro, y menos aún se habían peleado, ni siquiera de niños.

Al llegar a casa, se la encontró a oscuras, excepto por una lámpara encendida en el vestíbulo. Había una nota apoyada en ella, un mensaje de su madre.

Me he ido a la cama. Me he tomado un somnífero.

Bien, porque no le apetecía hablar con ella aún.

Cogió la lámpara y fue a la cocina, que estaba también a oscuras, con todo recogido. Mientras estaba allí plantado, pensando en qué comer, oyó que se abría una puerta y vio que Linny salía del cuartito de las criadas, aún vestida con el uniforme.

—He pensado que podría querer comer algo, señor, así que le he dicho a Mary que se acostara y me he quedado yo esperándolo.

—Gracias. Estoy muerto de hambre. Me vale cualquier cosa, mientras sea rápido. —Ella trajinó un poco por allí y le sacó algo de fiambre, pan, mantequilla y un frasco de mermelada, además de una rodaja grande de bizcocho —. Con eso es más que suficiente. Vete a dormir ya.

La criada lo miró indecisa y luego preguntó:

—¿Ha visto a la señorita Flora?

—Sí.

—¿Está bien?

—No del todo. ¿Estás al tanto de lo ocurrido?

—Sí, señor. Oigo cosas sin querer. La señorita Flora se había tomado muchas molestias con todas esas cosas del desván. No era justo que su madre las regalara. —Entre bocados, Dougal la interrogó y consiguió más detalles de lo

que había desencadenado la disputa, y notó que rebrotaba en él la rabia por la crueldad de su madre—. La señorita quería regentar su propia casa de huéspedes y yo le dije que quería trabajar para ella.

—¿No querrías irte con mi madre si le encontrara una casita en algún lado? Te subiría el jornal y contrataría a alguien para que hiciese las tareas duras.

Ella negó rotundamente.

—No, señor. Sin ánimo de ofender, es muy difícil trabajar para su madre sin que la señorita Flora ponga paz y organice las cosas.

—Mmm... Entonces tendré que buscar a otra persona para que cuide de mi madre.

—Ella no va a querer marcharse de aquí, señor. Adora esta casa.

—Tendrá que hacerlo. Pienso traerme de vuelta a Flora y ella llevará la casa por mí hasta que me case.

A Linny se le iluminó el rostro.

—¡Qué bien, señor! Solo que... ¿cómo va a convencer a la gente de que esos chismes son mentira? Todos los criados que conozco hablan del asunto, y me preguntan... Claro que yo no digo nada, aparte de que la señorita Flora jamás haría nada malo.

—Agradezco tu lealtad. Yo les diré a todos mis conocidos que mi hermana es inocente, y se lo repetiré una y otra vez hasta que me crean. Los que no me crean dejarán de ser bienvenidos en mi casa. A lo mejor tú podrías hacer lo mismo con el servicio...

—Sí, señor. Haré todo lo que pueda.

Pero le vio en la cara que no creía que aquello fuera a funcionar. Solo que ¿qué más podía hacer?

Bram bajó la escalera y salió de casa antes del alba, a pesar de que apenas había dormido unas horas. Habló un momento con el vigilante nocturno que patrullaba la finca y luego fue a ver a Sim al bazar.

—¿Algún otro problema?

Sim negó con la cabeza.

—El resto de la noche ha estado todo muy tranquilo.

—Bien. Lo que quiero es...

Más tarde volvió a casa, sonriente. Faltaban dos días para la gran inauguración y estaba decidido a que nada la estropeara, le costase lo que le costase.

Ese día celebrarían una boda e intentarían pillar a un ladrón.

Por una vez, Alice no tuvo que levantarse por la mañana. Despertó temprano y se quedó en la cama un rato, mirando al techo con una sonrisa de oreja a oreja, contenta de que Louisa aún durmiera, contenta de dejar atrás todas sus preocupaciones. Se sentía un poco culpable de abandonar allí a su hija, porque la quería, pero Leonard decía que era preferible empezar su vida de casados ellos dos solos, y tenía razón.

La recorrió un escalofrío al pensar en lo fuerte y lo autoritario que era, en lo bien que se le daba complacer a una mujer. Había sido un escándalo que hubiera alquilado un cuarto durante el día para llevarla allí, pero a ella le había dado igual. Sabía que por fin había encontrado a un hombre que iba a cuidar de ella y estaba dispuesta a hacer lo que fuera por él, cualquier cosa.

Se levantó y se hizo un lavado integral con agua fría porque no había donde darse un baño. Se había lavado el pelo la noche anterior y lo admiró en el espejo, orgullosa de verlo brillar otra vez. Durante el tiempo en que no había tenido dinero para comida ni para combustible con el que calentar el agua, había perdido su lustre.

Louisa se movió y ella se agarrotó, y rezó para que la niña no se despertara, pero la pequeña abrió los ojos.

—Hola, cariño. Aún no es hora de levantarse.

—Quiero hacer pipí.

Resoplando, Alice abandonó sus propias necesidades para ayudar a la cría a usar el orinal; luego la mandó abajo a esperar. Esa mañana no se atrevió a darle el mejunje, por si Bram se daba cuenta y se enfadaba. No quería darle motivos para que se negara a quedarse a Louisa un tiempo.

Oyó actividad en la alcoba de al lado, así que se puso la bata y bajó a calentar agua para el té. Necesitaba una taza y algo de comer. Haría una tetera grande para todos. De ese modo, Bram estaría de buen humor.

Era curioso lo despejada que estaba, teniendo en cuenta que no habían dado ni las siete. Aun así, la boda era a las diez, e iba a tener el tiempo justo para arreglarse, porque quería estar preciosa. Después de la boda, iban a subir a Perth, desde donde emprenderían el viaje a la casa de Leonard al día siguiente. Se perdería la gran inauguración del bazar, pero ¿a quién le importaba eso?

Estaba impaciente por conocer la capital de la colonia. Llevaba atrapada en Fremantle desde que había atracado el barco, sin hacer otra cosa que trabajar, trabajar y trabajar. ¿Qué clase de vida era esa? La que ella deseaba no, desde luego. Su querido Leonard le había dicho que tenía doncellas que hacían las tareas domésticas y también un ama de llaves.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Alice se giró y sonrió a su prima.

—Uy, sí, en cuanto se extinguió el fuego de las cuadras, me dormí enseguida. ¿Dónde está Bram?

—Ha madrugado para hacer unos encargos.

—¿No piensa en otra cosa que en trabajar? Nunca os divertís los dos.

Isabella la miró sorprendida.

—¿Divertirnos? ¿Qué importancia tiene eso? Estamos construyendo una vida para nosotros y para nuestros hijos. Eso es lo que más nos satisface a los dos.

Alice no se lo discutió. No quería provocar resentimiento. De pronto recordó las instrucciones de Leonard.

—Solo quiero daros las gracias a Bram y a ti por acogerme y por cuidar de Louisa un tiempo. Os estoy muy agradecida.

—¿A quién ibas a acudir más que a tus parientes? —Vaciló un momento—. Alice, ¿tú estás segura de esto? Apenas conoces al señor Chawton.

—Conn le dijo a Bram que conocía a los Chawton, y Leonard no me ha mentido sobre su situación, así que ¿qué problema puede haber?

—Pero ¿y si no te gusta vivir con él?

Alice soltó una carcajada.

—Tiene una mansión con doncellas, me va a comprar un montón de ropa y es una fiera en la cama. ¿Qué más se le puede pedir a un marido?

—¡Una fiera en la cama! ¿Y eso cómo lo sabes?

Alice notó que se ruborizaba.

—Es que..., bueno..., ayer alquilamos un cuarto.

Isabella iba a decir algo, pero se calló; luego negó con la cabeza en señal de desaprobación.

Más le valía seguir preparando el té, se dijo Alice. Algunas personas eran muy remilgadas, y era importante disfrutar del sexo. Muy importante. Al menos, para ella. Y para su querido Leonard. ¡Qué hombre tan extraordinario!

Alice se estaba entreteniendo tanto con su pelo y su ropa que Isabella arregló a Louisa para la boda. Como había estado tan preocupada con las amenazas que había sufrido el bazar, no había reparado en que la niña no tenía ropa de vestir. Además, la criatura tenía madre. ¿No tendría que haberse interesado ella por la ropa de su hija?

—Ya estoy lista —dijo Alice.

Isabella se giró, aún cogida de la mano de Louisa.

—¡Estás preciosa! No sabía que tuvieras un vestido así.

—No lo tenía... hasta ayer. Leonard me lo compró ayer y pagó un plus para que me lo montaran rápidamente. Tenían unos corpiños y unas faldas casi terminados, ¿sabes? —Estudió a su prima—. Tu vestido también es precioso. Nunca había visto una seda tan bonita.

—El señor Lee y su familia vendían sedas y tejidos de todo tipo. Nosotros vamos a vender sedas en el bazar. Podría conseguirte unas piezas si el señor Chawton está de acuerdo. Este vestido me lo regalaron antes de marcharme.

—Uy, seguro que está de acuerdo. —Se acercó a acariciar la recia seda—. Debían de ser ricos para regalarte algo así. A lo mejor tendrías que haberte quedado con ellos. Quizá habrías encontrado alguien con quien casarte que no te hubiera hecho trabajar tanto.

De nada servía discutir, se dijo Isabella, y comentó en voz baja:

—Aunque los Lee fueran ricos, no hacían grandes dispendios ni se relacionaban mucho con los europeos. —Suspiró. Aún los echaba de menos, sobre todo a Xiu Mei—. Me temo que no he encontrado nada mejor que ponerle a Louisa.

Alice escudriñó a su hija, pero no hizo ademán de acercarse a ella.

—No, me olvidé de ella. Leonard os ha dejado dinero para ropa nueva. ¿Te encargas de que le hagan algo? Está creciendo muy deprisa.

—Sí, ya me ocupo yo.

Pero no hubo respuesta, porque Alice ya se había dado media vuelta para acicalarse delante del espejo mientras se ponía uno de sus nuevos sombreros «imperio», un sombrerito prieto de cintas anchas que se anudaban por debajo de la barbilla y con flores artificiales bajo la parte anterior de la minúscula ala. ¿Cómo había conseguido eso con el poco tiempo que llevaba con el señor Chawton?

El séquito nupcial fue a pie a la iglesia, disfrutando del soleado día primaveral. Allí debían reunirse con el novio. Isabella llevaba a Louisa de la manita porque Alice no quería que se le manchara ni se le arrugara el vestido. Al ver que la niña se quedaba atrás, Bram la cogió en brazos y la llevó él, haciéndole reír. Isabella se dio cuenta de que aquella era la primera vez que la pequeña parecía una niña feliz.

El señor Chawton aguardaba a la puerta de la iglesia de San Juan, un edificio de piedra grande con una torre y una cúpula.

—No está mal para ser una iglesia protestante —le susurró Bram a su mujer, haciéndola reír—, pero el templo católico es más bonito.

Y era cierto. No se lo iba a discutir.

Chawton fue muy educado con todo el mundo, pero la lujuria que revelaban sus ojos cuando los posaba en Alice era indecente, se dijo Isabella indignada.

—¡Tú míralo! —le susurró a Bram.

Él sonrió.

—¡Toda para él!

—Si eso es lo único que él quiere de ella, ojalá no se casaran.

La sonrisa de Bram se esfumó.

—No digas eso. Yo estoy encantado de que nos la quitemos de encima. Estoy harto de tener que andar hostigándola para que haga algo por ganarse el sustento, y estoy deseando que vuelvas a cocinar tú.

—Seguimos teniendo a Louisa.

—A partir de ahora, Sally te ayudará a cuidarla.

—Sí, y así aprendo yo también —le dijo ella con una sonrisa triste—. No he tenido mucha relación con bebés ni con niños pequeños. La señora Hollins también nos va a ayudar.

—¿Todo el mundo listo? —gritó Chawton, y condujo al grupo al interior del templo sin esperar respuesta; luego saludó al clérigo, que los esperaba, y se dirigió al altar.

Bram le pasó la niña a Isabella, le tendió el brazo a Alice y la llevó al altar. Conn los siguió, con Isabella y Louisa.

Solo estaban ellos cinco en el templo en ese momento del día. A Isabella le resultó un poco triste, pero a Alice no parecía importarle. Se pasó la ceremonia entera sonriendo feliz a Chawton, apenas consciente, por lo visto, de las promesas solemnes que estaba haciendo.

Cuando el novio besó a la novia, el beso se alargó tanto que el cura tuvo que carraspear para recordarles dónde estaban.

Al salir de la iglesia, Isabella vio a un hombre en la sombra de la acera de enfrente, escudriñándolos.

—¿Ese no es Mundy? —le preguntó a su marido.

—En efecto. —Bram se enfureció de pronto y se le agravó el acento irlandés —. Estaba convencido de que... —No terminó la frase.

Mundy les sonrió triunfante, saludó y se fue silbando.

—¿De qué estabas convencido?

—Le he puesto una trampa esta mañana a primera hora, tenía a los hombres apostados y todo. Pensaba que iba a intentar algo mientras estábamos en la iglesia.

—Ah.

—¡Maldito sea! ¿Cómo ha podido saberlo? No había nadie por allí. A eso ha venido ahora, a restregárnoslo. Si tuviera la más mínima prueba de que es el

causante de nuestros problemas, haría que lo encerraran. —Se quedó pensativo —. Me pregunto dónde estará viviendo. A lo mejor alguno de los antiguos guardias amigos de Sim podría averiguarlo.

A Isabella le preocupaba lo que Mundy pudiera hacer después, pero Bram le había hecho prometer que se mantendría al margen si había problemas, y ella se proponía cumplir esa promesa, porque ninguno de los dos quería poner en peligro a su futuro bebé.

Cayó en la cuenta de que alguien le hablaba.

—Perdona, ¿qué decías, Alice?

—Leonard quiere que vayamos derechos a casa a cambiarnos de ropa. Ha dispuesto que se lleve una tarta allí, y una botella de vino. Podemos brindar, y después nos tendremos que ir.

—Claro, ¿quieres llevar a Louisa un rato? No anda muy rápido.

—¿Y que me deje el vestido hecho un higo? No, gracias. Puede andar perfectamente si tiene que hacerlo.

Así que Bram, muy serio, volvió a coger a Louisa, se la subió a la espalda y, caminando detrás de los recién casados, le fue hablando bajito y haciéndola reír. Parecía intuir que a su mujer no le apetecía hablar en ese momento.

A Isabella la alegraba y la entristecía a partes iguales que Alice se fuera. Se había sentido muy sola no teniendo parientes a los que acudir y, más que una prima, Alice había sido como una hermana. Había olvidado lo irritante que podía llegar a ser, y vaga. Y, aun así, no quería volver a perderla. Ojalá pudieran vivir más cerca unos de otros, lo justo para poder visitarse, para que ella pudiera estar segura de que Alice estaba bien, e ir a verla alguna vez.

Bueno, si cumplía su deseo, supliría esa ausencia teniendo varios hijos, formando su propia familia. Habría querido que no pendiera sobre ellos aquella amenaza. Quería que su vida volviera a la normalidad, pasar tiempo con Bram, sentarse con él en silencio y disfrutar el uno de la compañía del otro.

Cuando llegaron a casa, procuró disimular lo cansada que estaba. Empezaba a descubrir que el embarazo mermaba las energías.

Probó el vino que había traído Leonard Chawton, cambiándole a Bram su copa casi vacía por la suya casi llena, algo que a él le hizo sonreír.

—La tarta está riquísima —le dijo ella a Leonard.

Él asintió.

—¿Otro pedacito?

—No, gracias. —Mientras Chawton se servía otro trozo grande, Isabella se volvió hacia Alice, que paseaba por el plato las migas de su tarta—. Voy a cuidar muy bien de Louisa.

—Sé que lo harás. —En un inusual alarde de franqueza, añadió—: Mejor de lo que podría hacerlo yo. No soy tan... práctica como tú. Isabella...

—Alice...

Hablaron a la vez, se interrumpieron y se sonrieron.

—Gracias —dijo Alice, y se dispuso a abrazar a Isabella.

—Te voy a echar de menos.

Alice negó con la cabeza.

—No creo. No soy de mucha utilidad y no era más que una carga para vosotros. Estaré mejor con Leonard.

—Espero que seas feliz.

—Uy, lo seré. Tiene mucho dinero y es una fiera en la cama.

—¡Alice!

Su prima sonrió.

—Las dos somos mujeres casadas. Sabemos que eso es importante.

Volvió Leonard, que se puso al lado de su esposa y le dedicó a Isabella una mirada tan astuta que ella tuvo la certeza de que había oído lo que hablaban.

—La voy a cuidar —dijo él—. Y ustedes tienen que venir a vernos. Hay espacio de sobra para visitas... o lo habrá en cuanto Alice amueble las estancias. —Le pasó un brazo por el hombro a su mujer—. Hora de irnos, mi amor.

—Sí, Leonard —contestó ella, y dio media vuelta, pero entonces retrocedió y le dio a su prima un último abrazo.

Cuando Alice se fue, Bram se acercó a Isabella.

—Te habría desquiciado si se llega a quedar.

—Lo sé, pero... es mi prima, mi único pariente.

—Bueno, yo tengo hermanos y hermanas, además de primos a mansalva. Los podemos compartir.

No era lo mismo, pero no se lo dijo.

Fueron a despedirse de los recién casados e Isabella se quedó junto a la cancela unos minutos después de que el vehículo desapareciera de la vista. Cuando los últimos remolinos de arena fina le pasaron suavemente por encima de los zapatos, decidió no ponerse mohína y se volvió hacia su marido.

—Sube tú al bazar, cariño. Yo voy a descansar un rato y a esperar a Sally.

—¿Te encuentras bien?

—Algo cansada, nada más.

—¿Me llevo a Louisa?

—No, no me molesta. Lleva un rato jugando tranquila en aquel rincón. Le encanta esa muñeca suya. Además, Sally no tardará en venir y se ocupará de ella. Esa chica me va a ser de gran ayuda, estoy segura.

Lo vio subir al bazar y después fue a sentarse, con un suspiro de alivio, agotada, tanto física como emocionalmente.

Alice estaría bien con el señor Chawton, eso lo tenía clarísimo.

Solo necesitaba unos minutos de descanso y se recuperaría. Bram tenía razón: Alice los habría desquiciado, pero, aun así, era su única prima.

22

Esa misma mañana la madre de Dougal le dejó otra vez el recado de que estaba indispuesta. Él miró a Linny, que le había transmitido el mensaje sin entusiasmo.

—¿Qué aspecto tenía? Dime la verdad.

La doncella no vaciló.

—Estaba como siempre. Y ha desayunado fuerte.

—Sube otra vez y asegúrate de que está presentable, porque voy a ir a verla.

Esperó a la puerta de la alcoba hasta que Linny salió y le hizo una señal con la cabeza. Entonces Dougal abrió la puerta y entró.

Su madre soltó un aullido.

—¡Dougal! No deberías estar aquí. No me encuentro bien. Necesito descansar.

—Puedes descansar todo lo que quieras cuando haya hablado contigo.

Ella se tapó hasta la barbilla y lo miró fijamente desde debajo de las mantas como un animal atrapado en un cepo.

—Estoy muy enfadado contigo por divulgar todos esos rumores sobre Flora.

—No he sido yo.

—¡No me mientas, madre! —Ella se echó a llorar, pero él la ignoró y siguió hablando alto y despacio por encima de sus sollozos—. Voy a buscarte una casita y una doncella, y luego te irás de esta casa.

Su madre se quedó pasmada y, por un instante, no supo hacer otra cosa que mirarlo de hito en hito, como si de pronto hubiera empezado a decir incongruencias.

—Pero esta es mi casa —susurró entonces con voz ronca.

—La casa es mía y no pienso tolerar que le hagas a mi futura esposa lo

mismo que le has hecho a Flora.

—¿Tu «futura esposa»? ¿Te vas a casar?

—Me lo estoy planteando muy seriamente. Aún no he conocido a nadie, pero, cuando lo haga, vendrá a vivir aquí conmigo y no aceptaremos más huéspedes. —Hizo una pausa y luego añadió—: Salvo que ella quiera, claro. Agradecí que Flora y tú me ayudarais económicamente mientras aún me estaba estableciendo, pero ya hace un tiempo que me pregunto si deberíamos continuar con la pensión, solo que tú decías que te gustaba.

—Podría dejar de aceptar huéspedes. De todas formas, sin Flora no me las apaño. Se equivocó al abandonarme. Su obligación era quedarse.

—Flora no va a volver aquí hasta que tú te vayas. Confío en que su presencia demuestre a los habitantes de esta ciudad que no me avergüenzo de ella.

—Te ha convencido de sus embustes. La crees a ella antes que a tu madre.

Lo dijo con voz de pito y un gesto distinto al habitual, nada amable. ¿Era así como miraba a Flora y le hablaba cuando él no estaba en casa?

Recordó entonces las peleas que tenían sus padres, las mentiras que ella le contaba a su marido. De niño, él había reparado en las mentiras, claro que sí, pero no se había atrevido a decir nada. Después de la muerte de su padre, se había olvidado de aquello porque estaba ocupado en otras cosas, pero de pronto le había vuelto todo a la memoria.

—Creo a Flora porque te he visto mentir otras veces.

—¿Cuándo?

—A padre.

Ella se sonrojó y soltó un resoplido.

—¡A ese imbécil!

—Padre no era imbécil, solo un hombre tierno y cariñoso que, por lo visto, no lograba complacerte nunca.

—Era un manirroto.

—Me dejó lo suficiente para comprarme el barco y cuidar de vosotras, que no está nada mal. De todas formas, eso no viene al caso. Ya he decidido que te vas y no voy a cambiar de opinión. No te va a faltar de nada, pero no aquí.

—No me pienso ir. ¡Esta es mi casa!

—Te vas aunque tenga que sacarte en brazos. —Ella se lo quedó mirando. Los ojos se le empañaron y le rodaron las lágrimas por las mejillas regordetas. Dougal llevaba dentro demasiada rabia por la forma en que su madre le había destrozado la vida dos veces a su única hija—. Lo digo en serio.

Salió de la alcoba haciendo caso omiso de los gritos de ella para retenerlo. Estaba decidido a buscarle una casa de inmediato y debía contratar una doncella, a la que sin duda tendría que pagar un plus por aguantarla.

Bram cruzó despacio las cuadras y pagó a los hombres que se habían escondido allí mientras ellos estaban en la iglesia por si alguien intentaba destrozar el bazar.

—Ni rastro de él ni de nadie, señor —le dijo uno de ellos—. Ni siquiera ha pasado por delante.

Eso le sorprendió.

—¿Podrías averiguar dónde está viviendo Mundy?

—Podría intentarlo, señor.

—Que no te vea nadie indagar. —Se sacó del bolsillo otro par de monedas—. Igual te enteras de algo en la taberna.

Les estaba terminando de cepillar a un caballo que les habían llevado mientras ellos no estaban.

—¿Ha ido bien la boda, señor Deagan?

—Sí, ha sido rápida e indolora. Ha quedado tarta en casa. Ya me encargo yo de esta preciosidad mientras te echas una carrerita para probarla. Dile a mi mujer que yo te he dicho que te has ganado un trozo.

Les le sonrió contento. Siempre tenía apetito, pero no engordaba ni un gramo. Era un poco como su patrón, se dijo Bram con una sonrisa.

Cuando se quedó solo en las cuadras, se puso cerca de la puerta de entrada y estudió los edificios de enfrente. Negocios, casi todo, y tampoco eran de esos en los que recibirían bien a un tipo desaliñado como Mundy.

Subió a los cubículos donde dormían los mozos y se asomó por los ventanucos de allí, primero por los que daban al solar vacío e invadido de maleza de al lado, que proporcionaba una forma fácil de acceder a la finca por la

noche, pero no ofrecía dónde ocultarse durante el día. Los otros ventanucos daban al callejón de detrás de su finca, donde unas cuantas viviendas modestas de madera alternaban con pequeños bloques vacíos. Había un par de casas bastante destartaladas.

¿Se estaría escondiendo Mundy en una de esas?

Cuando Les volvió a las cuadras, sonriente y con unas migas por la barbilla, Bram lo dejó trabajar y subió despacio al bazar. Contempló orgullosísimo lo que Isabella y él habían conseguido.

—¿Todo en orden, señora Hollins?

—Todo en orden, señor. Hoy no ha pasado nada en absoluto. Mi Sim se está echando una siesta en la zona de almacenaje del fondo, espero que no le importe. Vendría corriendo si lo necesitara, porque tiene el sueño muy ligero. ¿Ha ido bien la boda? Los he visto volver a todos. La novia estaba preciosa.

—Sí, supongo que sí. Ha sido muy rápido, de todas formas. —Y Alice ya era responsabilidad de otro. ¡Ay, qué alivio!—. Voy a dar una vuelta por fuera.

Paseó por el sendero de piedra caliza triturada que rodeaba ya el edificio irregular, procurando meditar bien las cosas. Si alguien caminara por allí, se oiría, desde luego. Sus pies hacían crujir la piedra y las botas se le estaban poniendo blancas. Procuró disimular la atención con la que estaba estudiando las casas de enfrente mientras iba hasta el final del edificio.

Se detuvo y fingió que examinaba el marco de una ventana. Se le erizó el vello de la nuca y tuvo la fuerte sensación de que lo observaban. ¿Eran imaginaciones suyas o alguien lo estaba espiando de verdad?

Entró de nuevo en el bazar y despertó a Sim, zarandeándolo.

—Perdona que te despierte, pero ¿podrías vigilar por esa ventana de atrás cuando yo me haya marchado? No pierdas de vista esas casas. Me ha parecido que alguien me observaba todo el tiempo que he estado en la parte posterior del bazar.

Sim se levantó de la cama que había improvisado con unos sacos vacíos de arpillera y sacudió la cabeza como si acabara de salir del agua.

—A veces nos sentíamos así cuando estábamos de patrulla. Hay que prestar atención a esas sensaciones.

—La cuestión es que, si Mundy está vigilando desde ahí, tiene que ver que vuelvo a la casita o no saldrá de su escondite, pero tú lo puedes vigilar a él desde una de las ventanas del fondo. No te acerques mucho al cristal, que te verá. Si tienes algo que contarme, mándame a la señora Hollins.

Sim sonrió.

—Sí, señor.

—Bien. —Bram lo miró con solemnidad—. Y una cosa, Hollins, si te encargas de todo y me eres fiel, me aseguraré de que nunca te falte de nada —le dijo, porque sabía que a los antiguos soldados a veces les preocupaba eso cuando les iban fallando las fuerzas.

Le tendió la mano y Sim se la estrechó.

—Cuente conmigo, señor. Nos ha tratado a mí y a mi esposa más que bien.

Bram salió con parsimonia y bajó a la casita a informar a Isabella, pero ella estaba ocupada con Louisa y Sally, explicándole a esta cuáles eran sus obligaciones de doncella, así que fue a sentarse al salón y se relajó una hora leyendo tranquilamente el *Fremantle Herald*, un periódico que de vez en cuando se daba el capricho de comprar.

¡Cómo habían cambiado las cosas! Nunca se le había permitido leer los periódicos viejos de la familia cuando era mozo de cuadras en Irlanda, aunque estuvieran tirados por ahí y los usaran para limpiar cosas. Se consideraba innecesario y presuntuoso que se le ocurriese siquiera leerlos.

Contempló aquel salón confortable. Nadie le iba a arrebatar aquello ni iba a hacerles daño a su mujer y a su futuro hijo. Iba a hacer lo que fuera necesario por protegerlos.

Mitchell iba caminando por High Street, absorto en sus pensamientos, y lo sorprendió que un hombre al que conocía de vista lo detuviera.

—No agrada, ¿sabe, Nash?

—¿Cómo dice?

—No ha sido justo con la señorita McBride y eso no agrada. Se lo digo con franqueza: si acaba de montar un negocio en esta ciudad, tendría que procurar no

ofender a sus clientes. Lo mínimo que puede hacer, ahora que ha deshonrado a la señorita McBride, es casarse con ella.

El hombre se disponía a seguir su camino, pero Mitchell lo agarró del brazo.

—No he hecho nada indecoroso. La dama en cuestión es mi ama de llaves y cuida de mi hijo, cuya madre fue asesinada recientemente. La señorita McBride ocupa ese lugar encargándose del niño hasta que yo pueda encontrar una solución permanente, y yo se lo agradezco inmensamente. —Dejó que aquello cuajara y añadió—: Como usted ha sido franco conmigo, yo también lo voy a ser. Ella y yo no compartimos lecho ni lo hemos hecho nunca, así que no hay motivo para que nos casemos. Es más, se trata de una dama muy respetable, y le agradeceré que lo tenga presente la próxima vez que hable de ella.

—No es eso lo que su madre le dijo a mi mujer, y dice que daba lástima ver llorar a la pobre señora McBride mientras lo contaba. Una madre no diría algo así de su propia hija a menos que fuera cierto.

¡Esa vieja bruja! Mitchell esperaba no cruzársela por la calle, porque no iba a saber ser civilizado.

—En ese caso, le sugiero que hable con el capitán McBride y sabrá la verdad de lo ocurrido. Él está furioso con su madre por sus palabras maliciosas, porque no son más que eso, palabras maliciosas porque su hija se atrevió a marcharse de casa. El capitán vino a vernos anoche y está encantado de que a su hermana se la trate con respeto mientras viva bajo mi techo.

—Ah, ¿sí? —contestó el hombre extrañado—. Pero, en serio, si su propia madre...

—A veces las personas de cierta edad se conducen de forma irracional. Y no voy a ahondar en ese particular porque no me gusta ir por ahí difamando a la gente —le dijo Mitchell, que, despidiéndose con un gesto de la cabeza, se apartó y dejó pasar al otro.

Unos pasos más adelante, el hombre se detuvo, se giró y se lo quedó mirando; después negó con la cabeza y reanudó la marcha.

Mitchell confiaba en que sus palabras hubieran sembrado la semilla de la verdad con la que contrarrestar el chismorreo. Lo disgustaba oír hablar mal de la

señorita McBride, y de pronto estaba la preocupación añadida de que aquel escándalo pudiera dañar también su negocio.

Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho más que buscar a alguien que cuidase de Christopher? No tendría negocio si no hubiera podido ir en busca de proveedores de madera.

La señora Hollins bajó a la casita con un mensaje para Bram.

—Mi Sim ha visto a un hombre entrar en esa casa del fondo a la derecha, señor. Unos minutos después, Mundy ha salido disparado de ella. Sim dice que parecía furioso. El otro tenía pinta de respetable, y Sim piensa que es el propietario de la casa. Cuando ha vuelto a salir, se ha quedado plantado mirando la casa mientras negaba con la cabeza, como si estuviera fastidiado. Yo espero que haya echado a Mundy. El sitio está hecho un asco.

—¿Y adónde habrá ido Mundy?

Ella sonrió.

—Pronto lo sabremos. Mi Sim ha llamado a un chiquillo que pasaba por allí y le ha prometido seis peniques si seguía a Mundy y averiguaba adónde iba.

—Su marido es un tesoro, señora Hollins, un verdadero tesoro.

Ella le sonrió satisfecha.

—Es un buen hombre, señor, eso ya lo sé yo.

Bram se hurgó en el bolsillo.

—Aquí tiene los seis peniques para pagar al chiquillo. Igual estaría bien que, cuando vuelva a subir al bazar, la acompañe Sally parte del camino, para que parezca que ha venido a verla a ella y no a mí, por si ha vuelto Mundy.

—Yo, encantada, señor. Sim y yo hemos criado a esa niña desde que murió nuestra hija y la queremos como si fuéramos sus padres, no sus abuelos.

Bram subió a la planta superior, donde oyó a la joven doncella hablarle bajito a Louisa. Sally alzó la vista y se llevó un dedo a los labios, señalando la otra alcoba. Él se asomó y vio a Isabella profundamente dormida en la cama, con su espléndida melena esparcida por la almohada.

—Bájate a Louisa —le pidió—. He pensado que te gustaría charlar un rato

con tu abuela, que ha venido a ver qué tal te va. Luego puedes llevarte a la niña a dar un paseo. Es una pena que no salgáis con el día tan estupendo que hace.

Tenían días soleados prácticamente todo el año, pero la gente decía que los mejores eran los de primavera, antes de que hiciese demasiado calor. Aun así, a Bram le costaba dar por supuesto el sol, habiéndose criado con la niebla y la lluvia irlandesas.

Las vio subir el sendero a las tres; luego la señora Hollins volvió al bazar y Sally le tendió la mano a la niña. Louisa la cogió confiada y se fueron las dos hacia High Street. Mientras las observaba, la cría dio un salto de pura alegría que hizo que a Bram se le formase un nudo en la garganta. A esa niña la habían maltratado, pero a lo mejor ellos podían compensarla un poco.

Al entrar en casa, oyó que arriba crujía la cama y subió a ver cómo estaba Isabella. Bostezaba y se estiraba, pero, en el fondo, no estaba despierta. Casi de inmediato, se puso de lado y volvió a quedarse dormida. Bram bajó y se instaló en el sofá. Se iba a conceder el lujo de echarse una siesta él también. Había pasado un par de noches inquietas, y a saber lo que ocurriría esa noche. A fin de cuentas, Conn no regresaría aún de su excursión a Perth y a él no le quedaba nada más que hacer para la gran inauguración.

—La calma que precede a la tempestad —se dijo en voz baja mientras se quedaba traspuesto.

Mientras se ocupaba de diversos asuntos de negocios y supervisaba el vaciado y la limpieza de las bodegas de su barco, Dougal hizo correr la voz de que andaba buscando una casita para su madre y una doncella que cuidara de ella.

Le costó menos encontrar la casa que a la doncella, y enseguida le dijeron de un par de sitios que podía ver ese mismo día.

Mandó recado a su hermana para pedirle que lo ayudara a inspeccionar las casas esa tarde, y ella le contestó que lo haría encantada.

Se vieron en la puerta de la iglesia de San Juan, en High Street, y fueron andando tranquilamente hasta la primera dirección que le habían dado, pero la

vivienda se encontraba en muy malas condiciones y parecía a punto de derrumbarse con una simple ráfaga de viento, así que pasaron a la segunda casa.

Para sorpresa suya, la otra estaba justo detrás del bazar. Dougal se detuvo a estudiarla y decidió que probablemente se encontrara en buen estado estructuralmente, aunque necesitase que la adecentaran y limpiaran un poco el jardín, que era una maraña de malas hierbas.

El dueño los esperaba en el porche de la entrada, angustiado.

—Disculpe, capitán, pero la mujer a la que le había pedido que la limpiara esta tarde no ha aparecido y el interior sigue en un estado lamentable. Además, aunque he echado al otro inquilino, todavía no se ha llevado sus cosas. Si quiere, vuelva dentro de uno o dos días y se la tengo lista para su inspección.

Flora no esperó a que su hermano contestara.

—Vamos a echar un vistazo rápido ahora. Si no es adecuada, dará igual lo que le haga, pero, si lo es, quizá podamos llegar a algún acuerdo sobre la reforma.

—Bueno..., si lo tienen claro.

El sitio olía a comida y sudor rancios. Dougal vaciló en el vestíbulo.

—No deberías estar en un sitio como este, Flora.

Ella soltó una carcajada.

—He visto cosas peores cuando visitaba a los pobres para la parroquia.

—No tenía ni idea de que hicieras eso. Madre nunca me lo contó.

—A ella no le parecía bien y me pidió que no se lo contara a nadie.

Flora se le adelantó y empezó a comprobar el interior de la casa. Era bastante espaciosa, con seis habitaciones y una terraza preciosa en la parte de atrás. Esa daba a un jardín, que, tras las lluvias de invierno, no era más que otro revoltijo de maleza.

Dio la vuelta a la casa por fuera una segunda vez, pensativa, así que Dougal se limitó a seguirla y a dejar que extrajera sus propias conclusiones mientras él decidía qué le parecía aquello.

Flora se dirigió primero al dueño:

—Creo que podría quedar muy bonita, pero necesita limpieza y habría que pintar algunas estancias.

—Eso saldría carísimo.

—Pero, si firmamos un contrato de alquiler de dos años, sus rentas estarían garantizadas, ¿no es así?, y le compensaría hacerlo.

Al propietario se le iluminó el semblante.

—¿Tres años?

Ella asintió.

—De acuerdo, tres. Pago anticipado del alquiler, todos los meses.

Gratamente sorprendido de lo bien que se le daba negociar a su hermana, Dougal se mantuvo al margen. No tuvo más que asentir cuando el dueño accedió a lo que Flora le proponía.

—Nos gustaría que nuestra madre se mudase aquí la semana que viene —dijo con firmeza—. ¿Podrá tenerlo listo para entonces? —El dueño asintió y Flora se volvió hacia Dougal—. Creo que deberías dejar que madre decida qué muebles quiere traerse de casa. Probablemente se llevará más de lo que necesita, pero te sale más rentable así. Eso sí, no la dejes entrar en mi alcoba ni en el cuartito que yo usaba de despacho. Les tengo bastante cariño a algunas de las cosas que tuve que dejar allí.

Cuando se iban, se cruzaron con alguien cuyo rostro le era familiar a Dougal. La mujer titubeó, como si no tuviera claro qué trato debía darles, y él se levantó el ala del sombrero y le dijo muy alto:

—Señora Porter, ¡qué delicia verla! He salido a tomar el fresco con mi querida hermana. Hace un día precioso, ¿verdad?

—Aaah..., eeeh..., sí. Buenos días, capitán, señorita McBride.

No se entretuvo, pero al menos saludó a Flora.

—Podemos acabar con esos chismes —dijo rotundamente al oír suspirar a su hermana—. No pienso volver a zarpar hasta que madre se haya mudado y a ti te estén dando el trato que mereces.

Ella lo miró con los ojos empañados.

—Eres el mejor de los hermanos.

Dougal le dio una palmadita en la mano con la que ella le enhebraba el brazo, y se la cogió mientras seguían paseando. En dos ocasiones vio a damas a las que conocían cambiar de acera para evitarlos y notó cómo temblaba la mano de Flora bajo la suya. En otra ocasión, se toparon en una esquina con una dama que no

tuvo tiempo de escapar. La mujer no respondió a su saludo más que alzando la nariz y apretando el paso. Dougal oyó a Flora inspirar rápido. Recordaría aquel desaire la próxima vez que el marido de aquella dama quisiera hacer negocios con él, decidió con tristeza.

Después de llevar a Flora a casa, Dougal volvió a la suya para lidiar con su madre, que estaba sentada abajo, ociosa y con cara de infelicidad.

—¿Pido que nos traigan un té, querido? —preguntó ella de pronto.

—Sí, eso estaría bien. Tengo que hablar contigo.

Cuando Linny se fue a preparar la bandeja del té, él dijo sin rodeos:

—Te he encontrado una casa. Te mudas la semana que viene.

Su madre se puso tan pálida que Dougal temió que la conmoción hubiera sido demasiado fuerte, pero entonces ella se puso colorada y reapareció aquella mirada furiosa y maligna.

—Ya te lo he dicho: esta es mi casa. Con todo lo que he hecho por ti, tengo derecho a quedarme aquí. Me cuesta creer que seas tan cruel de echar a tu propia madre.

—Y a mí me sigue costando creer que tú hayas tratado a Flora con semejante crueldad. Y, para ahorrarnos futuras disputas, permíteme que te asegure desde este mismo momento que no voy a cambiar de opinión sobre tu traslado, por ninguna razón. —Su madre pareció marchitarse y envejecer ante sus ojos y a Dougal lo entristeció que la cosa hubiera llegado a aquello, pero le bastó con recordar cómo había evitado la gente a su hermana ese día para aferrarse a lo que había decidido—. Cuando hayan limpiado la casa, te llevaré a verla, y luego podrás elegir qué muebles te gustaría llevarte de aquí.

—¿Y eso qué más da si me llevas a una choza? —le dijo ella, forzando un sollozo, que él ignoró porque vio que no era de verdad.

—No es una choza, sino una casa de seis habitaciones a escasa distancia de High Street, muy bien situada. Estarás cerca de tus amigas y de las tiendas. Te buscaremos una doncella, una fregona y alguien que te arregle el jardín. Estoy convencido de que allí estarás muy a gusto. Pero, como me entere de que has vuelto a decir una sola palabra que ensucie la reputación de mi hermana, o siquiera una insinuación, entonces sí que te pongo de patitas en la calle y te

cierro el grifo. Lo tendrás muy difícil para arreglártelas con la herencia de tu madrina.

Su madre no dijo ni una palabra más cuando Linny les llevó el té, ni le dio las gracias a la doncella ni parecía saber cómo servirlo.

—¿Té? —dijo por fin, tensa, con un hilillo de voz.

Él asintió y aceptó la taza que le ofrecía, se lo bebió, se obligó a tomarse un trozo de bizcocho y se marchó.

A veces había que hacer cosas que no eran fáciles, que te incomodaban.

Pero Flora necesitaba su apoyo en aquellos momentos y en el futuro inmediato. ¿Y qué mayor apoyo podía prestarle que devolverla a su antigua casa en cuanto hubiera sacado de ella a su madre?

Flora podía llevarla como casa de huéspedes si le placía o simplemente vivir allí y cuidársela a él. Eso dependía de ella. Su hermana le había dicho que no quería vivir con él cuando se casara, pero le llevaría tiempo encontrar a alguien adecuado, sin duda.

Sim bajó a la casita para informar de lo que había visto porque lo consideró, acertadamente, importante.

—El capitán McBride y su hermana han estado echando un vistazo a la casa de la que ha salido Mundy. Cuando se han ido, el hombre que les ha enseñado la vivienda ha traído a tres mujeres para que la limpiaran a fondo. Aún están allí, así que lo que quiero saber ahora es adónde ha ido Mundy. La vez anterior se fue a la taberna, se quedó allí y se emborrachó.

—Sí, ¿adónde habrá ido? ¿Y para quién será la casa? ¿Se va a mudar Flora allí? En ese caso, debemos ofrecerle toda la ayuda que podamos.

Sim sonrió.

—Mi esposa ha cruzado para hablar con una de las mujeres de la limpieza, que vive en nuestra calle. Le ha dicho que la casa es para la madre del capitán McBride y que Mundy la había dejado tan hecha un asco que estaban teniendo que desinfectarla entera.

—Dale las gracias a tu mujer, Sim. No sé qué haría sin vosotros dos.

Cuando Sim se marchó, Bram soltó un silbido en voz baja.

—¡Para su madre! ¡La que se va a liar!

—Pero a lo mejor así Flora consigue restaurar su buen nombre —le dijo Isabella en voz baja—. Así lo espero.

23

Después de una cena tranquila, Bram e Isabella dejaron a Sally sentada en la cocina con el periódico, que a ella le emocionaba poder tomar prestado por las noches, cuando Bram había terminado de leerlo.

—¿Qué tal con Louisa hoy? —le preguntó Bram a Isabella.

—Muy bien. Está mucho más contenta ahora que no va drogada, y Sally se lleva estupendamente con ella. Creo que la chica también es trabajadora. No podía ser de otro modo, habiéndola criado la señora Hollins —dijo Isabella bostezando—. ¡Qué sueño tengo! Creo que hoy me voy a acostar temprano. Últimamente no consigo mantenerme despierta.

—Les pasa a algunas embarazadas. —Se pensó un poco lo que iba a decir, porque no quería amargarle el día—. Mira, me parece que Mundy va a intentar algo esta noche. Va a querer estropearnos la inauguración si le es posible. —La vio llevarse la mano al pecho de forma instintiva, así que no le comentó nada de la última amenaza que había recibido, esa vez exigiéndole solo cincuenta libras. Se la había enseñado a Sim y a Conn, pero a nadie más—. Me voy a quedar levantado para vigilar con los hombres.

—Mundy debe de saber que estás tomando precauciones. No será tan estúpido de intentar nada más, ¿no?

—Yo no creo que sea estúpido. Astuto, diría yo. Lo malo es que, teniendo más de media hectárea de tierra, no podemos vigilar todo el perímetro de la finca y, claro, él se crio aquí, y conoce bien todas las tierras y los edificios. Es una lástima que se haya nublado el cielo esta tarde. Hoy tenemos media luna y, con el cielo encapotado, será una noche oscura.

—Tendrás cuidado, ¿verdad?

—Por supuesto. Además, no voy a estar solo. Tengo cuatro ayudantes, aparte de Les, y Mundy está solo. Si pasa algo, por favor, quédate en casa. No quiero que tropieces... ni nada parecido.

—Llevar un bebé en mi vientre me hace sentir muy inútil —protestó ella—. Quiero ayudarte, estar a tu lado.

—Ay, mi vida, no hay nada que puedas hacer que me complazca más que darme una familia. —Sonrió—. A fin de cuentas, eso es algo que no puedo hacer yo.

Ella procuró sonreír, pero fue en vano.

—Bueno, el bebé no me va a impedir llevar a cabo la venta de las sedas y de otros tejidos como aportación al bazar. Lo hablé con Mei Xiu antes de irme, y vamos a trabajar juntas en eso. Tenemos toda clase de ideas que nos beneficiarán a las dos. A ella se le dan genial los colores y es consciente de sus aptitudes.

—Fenomenal. De todas formas, yo no sé nada de eso, pero tengo entendido que a las damas a veces les cuesta encontrar buenos tejidos, sobre todo porque, en esta colonia, tan pronto hay escasez como abundancia de artículos a la venta. Entre envíos, algunos productos pueden resultar complicados de encontrar.

—¿No te importa?

—¿El qué?

—Que tenga pensado trabajar en el bazar... Hay maridos que no permiten a sus mujeres participar de sus negocios.

—Yo no soy de esos maridos, y quiero que estés conmigo todo lo posible. —La atrajo hacia sí y la estrechó en sus brazos, inhalando su suave perfume de mujer—. Tu señor Lee me hizo el mayor favor del mundo proponiéndome que me casara contigo.

—Pienso lo mismo —dijo ella—. Es un hombre muy astuto.

Siempre consciente de que alguien podía estar vigilando la casita, Bram esperó a que se hiciera de noche para salir por la puerta de atrás y echar la llave con sigilo. Reprimiendo una maldición al enredarse con la ropa tendida al cruzar el jardincito, trepó por encima de la valla de madera. Iba vestido de oscuro y

procuró moverse despacio y con cautela, evitando el ruidoso sendero de gravilla y dirigiéndose a la verja contigua al solar vacío.

Había una zona en la que se podía levantar ligeramente un trozo para hacer hueco. No había pedido que se la cambiaran porque estaba convencido de que era por allí por donde Mundy se colaría. Solo que a saber adónde iría después. ¿La rabia que le producía la negativa de Bram a aceptar el soborno lo llevaría a intentar quemar otra vez las cuadras o el bazar? Si eso era lo que se proponía, lo iba a tener difícil. Estaban alerta.

Además de tener hombres vigilando la finca, Bram le había pedido a Les que llenase de agua todos los cubos que pudiera encontrar y los repartiera de forma estratégica cada equis metros en cuanto oscureciese. Pero el conjunto de edificios unidos que conformaban el bazar se había ampliado unas cuantas veces y no siempre con la misma anchura, con lo que las paredes tenían ángulos y rincones en los que un hombre podía esconderse. La vigilancia nocturna no iba a ser tarea fácil.

Ya les había dicho a los guardias dónde encontrarlo, pero se desvió para hablar primero en voz baja con uno de los que patrullaban el perímetro y pedirle que informara a los demás de que él se incorporaba en ese momento.

El tiempo transcurría despacio y Bram sentía un temor cada vez mayor. Si algo salía mal y le destruían el bazar, no sabía qué iba a hacer. Como simple mozo de cuadras, nunca iba a poder ganar lo suficiente para mantener a Isabella como ella merecía. Solo como mercader podría conseguirlo y, aunque sabía que ella no se iba a quejar, lo angustiaba muchísimo hacerla vivir en la pobreza. Peor aún, si a ella le ocurría algo, él jamás se lo perdonaría.

No, seguro que con tantos hombres alerta podría mantener a raya a un malhechor.

El que vigilaba agazapado en un hoyo, al otro lado de la valla, sonrió cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Poco a poco fue localizando a los hombres que custodiaban el lugar y vio por dónde patrullaba cada uno. ¡Imbéciles!

Hacían siempre la misma ronda, con lo que, en cuanto pasaran, él tendría tiempo de avanzar.

Él no habría organizado una patrulla tan chapucera. Era más listo que ellos y ya se lo había demostrado.

Al único al que no veía esa noche era al enclenque desgraciado irlandés, que, de pronto, por lo visto era copropietario de las cuadras de alquiler. Largan y él le habían pagado muy poco por la finca, y lo justo era que lo compensaran con un precio justo.

Oyó a lo lejos pasos y carcajadas de borrachos. Mundy sonrió. Ya había empezado e iba a funcionar. Tenía que funcionar. Había hecho el tonto dos veces: había aceptado por su finca menos de lo que valía y había dejado que aquella zorra mentirosa le robara casi todo su dinero. Pero eso no volvería a ocurrir. Lo había planeado todo cuidadosamente, hasta la forma de desaparecer cuando consiguiera su dinero. Ah, sí. Le iba a salir redondo.

Bram aguzó el oído al detectar algo, pero luego se relajó un poco cuando vio que no eran más que unos borrachos que volvían a casa y pasaban por delante de las cuadras, algo que ocurría de vez en cuando. Se preguntó qué hora sería; se había dejado el reloj de bolsillo en casa para protegerlo. De todas formas, tampoco habría podido verlo bien si lo hubiera llevado encima. No obstante, debía de ser más temprano de lo que pensaba si aún había gente por la calle.

Las voces y las risas de los hombres se acercaron; eran varios, a juzgar por el ruido. Oyó la palabra *cumpleaños* y sonrió en la oscuridad. Alguien lo estaba celebrando bien esa noche, pero tendría un dolor de cabeza tremendo al día siguiente.

Al llegar a las cuadras, uno de ellos se detuvo.

—Aquí es donde vivía Mundy... —dijo con voz arrastrada.

—¡Condenados irlandeses! —espetó otro—. Se cuelan en todas partes.

Uno de ellos cogió una piedra y la tiró a las cuadras, y de pronto el grupo entero empezó a arrojar cosas y a proferir insultos.

Bram avanzó, tropezó con una piedra, y se detuvo de nuevo; prefirió dejar

que los hombres a los que había contratado impidieran que el grupo causara daños. Aun así, escuchó con atención los gritos y los alaridos, por si se les iba de las manos.

Entonces oyó algo a su espalda, pero, cuando fue a girarse, el mundo le reventó en medio de un fuerte dolor.

Mundy contempló sonriente la figura inmóvil que tenía a sus pies.

—¿Qué te parece eso, irlandés? —le dijo, y luego se escabulló en medio de la noche, mientras sus amigos seguían armando jaleo y proporcionándole la distracción que necesitaba.

Al llegar a la casita, se dirigió con sigilo a la parte de atrás. No tuvo problema para saltar la valla: lo había hecho montones de veces de crío para evitar la ira de su padre cuando salía a beber. La puerta de la cocina estaba cerrada con llave, pero la suya aún funcionaba. ¡Aquellos necios tendrían que haber cambiado todas las cerraduras! Sonriendo, se coló dentro y se detuvo un instante para ver dónde estaban los muebles; luego cruzó a tientas el salón.

Sabía qué peldaños de la escalera crujían y cuáles no, así que subió hasta arriba sin delatarse. Aquello estaba muy tranquilo, no como la taberna en la que vivía él últimamente y donde tenía que compartir cuarto con varios hombres y soportar sus ruidos toda la noche.

Doña Irlandesa estaría sola en casa, dado que su amiguito había salido.

Sonriendo en la oscuridad, entró en la alcoba principal y se acercó con sigilo a la cama, se hurgó en el bolsillo y sacó la cuerda. Vio el bulto de su cuerpo, suave y femenino, y lamentó no disponer de tiempo para hacer algo más que llevársela, pero debía salir de la casa antes de que alguien reparara en su presencia.

Isabella despertó sobresaltada con un chillido ahogado cuando una mano sudorosa le tapó la boca. Antes de que pudiera zafarse del intruso, este le metió

un trapo en la boca y le ató un trozo de tela para que no lo escupiera. Luego le dio la vuelta para atarle las manos a la espalda.

Estaba aterrada por el bebé y por sí misma, pero no pudo resistirse cuando él la obligó a levantarse y a bajar la escalera.

Mundy. ¡Cómo no! Forcejeó y él le susurró:

—Como haga un solo ruido, la tumbo de un golpe, señora. A ver qué le parece.

Ella dejó de resistirse, prefirió esperar su momento.

En la otra alcoba, a Sally la despertó un chillido ahogado. Se quedó muy quieta, preguntándose qué habría sido aquel ruido, y entonces oyó a un hombre hablar, amenazar a su señora. Sabía que estaban patrullando la finca esa noche, porque su abuelo le había advertido que no saliera. ¿Cómo había conseguido entrar aquel tipo?

No fue corriendo a ayudar porque su abuelo le había enseñado que solo los tontos se precipitan cuando no saben lo que está pasando. Rezando para que Louisa no se despertara, cruzó la estancia y se escondió detrás de la puerta para oír mejor.

Cuando el intruso pasó por delante, con su señora al hombro, Sally le vio el contorno y supo que era un hombre grande. Como no podía hacer nada contra un hombre así, prefirió esperar.

Oyó que se abría y se cerraba la puerta de atrás; ya conocía el sonido y soltó un suave suspiro de alivio. ¡No la había visto!

Solo entonces bajó con sigilo la escalera y giró la llave grande de la puerta de la calle. «¡Que no me oiga, por favor!»

Antes de salir de la casa, echó un vistazo alrededor, pero no vio ni rastro de él. «Corre —se dijo—. Corre más rápido que en toda tu vida.»

Cruzó volando a los establos, donde un grupo de hombres estaba provocando a Les y a los vigilantes. Parecían borrachos. Por lo visto, no la detectaron, gracias a Dios, así que pasó por su lado sin problemas.

Agarró a Les del brazo y le dijo:

—Soy yo, Sally.

—¿Qué haces tú aquí, niña?

—Ha entrado un hombre en la casita y se ha llevado a la señora Deagan. Aún estará por la finca.

Les espabiló de inmediato y le tiró del brazo al hombre que tenía al lado.

—Ese tipo nos la ha jugado, maldito sea, y ha secuestrado a la señora Deagan. La chica cree que aún andará por la finca. Ve corriendo a por el patrón.

El guardia rodeó corriendo las cuadras y se dirigió a la parte de atrás, donde había visto por última vez al señor Deagan. Oyó a alguien gruñir y eso lo llevó hasta una figura que, a escasa distancia, se agarraba la cabeza sentada en el suelo.

Le explicó enseguida lo sucedido y vio cómo el señor Deagan se ponía alerta de inmediato y se levantaba de un brinco.

—Ve a buscar a Sim al bazar. Y coge lámparas, todas las que puedas. Si ese tipo sigue en la finca, no irá lejos.

Después de pensárselo un momento, gritó:

—¡Mundy! Lo tenemos rodeado. No se saldrá con la suya.

Un ruido, junto a la valla, un poco más adelante, le hizo girarse bruscamente. Cogió la piedra con la que le habían pegado en la cabeza y bramó:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Mundy se detuvo en seco al oír al irlandés llamarlo por su nombre. Maldición, el muy enclenque se había recuperado rápido. Tendría que haberlo liquidado, solo que no podía asesinar a un hombre a sangre fría, no era capaz.

—¡No se acerque a mí! —le gritó—. ¡Tengo conmigo a su mujer, irlandés! Si se acerca demasiado, le haré daño.

A Bram le empezó a galopar el corazón en el pecho, de miedo y de rabia.

—¡Déjela marchar y lo dejaremos marchar a usted también!

—Necesito ese dinero. ¿No lo vale su mujer?

—No tengo cincuenta libras. ¡Le digo la verdad, maldita sea!

—¿Cuánto tiene?

—Unas veinte.

Silencio, luego Mundy dijo:

—Tráigamelas. Soltaré a su mujer en cuanto me haya alejado de aquí.

—No le voy a dar el dinero hasta que la deje marchar.

—Tendrá que hacerlo si valora en algo la vida de ella.

—Deme un minuto para pensar.

Bram se dio un susto de muerte cuando alguien le tocó el hombro. Al girarse, vio que era Conn el que estaba acuclillado a su espalda.

—Chist —le susurró Conn—. Él no sabe que estoy aquí. Haz todo el ruido que puedas cuando vayas para la casa y yo intento acercarme a él sin que me oiga.

Bram titubeó. Conn era más grande que él, pero dudaba que hubiera tenido que aprender a pelear sucio, como le había ocurrido a él.

—No, ve tú a la casa.

Levantó la voz y gritó:

—De acuerdo, pero lo tengo en la casa. Tengo que ir a buscarlo.

—No intente engañarme.

—No me atrevería. Tiene usted a mi mujer y a mi futuro hijo en sus manos.

—¡Oh, vaya, un bebé! —masculló Mundy, y sus palabras se oyeron perfectamente en el silencio de la noche.

—Adelante —le susurró Bram a su amigo.

Conn se puso en marcha, haciendo muchísimo ruido, y Bram se acuclilló y avanzó como un cangrejo por el espacio que lo separaba de Mundy e Isabella. Los rodeó con cautela, procurando mantenerse al margen de la visual de Mundy.

Según se acercaba, vio que el otro había empezado a desplazarse hacia el solar vacío. ¡El muy mentiroso! No tenía intención de cumplir su promesa.

Eso hizo que la rabia se apoderara completamente de Bram.

Isabella aún colgaba del hombro de Mundy, con la cabeza por la espalda de él y los brazos atados a la suya, una postura incomodísima. Percibía la tensión que emanaba su captor y estaba convencida de que el más mínimo detalle le iba a

hacer estallar. Había oído la conversación que había mantenido con Bram y sabía que él estaba cerca o lo había estado, porque de pronto se había ido a buscar el dinero.

Le dolía la cabeza de estar bocabajo y le fastidiaba sentirse tan indefensa, pero ¿de qué servía resistirse? Mundy iba en serio cuando le había dicho que la iba a dejar sin conocimiento si forcejeaba, eso lo tenía clarísimo. Aun así, levantó ligeramente la cabeza para aliviar la incomodidad y echar un vistazo alrededor.

De pronto vio moverse un bulto oscuro a la espalda de Mundy. Levantó más la cabeza y forzó la vista: desde luego había alguien allí.

Pero entonces Mundy empezó a alejarse de las cuadras en dirección al solar vacío, caminando despacio. ¿Pensaba incumplir su palabra, tratar de escapar sin esperar a que llegara el dinero? Se le heló la sangre. ¿Qué se proponía hacer con ella, entonces?

El bulto oscuro se convirtió en la figura de un hombre que los seguía en medio de la noche oscura, pero quien fuera no conseguía darles alcance y a ella empezaba a preocuparle que Mundy se la llevara. A fin de cuentas, seguro que había previsto una huida. ¿Y si la mataba primero?

Isabella intentó levantar aún más la cabeza y Mundy protestó:

—¡Estese quieta o se va a meter en un lío!

Así que agachó la cabeza y esperó un momento, pero la única forma que se le ocurría de entretener a Mundy, y permitir así que se acercara el hombre que confiaba en que fuera a rescatarla, era armando jaleo. Inspiró hondo y empezó a corcovear, intentando aporrearle a Mundy el pecho con los pies.

—¡Zorra estúpida! ¡Pare o lo va a lamentar!

Isabella permaneció inmóvil un momento y notó que él se relajaba. Pero el hombre que los seguía se había acercado mientras forcejeaban, y estaba casi segura de que era Bram. Esperó unos segundos más y después se sirvió de las pocas energías que le quedaban para intentar bajarse de su hombro, pateando a Mundy otra vez.

Soltando un bramido de rabia, él la dejó caer y la dejó sin respiración. Se dispuso a darle una patada y ella trató de apartarse rodando, pero solo consiguió

esquivarlo un poco y la bota le golpeó el hombro. Si no hubiera ido amordazada, habría gritado del dolor.

Cuando Mundy se preparaba para darle otra patada, Bram surgió de la oscuridad a su espalda, con el brazo en alto, y le atizó en la cabeza, y luego otra vez mientras el otro rugía de dolor, y una tercera, que hizo que el tipo se desplomara al suelo.

—¡A mí! —gritó Bram con todas sus fuerzas—. ¡Lo tengo! —Se oyeron pasos que se acercaban. Alguien maldijo, otro salió de la oscuridad y, de pronto, los rodeó un grupo de hombres—. Aseguraos de que no escapa. —Bram se tiró al suelo al lado de Isabella y le quitó la mordaza—. ¿Estás bien, mi amor?

—Ahora sí.

—¡Gracias a Dios! Espera, que te desato. —Le dio la vuelta con cuidado. Ella chilló y puso cara de dolor cuando Bram le tocó el hombro que le habían pateado. Él maldijo mientras intentaba quitarle la cuerda fina con la que Mundy le había atado las manos—. ¡Aaah! —chilló, y ella notó que la liberaba al fin.

Isabella no pudo evitar gruñir cuando, al empezar a moverse, notó aquel doloroso hormigueo.

Bram se la arrimó y le regó de besos la cara, dejando que los otros se encargaran de Mundy.

La voz de Sim lo distrajo un momento.

—Deme esa cuerda, señor: voy a atarlo bien y lo mandamos a comisaría —dijo, dando media vuelta.

Conn se acuclilló al lado de ellos.

—¿Isabella se encuentra bien? —le preguntó a Bram.

—Algo magullada —contestó ella misma.

—Ahora, si fuera un héroe de verdad —dijo Bram en voz baja—, te llevaría en brazos a la casita, pero no soy lo bastante grande para hacer eso. Conn, ¿me echas una mano?

—Claro. Tú cógela por la cabeza y yo la agarro de los pies.

Isabella procuró disimular el dolor mientras la llevaban dando tumbos por aquel terreno irregular.

Nunca le había parecido tan blanda su cama. Alguien encendió una vela y se la subió. Ella cerró los ojos unos segundos, aliviada de estar de vuelta en casa, sana y salva, y luego miró a su marido.

—Claro que eres un héroe de verdad —le dijo.

Bram sonrió y miró a su amigo, al otro lado de la cama.

—Gracias, Conn.

—Encantado de ayudar. ¿Quieres que vaya a supervisar la entrega a las autoridades de nuestro prisionero?

—Sí, por favor, que yo tengo algo mucho más importante de lo que ocuparme —contestó, volviéndose hacia su mujer. Cuando Conn se fue, Bram estrechó a Isabella con cuidado en sus brazos, enterrando la cara en su pelo un momento—. Si te llega a pasar algo, creo que habría perdido la razón. Déjame que te abrace un poco. —Después de darle un último beso, se puso en pie, sin soltarle aún la mano—. Voy a pedir a alguien que vaya a buscar al médico.

—No hace falta. No es más que un hombro magullado.

—¿Y nuestro bebé?

—Seguro que el bebé está bien; Mundy me ha dado una patada en el hombro, no en el vientre.

—Vamos a asegurarnos. ¡Ah, Sally, pasa! ¿Te importa vigilar un rato a la señora Deagan? Esta chica tan lista —le dijo entonces a Isabella— ha visto a Mundy y ha tenido la sensatez de quedarse escondida. Cuando él se ha ido, ella ha venido corriendo en busca de ayuda. Lo has hecho muy bien esta noche, Sally, muy muy bien.

La doncella les sonrió satisfecha y dejó la lámpara que traía.

—Me alegro de que esté a salvo, señora Deagan.

—¿Cómo está Louisa?

—Parece increíble, pero ha seguido durmiendo pese a todo ese jaleo. ¿Le preparo un té? Mi abuela dice que el té es la mejor medicina que hay.

—Me encantaría tomarme una taza. Y tampoco me vendría mal un poco de agua para asearme. Me siento sucia. Bram, ve a asegurarte de que todo va bien. Ya me cuida Sally.

Cuando él se hubo marchado, Isabella dejó caer la cabeza en la almohada y se palpó con cuidado el hombro. Le dolía más de lo que había reconocido, pero no le apetecía el alboroto de la visita de un médico. Solo quería recuperar su vida normal sin más disgustos ni amenazas.

Bram volvió media hora después y se la encontró recostada en las almohadas, con el rostro sonrosado y limpio ya, tomándose una segunda taza de té con Sally.

—Tienes mucho mejor aspecto.

—¿Se lo ha llevado la policía?

—Sí, y va a pasar una buena temporada en la cárcel, cree Conn. Ha ido con ellos para asegurarse de que todo se hace correctamente. Los amigos de Mundy, que se han hecho los borrachos para distraernos, han salido pitando en cuanto lo hemos atrapado, pero uno de los guardias ha conseguido pillar a uno, que también tendrá que responder ante la ley.

—Estupendo.

—Voy a llevarme abajo las cosas del té —dijo Sally.

Bram e Isabella no contestaron, estaban demasiado ocupados cogiéndose de la mano y sonriéndose.

Entonces Isabella cayó en la cuenta de algo y soltó un aspaviento.

—¡Bram, dentro de unas horas es la inauguración del bazar y no hemos dormido nada!

—Ya no vas a ir a la inauguración. Tienes que quedarte en la cama y descansar, asegurarte de que el bebé está bien.

—Solo vas a conseguir que no vaya atándome y sentándote encima de mí.

—Pero Isabella...

—Lo digo en serio, Bram. No me lo pienso perder.

—¿Seguro que estás bien? —dijo él, posándole con delicadeza una mano en el vientre.

Ella cubrió la mano con la suya.

—No me noto dolor ni pinchazos. Tampoco me voy a exceder, pero no me vas a impedir ir a la inauguración de mi propio bazar.

Bram sonrió con tristeza.

—Vas a ser la perfecta esposa de mercader. Bueno, pues más vale que duermas todo lo que puedas. Voy a asegurarme de que está todo cerrado con llave abajo y a decirle a Sally que se acueste ya. —Se acercó riendo a la escalera —. Tan pronto estamos atrapando malhechores como atrapando peniques. Y yo sé qué prefiero.

Epílogo

La pequeña banda a la que Bram había contratado marchaba despacio por High Street, calle arriba y calle abajo, tocando una marcha animada. Dos hombres, uno a cada lado de la calle, sostenían pancartas con postes que anunciaban:

EL BAZAR DE LOS DEAGAN
GRAN INAUGURACIÓN HOY
A LAS 10:00
GANGAS PARA TODOS

Allí de pie, vio empezar el desfile, lleno de orgullo, y luego volvió corriendo al bazar. Dougal había accedido a cortar, a las diez en punto, la cinta tensada delante de la puerta de la tienda. Iba a llevar a su hermana a la inauguración, pero no a su madre. Nadie había vuelto a ver a la señora McBride desde el día en que el capitán había regresado de su viaje.

Isabella estaba sentada en una silla nada más entrar a la tienda, con el brazo en cabestrillo, la cara pálida y un par de cardenales en la mandíbula. Cada vez que Bram los veía, le daban ganas de liarse a puñetazos con Mundy.

Conn estaba situado enfrente de ellos, impecable, tan elegante como solo él podía estarlo. A su lado había varias personalidades de la ciudad.

Cuando se acercaba la hora, Bram le ofreció a su esposa el brazo y ambos se acercaron a la cinta, preparados para la pequeña ceremonia. La gente empezaba a subir el sendero y estaban llegando más personas que las que él esperaba.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Isabella.

—Estupendamente. Ya te lo he dicho: solo me duele el hombro; del resto

estoy bien.

—Entonces, ponte a mi lado. El bazar es nuestro, no solo mío. No podría haberlo conseguido sin ti.

Orgullosa, Isabella ocupó su sitio, y Sim se adelantó y pidió silencio con el poderío vocal que había desarrollado como sargento del ejército. Cuando la multitud enmudeció, prosiguió y su voz llegó con nitidez, loma abajo, hasta los recién llegados.

—Convoco al capitán McBride para que diga unas palabras y después inaugure El Bazar de los Deagan.

Empezó a aplaudir y todo el mundo lo siguió.

Dougal se aproximó a la cinta.

—No voy a dar un discurso largo...

—¡Bravo! —gritó alguien.

El capitán sonrió y continuó:

—Pero sí quiero decir que Fremantle tiene suerte de que un hombre como Bram Deagan monte su negocio aquí y proporcione un servicio sin igual, comerciando con productos y artículos de artesanos y mujeres habilidosos, además de especialidades orientales. He tenido el placer de pasear por el bazar hace un rato y he disfrutado viendo no solo cosas que todos necesitamos, sino también otras de esas que no se encuentran a menudo en la colonia del río Swan. —La multitud profirió sonoros hurras, dirigida por los hombres que Sim había dispuesto estratégicamente. Bram le apretó la mano a su mujer y tuvo que tragar saliva para disolver el nudo que se le estaba formando en la garganta—. De modo que, como estoy convencido de que estarán todos impacientes por entrar, sin más demora, declaro inaugurado oficialmente El Bazar de los Deagan —sentenció, y, cogiendo las tijeras, cortó con cuidado la cinta.

Bram se acercó.

—Gracias, capitán McBride. Y ahora quisiera darles a todos la bienvenida e invitarlos a entrar. Nuestro bazar inicia ya su andadura.

La gente avanzó entusiasmada y él apartó a Isabella de un tirón para dejarlos pasar.

—Me voy a sentar detrás de esta mesa cerca de la puerta para ir cobrando —

dijo ella con firmeza—. No me quiero quedar al margen.

Cuando el bazar estaba ya atestado de gente, Dougal fue a buscar a su hermana, que se había quedado esperando nerviosa donde nadie la veía.

—¿Tú estás seguro de que esto es lo más acertado? —le preguntó Flora.

—Segurísimo. He hecho correr la voz de que mi madre se muda, que todo ha sido un gran error causado por un despiste suyo, y voy a demostrarle al mundo que me siento orgulloso de ser tu hermano. Nash vendrá dentro de unos minutos y los dos hablaremos con él tan contentos para que se vea que no estoy enfadado con él.

Dougal le notaba la tensión en el brazo por el que la llevaba cogida, pero hizo caso omiso y siguió avanzando con ella, sonriendo como si nada lo preocupara.

Algunas personas aún se apartaban de ellos, con disimulo, pero muchos no, y el capitán empezó a relajarse. Llevaría tiempo, pero su plan estaba funcionando.

Cuando Mitchell entró en el bazar con su hijo, miró alrededor y vio a Dougal. Le dijo al niño que fuera a buscar algo que comprar como celebración de aquel día y luego, abriéndose paso entre la multitud, se acercó al capitán.

Se saludaron cariñosamente y empezaron a charlar, y, mientras lo hacían, los presentes empezaron a pegar la oreja y se hizo un silencio momentáneo.

En vez de enterarse de lo que hablaban, a la gente le sorprendió oír alzarse en protesta la voz de un chiquillo en la otra punta del establecimiento.

—¡Mi padre no comparte alcoba con la señorita McBride! La comparte conmigo, y nosotros nunca entramos en su cuarto porque es el cuarto de una dama. —Al girarse, vieron a dos niños mirándose furibundos—. Y como lo vuelvas a decir, te doy un puñetazo en la cara —añadió Christopher, con tal cara de rabia que, cuando se adelantó, el otro niño cayó de espaldas.

—¡Di que sí, muchacho! —gritó un hombre, y eso deshizo la tensión; la gente empezó a reírse y todo volvió a la normalidad.

Mitchell miró a Dougal con los ojos en blanco.

—Lo siento. Siempre dice lo que piensa y, ahora que ha vuelto a hablar, no hay quien lo calle. Eso es gracias, en parte, a su hermana.

—Puede que hasta haya venido bien que lo diga. Que los críos anden haciendo comentarios demuestra lo lejos que ha llegado el veneno.

Mitchell se volvió hacia Flora.

—¿Se encuentra bien, señorita McBride?

—Sí, claro —contestó ella, y sonrió—. Creo que nunca he tenido un defensor tan apasionado.

Después de eso, observó que más personas le sonreían y, cuando se cruzó con la señorita Marley, la maestra se detuvo y le dijo en voz baja:

—Me alegro de que todo se haya arreglado. Trae a Christopher a la escuela el lunes, por favor.

Cuando terminó todo el alboroto y ya solo se veía la luz del vigilante en el bazar, Bram e Isabella se sentaron a contar el dinero.

—No me puedo creer todo lo que hemos ganado hoy —dijo él cuando terminaron de sumar la última columna de cifras.

—Es un comienzo extraordinario. Todo lo del señor Lee se ha vendido bien. Espero que Dougal vuelva a Singapur en su próximo viaje. Tenemos que encargarle más género.

—Vamos a guardar el dinero y luego a la cama, que ya has hecho más que suficiente por un día.

Ella le sonrió.

—Soy más fuerte de lo que piensas.

—Eres perfecta en todos los sentidos, pero déjame que te mime de vez en cuando. A un hombre lo hace feliz cuidar de su mujer.

—Y tú me haces feliz a mí solo con ser... tú mismo. —Le cogió la mano—. Te quiero, Bram Deagan. Lo sabes, ¿no?

Él le apretó fuerte la mano y, con la voz ronca de emoción, le contestó:

—A pesar de nuestras diferencias.

Ella se lo arrimó y se colgó de su cuello.

—No digas eso, mi amor. No lo vuelvas a decir. Las diferencias son lo que nos hace fuertes, lo que nos une y enriquece nuestra vida. No imagino ningún otro hombre, caballero o no, más adecuado para mí que tú.

—Ay, Isabella, creo que no he sido más feliz en mi vida.

La besó y luego la estrechó entre sus brazos, y la forma en que se abrazaban dejaba tan claro lo que sentían el uno por el otro como las palabras que se decían.

Isabella bostezó de pronto y se apartó con una risita.

—Tenemos años para querernos, pero confieso que ahora mismo me encantaría irme a dormir. Estoy cansada, ¿tú no?

—Sí, yo también. Ve subiendo tú, que yo voy a asegurarme de que todo está a salvo.

Mientras ella subía la escalera, lo oyó comprobar que todo estaba bien cerrado abajo, incluido el nuevo cerrojo de la puerta trasera, pese a que había sido él mismo quien lo había echado hacía un rato.

Al igual que Bram, Isabella no se había sentido tan feliz desde que era una cría atolondrada y despreocupada. Seguía maravillada de haberlo conocido, ¡y en Singapur, precisamente! ¿Cómo habían sabido los Lee que sería tan buen marido? Debía escribirles para contarles lo contenta que estaba. Sonrió. A ellos les parecería más importante que Bram y ella tuvieran un negocio rentable entre los dos.

—¿Aún no te has acostado? —le dijo él con ternura al oído, y a Isabella sus labios le parecieron aún más tiernos al contacto con los propios.

La esposa del mercader suspiró feliz y se preparó para acostarse, tendida junto al hombre al que amaba, donde permaneció despierta al menos dos minutos más.

Bram se quedó tumbado en la oscuridad, sonriente, con ella aún en sus brazos. Pronto empezaría otro día y, con Isabella a su lado, compartiendo su vida, queriéndolo casi tanto como él la quería a ella, ¿quién sabía lo que les depararía el futuro? Ya tenía más de lo que había aspirado hasta en sus sueños más disparatados, pero seguiría trabajando mucho, por ella, por los hijos que iban a tener y por su familia de Irlanda. Pero, sobre todo, por ella.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, debo dar las gracias al sistema de bibliotecas australiano, que resulta utilísimo para investigar.

También doy las gracias de nuevo a Eric Hare, que siempre está ahí para echarme una mano en cuestiones náuticas.

La esposa del mercader
Anna Jacobs

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Trader's Wife*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, © Magdalena Russocka / Trevillion Images y © Gergitek Gergi tavan / Shutterstock

© Anna Jacobs, 2011

© de la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2025

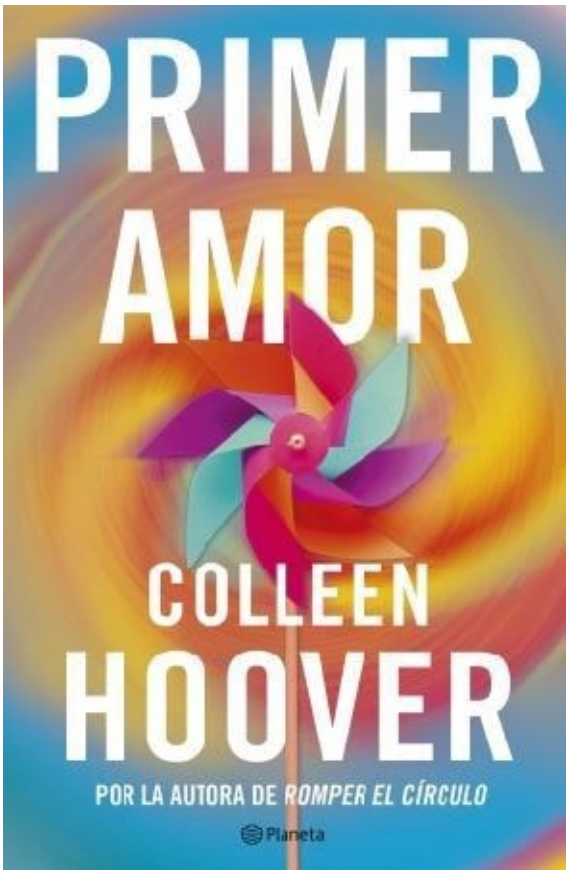
ISBN: 978-84-08-30007-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


PRIMER
AMOR
COLLEEN
HOOVER
POR LA AUTORA DE ROMPER EL CÍRCULO
Planeta

Primer amor (Heart Bones)

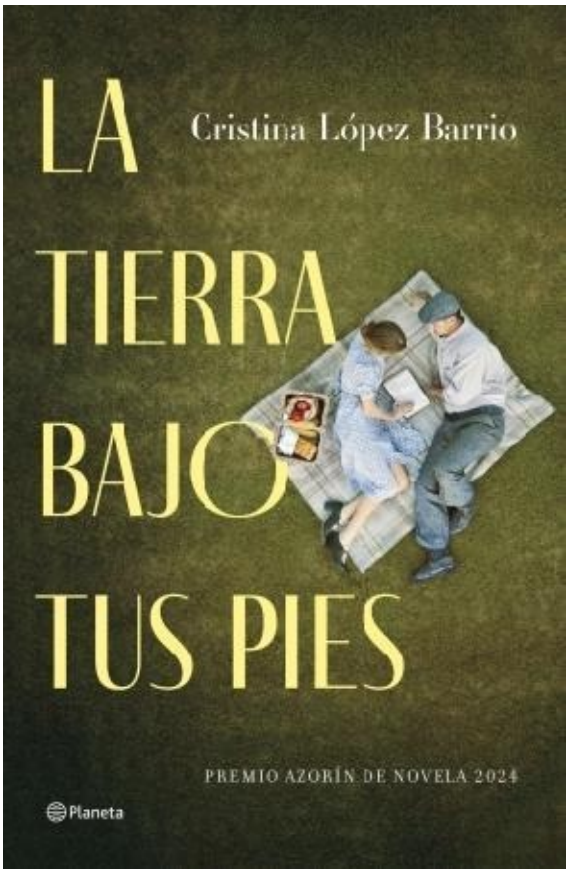
Hoover, Colleen
9788408301875
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela sobre las almas gemelas y el primer amor de Colleen Hoover, autora de Romper el círculo. Colleen Hoover, un fenómeno imparable.

Después de una dura infancia, Beyah Grim consigue una beca para abandonar para siempre el lugar en el que nunca ha sido feliz. Pero dos meses antes de marcharse una muerte inesperada la deja sin hogar y se ve obligada a pasar el resto del verano en Texas con un padre al que apenas conoce. Rota y ansiosa por que el verano pase rápido, Beyah no tiene tiempo ni paciencia para Samson, el rico y melancólico vecino de al lado. Sin embargo, la conexión entre ellos es demasiado intensa como para ignorarla. Tienen claro que sus planes de futuro les van a separar así que deciden mantener una relación casual de verano. Lo que no saben todavía es que una corriente inesperada está a punto de arrastrar sus corazones al mar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


LA TIERRA BAJO TUS PIES
Cristina López Barrio
PREMIO AZORÍN DE NOVELA 2024
Planeta

La tierra bajo tus pies

López Barrio, Cristina

9788408289760

304

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

UNA NOVELA EVOCADORA, QUE DESTILA EMOCIÓN Y CONQUISTA EL CORAZÓN DEL LECTOR

Madrid, 1935. Cati es una joven cuya vida transcurre entre fiestas y tertulias en los cafés, hasta que **la tragedia la golpea**. Mientras busca **su lugar en el mundo**, el encuentro con una amiga de la infancia y con Manuel Bartolomé Cossío marcará su destino. Con las **Misiones Pedagógicas**, que llevaban la cultura a donde parecía imposible que llegara, viajará a un pueblo recóndito y, alojada en la humilde casa de los Salazar, Cati **iniciará una relación** con los miembros de la familia: Paciana, una viuda curtida en la venganza; su hijo, Fabián, apodado el Murciélago, y su hermano, Jeremías, **un hombre maldito, por quien sentirá un amor inesperado**. Su estancia le abrirá los ojos a otra forma de vida, regida por los designios del campo y las estaciones. Pero también se verá implicada en una **vieja deuda de sangre y odio**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DR. GUILLERMO ANTIÑOLO
La revolución del genoma femenino
Por una atención médica personalizada para mejorar la salud, el envejecimiento y el bienestar de la mujer
Planeta

La revolución del genoma femenino

Dr. Guillermo Antiñolo

9788408302254

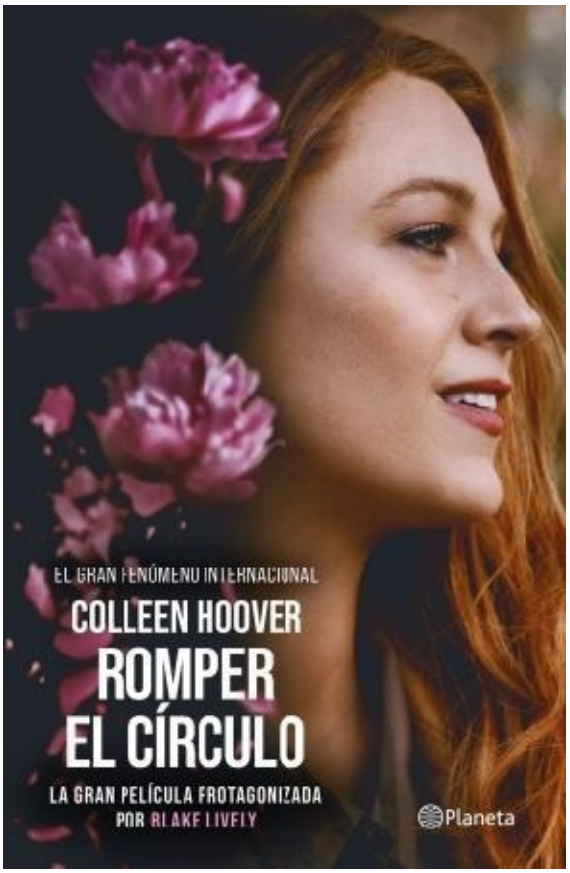
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un libro innovador que reivindica el uso del genoma femenino para transformar la salud de la mujer y promover un envejecimiento saludable.

¿Cómo es posible que las mujeres sigan siendo prácticamente invisibles en la investigación médica, si representan la mitad de la población? ¿Por qué continúan recibiendo tratamientos que no tienen en cuenta sus particularidades biológicas, fisiológicas y su manera única de envejecer y enfermar? El doctor Guillermo Antiñolo se embarcó en el proyecto del genoma femenino con un objetivo: encontrar respuestas que no existían para tratar la salud de la mujer. Este libro reivindica una medicina con perspectiva de sexo y género, y encuentra soluciones para mejorar la vida de las mujeres. El **#MeToo genómico** es necesario y tenemos las herramientas para impulsarlo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


EL GRAN FENÓMENO INTERNACIONAL
COLLEEN HOOVER
ROMPER
EL CÍRCULO
LA GRAN PELÍCULA PROTAGONIZADA
POR BLAKE LIVELY
Planeta

Romper el círculo (It Ends with Us)

Hoover, Colleen
9788408259015
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, quien más te quiere es quién más daño te hace.

Lily no siempre lo ha tenido fácil. Por eso, su idílica relación con un magnífico neurocirujano llamado Ryle Kincaid, parece demasiado buena para ser verdad. Cuando Atlas, su primer amor, reaparece repentinamente y Ryle comienza a mostrar su verdadera cara, todo lo que Lily ha construido con él se ve amenazado.

«Nadie escribe sobre sentimientos como Colleen Hoover.» Anna Todd

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MARÍA
DUEÑAS
POR SI
UN DÍA
VOLVEMOS
Planeta

Por si un día volvemos

Dueñas, María

9788408302308

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hui de un crimen involuntario. Hui de los hombres que no me quisieron. Hui de una guerra. Esta es mi historia, entre España y Orán, junto al Mediterráneo.

Orán. Años 20, siglo xx. En esta ciudad africana de origen árabe, pulso español y administración francesa **desembarca una joven** con el falso nombre de Cecilia Belmonte. En apariencia, **ha cruzado el Mediterráneo para escapar de la miseria**, como tantos compatriotas. Su razón, sin embargo, es más turbia.

La **urgencia por sobrevivir** la obliga a dejarse la piel en plantaciones y lavaderos, como empleada doméstica y operaria de fábrica a destajo. Hasta que una madrugada, en la tabaquera Bastos, participa en un delito por el que paga con su sometimiento a un hombre despreciable. **Su entereza será lo que la libere** y le aporte el coraje para rehacerse y emprender un **camino en ascenso, repleto de quiebros, logros y desafíos** a lo largo de tres décadas vibrantes.

Esta es la **historia de una mujer que vivió el auge colonial** y el trágico fin de la Argelia francesa. Y, en paralelo, sus páginas rescatan la memoria de los **desconocidos pieds-noirs españoles** que, arrastrados por la emigración y el exilio, formaron parte de aquel mundo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)